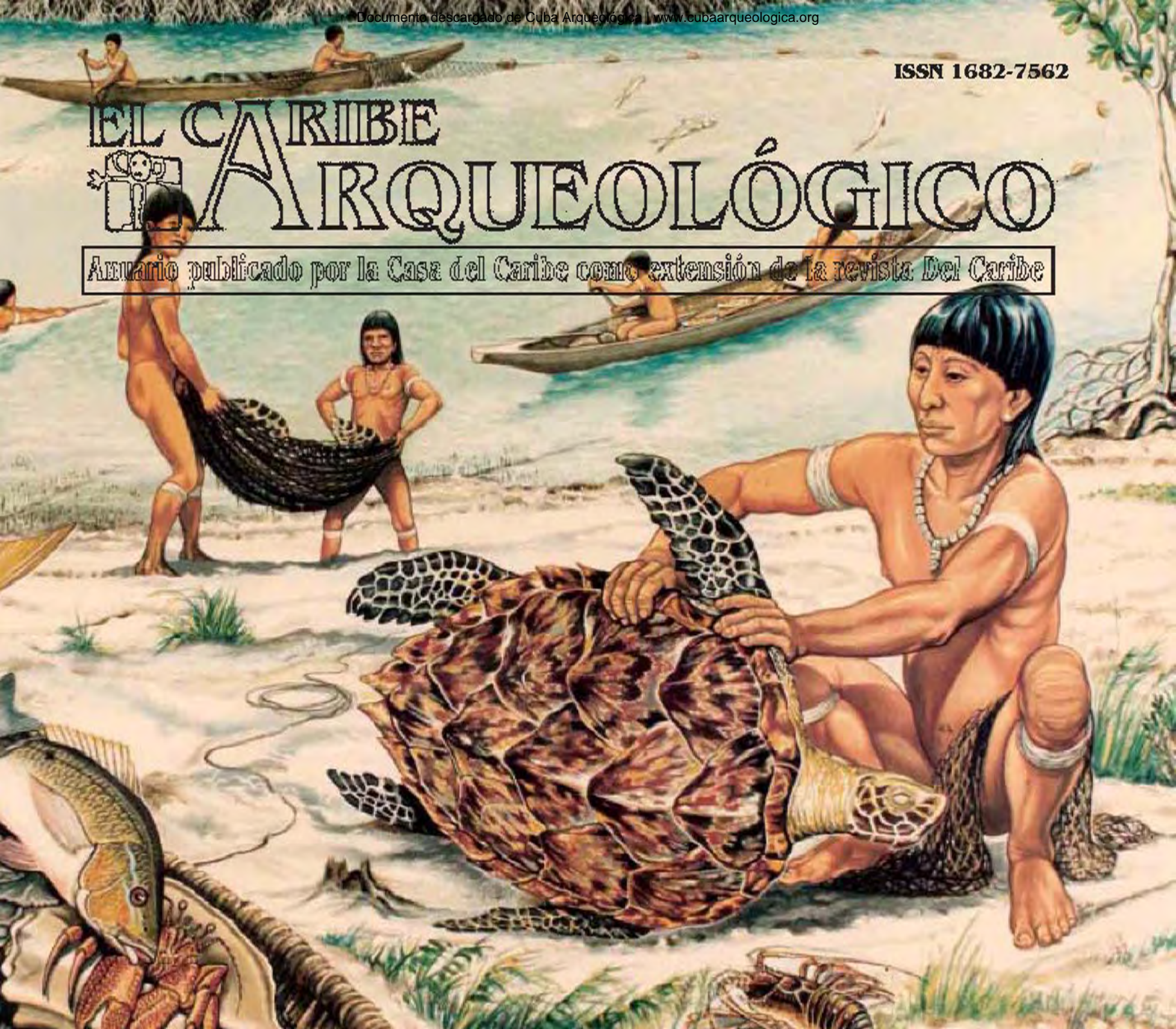


EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista Del Caribe





EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

10 / 2007

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
MSc. Roberto Valcárcel Rojas
MSc. Juan M. Reyes Cardero
Dra. Corinne L. Hofman

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Irida Vargas (Venezuela)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. Gabino La Rosa Corzo (Cuba)
Dr. José Oliver (Puerto Rico)
Dr. Antonio Curet (Puerto Rico)

Correspondencia a:

☒ Casa del Caribe
Calle 13 no. 154 esq. a 8
Reperto Vista Alegre.
Santiago de Cuba, CP. 90 400
CUBA. Tlf. (53) (226) 643609
Fax (53) (226) 642387
Correo electrónico:
revistadelcaribe@cultstgo.cult.cu

☒ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

☒ Betty Meggers
PO Box 37012
NMNH MRC-112
Washington DC 20013.
USA

ARIE BOOMERT	3	Las migraciones saladoide y hue coide en el Caribe
ANGUS A. A. MOL	13	Universos socio-cósmicos en colisión: descripciones etnohistóricas de situaciones de intercambio en la Antillas Mayores durante el período de protocontacto
GERARDO IZQUIERDO DÍAZ ULISES M. GONZÁLEZ HERRERA	23	Las comunidades aborígenes de cazadores-recolectores de Cuba; problemas y posibilidades de estudio
CORINNE L. HOFMAN ALISTAIR J. BRIGHT	31	Ideas atractivas, bienes deseables: influencias taínas en las Antillas Menores
JOSÉ OLIVER	43	Estudio acerca del significado y funciones de los aros líticos, piedras en codos y trigonolitos de Puerto Rico y La Española
GABINO LA ROSA CORZO	69	Espacios míticos africanos en cuevas de Cuba: una hipótesis perturbadora
CLENIS TAVÁREZ MARIA	85	Antropología funeraria de los antiguos habitantes del este de la República Dominicana
ALICE SAMSON MENNO L. P. HOOGLAND	93	Residencia taína: Huellas de asentamiento en El Cabo, República Dominicana
CORINNE HOFMAN JORGE ULLOA HUNG LOE JACOBS	104	Juntando las piezas del rompecabezas: Dándole sentido a la cronología cerámica del este de la República Dominicana
ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS MARCOS MARTINÓN-TORRES JAGO COOPER THILO REHREN	116	Oro, guanines y latón. Metales en contextos aborígenes de Cuba
JAGO COOPER	132	Registro Nacional de Arqueología Aborigen de Cuba: una discusión de métodos y prácticas
LISETTE ROURA ÁLVAREZ IOSVANY HERNÁNDEZ MORA	151	Aborígenes en San Cristóbal de La Habana
JUAN MANUEL REYES CARDERO	159	Acercas de la fundación del pueblo indio de San Luis de los Caneyes. Antecedentes
ADRIANA CHURAMPI RAMÍREZ	165	Caicimu: El cacicazgo oriental e escenario de la tristemente célebre Bahía de las Flechas y de las feroces Guerras de Higüey
JOSÉ A. GARCÍA MOLINA	173	La herencia indígena en el barrio Los Zaldívar del municipio Fray Benito, Holguín, Cuba
ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS JORGE ULLOA HUNG	185	María Nelsa Trincado entre la Historia y la Arqueología
	189	Noticias de arqueología

Coordinadores:

Jorge Ulloa Hung
Roberto Valcárcel Rojas

Editora:

Asela Suárez

Equipo de realización:

León Estrada
Raimiz Destrades
Julio Corbea Calzado

El Caribe Arqueológico es una publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, Zona Postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620 / 168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN 1682-7562.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S. A.



TARAXACUM S.A.



CASA
DEL
CARIBE

Hace diez años en una antigua casa de Santiago de Cuba, la cual sirve de sede a la Casa del Caribe, nació el sueño de generar una publicación que contribuyera a llenar el vacío existente en la divulgación de los resultados de investigación generados por la arqueología de Cuba y el Caribe. Se pretendía, sobre todo para el caso cubano, revitalizar el canal de comunicación entre especialistas que había significado en décadas anteriores la desaparecida *Revista de Arqueología y Etnología*, y lo más importante: crear un espacio de confluencia entre los arqueólogos de la isla y aquellos que estudian la región caribeña.

La materialización de ese sueño en *El Caribe Arqueológico*, que hoy arriba a su edición número diez, no hubiera sido posible sin el apoyo y la tenaz colaboración de la Dra. Betty Meggers y el Dr. Marcio Veloz Maggiolo, quienes además de formar parte del núcleo gestor de la publicación han compartido durante todos estos años nuestros desvelos y esfuerzos por mantenerla. A otros entrañables amigos y maestros, que desafortunadamente ya no están entre nosotros, también debe *El Caribe Arqueológico* su trayectoria, valga por tanto esta décima edición como un merecido homenaje a la memoria de Joel James, María Nelsa Trincado y Jorge Luis Hernández, quienes además de fundadores de esta revista, en todo momento constituyeron un valladar importante frente a los escollos e incomprensiones burocráticas, y un ejemplo de desvelo por su calidad científica y editorial.

En este número especial de *El Caribe Arqueológico* el lector encontrará una diversidad de aspectos y temáticas que comprenden desde el énfasis en la revitalización de los estudios etnohistóricos e históricos relacionados con nuestros primeros pobladores, hasta el abordaje de temáticas novedosas desarrolladas a partir enfoques arqueológicos complejos que pueden considerarse parte esencial de los retos y temas candentes en los que se debate actualmente la

arqueología del Caribe. Entre estos últimos, es importante señalar los enfoques relacionados con la distribución de los espacios domésticos, los procesos migratorios y la movilidad e interacción social entre diversas regiones en el Caribe precolombino visualizados a partir de los indicadores de cultura material que constituyen la base de la ciencia arqueológica. No menos importantes son las nuevas aproximaciones a cuestiones relacionadas con aspectos de orden cronológico y de componentes arqueológicos, como la cerámica y los objetos de metal, en determinadas regiones del Caribe además de las cuestiones de carácter iconográfico y simbólico en cuya percepción de manera mucho más aguda y acuciosa se ha enfrascado la arqueología caribeña de las últimas décadas a manera de contrarrestar las especulaciones y visiones esquemáticas fundamentadas a fuerza de repetición desde las fuentes históricas iniciales.

Es importante señalar también que buena cantidad de los trabajos incluidos aquí constituyen una combinación de colaboraciones remitidas por especialistas cubanos, mientras otros fueron ponencias presentadas en el segundo Seminario de Arqueología del Caribe organizado por la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden en Holanda, el cual tuvo lugar entre los días 3 y 4 de abril de 2007. Este último aspecto es una muestra de la diversidad de autores, enfoques y temas que durante una década ha intentado cubrir el *Caribe Arqueológico* a través de sus páginas, pero son también evidencia de la madurez que ha ido alcanzando un proyecto que si bien comenzó siendo un sueño para un grupo de especialistas cubanos hoy es una vía de expresión y colaboración de todos aquellos que estudian el Caribe.

Jorge Ulloa Hung
Roberto Valcárcel Rojas

LAS MIGRACIONES SALADOIDE Y HUECOIDE EN EL CARIBE

ARIE BOOMERT



Las viñetas utilizadas en este número pertenecen al libro de José Oliver *El centro ceremonial de Caguana. Puerto Rico*, Archaeopress Oxford, 1998.

La reconstrucción de las subsecuentes etapas en la colonización precolombina del archipiélago del Caribe por los grupos amerindios del continente representa uno de los problemas más fascinantes de la investigación arqueológica en la región. De hecho, el poblamiento y repoblamiento de las Indias Occidentales, como Rouse (1992) lo llamó, ha sido foco de debates calurosos entre los arqueólogos del Caribe desde el momento en que la secuencia prehistórica de la región fue conceptualizada por primera vez. Este trabajo discute nuestra actual noción de uno de los principales episodios en el poblamiento precolombino del Caribe, el movimiento desde el continente sudamericano hacia las islas de los primeros grupos completamente horticultores, la gente de las series saladoide y huecoide, durante los últimos siglos antes de Cristo (a. C.).

Evidencias antropológicas, arqueológicas, lingüísticas así como arqueogenéticas se pueden utilizar para reconstruir este proceso, tomando en consideración que el acercamiento filogenético y esencialmente normativo empleado por Rouse (1986:106-156, 1992) para describir y explicar los datos arqueológicos observados, satisface solo parcialmente las preguntas que se plantean al intentar comprender la serie de acontecimientos bajo discusión (Curet 2005:11-15). Se procura demostrar aquí que comparar los movimientos saladoides/huecoides hacia las Antillas con los de otra importante ocupación de horticultores de una región de archipiélago, la de la gente de Lapita en el Pacífico occidental, es provechosa para clarificar ambos procesos migratorios.

SALADOIDE

Aunque nuestro conocimiento de la colonización del Caribe por los horticultores se ha beneficiado de un enorme aumento de los datos en los últimos veinte años, nuestro entendimiento de este proceso es aún fragmentario. Claramente, el cuadro es mucho más complejo y multiestratiforme de lo que parecía en el momento en que Rouse formuló la primera reconstrucción de lo que percibía como un solo acontecimiento, es decir el movimiento de la gente

de la serie saladoide desde el continente sudamericano hacia las Antillas.

Primeramente reconocidos en el Valle del Orinoco, y considerados los representantes de la tradición cerámica y horticultora amerindia más temprana de la región, los restos de la serie saladoide —llamada así por el sitio Saladero en el bajo Orinoco— han sido encontrados en el archipiélago de las Antillas desde Trinidad hasta el extremo este de La Española (Keegan 2000). Fue solamente a inicios de los años 80 que se localizó una tradición cultural absolutamente distinta pero contemporánea de esta cerámica, la serie huecoide, la cual posiblemente también haya sido originada en el continente sudamericano. Esta fue descubierta en las Pequeñas Antillas del norte y Puerto Rico (Chanlatte Baik y Narganes Storde 2005). Actualmente la relación de saladoides y huecoides y sus respectivos papeles en la colonización horticultora del Caribe se encuentran confusos.

En la discusión sobre la entrada de los horticultores a las Antillas debe ser observado, como lo hizo Rouse hace muchos años, que el movimiento de los saladoides hacia el Caribe formaba parte de una dispersión más amplia en las tierras bajas tropicales de Sudamérica de aborígenes hablantes de lenguas de la familia aruaca. Rouse (1964) razonó que porque los indios taínos del período de contacto de las Grandes Antillas hablaban una lengua aruaca, no podía ser observada una discontinuación cultural importante en estas islas después del establecimiento de la gente saladoide, señalando otra migración desde el continente, que esta última debió introducir el aruaco al Caribe (también Granberry y Vescelius 2004: 127-128).

La actual área de distribución de la familia aruaca en el continente ha conducido a lingüistas a asumir que este grupo de lenguas se expandió a lo largo de los principales tributarios del río Amazonas en todas direcciones desde su región de origen, la cual se sitúa indistintamente en la Amazonia Central u Occidental (véase Heckenberger 2002). Siguiendo esta línea, Rouse (1986: 106-156) postuló que los antepasados de las gentes saladoides se dispersaron desde la Amazonia Central a lo largo del Río Negro hasta el Valle del Orinoco, para luego arribar al litoral venezolano desde donde sus descendientes se movieron a las Indias Occidentales. Como estos fueron aldeanos tribales que subsistían sobre la base de cultivos de raíces tales como la mandioca amarga o patatas dulces (boniatos o batatas en las Grandes Antillas), combinadas

con la caza, la pesca y la recolección, aseguraban así una dieta de amplio espectro.

Por supuesto, la hipótesis de Rouse sobre la dispersión aruaca presenta como aspecto negativo el hecho de que las lenguas se pueden dispersar sin el movimiento humano, y además, que los complejos cerámicos conocidos de las cuencas del Orinoco y el Amazonas no son suficientemente conocidos para establecer de manera incuestionable los posibles vínculos cronológicos y culturales entre ambas áreas.

Mientras las fechas para la aparición de la primera gente saladoide en el Valle del Orinoco se encuentran todavía en disputa, es generalmente asumido que los amerindios que fabricaban cerámica pintada blanco-sobre-rojo a menudo adornada con cabezas estiradas antropozoomorfas —lo que tipifica la cerámica saladoide— se difundieron desde el centro hasta alcanzar los bajos del río Orinoco donde se establecieron en Saladero, sitio tipo de la serie, alrededor del 1200 a. C. Aquí fueron reemplazados por la serie barrancoide unos 400 años más tarde posiblemente debido a la fuerte interacción, después de lo cual parecen haberse dispersado a la zona litoral del este y centro de Venezuela (Boomert 2003, Gassón 2002). En la costa del Caribe desarrollaron la variante cedrosan de la cerámica saladoide, o la subserie cedrosan como Rouse (1992: 34,37) la llamó, derivada del sitio Cedros en Trinidad, que se caracteriza por la adición a la pintura blanca sobre roja de incisiones entrecruzadas en zonas como una técnica de decoración.

De acuerdo con las fechas de radiocarbono, los materiales cedrosan saladoides más tempranos encontrados en las Indias Occidentales se encuentran alrededor de 350 a. C., sugiriendo que los saladoides vivieron por algunos cientos de años en el litoral venezolano hasta el desarrollo de sus primeros movimientos migratorios hacia las islas Caribes. Todo esto sugiere que los aborígenes saladoides tuvieron un amplio espacio de tiempo para cambiar sus estrategias de adaptación de un ambiente riverino a un ambiente costero y marítimo. Además, es obvio que interactuaron muy de cerca con los grupos arcaicos de cazadores, pescadores y recolectores de la serie ortoiroide que habían vivido en Trinidad y en el litoral venezolano desde la época del holoceno temprano (Boomert 2000:53-91, Sanoja y Vargas 1995, 1999). Quizás establecieron un tipo de patrón simbiótico de subsistencia, en el que intercambiaban productos hortícolas por pescados y carne con los aborígenes arcaicos.

Ante esta situación uno se pregunta si el área de Margarita-Paria-Trinidad funcionó como una *voyaging nursery* (escuela marítima), comparable a la de las islas de Melanesia en las cuales los primeros colonos de Oceanía, la gente horticultora de Lapita, pudieron desarrollar gradualmente su tecnología marítima y sus capacidades de navegación en las etapas iniciales de la colonización del Pacífico (Irwin 1992:19-41). Remar entre el continente y las islas es fácil en la zona este del litoral de Venezuela, y podría ser realizada sin perder de vista la costa del continente. Además, como esta región se sitúa en la franja meridional huracanada del Caribe, raras veces es afectada por tormentas tropicales destructivas con fuerza de huracán. Los cambios estacionales y predecibles en la dirección del viento pudieron haber animado a los primeros viajeros a experimentar con expediciones de ida-vuelta, que exploraban y explotaban las islas visibles desde los estrechos costeros.

La navegación saladoide usó grandes piraguas y ocurrió obviamente siguiendo rutas costeras de transporte y comunicación donde aún se podía tener vista de la tierra, y observando los cuerpos celestes y la latitud presumida cuando era en alta mar, así como lo hacían sus descendientes aún en las épocas históricas (McKusick 1960). La gente saladoide muy probablemente aprendió sobre la existencia de las Islas de Barlovento y los requisitos marítimos necesarios sobre tecnología de navegación para alcanzarlas, debido a la interacción con los indios arcaicos de la zona costera de Venezuela, quienes parecen haber sido conocedores por lo menos de las islas Granada y Los Testigos. Cruzar la parte de la plena mar de unos 150 kilómetros entre el litoral venezolano y la isla de Granada, constituía el desafío principal que se tiene que superar. Al norte de Granada se encuentran una serie de islas pasaderas mutuamente visibles hasta que se alcanza el paso de Anegada entre las Islas de Sotavento y las Islas Vírgenes, igualmente de 150 kilómetros de ancho.

Viajes de exploración de las comunidades saladoides pudieron haber ocurrido con anticipación como forma de preparar los otros movimientos. Las fechas de radiocarbono disponibles y la uniformidad de la cerámica temprana cedrosan saladoide a través del Caribe indican que el movimiento primario fue rápido, quizás debido al hecho de que encontraron pocos habitantes locales ortoíoides, en especial en las Islas de Barlovento. Como ha precisado Keegan (1995, 2004) una dispersión inicial tan rápida en las Antillas es incompatible con una idea de colonización paso a paso de isla en

isla debido al crecimiento demográfico. De hecho, se ha considerado el panorama de una serie de múltiples y rápidas migraciones iniciales que formaron un salto directo a lo largo de la cadena de Islas de Sotavento en las Pequeñas Antillas, las Islas Vírgenes y Puerto Rico, seguidos por varios movimientos de retorno que finalmente conducían al establecimiento en todas las islas por las que se había pasado anteriormente.

Las fechas de radiocarbono más tempranas de las Antillas para la serie saladoide se conocen en Martinica, en las Islas de Sotavento y Puerto Rico, sugiriendo que el salto de la gente cedrosan saladoide en el archipiélago del Caribe encontró su primera parada temporal en las islas que forman el límite entre Barlovento y Sotavento, a unos 500 kilómetros de la costa del continente y a medio camino hacia Puerto Rico (Bérard 2004: 72, Boomert 2000: 217-219).

La teoría antropológica sobre migración clasificaría la colonización saladoide como una forma de *leapfrogging* (salto de rana), que envuelve el movimiento de un grupo sobre considerables distancias después de haberse separado de la comunidad madre (Moore 2001). El número total de emigrantes solo se puede conjeturar, aunque la idea de una migración masiva se debe rechazar firmemente. Quizás en todos los casos solamente algunos cientos de personas estaban implicados.

Según los antropólogos, las migraciones a grandes distancias nunca representan acontecimientos, pero forman procesos continuos que tienden a proceder de maneras algo fiables y se asemejan a las corrientes que implican olas de colonos separados a menudo pero ligados por el parentesco, que siguen el uno al otro a lo largo de rutas bien definidas y movimientos de vuelta (Anthony 1990, 1997; Curet 2005: 30-61). Las migraciones de "salto de rana", tales como las de la gente saladoide, funcionaron claramente a través de exploradores que reconocieron lugares favorables, recogieron la información y la retransmitieron de nuevo a los potenciales emigrantes.

HUECOIDE

En la porción norte del archipiélago de las Indias Occidentales, los colonos cedrosan saladoides mantuvieron claramente una relación pacífica con los escasos aborígenes arcaicos que vivían allí. Además, deben haber obrado recíprocamente con los horticultores de la segunda tradición temprana de la región, los de la serie huecoide.

Los sitios de habitación que representan la cerámica de esta serie se distribuyen a través de las Antillas del noreste desde Puerto Rico a Guadalupe y Marie Galante. En contraste con la serie saladoide hasta ahora se conocen pocos elementos similares al huecoide en el sur del Caribe y solo semejanzas débiles se han reconocido en las tradiciones culturales coeval de la zona costera del continente sudamericano. El paralelo más cercano está representado por el hallazgo individual de un *bowl* (recipiente) decorado con incisiones entrecruzadas en zonas, encontrado en La Clarito de la región Río Cuyuní en el este de Venezuela (véase Arroyo *et al.*, 1999: 59,242).

Aunque es claramente contemporánea con las primeras habitaciones saladoides en la región, la cerámica huecoide puede ser hallada independiente y también asociada a las cerámicas cedrosan saladoide, lo cual sugiere poblaciones distintas que interactuaban, y que además presentaban formas de vida y orientaciones sociopolíticas más o menos similares. Esto también se encuentra indicado por la semejanza en la disposición de sus asentamientos, demostrada por los pocos sitios suficientemente excavados de huecoides y saladoides. Estos están caracterizados por una disposición lineal o concéntrica de sus montículos de depósito, sugiriendo una forma eslabonada o circular en forma de herradura de las aldeas (Siegel 1996).

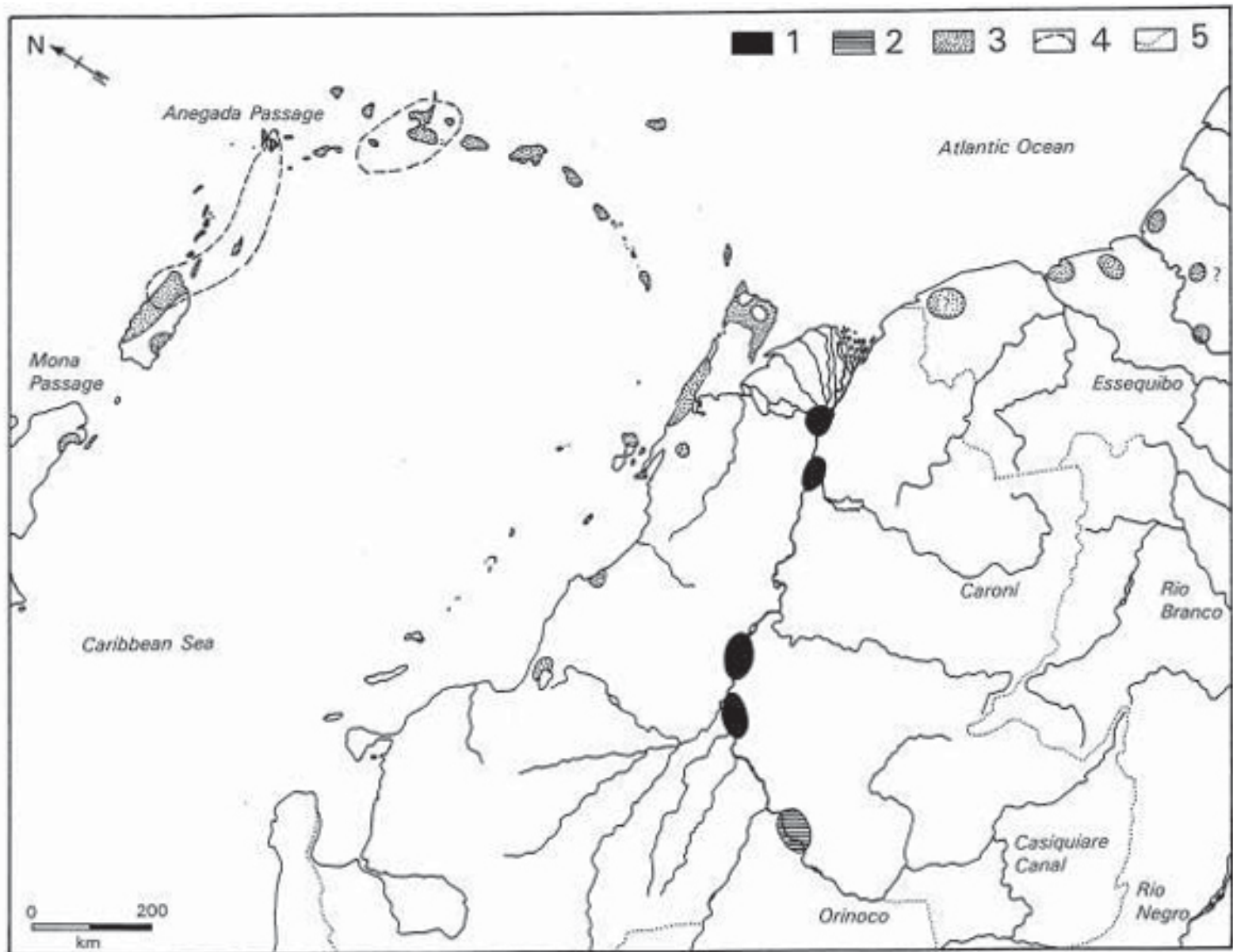
La pintura está ausente en la cerámica huecoide, pero comparte las incisiones entrecruzadas en zonas y las cabezas antropozoomorfas estiradas con la cerámica cedrosan saladoide, no obstante estas son ejecutadas en un estilo altamente idiosincrásico (Delpuech *et al.*, 2002). Existen diferencias marcadas entre la lítica, la industria de concha, así como en las prácticas de subsistencia saladoides y huecoides; notables en las estrategias de caza y recolección de alimentos exhibidas por ambos grupos, las cuales indican tradiciones culturales en gran parte disímiles (Boomert 2000: 317,349-350; Rodríguez Ramos 2001, 2005a).

Si la cerámica huecoide representa la cultura material de una población horticultora que emigró simultáneamente pero independientemente de los saladoides al archipiélago de las Indias Occidentales, la gente huecoide debe haber seguido las mismas rutas de migración en las Antillas que los saladoides y haber exhibido un estilo comparable de colonización. Además, deben haber interactuado de manera semejante y en un grado considerable con

los cazadores, pescadores y recolectores arcaicos de la serie ortoroide así como con los saladoides establecidos en las Antillas del noreste. Tal escenario explicaría las semejanzas y las desemejanzas entre los componentes culturales de los saladoides y huecoides, incluyendo su cerámica. A este respecto se puede observar que la fabricación de cerámica parece haber sido conocida localmente en las Antillas Mayores tan temprano como las últimas épocas arcaicas (Ulloa Hung 2005).

Las fechas de radiocarbono disponibles de hecho sugieren la contemporaneidad de los indígenas arcaicos y los primeros colonos saladoides y huecoides en las Antillas del noreste (por ejemplo Bonnissent 2004). La aparición de comunidades individuales y aglutinadas de huecoides y saladoides en las Islas Vírgenes y las Islas de Sotavento tan meridionales como Guadalupe y Marie Galante se puede interpretar como el reflejo de los esfuerzos de colonización realizados por ambos grupos, originados en Puerto Rico. La persistencia de los artefactos líticos típicamente ortoroideos tales como afiladores de bordes en la serie huecoide, desconocida en los contextos saladoides, es un fuerte argumento sobre la continuación de parte del patrimonio cultural arcaico local en el noreste del Caribe durante la época cerámica (Rodríguez Ramos 2003, 2005b).

A este respecto es importante tener presente que los granos no cultivados y los cultivos de raíces junto a árboles frutales eran recursos establecidos como alimento entre la gente arcaica de la región antes de la completa colonización del archipiélago por los horticultores. Al menos algunos de estos tipos de plantas alimenticias eran aparentemente manejados o cultivados (Pagán Jiménez *et al.*, 2005). Aparte de introducir los cultivos de raíces tales como mandioca amarga y patatas dulces a las Indias Occidentales, la gente saladoide también procuraba mejorar su opción de alimentos abundantes en proteínas, introduciendo en las islas especies particulares de animales vertebrados propias del continente sudamericano, especialmente los agoutis, los opósumes y los armadillos, mientras que los iguanas pudieron haber sido llevadas de una isla a otra. Además, debido al intercambio con los habitantes arcaicos de La Española la gente saladoide y huecoide de Puerto Rico y las Islas Vírgenes desplazó especies locales de roedores (hutías) y de pequeños insectívoros (Maíz López 2003; Newsom y Wing 2004: 6,142,205-206).



Mapa del área del Caribe, demostrando la distribución de la serie saladoide y la serie huecoide.

LEYENDA:

(1) subserie ronquinan saladoide; (2) subserie cotuan saladoide; (3) subserie cedrosan saladoide; (4) serie huecoide; (5) actuales fronteras políticas.

REDES DE INTERACCIÓN Y ORGANIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA

Patrones complejos de procesamiento y utilización de recursos fueron desarrollados por los saladoides y huecoides en el noreste de las Antillas durante el período cerámico. Ambos grupos parecen haber mantenido densas redes de interacción y comunicación, que implicaban la distribución y el intercambio ceremonial de objetos que parecían exóticos o de valor elaborados en piedra y concha, predominantemente ornamentos corporales, artefactos utilitarios y materias primas. De esta manera, numerosas cuentas y pequeños colgantes zoomorfos con una distintiva asociación mitológica fueron elaborados principalmente de piedras semipreciosas, hueso, concha y madera fósil, y fueron dispersadas a través de toda la región, desde Puerto Rico hasta Trinidad. Estos claramente representan artículos manufacturados por artesanos altamente especializados de las comunidades o por semiespecialistas que pudieron haber combinado la artesanía con actividades chamanísticas (Boomert 2000: 435-444, Hofman *et al.* 2007).

Los talleres huecoides y saladoides de estos artefactos microlapidarios dependían de materias primas exóticas tales como nefrita, serpentinita, aventurine, ópalo, turquesa, amatista y cristal de cuarzo, que han sido identificadas en Granada, Montserrat, Antigua, St. Croix, Vieques y el este de Puerto Rico, mientras que gracias a los contactos con los habitantes arcaicos de La Española los habitantes de Vieques podían obtener materiales como ámbar y chert (por ejemplo Chanlatte Baik y Narganes Storde 2005, Harlow *et al.* 2006, Murphy *et al.* 2000, Oliver 1999, Watters y Scaglione 1994). Además el pedernal era obtenido de Long Island, Antigua, y la *greenstone* para la confección de hachas procedía de San Martín desde donde se difundía hasta Puerto Rico y las Antillas Francesas. En el caso del pedernal de Long Island, los primeros habitantes saladoides y huecoides pudieron haber tomado parte en la red de distribución existente porque este constituía el material lítico preferido y utilizado desde las épocas arcaicas tempranas en las Islas de Sotavento (Knippenberg 2006).

El auge de las relaciones ceremoniales de intercambio durante la primera etapa de habitación horticultora en las Antillas puede ser visto como un aspecto social esencial de la colonización saladoides y huecoides y de sus estrategias de dispersión. Este aseguraba el mantenimiento de relaciones entre varios establecimientos iniciales y entre las comunidades matrices y las comunidades derivadas

o hijas, una especie de “línea de salvamento”, como también se ha hipotetizado para las comunidades de Lapita en las islas de Melanesia, cuya necesidad disminuyó con el tiempo (Kirch 2000:104,112-114,162-163). Mantener esta *lifeline* (línea de salvamento) durante la primera fase de la ocupación responde a la crítica situación encontrada por pequeñas comunidades colonizadas en ambientes vírgenes en cualquier parte del mundo. Es simplemente una estrategia de aseguramiento de la supervivencia. Demográficamente tales comunidades nuevas son extremadamente inestables y el establecimiento de lazos externos para obtener asociaciones convenientes es muy importante (Moore 2001). El mantenimiento de una *lifeline* con las comunidades matrices o establecer relaciones afines con otras aldeas iniciales en una región escasamente habitada reduce por tanto el riesgo de extinción.

El problema de realizar asociaciones convenientes es realizado por el hecho de que puede ser asumido que las comunidades colonizadoras estuvieron sesgadas demográficamente tanto en la proporción de edad como de género. Las investigaciones antropológicas indican que los grupos migratorios consisten predominante en jóvenes adultos masculinos de 20 a 30 años de edad, a menudo reclutados de un grupo particular de parentesco (Anthony 1990). Tanto los miembros de las comunidades *leapfrogging* iniciales como las de los saladoides y huecoides enfrentaron problemas para encontrar esposas de la edad conveniente y de distinto parentesco. Tales grupos quizás pudieron ser autosustentables económicamente, pero incapaces para garantizar su reproducción en el futuro debido a la ausencia de una red de acoplamiento viable.

Colgantes de dientes de jaguar y pécarí junto a huesos de tapir encontrados en aldeas colindantes huecoides y saladoides en La Hueca en la isla de Vieques (Narganes Storde 2003), y artefactos hechos de *guanín*, una aleación de oro-cobre realizada en el continente, encontrados en La Hueca y Maisabel, Puerto Rico (Siegel y Severin 1993), representan claramente artículos de la *lifeline* o una herencia estimada de otra manera de objetos del continente sudamericano y de Trinidad, indicando también alguna forma de connotación adjudicada a la tierra de origen. Esto igualmente se aplica a las valvas de mejillones de agua dulce originarios del hábitat del continente o de Trinidad, que se han encontrado en los contextos saladoides y huecoides a través de las Pequeñas Antillas y las Islas Vírgenes (Serrand 2001). Estos deben haber constituido artículos de lujo con una profunda significación social e ideológica.

Los contactos inicialmente densos entre los asentamientos pioneros de las Antillas y sus comunidades “madres” de la zona costera de Venezuela, están también indicados por la amplia homogeneidad regional en el estilo cerámico durante la primera fase de ocupación saladoide de las Antillas. Además, la representación iconográfica de una fauna de selva tropical que incluye monos, ranas, caimanes, perros, jaguares, lagartos y armadillos sobre la cerámica fechada para este período, refleja claramente una conexión mitológica con el continente. Esto es sugerido también por la iconografía zoomorfa de los ornamentos micro-lapidarios huecoides y saladoides, que muestran fundamentalmente ranas, buitres del rey, reptiles, murciélagos y búhos, claramente referidos a temas mitológicos originarios de las selvas de las tierras bajas de Sudamérica (Boomert 2001a, Roe 1989).

Por lo tanto, los patrones de intercambio y otras formas de interacción huecoide y saladoide pudieron haberse facilitado por un sistema simbólico y religioso compartido y derivado del continente, asociado típicamente a los rituales chamanísticos que implican la ingestión de drogas alucinógenas para inducir al estado visionario de trance. Especialmente la cerámica saladoide se ha visto como un “barniz”, creando un sentido de unidad y de identidad de grupo entre las comunidades individuales extensamente dispersas en las islas (Keegan 2000). De hecho, su componente ceremonial pudo haber sido destinado principalmente para mostrar públicamente alimentos u otras propiedades como expresión de estatus, rango o filiación a un parentesco. Tales exhibiciones pudieron haber sido parte de ceremonias que incluían demostraciones competitivas de abundancia acompañadas con la entrega de regalos o aun con la destrucción de propiedad (Boomert 2001b). Las cerámicas finas adornadas obviamente difundían mensajes muy simbólicos, y pudieron haber sido utilizados en un inicio para servir los alimentos durante elaboradas fiestas ceremoniales.

Navegar es una actividad típicamente dominada por los hombres y se ha especulado la herencia matrilineal y la uxori-localidad como características de la sociedad saladoide (Keegan y Maclachlan 1989). Esta matridominancia se ha explicado como resultado de una prolongada ausencia masculina durante la exploración, el comercio y la explotación de determinados recursos a largas distancias. La uxori-localidad aparece universalmente como el resultado lógico de una situación en la cual las mujeres realizan

la mayoría de las labores vinculadas a la subsistencia y colaboran estrechamente durante el procesamiento de los alimentos. Los intereses corporativos de los varones ausentes pasan al cuidado de las hermanas de linaje. La preferencia por uxori-localidad habría dado lugar a la cristalización de grupos con descendencia matrilineal. A este argumento puede agregarse que los actuales aruacas (o lokono) de la zona costera de las Guayanas, los que a menudo —aunque sin corroboración arqueológica— se consideran representantes de los descendientes directos de los saladoides en el continente, están organizados en matriclanes exogamos no locales.

Todo esto plantea la cuestión de la configuración sociopolítica en el período cerámico temprano del Caribe. Mientras es obvio que ambos, saladoides y huecoides, abarcaban pequeñas aldeas de comunidades horticultoras, la conclusión más probable es que estas constituían sociedades tribales igualitarias basadas en el parentesco. Las ceremonias que celebraban implicaban demostraciones competitivas de riqueza acompañadas de la entrega de presentes o aún de la destrucción de propiedades. Estas pudieron llevarse a cabo por los seguidores de un *Big Man* (Gran Hombre) quien debido a sus cualidades podía dominar en la guerra y el intercambio, atrayendo seguidores a través de la entrega de presentes. Las celebraciones de esta clase habrían sido llevadas a cabo en ocasión de, por ejemplo, rituales de iniciación, uniones y entierros de las personas de alto rango. Si es así, mientras estas sean consideradas principalmente como sociedades igualitarias, las diferencias del estatus fluctuantes entre adultos masculinos pueden ser postuladas para el orden social saladoide. Estas se pudieron haber expresado durante ceremonias públicas de emulación competitiva que conducen a la deposición deliberada de los objetos de valor (Boomert 2001b).

Según los antropólogos, las causas de las migraciones son invariablemente complejas y a menudo difíciles de identificar. Los movimientos de los saladoides y huecoides pudieron haber sido estimulados por numerosos factores. Como parecen haber existido suficiente tierra disponible en las costas de Venezuela, la presión de población como un factor de empuje —idea favorecida entre los arqueólogos procesualistas— es improbable que haya desempeñado un papel significativo inicialmente, aunque estímulos ambientales como ENSO que generan determinados acontecimientos no pueden ser descartados.

La presión de población pudo desempeñar un papel significativo durante la etapa de interacción con los recolectores precerámicos de Puerto Rico, la cual constituyó la primera isla importante de la cadena antillana. En esos momentos, el establecimiento de una economía de subsistencia eficaz y de amplio espectro, incluyendo un desarrollo de la horticultura en gran escala, pudo haber provocado un auge demográfico. Factores relacionados con esta explosión, como los ricos y variados recursos bióticos y abióticos del archipiélago del Caribe, habrían estimulado entonces viajes de exploración y esfuerzos de colonización (Siegel 1991). Igualmente, esta autocatálisis, generada por el descubrimiento de algunas islas, estimuló la expectativa por encontrar otras (Keegan y Diamond 1987), y pudo animar los viajes de los saladoides y huecooides. Finalmente, se ha discutido que estas empresas de colonización, así como las de la gente de Lapita en el Pacífico, fueron fomentadas por una ideología basada en su carácter fundador, otorgando un estatus elevado a los que descienden de los grupos familiares fundadores (Heckenberger 2002). Esto habría desarrollado un incentivo en los hermanos menores para adoptar una estrategia de búsqueda de nuevas tierras donde colocar su propia casa y linaje.

Al igual que la colonización lapita de Oceanía, el establecimiento saladoide/huecoide en el Caribe se puede caracterizar como episódico: las fases de actividades exploratorias intensivas fueron seguidas por períodos más cortos o más largos de estatismo. De hecho, una pausa larga separa la ocupación inicial de Puerto Rico y la colonización horticultora de La Española, Jamaica y el este de Cuba durante el período ostionioide, desde el AD 650 en adelante (Keegan 2000). La densa ocupación arcaica de La Española se ha considerado como el factor principal que obstruía el movimiento saladoide hacia el oeste, reflejando así un *status quo* entre ambas poblaciones (Rouse, 1992:92). Parece ser más probable, sin embargo, que fue el proceso de interacción y de aculturación entre las poblaciones arcaicas y los colonos del continente que alcanzaban el noreste de las Antillas, lo que indujo a los nuevos pobladores a cambiar sus direcciones de viaje, y a que en lo adelante en sus movimientos de retorno se ocuparan de la completa colonización de las Pequeñas Antillas.

CONCLUSIONES

Desde el primer intento de Rouse por reconstruir la colonización horticultora del archipiélago del Caribe, el cuadro total de los pro-

cesos implicados ha crecido en complejidad. Nuestra comprensión actual del episodio cerámico más temprano en la región no solo ha permitido visualizar que varios grupos culturales distintos se movieron a las Indias Occidentales desde el continente suramericano, sino también los desarrollos indígenas que se produjeron a partir de la interacción entre los recién llegados y las poblaciones arcaicas de la zona costera venezolana y el noreste de las Antillas, lo cual condujo al establecimiento de redes complicadas de intercambio y de comunicaciones en el archipiélago así como a los esfuerzos posteriores de la colonización, ahora sobre todo dirigidos a la porción meridional del archipiélago.

BIBLIOGRAFÍA

- Anthony, David W. (1990): "Migration in archeology: The baby and the bathwater" en *American Anthropologist*. No. 92.
- _____ (1997): "Prehistoric migration as social process" en John Chapman y Helena Hamerow, eds., *Migrations and Invasions in Archaeological Explanation*. BAR International Series 664, London, Archaeopress, p. 21-32.
- Arroyo, Miguel, Lourdes Blanco y Erika Wagner, eds. (1999): *El Arte prehispánico de Venezuela*. Caracas, Fundación Galería de Arte Nacional.
- Bérard, Benoît (2004): *Les premières occupations agricoles de l'arc antillais, migration et insularité: Le cas de l'occupation saladoïde ancienne de la Martinique*. BAR International Series 1299, Oxford, Archaeopress.
- Bonnissent, Dominique (2004): "Modifications des paleo-environnements et occupations precolombiennes à Saint-Martin" en *Bilan Scientifique de la Région Guadeloupe 2004*.
- Boomert, Arie (2000): *Trinidad, Tobago and the Lower Orinoco Interaction Sphere: An Archaeological/Ethnohistorical Study*. Alkmaar, Cairi Publications.
- _____ (2001a): "Raptorial birds as icons of shamanism in the prehistoric Caribbean and Amazonia" en *Proceedings of the Nineteenth International Congress for Caribbean Archaeology, Aruba 2001*, T. II.
- _____ (2001b): "Saladoid sociopolitical organization" en *Proceedings of the Eighteenth International Congress for Caribbean Archaeology, Grenada 1997*, T. II.
- _____ (2003): "Agricultural societies in the Continental Caribbean" en Jalil Sued Badillo, ed., *General History of the Caribbean*, T. I: The Autochthonous Societies, London/Basingstoke, UNESCO Publishing/Macmillan.

- Chanlatte Baik, Luis A. e Yvonne Narganes Storde (2005): *Cultura La Hueca*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico.
- Curet, L. Antonio (2005): *Caribbean Paleodemography: Population, Culture History, and Sociopolitical Processes in Ancient Puerto Rico*. Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Delpuech, André, Corinne L. Hofman y Menno L. P. Hoogland (2002): "Premiers horticulteurs amérindiens dans l'archipel Guadeloupéen: Morel I (Le Moule) et la question Huecan/Cedrosan Saladoïde" en André Delpuech, Jean-Pierre Guiraud y Albert Hesse, eds., *Archéologie précolombienne et coloniale des Caraïbes*. París, Comité des travaux historiques et scientifiques.
- Gassón, Rafael A. (2002): "Orinoquia: The archaeology of the Orinoco River Basin" en *Journal of World Prehistory*. Vol. 16, No. 3.
- Granberry, Julian y Gary S. Vescelius (2004): *Languages of the Pre-Columbian Antilles*. Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Harlow, George E., A. Reg Murphy, David J. Hozjan, Christy N. de Mille y Alfred A. Levinson (2006): "Pre-Columbian jadeite axes from Antigua, West Indies: Description and possible sources" en *Canadian Mineralogist*. No. 44.
- Heckenberger, Michael J. (2002): "Rethinking the Arawakan diaspora: Hierarchy, regionality, and the Amazonian Formative" en Jonathan D. Hill y Fernando Santos-Granero, eds., *Comparative Arawakan Histories: Rethinking Language Family and Culture Area in Amazonia*. Urbana, University of Illinois Press.
- Hofman, Corinne L., Alistair J. Bright, Arie Boomert y Sebastiaan Knippenberg (2007): "Island rhythms: The web of social relationships and interaction networks in the pre-Columbian Lesser Antillean archipelago (400 BC-AD 1492)" en *Latin American Antiquity*. Vol. 18, No. 3.
- Irwin, Geoffrey J. (1992): *The Prehistoric Exploration and Colonisation of the Pacific*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Keegan, William F. (1995): "Modeling dispersal in the prehistoric West Indies" en *World Archaeology*. Vol. 26, No. 3.
- _____ (2000): "West Indian archaeology. 3. Ceramic Age" en *Journal of Archaeological Research*. Vol. 8, No. 2.
- _____ (2004): "Islands of chaos" en André Delpuech y Corinne L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*: 33-44. BAR International Series 1273. Oxford, Archaeopress.
- Keegan, William F. y Jared M. Diamond (1987): "Colonization of islands by humans: A biogeographical perspective" en *Advances in Archaeological Method and Theory*. No. 10.
- Keegan, William F., y Morgan D. MacLachlan (1989): "The evolution of avunculocal chiefdoms: A reconstruction of Taino kinship and politics" en *American Anthropologist*. Vol. 91, No. 3.
- Kirch, Patrick V. (2000): *On the Road of the Winds: An Archaeological History of the Pacific Islands Before European Contact*. Berkeley, University of California Press.
- Knippenberg, Sebastiaan (2006): *Stone Artefact Production and Exchange Among the Northern Lesser Antilles*. Tesis de doctorado, Leiden University.
- Maíz López, Edgar J. (2003): "El guacamayo (*Ara* sp.) en las Antillas: Un nuevo hallazgo dentro de un contexto saladoide temprano en Puerto Rico" en *Proceedings of the Twentieth International Congress for Caribbean Archaeology, Santo Domingo 2003*. T. II.
- McKusick, Marshall B. (1960): *Aboriginal Canoes in the West Indies*. Anthropology 63, New Haven, Yale University.
- Moore, John H. (2001): "Evaluating five models of human colonization" en *American Anthropologist*. Vol. 103, No. 2.
- Murphy, A. Reg, David J. Hozjan, Christy N. de Mille y Alfred A. Levinson (2000): "Pre-Columbian gems and ornamental materials from Antigua, West Indies" en *Gems and Gemology*. No. 36.
- Narganes Storde, Yvonne M. (2003): "Pendientes antillanos, animales suramericanos" en *Proceedings of the Twentieth International Congress for Caribbean Archaeology, Santo Domingo 2003*. T. I.
- Newsom, Lee A., y Elizabeth S. Wing (2004): *On Land and Sea: Native American Uses of Biological Resources in the West Indies*. Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Oliver, José R. (1999): "The 'La Hueca problem' in Puerto Rico and the Caribbean: Old problems, new perspectives, possible solutions" en Corinne L. Hofman y Menno L. P. Hoogland, eds., *Archaeological Investigations on St. Martin (Lesser Antilles): The Sites of Norman Estate, Anse des Pères and Hope Estate With a Contribution to the 'La Hueca Problem'*. Leiden, Leiden University.
- Pagán Jiménez, Jaime R., Miguel A. Rodríguez López, Luis A. Chanlatte Baik e Yvonne Narganes Storde (2005): "La temprana introducción y uso de algunas plantas domésticas, silvestres y cultivos en las Antillas precolombinas: Una primera revaloración desde la perspectiva del 'arcaico' de Vieques y Puerto Rico" en *Diálogo Antropológico*. Vol. 3, No. 10.
- Rodríguez Ramos, Reniel (2001): "Lithic reduction trajectories at La Hueca and Punta Candelerio sites, Puerto Rico: A preliminary report" en *Proceedings of the Eighteenth International Congress for Caribbean Archaeology, Grenada 1999*. T. I.

- _____ (2003): "La continuidad tecnológica del arcaico al post-saladoide en Puerto Rico: Un vistazo desde la lítica de Paso del Indio" en *Proceedings of the Twentieth International Congress for Caribbean Archaeology, Santo Domingo 2003*. T. I.
- _____ (2005a): "The Crab-Shell dichotomy revisited: The lithics speak out" en Peter E. Siegel, ed., *Ancient Borinquen: Archaeology and Ethnohistory of Native Puerto Rico*. Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- _____ (2005b): "The function of the edge-ground cobble put to the test: An initial assesment" en *Journal of Caribbean Archaeology*. No. 6.
- Roe, Peter G. (1989): "A grammatical analysis of Cedrosan Saladoid vessel form categories and surface decoration: Aesthetic and technical styles in early Antillean ceramics" en Peter E. Siegel, ed., *Early Ceramic Population Lifeways and Adaptive Strategies in the Caribbean*. BAR International Series 506, Oxford, British Archaeological Reports.
- _____ (1995): "Eternal companions: Amerindian dogs from Tierra Firme to the Antilles" en *Proceedings of the Fifteenth International Congress for Caribbean Archaeology, Puerto Rico 1993*.
- Rouse, B. Irving (1964): "Prehistory of the West Indies" en *Science*. No. 144.
- _____ (1986): *Migrations in Prehistory: Inferring Population Movement from Cultural Remains*. New Haven, Yale University Press.
- _____ (1992): *The Tainos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Sanoja Obediente, Mario e Iraida Vargas Arenas (1995): *Gente de la Ca-*
- noa: Economía política de la antigua sociedad apropiadora del noreste de Venezuela*. Caracas, Universidad Central.
- _____ (1999): "Early modes of life of the indigenous population of Northeastern Venezuela" en Gustavo G. Politis y Benjamin Alberti, eds., *Archaeology in Latin America*. Londres, Routledge.
- Serrand, Nathalie (2001): "Occurrence of exogenous freshwater bivalves (Unionoida) in the Lesser Antilles during the 1st millenium A.D.: Example from the Hope Estate Saladoid site (St. Martin, French Lesser Antilles)" en *Proceedings of the Eighteenth International Congress for Caribbean Archaeology, Grenada 1999*. T. I.
- Siegel, Peter E. (1991): "Migration research in Saladoid archaeology" en *The Florida Anthropologist*. Vol. 44, No. 1.
- _____ (1996): "Ideology and culture change in prehistoric Puerto Rico: A view from the community" en *Journal of Field Archaeology*. No. 23.
- Siegel, Peter E. y Kenneth P. Severin (1993): "The first documented prehistoric gold-copper alloy artefact from the West Indies" en *Journal of Archaeological Science*. No. 20.
- Watters, David R. y Richard Scaglion (1994): "Beads and pendants from Trants, Montserrat: Implications for the prehistoric lapidary industry of the Caribbean" en *Annals of the Carnegie Museum*. Vol. 63, No. 3.
- Ulloa Hung, Jorge (2005): "Approaches to early ceramics in the Caribbean: Between diversity and unilineality" en L. Antonio Curet, Shannon Lee Dawdy y Gabino La Rosa Corzo, eds., *Dialogues in Cuban Archaeology*. Tuscaloosa, University of Alabama Press.



UNIVERSOS SOCIO-CÓSMICOS EN COLISIÓN: DESCRIPCIONES ETNOHISTÓRICAS DE SITUACIONES DE INTERCAMBIO EN LAS ANTILLAS MAYORES DURANTE EL PERÍODO DE PROTOCONTACTO

ANGUS A. A. MOL

INTRODUCCIÓN

Los estudiosos de la arqueología de las Antillas Mayores reconocen —o deben reconocer— que una parte significativa de las premisas contenidas dentro de su subparadigma arqueológico se construye a menudo, solamente o en gran medida, basado en referencias históricas de los cronistas que escribieron sobre los contactos iniciales entre los españoles y la población indígena de las Antillas Mayores. No obstante, con frecuencia estas mismas fuentes etnohistóricas son consideradas insuficientes para ser usadas como herramientas analíticas con las cuales establecer conclusiones de largo alcance.

Este artículo es un esfuerzo por insertar, en el manejo de las fuentes etnohistóricas, tanto elementos de teorías de las ciencias literarias, a menudo subutilizadas por los arqueólogos al hacer uso de evidencia documental, como una mezcla fresca de conceptos de la antropología cultural y biológica. El análisis etnohistórico se centrará en el contenido y contexto de las relaciones de intercambio hispano-aborígenes durante el período del proto-contacto en La Española (1492 hasta alrededor de 1500 d. C.; etapa en que los contactos entre europeos y aborígenes aún no tenían un carácter destructivo irreversible). Aportará además, valoraciones sobre los esquemas de intercambio precolombinos y sobre el tema de la distribución de ciertos artefactos altamente elaborados encontrados por arqueólogos en el Caribe.

BIENES SOCIALES

En el contexto de las actividades sociales que debieron haberse desarrollado en el Caribe cerámico tardío, es obvio que los patrones de distribución de artefactos muy elaborados pueden ser interpretados de varias maneras. La investigación aquí presentada, enfatiza en un modelo en el cual tales patrones son el resultado de un intercambio controlado (intercambio dirigido, no abierto, como la transmisión estilística o la difusión, etc.) dentro de un sistema socio-económico dependiente del intercambio de regalos. Dentro

de este sistema socio-económico hay ciertos bienes que asumen un papel ideal. Estos “regalos ideales” resultan excepcionalmente aptos para la circulación en situaciones socialmente peligrosas y de alta complejidad, que cada intercambio supone en su misma naturaleza, y por consiguiente estos objetos, que constituyen el regalo, son vistos como “socialmente valiosos”.

“Socially valued goods” (Spielmann 2002) o bienes sociales, son siempre objetos finamente manufacturados que en algunas ocasiones toma meses crear¹ y que en cualquier caso, son más valiosos que su costo de producción. Estos bienes pueden ser materiales en su naturaleza, pero también pueden funcionar a nivel de lo que hoy en día llamamos “propiedad intelectual”, por ejemplo el conocimiento de cierto ritual, un baile, cómo curar una determinada enfermedad, etc.² Además de su costo de producción, estos artículos derivan su valor de una singularidad muy distintiva: su carácter personal. Cuando un bien social se intercambia no solo el artículo es intercambiado, sino también la narrativa que lo rodea; su historia de vida (ver Appadurai 1986). Esta narrativa puede ser construida usando varios métodos: al incorporar un discurso sobre el proceso de adquisición a larga distancia (Helms 1988), al referir la extrema calidad de su elaboración (Helms 1993) y/o al asociar el artículo con antepasados (Helms 1998).

Naturalmente un bien social no tiene esta naturaleza si no es parte de una escena social y una relación es estimada según ciertas consideraciones. Sin embargo, esta conexión siempre se despliega con gran cuidado y el uso de los bienes sociales implica una manipulación que los incluye o excluye según el tipo de intercambio y el momento (ver Komter 2005). Este “hecho social total” es abstraído por el antropólogo francés Maurice Godelier (1999) como la paradoja de “tener-para-dar” y “dar-para-tener”. Las cosas deben tenerse para imbuirlas de valor y significados y deben darse para otorgar valor y significados a las cosas que se tienen.

La necesidad de tener para dar y de dar para tener es un hecho más evidente cuando se presenta como una hipérbola. Si todo fuera inalienable, la esfera socio-económica resultaría estática, inamovible. No habría posibilidad de cambios de significados a partir de la interacción. Por otro lado, si todo fuera alienable el universo socio-cósmico sería volátil, invalorable. Todo cambiaría al azar y abruptamente debido a la naturaleza descuidada y sin sentido de la interacción. Algunos estudiosos, entre ellos Mauss, temen que esta sea la clase de mundo que el capitalismo nos depara (Mauss 1990).

FIJANDO COSTOS

En su trabajo, Godelier considera los regalos (por ejemplo, los bienes sociales), como la materialización de esta paradoja, la apropiación de dos de sus materializaciones extremas: mercancías y objetos sagrados. Sin embargo, lo que esta teoría no aborda es cómo la suntuosidad y el costo de cierto artículo se evidencian en la práctica y por qué razones. Es aquí que puede resultar útil la antropología biológica con la teoría de “señalización de costos”. Señalar costos es una táctica que despliega comportamientos arbitrariamente dispendiosos para enviar señales con información que se estima cierta, sobre cualidades individuales subyacentes. Se trata de cualidades difíciles de observar o transmitir (por ejemplo, el interés por una relación social específica), en tanto se despliegan en una esfera pública.

Originalmente la señalización de costos fue desarrollada por economistas (Spence 1973), pero el ejemplo clásico, en teoría antropológica, de señalización de costos es la caza de grandes presas (ver Bird *et al.* 2001). Este tipo de caza es, a menudo, bastante peligrosa y al parecer los valores calóricos que se obtienen no son superiores a los conseguidos mediante el forrajeo o la caza de animales pequeños, por lo que existen otras razones que la justifican. La señalización de costos es uno de esos motivos. Numerosos estudios muestran que aunque el reparto del producto de la caza raramente es recíproco, los cazadores comparten a menudo su captura con personas que no participaron en la caza. Con esto señalan su habilidad competitiva y posiblemente, su interés en una relación específica. También se ha visto que los mejores cazadores tienen más mujeres y mayor éxito reproductivo.

Aunque en el contexto de los intercambios sociales pudiera parecer algo grosero, concentrarse en tales estrategias de manejo de la sexualidad y del ego, el empleo de esta teoría, en combinación con las teorías de solidaridad social, tales como las de entrega de regalos, revela que señalar costos es muy útil al indicar cualidades que son difíciles de observar o transmitir. Es en este caso que podría darse el intercambio de bienes sociales para transmitir los nexos de un individuo o comunidad con otro individuo o comunidad. Los métodos usados para construir la narrativa de un bien social podrían verse como cualidades agrupadas para producir una poderosa señal de costo que marca las cualidades sociales de un individuo o un grupo y su (o sus) conexión con la relación. Cuando estos signos se materializan como objetos, es que pueden hacerse visibles para los arqueólogos.

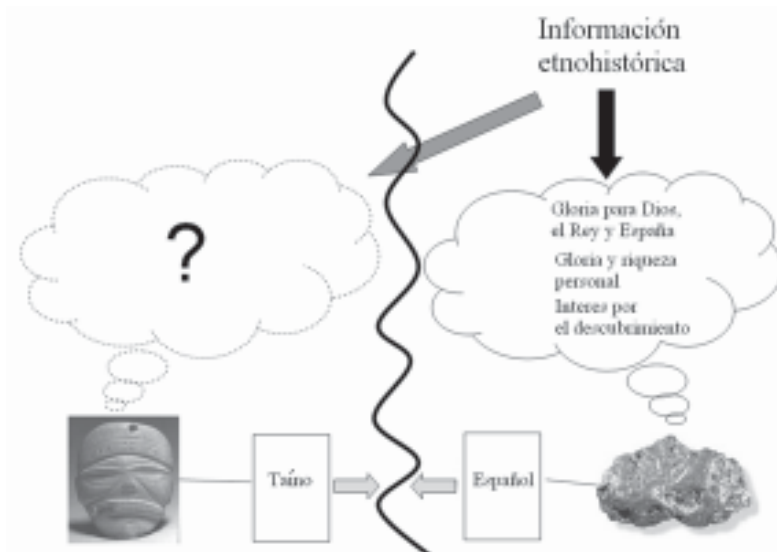


Figura 1. Modelo de análisis etnohistórico en un universo socio-cósmico rígido.

LOS UNIVERSOS SOCIO-CÓSMICOS

Las señales de costo se materializan en bienes sociales y son empleadas activamente en las relaciones sociales. Es imprescindible, sin embargo, tener un amplio conocimiento del ambiente cultural en el cual se verifican tales relaciones para entender el significado de los bienes sociales. Como Godelier (1999) plantea: “En realidad lo que está presente en el objeto, vinculado a su dueño, es el completo imaginario de la sociedad, de su sociedad”. Este contexto social más que un paradigma —más que una manera de hablar y producir conocimientos—, es un universo dentro de su propio contexto social: es un universo socio-cósmico (Dumont 1972); ver además Goodman (1978) y Putnam (1988). Un universo socio-cósmico es un sistema social normativo que comprende la totalidad de la acción social dentro de una esfera social específica de relaciones. Depende significativamente de la manera en que el mundo es estructurado por un individuo y por su comunidad. Sin embargo, un universo socio-cósmico es —en contraste con un paradigma— flexible, en tanto las nuevas acciones sociales, las cuales entran en la esfera social del individuo y la comunidad a través de las nuevas conexiones sociales, son inmediatamente incluidas dentro del universo socio-cósmico si no hay ningún tabú al respecto.

Aunque puede argumentarse que el intercambio de bienes sociales es un “total social” y un hecho casi universal, la sensibilidad de los contextos de intercambio suponen un problema para el uso de esta teoría en arqueología. El conocimiento cultural específico del universo socio-cósmico que se está investigando y con el cual se contextualizaron las distribuciones arqueológicas, es generalmente limitado. Es aquí donde, de forma casi inmediata, se hace evidente el valor del dato etnohistórico. La idea predominante es que la información sobre los intercambios entre los españoles y las poblaciones indígenas del Caribe, descritos en las fuentes etnohistóricas del período de contacto temprano, pueden usarse de forma directa para describir el universo socio-cósmico español. Sin embargo, debido al “oscurecimiento etnocéntrico de la visión” de los cronistas españoles, estas fuentes pueden usarse solo parcialmente para describir el universo socio-cósmico indígena del Caribe (figura 1). En lo que se refiere al período del protocontacto, la situación es mucho más complicada (figura 2).

Como se planteó anteriormente, los universos socio-cósmicos son flexibles: no hay límites si no hay límites descriptivos en el universo socio-cósmico en sí mismo. Esto significa que siempre que haya dificultades en la transmisión de signos sociales de un universo socio-cósmico a otro, no obtendremos signos claros. Lo que ocurre en cambio, es que como los signos provienen de ambos lados se produce un desajuste de significados. Estos son casi comprensibles para ambos paradigmas socio-cósmicos, pero no de manera completa, por lo que se produce algo completamente nuevo (ver Rapport 2001). En la teoría literaria postcolonial este proceso se conoce como “hibridación”. Aunque los antropólogos afirman que este nuevo sistema híbrido no es menos “auténtico” que el sistema anterior y que por consiguiente amerita ser investigado en un universo socio-cósmico híbrido, por derecho propio (Rapport y Overing 2000), es difícil para los arqueólogos seguir esta línea de razonamiento. Como consecuencia, esta teoría no resulta muy eficaz para contextualizar los elementos postcontacto dentro de situaciones precontacto. Estimo, sin embargo, que si prestamos atención a los procesos de trabajo en un universo socio-cósmico que se está hibridando, podremos parcialmente desenredar los signos hibridados.

Uno de los procesos de trabajo relacionados con situaciones de contacto que se analizará aquí es la mímica / “mimicry”. “Mimicry is the desire for a reformed, recognizable other, as a subject of a



Figura 2. Modelo de análisis etnohistórico en un universo socio-cósmico híbrido.

difference that is almost the same, but not quite" (Bhabha 1994: 122). (La mímica es el deseo por un otro, reformado, reconocible como sujeto de una diferencia que es casi la misma pero no llega a serlo completamente —traducción de Adriana Churampi—). La mímica/imitación es lo que ocurre cuando en circunstancias de contacto ambivalente, marcadas por la existencia de un lado que conduce al otro, el lado dominado repite la señal enviada por el lado dominante aunque representándola en sus propias condiciones. Cuando este proceso de copia de señales continúa por un tiempo suficientemente largo, se desarrolla una situación en la que la parte dominada se vuelve "lo mismo pero no igual". Lo que tiene que entenderse es que esa equidad exacta no necesariamente es deseada por la parte dominante. Lo que intentaremos mostrar en el ejemplo siguiente es que el proceso de imitación estuvo también presente durante el período del protocontacto caribeño —quizás a un nivel subconsciente— y que esto se hace visible en las señales que estaban enviándose durante el intercambio social de bienes desde ambos lados.

LA LISTA DE COLÓN

La lista de los objetos que Colón recibe (*Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas posesiones españolas de la América y Oceanía*, vol. X, pp. 5 a la 9) describe y categoriza los bienes obtenidos de la población aborígen de La Española, los taínos, a través de "rescates", tributos y otras formas de captación. Estos objetos fueron reunidos por Colón y los españoles asentados en la isla entre el primer cuarto del año 1495 y el primer cuarto de 1496. Es un documento verdaderamente inestimable que no sólo refiere las cantidades recibidas, sino que también describe brevemente y nombra, muchos de los artículos. Es necesario, sin embargo, manejar esta fuente con cuidado pues, dado el carácter inicial del contacto, es difícil sostener solamente que los objetos dados a Colón representan "auténticas" señales de intercambio social generadas desde el universo socio-cósmico taíno. Sería más exacto describir esta fase de contacto como un período en el que tanto los procesos de hibridación como los de imitación, empiezan a desempeñar un papel importante.

Para este análisis se ordenaron los grupos de objetos según el año y mes en que fueron recibidos y se categorizaron según los diversos tipos de materiales. Al ser valorados diacrónicamente dan una visión interesante del desarrollo de los contactos entre taínos y españoles.

Al analizar todos los objetos juntos podemos notar un momento pico en su recepción, tanto en cantidades absolutas de artículos intercambiados como en los grupos de objetos, lo mismo al principio que al final del período que la lista considera (figura 3).³ Ambos momentos podrían relacionarse con dos eventos específicos, muy importantes para la relación entre taínos y españoles. El principio de este período, marzo de 1495, corresponde a la primera campaña militar en la Vega Real. En este momento Colón estaba reuniendo a un grupo de españoles y aborígenes aliados y preparaba una incursión bélica. Probablemente esto pudo estimular un aumento de la entrega de regalos por algunos caciques que no querían estimular el conflicto o querían fortalecer su alianza con los españoles. El final del período, febrero de 1496, corresponde al momento en que Colón está dejando La Española y retorna a Castilla, con una gran flota. Este aumento en el recibo de entregas en La Isabela, podría corresponder a los "regalos de despedida" de los taínos, para Colón, el "cacique" de los españoles.

Si prestamos más atención a los volúmenes de las entregas, otros hechos muy interesantes resultan visibles (ver figuras 4 y 5). Es bien conocido que los españoles iniciaron su viaje de exploración hacia el oeste por una razón muy específica: encontrar el acceso a los grandes yacimientos de oro que se rumoraba existían en el oriente. Wilson (1990) refiere que cuando ya había pasado la novedad de algunos objetos exóticos, inicialmente intercambiados, como loros y hamacas, el interés por el oro continuó con la misma intensidad. Había cierta cantidad de oro en la Antillas Mayores, pero era claro, que no se acercaba a las legendarias riquezas del Oriente. Todavía los españoles en

La Isabela, recibieron cierta cantidad de oro así como numerosos artefactos con incrustaciones u ornamentos del mismo. Si seguimos estas entregas a través del tiempo, un cuadro muy notable, aunque previsible, va apareciendo.

Es claramente visible que el inicio de las relaciones de intercambio entre Colón y los taínos estuvo marcado por la falta de familiaridad de los taínos con el universo socio-cósmico español y viceversa. Esto llevó a la entrega, por parte de los taínos, de varios tipos diferentes de bienes sociales los cuales, en la mayoría de los casos, no contenían oro, el bien social que los españoles realmente deseaban. Esta primera fase de la relación se podría describir como un período en el que se enviaron y recibieron señales, por ambas partes, pero estas se entendieron solo en el contexto del universo socio-cósmico que las generaba. Con el tiempo estas señales se hicieron más comprensibles, pero nunca de una manera total, produciendo con ello, una situación híbrida.

En este sentido el contacto inicial se desarrolló en un contexto híbrido y no en una situación en la que los españoles fueran totalmente dominantes desde el principio. Esto se sostiene en el hecho de que el taíno empezó a imitar —casi de la misma manera, pero no al igual— las señales enviadas por los españoles, en su enfoque respecto al oro como un bien social conveniente. Al parecer,

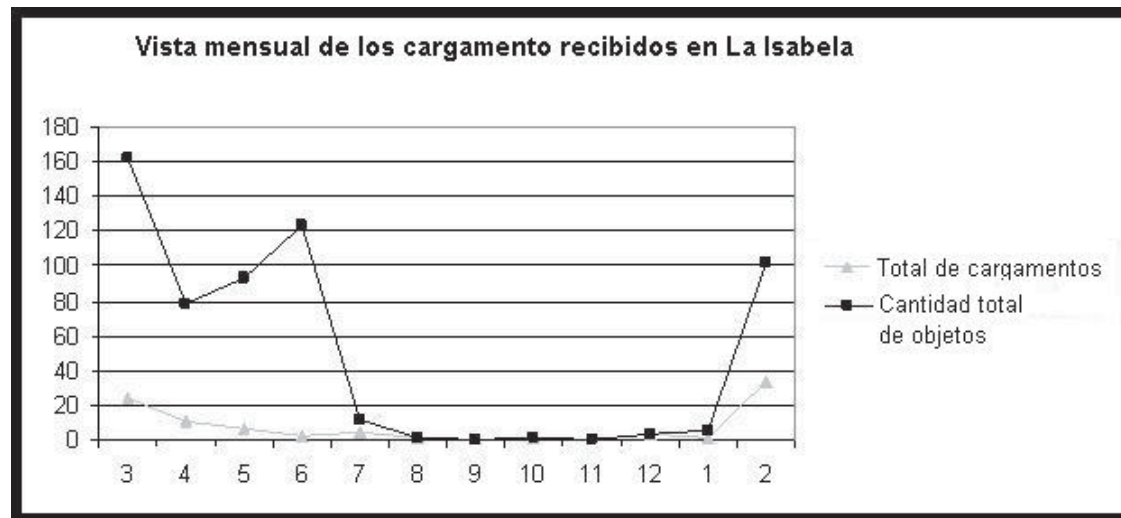


Figura 3. Vista mensual de los cargamentos recibidos en La Isabela.

como plantea Oliver (2000), no era el oro sin procesar el que tenía más valor en el universo socio-cósmico taíno, sino aquel elaborado artesanalmente a partir de su relación, en estructuras y composiciones muy cuidadosas, con otros materiales. Esto es visible en la lista de objetos que Colón reúne. Los artículos que contienen oro se incrementan de un 22 % en 1495, a un 56 %, en 1496, lo que indica que las señales españolas de interés por el oro, fueron recibidas por los taínos y comprendidas como demandas de objetos que contuvieran fragmentos de oro, incrustaciones y ornamentaciones.

Las entregas de oro sin procesar aumentaron exponencialmente en cuanto la fase inicial de hibridación terminó. Está claro que este también fue el momento en que los taínos consiguieron completar una imagen adecuada de quiénes eran los españoles. Tristemente este momento coincide con la invasión y la destrucción del taíno y su universo socio-cósmico por la fuerza militar y el trabajo forzado. Esto queda claro en una posterior lista de bienes obtenidos en La Española —1505 hasta 1508— que casi solamente refiere al oro conseguido como tributo. Los otros pocos objetos que se describen en esta otra lista, tomados para mostrar en la corte real de Castilla, indican que un universo socio-cósmico dependiente de la entrega de regalos había sido totalmente reemplazado por el



Figura 4. Presencia de oro en la lista de Colón, 1495.

sistema de encomienda, basado esencialmente en el trabajo forzado (Mira Caballos 2000: 48-141).

UNA SITUACIÓN TÍPICA DE INTERCAMBIO EN EL PERÍODO DE PROTOCONTACTO

Resulta claro que las semillas de la posterior etapa de violencia que arrasaría las Antillas, ya estaban sembradas al prepararse la lista de objetos obtenidos por Colón, entre 1495 y 1496, sin embargo, este documento muestra un universo socio-cósmico híbrido en el que españoles y taínos están a la par. Tal situación es también visible cuando estudiamos otras fuentes etnohistóricas, que podrán ser menos estructuradas que la lista de 1495, pero no menos descriptivas en su naturaleza, como es el diario del primer viaje colombino. Este texto, inestimable aunque unilateral, aporta datos sobre el contacto intercultural y ofrece una peculiar visión de los significados aportados por los españoles a las señales del universo socio-cósmico taíno. Esto se hace evidente en la descripción de muchas situaciones de intercambio desarrolladas entre Colón y los taínos. Los apuntes del 18 de diciembre de 1492 relatan una de estas situaciones. Ese día los españoles celebraban la Fiesta de la Anunciación y un cacique desconocido llegó a la playa junto a unos 200 aborígenes; con un pequeño grupo de hombres fue tomado a bordo de la *Santa María*, donde Colón ya se preparaba para la cena (Navarette 1922: 109):

El, así como entró en la nao, halló que estaba comiendo a la mesa debajo del castillo de popa, y él, a buen andar, se vino a sentar a par de mí y no me quiso dar lugar que yo me saliese a él ni me levantase de la mesa, salvo que yo comiese. Yo pensé que él tendría a bien comer de nuestras viandas; mandé luego traerle cosas que él comiese. Y, cuando entró debajo del castillo, hizo señas con la mano que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hicieron con la mayor prisa y acatamiento del mundo, y se asentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayo, que vinieron y se asentaron a sus pies, y de las viandas que yo le puse delante tomaba de cada una tanto como se toma para hacer la salva, y después luego lo demás enviábalo a los suyos, y todos comían de ella; y así hizo en el beber, que solamente llegaba a la boca y después así lo daba a los otros, y todo con un estado maravilloso y muy pocas palabras, y aquellas que él decía, según yo podía entender, eran muy asentadas y de seso, y aquellos dos le miraban a la boca y hablaban por él y con él y con mucho acatamiento. Después de comido, un escudero traía un cinto, que es propio como los de Castilla en la hechura, salvo que es de otra obra, que él tomó y me lo dio, y dos pedazos de oro labrado que eran muy delgados, que creo que aquí alcanzan poco de él, puesto que tengo que están muy vecinos de donde nace y hay mucho. Yo vi que le agradaba un arambel que yo tenía sobre mi cama; yo se lo di y unas cuentas muy buenas de ámbar que yo traía al pescuezo y unos zapatos colorados y una almatraja de agua de azahar, de que quedó tan contento que fue maravilla; y él y su ayo y consejeros llevan grande pesar porque no me entendían ni yo a ellos. Con todo, le conocí que me dijo que si me cumpliese algo de aquí, que toda la isla estaba a mi mandar.

Colón declara explícitamente que el cacique taíno y sus consejeros no lo pudieron entender y que se afligieron por ello. Aun así, esto no detuvo el intercambio, y envían señales de gran valor bajo la forma de regalos de bienes sociales. En este caso un cinturón y pedazos de oro, son entregados por el cacique a Colón, quien reciprocó el regalo entregando, entre otras cosas, un paño, cuentas de ámbar y un par de zapatos rojos.



Figura 5. Presencia de oro en la lista de Colón, 1496

Estos intercambios podrían parecer casuales, pero fueron cuidadosamente pensados como señales enviadas y recibidas por el cacique taíno y por Colón. Los dos aceptan e imitan lo que perciben como comportamientos extraños a su propio universo socio-cósmico, en la medida que elaboran una plataforma común de entendimiento. Esto se hace en cierta medida, encontrando metáforas de su propio universo socio-cósmico en las acciones emprendidas por la otra parte; Colón por ejemplo, interpreta los pequeños bocados y la subsecuente distribución de alimentos por el cacique como las acciones de un catador de comida en una corte europea. El hallazgo de metáforas por los españoles se facilita por el hecho de que algunos aspectos de ritualización taína del intercambio eran comparables a los de audiencias y ocasiones oficiales en las cortes europeas. De la cita anterior y de otras donde se describen situaciones similares puede deducirse que una ocasión de intercambio ritualizado entre los taínos, debe haber incluido, en este orden cronológico, los siguientes elementos:

1. Entrada / acomodo
2. Ofrecimiento de comida, que es “probada”
3. Distribución de la comida
4. El invitado ofrece bienes
5. El anfitrión ofrece bienes

Siguiendo analogías etnográficas, a partir de datos de poblaciones indígenas de las tierras bajas sudamericanas, es posible considerar que una “auténtica” ceremonia taína de intercambio se realizaría en términos similares a los que a continuación se describen. Por ejemplo, entre comunidades indígenas de Surinam es natural que después de entrar a la aldea no se realice ningún intercambio si primero no se sientan en un taburete especial y se tiene un largo diálogo introductorio con el compañero de intercambio (Koelewijn y Rivière 1988). Después de esto es costumbre tener un gran banquete en honor de los invitados, el cual es patrocinado por la comunidad del anfitrión, tal como ocurrió en el caso del encuentro entre el cacique taíno y Colón. Tras el festín inicial se producen muchos pequeños intercambios durante un prolongado período de socialización y festejo (Chagnon 1995: capítulo 5). Este es un momento clave porque es cuando se revitalizan la mayoría de las conexiones sociales existentes entre ambas partes. Después de esta etapa, y justo antes de que los invitados dejen el pueblo, se efectúa el ritual principal de intercambio en el cual invitados y anfitriones se ofrecen bienes y discuten sobre la calidad de estos. Aparentemente los bienes sociales entregados por Colón resultaron de una calidad admirable para el universo socio-cósmico taíno pues, según Colón comenta en su diario, los aborígenes mostraron júbilo por los regalos recibidos. Al final, el intercambio se cierra a menudo haciendo arreglos para encuentros similares.

BIENES SOCIALES ESPECÍFICOS

Alegría (1980) ha proporcionado detalles del contexto cultural de muchos de los artículos mencionados en la lista. Aún, sin embargo, no es claro el valor social de algunos de estos objetos, aspecto básico para entender los mensajes que pudieron ser enviados a través de su entrega como regalos (figura 6).

Un artículo muy interesante que se nombra en la lista es la *guaíza*. Hay muchas cosas que decir sobre este enigmático artefacto (Mol 2007), pero resulta indiscutiblemente, entre los objetos referidos, uno de los más estimados para el contacto social. Se conoce por el dato arqueológico que estas piezas, elaboradas en concha y con representaciones de rostros antropomorfos y antropozoomorfos, se reportan en una amplia zona que se extiende desde el sur de las Granadinas hasta el oriente, e incluso el centro-oeste de Cuba. Desgraciadamente el hecho de que sean elaborados en concha, limita la investigación arqueométrica de su

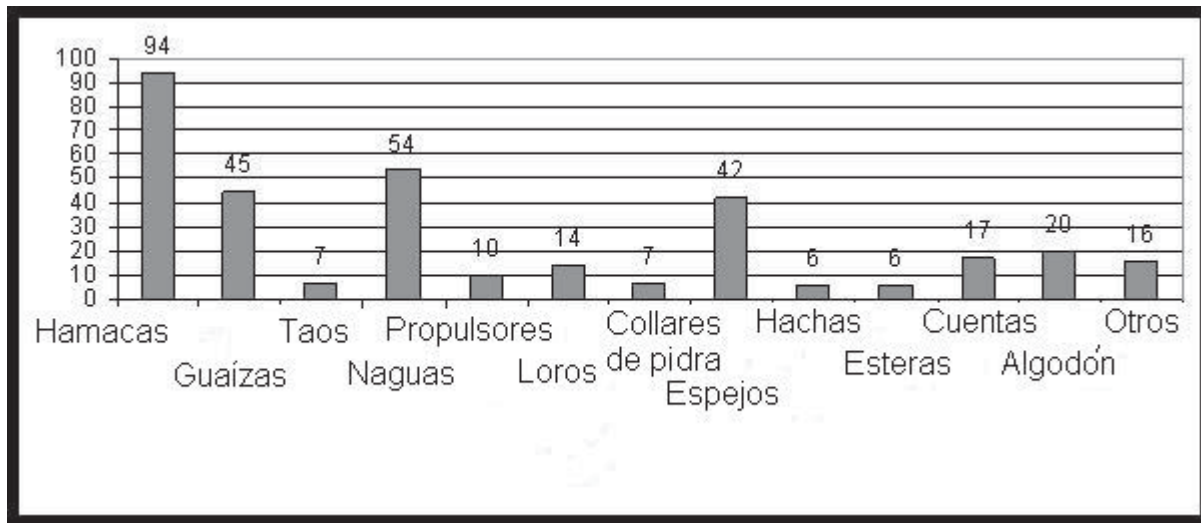


Figura 6. Cantidad de artículos en la lista de Colón.

procedencia y la posibilidad de establecer en términos arqueológicos, procesos de intercambio a partir de su hallazgo. No obstante, sabemos por las fuentes etnohistóricas que estos artefactos, en varias ocasiones, fueron objeto de intercambio entre europeos y taínos; tal es el caso del 26 de diciembre de 1492, cuando Colón recibe una *guaíza* de Guacanagari, un cacique de La Española (Navarrete 1922: 129): “Trajeron al Almirante una gran carátula que tenía grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y en otras partes, la cual le dio con otras joyas de oro que el mismo rey había puesto al Almirante en la cabeza y al pescuezo”. El regalo de una *guaíza* debe haber sido una señal muy valiosa desde la perspectiva aborígen pues tales ornamentos están muy relacionados con los conceptos de personalidad y supuestamente solo podían ser usados por los rangos más altos de la élite taína (Oliver 2000).⁴

Otros artículos que debieron haber sido muy estimados por los taínos son los 6 cinturones referidos en la lista, de los que al menos 4 tenían insertadas representaciones de rostros, quizás *guaízas*. La posible razón del valor atribuido a estos cinturones solo puede conjeturarse; tal vez cubrían el ombligo cuya presencia en el cuerpo, según Pané (1999 1571: 19), distinguía a los vivos de los muertos. Un ejemplo de estos cinturones —del período del contacto— puede verse en el Museum f’ür Völkerkunde en Viena. Los misteriosos “tao” no pueden identificarse, pero quizás eran objetos simi-

lares a las hojas de oro y espejos, de los cuales se mencionan 42 ejemplares en la lista. Estas superficies reflectantes podrían haber sido muy valiosas en el universo socio-cósmico taíno dadas sus posibilidades de distribución, ya que podían fragmentarse y distribuirse entre varios caciques, como describe Colón en su diario, el 17 de diciembre (Navarrete 1922: 107).

Bienes de gran valor, también mencionados, son 14 loros. Por las anotaciones hechas por Colón en su diario, el día 10 de diciembre, sabemos

de su interés por obtener estas aves para llevarlas a la corte real, en España. Wilson (1990) considera que los loros pudieron ser símbolos importantes en el universo socio-cósmico taíno, pues se consideraban bienes ideales para el intercambio entre caciques. Es significativo que la denominación taína para los loros sea *guacamayo*, palabra que incorpora el prefijo *gua*, también presente en otras palabras relacionadas con objetos de gran valor como *guaíza*, *guanín* (aleación de oro, cobre y plata) y *guitiao*, término con que se refiere al intercambio ritual de nombres. Hay amplia evidencia además, de que entre aborígenes de Guyana los loros son muy estimados para intercambios (Howard 2001).

Presumiblemente existían diferentes clases de bienes de intercambio, esto puede inferirse del hecho de que los artículos cambiados por Colón y otros españoles de alta jerarquía, con los caciques taínos, eran diferentes a los reportados en intercambios donde estuvieron involucrados miembros comunes de la tripulación europea y grupos taínos, posiblemente de bajo rango. Algunos de estos bienes están recogidos en la lista de Colón, como 94 hamacas, 54 naguas, 10 propulsores de dardos, 17 cuentas/canutos y 20 madejas de algodón. Sin embargo, la evidencia es demasiado circunstancial para poder definir si había dos sistemas de intercambio diferentes —uno para las élites y otro para las personas comunes— o si este es el resultado de matices y

opciones personales dentro de un sistema de intercambio. Lo que sí puede deducirse del contenido y volumen de los intercambios realizados es que los taínos enviaron señales muy costosas a Colón y a los otros españoles.

CONCLUSIONES

Esta limitada revisión de las fuentes etnohistóricas que describen o relacionan el intercambio de bienes sociales, evidencia que el universo socio-cósmico taíno estaba regulado en gran parte por un sistema socio-económico basado en este intercambio. El taíno probablemente intentó continuar esta práctica con los españoles, durante el período del protocontacto, enviando señales específicamente costosas para hacer referencia a la habilidad competitiva de ciertos caciques y para mostrar el interés por desarrollar vínculos sociales amistosos con los recién llegados. Aunque los universos socio-cósmicos de los españoles y taínos eran muy diferentes, ambas partes intentaron comunicar y entender mensajes, desde una plataforma compartida. Esto llevó, al menos al inicio del período de contacto, a una situación híbrida en la que el taíno de separó gradualmente de su viejo universo socio-cósmico y de su sistema de valores. El mismo proceso afectó, en alguna magnitud, a los españoles.

Es muy difícil, por consiguiente, reconstruir un “auténtico” universo socio-cósmico taíno partiendo sólo de la perspectiva que ofrecen las fuentes etnohistóricas. Por esta razón debemos tener mucho cuidado al aplicar lo conocido durante las situaciones del contacto a las situaciones de precontacto. Es aquí que un conocimiento detallado del contexto arqueológico de los bienes sociales puede ofrecer una visión no distorsionada por la hibridación euro-caribeña. Lo que puede considerarse con seguridad es que el taíno empleó un sistema de intercambio muy complejo en el cual los bienes sociales eran parte de diversos conjuntos de objetos. Estos fueron entregados y atesorados en momentos estratégicos de las relaciones sociales, durante los cuales se desplegaron cuidadosamente, los rituales de intercambio.

De las fuentes etnohistóricas emerge también, de manera dolorosamente obvia, que los cambios en el universo socio-cósmico taíno durante el período de contacto inicial, debido a los procesos de imitación, fueron discretos pero cruciales. Estos procesos

condujeron a transformaciones rápidas en el sistema socio-económico taíno, subvirtiendo su universo socio-cósmico y sus bien establecidos modelos de poder. Esto ayudó a los españoles cuando, después del período inicial, relativamente pacífico y caracterizado por el regalo de bienes sociales, las relaciones se hicieron hostiles y los taínos fueron subyugados y casi inmediatamente después destruidos. Quedaría claro de esta temprana colisión de dos universos socio-cósmicos, como en muchas situaciones coloniales futuras, que ser *lo mismo pero no igual*, no resulta una garantía para la supervivencia.

NOTAS

¹ Para una idea del tiempo que pudo tomar elaborar algunos de los famosos artefactos de algodón del Caribe, como el “zemí con cuentas” del Museo Pignorini, consultar a Ostapkowicz (2006).

² Por las fuentes etnohistóricas sabemos que en el Caribe la “propiedad intelectual” se manejó en intercambios; a través del regalo de *areítos*, bailes rituales, o del *guaitiao*, intercambio de nombres.

³ Cuando los objetos forman grupos consideramos a todos los artículos de un mismo tipo, dados en una sola ocasión, como un cargamento. Por ejemplo, para el 10 de marzo cuando “tres carátulas con diez y nueve piezas de hoja de oro, é dos espejos, las lumbres de hoja de oro, é dos torteruelos de hoja de oro” fueron recibidos en La Isabela, se consideran 3 cargamentos.

⁴ Si se realiza un análisis lingüístico más preciso de la palabra *guaíza* queda claro que está formada por dos elementos diferentes. En el término *guaíza* puede encontrarse el prefijo *wa*, que incluye la primera y segunda personas del posesivo (“nuestro”, “suyo y mío”) en lokono. El elemento restante *íza* esta conectado con *ísiba*, el cual se usa para varias funciones como “elemento sobresaliente;” en este caso puede ser traducido como “semblante”. Vendría a ser “nuestro semblante”, “nuestra cara”. En combinación con los datos de Pané (1999 [1571]: p. 19) *guaíza* podría parafrasearse como “el rostro de los vivos” o “la forma como se ve el espíritu de los vivos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Ricardo E. (1980): *Cristóbal Colón y el tesoro de los Indios taínos de La Española*. Santo Domingo, Ediciones Fundación García Arévalo.
- Appadurai, Arjun (1986): “Commodities and the Politics of Value” en *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Arjun Appadurai, ed., Cambridge University Press.
- Bhabha, Homi K. (1994): *The Location of Culture*. Routledge, London / New York.
- Bird, Rebecca B., Eric Smith y Douglas W. Bird (2001): “The hunting handicap: costly signaling in human foraging strategies” en *Behavioral Ecology and Sociobiology* 50 [1]: 9-19.

- Chagnon, Napoleon A. (1995): *Yanomamö*. Holt, Rinehart and Winston, New York.
- Clark, John E. y Michael Blake (1994): "The power of prestige: competitive generosity and the emergence of rank in lowland Mesoamerica" en *Factional Competition and political development in the New World*. E. M. Brunfield y J. W. Fox, eds., Londres, Blackwell.
- Dumont, Louis (1970): *Homo Hierarchicus: An Essay on the Caste System*. Chicago, University of Chicago Press.
- Earle, Tim K (1981): "The Ecology and Politics of Primitive Valuables" en *Culture and Ecology: Eclectic Perspectives*. Vol. 15, John G. Kennedy y Robert G. Edgerton, eds., Special Publications of the American Anthropological Association.
- Godelier, Mauric (1999): *The Enigma of the Gift*. Translator Nora Scott, Chicago, University of Chicago Press.
- Helms, M. (1988): *Ulysses' sail: an ethnographic Odyssey of power, knowledge, and geographical distance*. Princeton, Princeton University Press.
- _____ (1993): *Craft and the Kingly Ideal*. Austin, University of Texas Press.
- _____ (1998): *Access to origins: Affines, Ancestors and Aristocrats*. Austin, University of Texas Press.
- Goodman, Nelson (1978): *Ways of Worldmaking*. Indianapolis, Hackett Publishing.
- Howard, Catherine V. (2001): *Wrought Identities: The Waiwai Expeditions in Search of the "Unseen Tribes" of Northern Amazonia*. Ph.d. dissertation, Chicago, University of Chicago, Department of Anthropology.
- Koelewijn, Cees y Peter Rivière (1988): *Oral Literature of the Trio Indians of Surinam*. Leiden, KITLV Press.
- Komter, Aafke E. (2005): *Social Solidarity and the Gift*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Mauss, M. (1990): *The Gift*. London, Routledge.
- Mira Caballos, Esteban (2000): *Las Antillas Mayores, 1492-1550. Ensayos y documentos*. Madrid, Iberoamericana.
- Mol, Angus A. A. (2007): *Costly Giving, Giving Guaizas*. Tesis de maestría, Leiden, Facultad de Arqueología de la Universidad Leiden. Sidestone Press.
- Navarette, M. F. (1922): *Viajes de Cristóbal Colón*. Madrid, Calpe.
- Oliver, José R. (2000): "Gold symbolism among Caribbean chiefdoms: Of feathers, Cibas, and guanín power among Taíno elites" en *Precolumbian Gold. Technology, style and iconography*. C. McEwan, ed., Londres, British Museum Press.
- Ostapkowicz, Joanna (2006): "... and the cotton was very well spun". Ponencia presentada en la 71st Annual Meeting of the SAA.
- Pané, Fray Ramón (1999) [1571]: *An account of the Antiquities of the Indians. Chronicles of the New World Encounter*. Susan C. Griswold, tr., Durham y Londres Duke University Press.
- Putnam, Hillary (1988): *Representation and Reality*. Londres, MIT Press.
- Rapport, Nigel (2001): "Communicational Distortion and the Constitution of Society: Indirection as a form of life" en *Anthropology of Indirect Communication*. Joy Hendry y C.W. Watson, eds., Londres, Routledge.
- Rapport, Nigel y Joanna Overing (2000): "The Unhomely" en *Social and Cultural Anthropology: The Key Concepts*. Nigel Rapport y Joanna Overing, eds., Londres, Routledge.
- Richardson, Peter J. y Robert Boyd (2004): *Not by Genes Alone: How Culture Transformed Human Evolution*. Chicago, Chicago University Press.
- Spence, Michael (1973): "Job Market Signaling" en *The Quarterly Journal of Economics*. Vol. 87, No. 3.
- Spielmann, Katherine A. (2002): "Feasting, Craft Specialization, and the Ritual Mode of Production in Small-Scale Societies" en *American Anthropologist*. Vol. 104, No. 1.
- Wilson, Samuel M. (1990): *Hispaniola: The Chiefdoms of the Caribbean in the Early Years of European Contact*. Tuscaloosa, University of Alabama Press.

LAS COMUNIDADES ABORÍGENES DE CAZADORES- RECOLECTORES DE CUBA; PROBLEMAS Y POSIBILIDADES DE ESTUDIO

**GERARDO IZQUIERDO DÍAZ
ULISES M. GONZÁLEZ HERRERA**



Uno de los mayores problemas en relación con la reconstrucción de la información económico-social de la comunidad primitiva en Cuba es el correspondiente con el más temprano poblamiento de nuestro archipiélago por el hombre. Lo escaso y controvertido del material arqueológico, así como la precariedad de las interpretaciones vinculadas a esta sociedad aborígen, nos obliga a ser muy cautelosos en el momento de ubicarla y dominarla en el esquema de desarrollo de las comunidades aborígenes de Cuba. El siguiente trabajo, tomando como referencia revisiones bibliográficas y trabajos de campo, tiene como propósito definir los problemas y posibilidades de estudio que presenta esta fase de desarrollo socioeconómico, además de tratar de resumir a grandes rasgos las características fundamentales dentro del modo de vida que caracterizó a estos grupos humanos.

Pensamos que cada vez se hace más necesario resolver ciertos problemas teóricos, relacionados con las nomenclaturas propuestas para el esquema de desarrollo de las comunidades aborígenes de Cuba, con el objetivo de obtener una idea de cómo evolucionaron las sociedades aborígenes en nuestro archipiélago. Este trabajo está encaminado a exponer de manera sintética los principales problemas y posibilidades de estudio que presenta la fase de desarrollo económico más desconocida en nuestras sociedades prístinas.

Cuando hablamos en Cuba acerca de comunidades aborígenes de cazadores-recolectores, nos estamos refiriendo a la más temprana de las fases de desarrollo económico-social, dentro del esquema de clasificación propuesto por José M. Guarch (Guarch 1988), visto de este modo, a todos los estudiosos de la materia, nos queda claro que se trata de la sociedad aborígen que probablemente tuvo la primicia de descubrir y colonizar nuestro archipiélago en un pasado muy remoto (hasta donde se conoce $5\ 149 \pm 170$ a. p.). Sin embargo la fase de desarrollo mencionado presenta no pocos obstáculos para el cabal entendimiento de sus ubicación cronológica, lugar de partida y arribo a nuestras costas, nivel de

desarrollo alcanzado, permanencia en el territorio, rutas de desplazamiento, filiación cultural y socioeconómica, posibles contactos con otros representantes de sistemas socioculturales y de otras islas antillanas, además de poseer una denominación que nos parece poco ilustrativa de las actividades económicas desempeñadas por estas comunidades.

Los estudios arqueológicos, en relación con estos grupos, comenzaron a cobrar importancia a partir de los trabajos investigativos realizados por Kozlowski y el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba en la década de los años 70 del pasado siglo. Desde entonces hasta nuestros días han continuando apareciendo, en otros lugares, evidencias de artefactos líticos no reportados con anterioridad en el ajuar estudiado en la región de Mayarí (Holguín); estos están constituidos por hachas protobifaces, nódulos toscamente esféricos y lascas cóncavas, etc., aisladas en la región central. Es necesario señalar que en representantes de otros sistemas socioeconómicos, entiéndase grupos banwaroides y manicuaroides (Cueva Funche, Damajayabo, etc.), han aparecido algunas herramientas líticas que hasta la fecha no se consideran propias de estas comunas y sí vinculables con el utillaje lítico de los cazadores-recolectores.

En la periodización propuesta por Ernesto Tabío (1984), se ubica a estos grupos humanos como pertenecientes a la fase más temprana de las sociedades aborígenes en la etapa preagroalfatera; con posterioridad y basándose en la tipología del material lítico hallado y en las actividades económicas preponderantes, adjudicadas a estos hombres a partir del estudio de los sitios multicomponentes: Seboruco 1, Levisa 1 y Levisa 8, se ubicaron como una fase de desarrollo diferente, denominándolas cazadores-recolectores (Guarch: 1988); siempre comprendidos en la etapa de economía apropiadora. Como es conocido, el material de dieta asociado con estas comunas es muy escaso y controvertido, salvo un lugar que está siendo objeto de estudio, como para definir categóricamente una actividad económica fundamental y adjudicable a estos grupos; no obstante a partir de esta última propuesta se ha continuado utilizando la misma definición por algunos autores en el momento de estudiarlos.

El primer problema que presenta esta sociedad aborígen es el de la inapropiada denominación de que es objeto: paleolíticos, complejos Seboruco-Mordán, protoarcaicos, paleoarcaicos, paleoindios, preagroalfareros (comunidades con tradiciones paleolíticas) y va-

riante cultural Seboruco, términos más bien relacionados exclusivamente con los trabajos tecnotipológicos de la lítica asociada a dichos grupos. Esta nomenclatura además, constituye en algunos casos, una asimilación mecánica de situaciones históricas y culturales diferentes, enmarcadas fuera de nuestra realidad histórica.

Posteriormente y tratando de hacer énfasis en las actividades económicas preponderantes (según los estudios en Levisa I) se les denominó cazadores-recolectores. Creemos que esta denominación no define correctamente la economía de grupos que posiblemente no solo se dedicaban a cazar y recolectar; las evidencias de restos dietarios en dicho sitio apunten hacia una economía mixta (Pino 1991). Está claro que la explotación de recursos marinos no constituyó (hasta donde sabemos) el peso en la dieta de estos grupos tempranos pero cuando alguien lee cazadores-recolectores, solo piensa en estas actividades, obviando una mayor complejidad en el nivel de desarrollo de estas fuerzas productivas.

Aunque el total de evidencias de restos dietarios asociados a la explotación marina son escasas en Levisa 1 y casi nulas en Seboruco 1, debemos destacar lo poco confiable que resulta para estos grupos el análisis realizado a la fauna asociada en el lugar. No obstante, ¿sería adecuado inferir que comunidades que dominan la navegación en alta mar y se asentaban relativamente cerca de corrientes fluviales, no tuvieron la capacidad y la necesidad de apropiarse de los cuantiosos recursos que brindan dichos ecosistemas? Es importante señalar que en el estudio de los sitios mencionados no está comprendido el análisis del pH de los suelos, y que en la actualidad tampoco se han llevado a cabo este tipo de investigaciones; el conocimiento del nivel de acidez de estos terrenos pudiese brindarnos una respuesta en relación con la escasez de huesos pertenecientes a la fauna marina. Acerca de la presencia de restos de conchas, en estaciones de la provincia de Las Villas, nos reportan Sanpedro e Izquierdo que las colectas en superficie, las calas de prueba y la observación sobre el terreno confirma que solo aparecen evidencias líticas y únicamente en algunos lugares asociados al paleolítico se han podido recoger escasos fragmentos de concha por lo general de *Strombus* sp. (2001: 54).

No obstante debemos aclarar que el análisis de economía de subsistencia, apuntado con anterioridad, está realizado en el sitio multicomponente (Levisa 1), por de más alterado, con presencia de cerámica y otros exponentes de la industria de la concha, tales como: gubias, raspadores, etc.; componentes que se correspon-

den con grupos humanos de mayor desarrollo socioeconómico. Esto es un gran problema que al parecer no se ha tenido muy en cuenta, a la hora de hacer las valoraciones que involucran a los grupos denominados de cazadores-recolectores con este tipo de economía; por otra parte, no es un secreto que en lo estratos antropogénicos se establecen dinámicas capaces de intercambiar los exponentes entre las diversas capas, así como otros factores que a lo largo del tiempo contribuyen a la alteración total o parcial del sitio, ya sean acciones antrópicas o naturales, como eventos climáticos severos o simplemente procesos erosivos o acumulativos que es posible hallan estado presentes en este lugar. Por tanto el tipo de economía que tradicionalmente se le ha estado adjudicado a estos grupos hay que revalorarla bajo otros prismas.

Haciendo alusión a otros problemas, Febles plantea:

[...] en lo tocante a las industrias de la piedra rallada —y que es importante destacar— son las únicas evidencias del registro arqueológico que se han podido encontrar a pesar de practicar excavaciones estratigráficas, gran cantidad de calas, y emplear hasta la tamización acuosa. Solo tres de los 52 sitios estudiados presentan restos dietarios en sus capas antropogénicas (Febles 1990: 3).

Los sitios a los cuales hace referencia son tres: Levisa 1, Seboruco 1 y Levisa 8. Todos estos sitios, como ya se ha insistido, son multicomponentes con presencia de cerámica, artefactos de conchas y otros elementos, y presentan un alto grado de alteración.

Referente a la región central y otras áreas, el comportamiento es muy similar, sobre todo en lo referente a la condición de sitios superficiales, ya que en más de 200 lugares registrados en la provincia de Villa Clara, solo uno presenta estratos antropogénicos (Sierrezuela), que sin ser multicomponentes se colectaron restos de dieta y otros elementos, incluyendo artefactos pertenecientes a la superestructura. El resto de los solares arqueológicos, solo aportan material lítico, a pesar de que muchos son costeros.

En las provincias de Cienfuegos (Rodas) y en la zona nordeste de Matanzas todos los lugares con evidencias líticas (único indicador cultural) filiados con estos grupos, son de superficie. En la provincia de la Habana también se reporta un solar con evidencias al parecer de dos culturas diferentes pero ligadas las piezas de cazadores-recolectores y pescadores-recolectores, respectivamente.

Todo indica que el lugar fue reutilizado por los últimos, quienes dieron lugar a un gran montículo, hoy muy afectado por acciones antrópicas y naturales.

En los más de 260 lugares con reportes de evidencias líticas de grupos cazadores-recolectores en todo el país, hasta donde sabemos solo 4 presentan estratos con evidencias de actividades económicas de subsistencia y de ellos tres son multicomponentes y están alterados. El resto donde se han practicado excavaciones habría que ver si realmente se trata de estratos antropogénicos o zonas de acumulación que han sepultado las evidencias líticas a lo largo del tiempo.

Fuera de nuestro país ha sido reportada la presencia de ajuarés líticos vinculados con Seboruco y Barrera Mordán, donde también se evidencia la explotación de recursos marinos; al respecto nos informan Veloz Maggiolo y Gus Pantel:

El sitio Cabaret, en la bahía de Puerto Príncipe, Haití, presenta características que lo asimilan a Levisa, y los sitios con materiales a Seboruco y Barrera Mordán. Cabaret no fue estudiado en toda su profundidad por sus descubridores Bastian y Roumain, pero presenta las características de un doblamiento de niveles muy arcaicos cuyas fechas deberán estar a la par con Barrera Mordán y Levisa. La tendencia hacia la recolección de conchas esta documentada, o lo estuvo, por un conchero principal, actualmente desaparecido bajo la ciudad de Duvalierville, a unos 45 kilómetros de la costa, al Norte del actual Puerto Príncipe (1989: 93).

En relación con la asociación de restos dietarios marinos a comunidades vinculadas con los cazadores-recolectores, debemos mencionar que en las excavaciones practicadas por el Centro de Antropología y la Sociedad Espeleológica de Cuba en el sitio de Sierrezuela (enero de 1991-diciembre de 1996), se colectaron evidencias de explotación de recursos marinos, en la actualidad extraviadas de los fondos del Museo de Historia Municipal María Escobar Laredo, en Caibarién, Villa Clara.

Debemos aclarar que Sierrezuela presenta características *sui generis*; al parecer se trata de un sitio donde se producen procesos culturales muy interesantes, evidenciados sobre todo en la muestra lítica, algunos especialistas creemos apreciar un cambio en las materias primas y una disminución en el tamaño de las

preformas líticas, desde la superficie hasta 0,50 m hacia las capas más tardías; el resto 0,50-1,10 m la materia prima es otra y en las preformas predominan mayores dimensiones.

Por otro lado, a pesar de que en el lugar se excavaron estratos culturales, incluyendo los fogones y se recuperaron otros elementos de esta actividad de preparación de alimentos, las características estructurales del lugar hace increíble la existencia de un sitio de habitación. Pensamos que se trata más bien de un refugio temporal utilizado en un largo período de tiempo por representantes del mismo sistema sociocultural.

Ahora, en lo relativo a la ocupación del lugar por dos grupos humanos diferentes, como algunos estudiosos plantean, no lo consideramos del todo posible y creemos más bien que la respuesta a las interrogantes planteadas hay que buscarlas no en hombres diferentes, sino en el uso de diversas materias primas y a partir de ahí buscar las demás causas que provocaron dichos cambios, investigación que se realiza en la actualidad.

En cuanto a los estudios para tratar de definir la funcionalidad de los instrumentos líticos laminares de sílex que caracterizan a estos grupos humanos, podemos afirmar que todo intento de definir la utilidad de los mismos está basada en inferencias a partir de análisis puramente tipológicos. Las dimensiones de las láminas de sílex de sitios de la región oriental han servido para tratar de establecer una cronología relativa acerca del poblamiento de estas comunas en nuestro archipiélago. En cuanto a las hachas de mano y otros elementos arqueológicos recuperados de la provincia de Villa Clara, han servido como base para describir a hombres, "muy antiguos", que se ocupaban exclusivamente de dar caza a animales de gran talla (restos de fauna pleistocénica) y en menor medida, a la recolección; según los descubridores de los mismos. Está claro que todas estas conjeturas se han mantenido al margen de los imprescindibles estudios traseológicos, a falta de los cuales se ha creado un mundo donde el hombre antillano no se asemeja a los cazadores del paleolítico europeo.

Otro asunto que se debe tener en cuenta lo constituye las recogidas en superficie de muestras lítica, las cuales son acopiadas de manera discriminatoria (solo se toman aquellas preformas que por sus características tecnotipológicas llaman la atención del recolector, por ello las colectas no son para nada aleatorias; esto provoca que los datos resultantes de los análisis no respondan a una realidad objetiva y se arriben a conclusiones distorsionadas que en ocasio-

nes nada o muy poco tienen que ver con el grupo humano que se estudia.

En relación con estas tempranas sociedades, se ha intentado una vinculación demasiado directa con el denominado arcaico continental, pero ¿dónde se hallan los instrumentos de talla bifaz en las Antillas? ¿Dónde los restos de una fauna verdaderamente continental, con presencia de primates y cérvidos? Es obvio que cuando estas sociedades de cazadores-recolectores arriban a las Antillas, ya no presentan el modelo de desarrollo económico conocido para el arcaico continental; es precisamente el incremento de las actividades de recolección, a causa de los cambios climáticos y otros procesos sociales, lo que ha conllevado a estos grupos humanos a presentar un mayor nivel de desarrollo en sus fuerzas productivas. La dispersión en las Antillas, utilizando técnicas de navegación en alta mar diferencia a estos hombres de los arcaicos continentales, cuyas actividades subsistenciales estaban encaminadas a la caza de especies en el interior del continente y a la recolección. Al respecto citamos un fragmento de la obra de Veloz y Pantel, que nos parece esclarecedora del tema:

La población que alcanza el arco antillano, lo hace cuando el bifaz se ha perdido como instrumento de producción. Para nosotros esto sugiere que la pérdida del bifaz se produjo cuando las poblaciones de Belice continuaron bajando la costa Centroamericana, adaptándose a un medio costero rico en manglares y en madera, lo que produjo e introdujo reformas básicas en el instrumental de producción, desapareciendo el bifaz antes de la penetración desde Centroamérica a las Antillas (1989: 93).

Las investigaciones acerca de las ocupaciones tempranas de culturas que poblaron las Antillas y de sus áreas de procedencia, es sin duda un tema polémico debido, en el caso de la lítica tallada, a los pocos estudios que buscan analogías dentro de nuestro espacio continental, y en general a la falta de resultados actuales y precisos de las condiciones geográficas que existieron cuando ocurrieron tales acontecimientos culturales.

En la actualidad existen diversas teorías que tratan de explicar por dónde y cómo fue la entrada de los que pudiesen considerarse como primeros pobladores antillanos, reconociéndose desde hace al menos 6 000 años la presencia de estos en las Antillas (Tabío 1984).

Este proceso migratorio ocurrió durante miles de años por varios lugares en disímiles momentos y por diferentes vías del área continental a las Antillas y entre las propias islas. Tampoco debe entenderse el fenómeno como un proceso unidireccional, pues pudo existir la comunicación en ambos sentidos.

Para J. Kozłowski (1975), los análisis efectuados a una muestra lítica de lo que se ha denominado como complejo cultural Seboruco-Mordán, atendiendo a la presencia de culturas caracterizadas por láminas y buriles, tiene su similar en la North Blade Buring Tradition, aislada para el noroeste de América por Richard Mac Neish en 1964, aunque considera poco probable su origen, incluso a pesar de que algunos autores suponen que existan nexos generales entre lo descrito por Mac Neish y las industrias del período formativo en Mesoamérica (W. N. Irving 1971).

Atendiendo al presupuesto de la presencia de tradiciones laminares con buriles, observa su existencia en el centro de América del Sur, norte de Argentina y Bolivia (cultura aguilarensis), señalando su similitud con la industria de Seboruco, con solo una diferencia, la presencia de raederas unificadas en la cultura aguilarensis, concluye que sería exagerado pensar en un nexo directo por la lejanía, aunque, a pesar de esto, las analogías mencionadas nos indican —en general— el área geográfica y cultural para las investigaciones futuras sobre el origen de nuestra industria de Seboruco-Mordán (Kozłowski 1975: 13).

En general resume que, en su opinión resulta falsa la posibilidad de relaciones genéticas de la industria Seboruco-Mordán con el territorio de Honduras Británica (Belice y Yucatán), propuesta por I. Rouse (1960).

Según Tabío, el poblamiento de grupos agroalfareros tempranos pudo ser: en primer lugar, desde la parte sudeste de E. U. A. hacia las Bahamas y de ahí las grandes Antillas (Tabío 1984: 19).

Desde final de la década del 90, se viene defendiendo en Cuba la hipótesis de que existen muchos rasgos similares entre los complejos líticos de esta región y la industria de piedra tallada del oeste de Norteamérica, denominada Western Litic Co-Tradition (Kozłowski y Guinter, 1979), Febles (1987) que se extiende por más de 9 000 años a. p., lo que permite inferir el lugar de origen de nuestros primeros pobladores a nivel de similitudes tecnotipológicas (García 1989: 3).

En 1990 el arqueólogo J. Febles sostiene la hipótesis de la presencia de los grupos protoarcaicos desde la Western Litic Co-

Tradition al oeste de Norteamérica, desde ahí hacia las Bahamas y de allí hacia Cuba.

Estudios más recientes del área centroamericana retoman viejas hipótesis de Rouse (1941, 1960, 1964 y 1986; Bullen 1976; Callaghan 1990; Hester 1994, Hester *et al.* 1993 y 1996; Hudler *et al.* 1995; Iceland *et al.* 1993, 1996; Iceland y Hester, 1996; Nelly 1993; Moore 1996 y Pantel 1988), entre otros, y plantean con fuerza la posibilidad de un corredor migratorio de grupos del ciclo Seboruco-Mordán partiendo de la zona de Belice-Yucatán y a través de Caimán Grande ocupar y colonizar La Española y Cuba. Para sustentar su hipótesis estos investigadores realizan estudios analógicos de tecnotipología de las herramientas líticas procedentes de sitios en Cuba, Haití y República Dominicana, con sus similares de Belice-Yucatán. También realizan relaciones cronológicas de todos los sitios de las grandes Antillas, incluyendo los fechados más recientes del área de estudio (Samuel M. W. *et al.* 1998).

Otro asunto está relacionado con la precariedad en la observación de la formación y transformación del contexto arqueológico; esto ha dado lugar a que algunos autores hayan realizado conjeturas, a veces ingenuas y fantasiosas vinculadas con la reconstrucción del modo de vida del hombre más antiguo en nuestro archipiélago. Merece el análisis hacernos algunas preguntas con motivo de esclarecer este primer capítulo de nuestra historia:

1. ¿Cuántos reportes de evidencias se corresponden con verdaderos escenarios arqueológicos?
2. ¿Cuántos de estos han sido factibles de excavar, practicando cortes estratigráficos?
3. En los que se haya podido practicar este estudio, ¿constituyen sitios que fueron ocupados exclusivamente antrópicos y naturales se encontraban los mismos?

Evidentemente si respondemos a la primera pregunta tenemos que reconocer que muchos de los lugares reportados con presencia de artefactos no constituyen escenarios arqueológicos, propiamente dicho; el material hallado en estos más bien pudiese encontrarse asociado como resultado de los procesos de transformación del contexto. La inmensa mayoría de los reportes de filiación de cazadores, se corresponden en general, con lugares donde no existen montículos antropogénicos, los restos colectados proceden de superficie. Estos pueden localizarse hoy en espacios, hacia

donde pudieron haber sido arrastrados por corrientes de agua, trabajos de agricultura, etcétera.

Al tratar de responder al segundo cuestionamiento nos encontramos con que de más de 200 sitios reportados, solo han sido excavados de forma rigurosa Levisa 1, Levisa 8, Seboruco 1 (Holguín) y Sierrezuela (Villa Clara); todos con características que los identifican como multicomponentes culturales, excepto el último. Estas características, así como el estado de alteración producto de procesos antrópicos y naturales (con excepción de Sierrezuela), han mantenido escépticos a varios arqueólogos en relación con aceptar la vinculación de restos dietarios y humanos asociados a herramientas líticas vinculables a la variante cultural seborucoide. Lo cierto es que en todos los sitios donde aparecen los típicos trabajos en láminas de sílex, de gran envergadura, se avizoran también artefactos, restos humanos y restos dietarios vinculables a etapas posteriores de pescadores-recolectores. Surge entonces un cuestionamiento: ¿Pertenecen todas las evidencias a representantes de un mismo sistema socioeconómico?, donde la caza y la recolección fue cediendo lugar a la pesca, o existe un divorcio radical entre el supuesto cazador (más temprano) y el recolector y pescador más tardío, inmigrante de oleadas posteriores desde la Península de Paria y la isla de Trinidad.

Al respecto sostenemos la opinión de que el denominado cazadores-recolectores, de Cuba, con un fechado más temprano de 3190 a.n.e en Levisa 1 (Pino: 1995), y según Mac Neish y Nelken-Turner (1983), vinculable (atendiendo a los trabajos tecnotipológicos de la lítica, apuntados con anterioridad) con el occidente de la costa de Centroamérica, Mordán-Barreras, Puerto Alejandro, Las Salinas y Río Perdernales (República Dominicana) y Cabaret (Puerto Príncipe, Haití), perteneció a grupos de recolectores provenientes de Belice. Pensamos que la ocupación más temprana de nuestro archipiélago, se inicia con el arribo de navegantes marinos, cuyos trabajos en la elaboración de instrumentos de producción está muy vinculada a la tecnología del uso del sílex en láminas y lascas y con un posible modo de vida semisedentario, basado hipotéticamente en la recolección fluvial, terrestre y marina, caza y pesca. Este modo de vida, como es conocido, no nos ha sido factible de corroborar para los grupos estudiados en Cuba, más bien se corresponde con los sitios vinculables de Haití y Santo Domingo. Modo de vida que ya traían consigo desde tierras continentales y que se reajustaría siglos después, primeramente con la desaparición de los escasos remanentes de la fauna pleistocénica

cubana y con posterioridad con el contacto con poblaciones que presentaban esquemas de desarrollo económico banwaroide y manicuarroide.

A la luz de los precarios conocimientos actuales, es harto difícil e inoperante definir una fecha de colapso, emigración o imbricación sociobiológica de esta sociedad. Lo que sí nos parece dable, según las interpretaciones del registro arqueológico, es que las comunidades de cazadores-recolectores, dejaron su impronta en oleadas posteriores de aborígenes inmigrantes del norte de Venezuela. Existen vestigios del trabajo en láminas de sílex similares a las de Seboruco, en contextos relacionables con comunes de pescadores-recolectores; tal es el caso del sitio arqueológico de Damajayabo (Santiago de Cuba). En este sitio se localizaron 9 láminas de sílex en la capa más temprana del corte estratigráfico (Martínez Arango 1968), similares a las halladas en la región de Mayarí. Otros sitio con estas características es el de San Fernando del Pozo (Santiago de Cuba), en este último se localizaron varias herramientas líticas en láminas con características parecidas a las de las comunes de cazadores-recolectores (Trapero 1999), siendo un sitio de distinta filiación socioeconómica. Otros sitios de igual filiación han sido estudiados por los autores del presente trabajo en la provincia de Santiago de Cuba. Es importante señalar que la presencia de estos artefactos en los sitios señalados y otros pudiera estar justificada por varias razones, que no constituyen objeto de análisis en este trabajo.

No obstante, podemos presumir que estos grupos humanos entraron en algún momento en contacto con sociedades sucesoras en el proceso migratorio hacia las Antillas; sociedades de diferente extracción sociocultural pero que mediante procesos de difusión cultural asimilaron algunas técnicas (las más convenientes según necesidades) de estos primeros colonizadores del archipiélago cubano.

Queda aún mucho por conocer acerca de estos colonizadores tempranos en las Antillas, problemas que no se resolverán hasta tanto no se cuente con estudios verdaderamente sistemáticos sobre el tema, con recursos financieros y otras posibilidades potenciales que permitan fechar lugares claves para la comprensión de esta migración, con análisis traseológicos que en conjunto desmientan o confirman las especulaciones funcionales que sobre las espectaculares láminas, hachas de mano y otros útiles se tienen en la actualidad por algunos estudiosos de la arqueología abo-

rigen, y sobre todo hasta que no reconozcamos la deficiente interpretación que poseemos a causa de una mala preparación teórica y conceptual.

En el ámbito general de la industria lítica existen problemas medulares, que impiden de alguna manera establecer estudios más complejos y completos de estos hombres:

1. La lista tipológica de la piedra tallada debe dejar de ser tan general y concebir una herramienta que facilite la comprensión de los cambios que se produjeron en la organización de la economía aborígen, así como estadios y analogías culturales.
2. El carácter de la muestra, debido al por ciento de lugares, talleres y estaciones de superficie (como ya se ha señalado con anterioridad).
3. La carencia de posibilidades objetivas de fechados absolutos para la industria es algo esencial.
4. La ausencia de evidencia de la actividad subsistencial confiable para adjudicar a este hombre es fundamental.
5. La falta de sistematicidad en el diseño para los estudios en la gran mayoría de los casos.
6. El carácter descriptivo de los resultados.
7. Lo relacionado con la cronología relativa y la evolución vertical de la industria lítica.
8. Existencia de diferentes morfometrías en determinados tipos que se han considerado cronodiagnósticos.
9. Existencia de particularidades tecnológicas observadas en determinados lugares del país.
10. Carencia de estudios secuenciales y de la evolución de los tipos en el tiempo.
11. Ausencia de tipos cronodiagnósticos de la evolución secuencial de la industria.
12. Distribución geográfica espacial del fenómeno que se va a caracterizar; existen localidades con presencia de evidencias tipos de la industria en al menos tres regiones fundamentales: cuencas de los ríos Levisa y Mayarí (Holguín), región central de Cuba (Villa Clara, Cienfuegos, Sancti Spíritus), región nordeste de Matanzas, así como otros sitios aislados, todos en territorios con notables diferencias paisajísticas y ecológicas entre sí.

Hemos tratado de esbozar, de modo muy sintético y a grandes rasgos, los principales problemas que presenta el complejo estudio de las comunidades dominadas de cazadores-recolectores de Cuba; así como se ha tratado de entregar el esquema del modo de vida que sobre estas comunas tenemos en la actualidad, con la finalidad no de arribar a conclusiones, sino de incentivar el estudio de modo más riguroso y encaminarlo a una verdadera reconstrucción de la vida social de estas comunidades aborígenes (procesos sociales ya desaparecidos), cuya labor es la que nos compete como arqueólogos.

BIBLIOGRAFÍA

- Febles, J. (1987): *El período más antiguo en la historia de Cuba* (por datos arqueológicos). Instituto de Historia, Filología y Filosofía de la Filial Siberiana de la Academia de Ciencias de la URSS. Epítome para defensa doctoral.
- _____ (1990): "Estudio de la variante cultural Seboruco". Editorial Academia, La Habana (en prensa).
- García, Frank (1989): "Hipótesis sobre el poblamiento temprano de Cuba a partir de un estudio paleoclimático de cuaternario" en *Estudios Arqueológicos/89*. La Habana, Editorial Academia.
- Guarch, José M. (1988): "Apuntes para una nueva periodización de las comunidades aborígenes de Cuba" en *Revista de Historia*. Holguín, Secc. Inv. Históricas del Comité Provincial del PCC.
- Izquierdo Díaz, Gerardo y Ricardo Sanpedro (2001): "Tecnología y tipología en la tradición paleolítica de Villa Clara. Una primera interpretación" en *El Caribe Arqueológico*. No. 5, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- Izquierdo Díaz, Gerardo, Ulises M. González Herrera y José Jiménez Santander (2008): "Tras las huellas del protoarcaico en la provincia de Santiago de Cuba. Estudios y realidades" en *Boletín de Gabinete de Arqueología*. Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.
- Izquierdo Díaz, Gerardo, Ulises M. González Herrera y José Jiménez Santander: "Estudios en torno a las supuestas comunidades aborígenes apropiadoras tempranas de Santiago de Cuba. Estudios y realidades" (en prensa).
- Kozlowski (1975): *Las industrias de la piedra tallada en Cuba, en el contexto del Caribe*. Serie Arqueológica, No. 5., Ed. Academia.
- Kozlowski, J. K. y B. Guinter (1975): *Técnica de la talla y topología de los instrumentos líticos*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, Instituto Cubano del Libro.

- Mac Neish, R. y A. Nelken-Turner (1983): *Final Annual Report of the Belize Archaic Archaeological Reconnaissance*. Boston, Center for Archaeological Studies, Boston University.
- Martínez Arango, Felipe (1968): *Superposición cultural en Damajayabo*. La Habana, Instituto del Libro.
- Pino, M. (1991): "Estudio del sitio arqueológico Seboruco I, provincia de Holguín, Cuba" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Pino, Milton (1995): *Actualización de fechados radiocarbónicos de Cuba hasta diciembre de 1993*. La Habana, Editorial Academia.
- Tabío, Ernesto (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba" en revista *Islas*. No. 78, Universidad Central de Las Villas.
- Trapero, Jorge Omar (1999): "San Fernando del Pozo. Sitio protoarcaico de Santiago de Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 3, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Gus Pantel (1989): "El modo de vida de los recolectores en la Arqueología del Caribe" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 19, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- W. N. Irving (1971): *Recent early man researches in the North Arctic*. Vol. 8, Antropology, Wisconsin, Washington DC.
- Wilson, Samuel M., Harry B. Iceland y Tomas R. Hester (1998): "Pre-ceramic connections between Yucatán and the Caribbean" en *Latin American Antiquity*. Vol. 9, No. 4, Austin, Dpto. of Antropology University of Texas.



IDEAS ATRACTIVAS, BIENES DESEABLES: INFLUENCIAS TAÍNAS EN LAS ANTILLAS MENORES

**CORINNE L. HOFMAN
ALISTAIR J. BRIGHT**



TAÍNO Y CARIBE: ESTABLECIENDO LA DICOTOMÍA

Tan pronto Colón arribó a las Antillas Mayores, en el primero de sus cuatro viajes a través del Atlántico, la semilla de la actual dicotomía taíno-caribe fue plantada. El habitante nativo que encontró (conocido como taíno) se volvió una referencia primaria, debido a la coincidencia histórica, y un elemento de comparación respecto a poblaciones nativas que vivían en otras partes del Caribe. Cuando Colón regresó al área en su segundo viaje, en 1493, encontró al poblador caribe, de cuya existencia había sido previamente informado por el taíno, aunque en términos poco precisos. Los taínos los llamaron caribes y declararon que eran salvajes, que frecuentemente atacaban sus aldeas, tomándolos cautivos, y que comían carne humana. El descubrimiento por Colón, al entrar a una de sus moradas en Guadalupe, de huesos humanos colgando de las vigas, parecía corroborar esas historias taínas, como también la presencia de prisioneros taínos entre los caribes de Guadalupe (Farina y Zacker 1992: 21, Jane 1933).

Estos informes sobre las atrocidades caribes, en alguna medida padecidas por los taínos informantes de Colón, expresan también una circunstancia de manipulación pues los taínos aprovecharon cualquier oportunidad que les permitiera influir sobre los españoles poniéndolos contra las facciones enemigas que habitaban otras islas (Wilson 1990). Sin embargo, más allá de la ignorancia, el español aprendió de estas noticias, posiblemente erróneas y, de modo calculador, propagó también el posible mito de caníbales salvajes. En esta perspectiva, Colón no fue contrario a favorecer a los taínos, o a mostrarles un poco de solidaridad, en tanto la Corona española tenía planes para el área y le era conveniente mantener relaciones pacíficas con ellos (Cassá 1995: 149). Más conveniente aún resultaba el hecho de que, por los lineamientos de la Real Cédula de 1511, cualquier nativo juzgado salvaje podía ser legalmente esclavizado y puesto a trabajar en las condiciones que los españoles estimaran convenientes de ahí que no hubiera

un gran interés en demostrar lo contrario (Whitehead 1995, Wilson 1990).

En algún lugar, de trasfondo, la dicotomía entre el noble/pacífico taíno de las Antillas Mayores y el bárbaro/salvaje caribe de las Antillas Menores, comenzó a insertarse en la disciplina arqueológica, y empezó a influir en la manera en que el dato era recogido y estudiado. Estas eran, según se alega, dos gentes distintas, viviendo en territorios distintos, y cuyo contacto o comunicación, solo podía verse en términos de naturaleza mutuamente antagónica. Desde esta perspectiva la posibilidad de relaciones simbióticas o pacíficas entre ambas poblaciones, simplemente no podía ser asumida. En un principio esta visión parece justificada, dada las trayectorias divergentes que los respectivos esquemas de cultura material (particularmente las cerámicas) tomaban después de la Edad Cerámica Temprana: la serie troumassoide caracterizaba a las Antillas Menores, mientras que las Antillas Mayores veían la emergencia de la serie ostionoide. Tanto los esquemas cerámicos de las Antillas Menores del norte como los de las del sur, se desarrollaron fuera de la serie de saladoide, pero recibiendo diferentes estímulos e influencias, tanto de las Antillas Mayores como del continente suramericano, lo que resultó en trayectorias estilísticas separadas.

LOS DESARROLLOS CERÁMICOS DURANTE LA EDAD CERÁMICA TARDÍA: LAS ANTILLAS MENORES SUREÑAS

En las Islas de Barlovento de las Antillas Menores sureñas, la subserie troumassan troumassoid se desarrolló alrededor del 500/600 d. C. y fue seguida por la subserie Suazan troumassoid temprana, alrededor del 1000-1200 d. C. La subserie troumassan troumassoid fue nombrada así por el sitio-tipo, Troumassée, en la isla de Santa Lucía, por McKusick (1960; también ver a Keegan *et al.* 2002). Él distinguió originalmente dos fases dentro de la serie: Troumassée A (con una fecha media de 430 d. C.) y Troumassée B (con una fecha media de 730 d. C.). Troumassée A sería después clasificada por Rouse como cedrosan saladoid con influencias barrancoides (ver Rouse 1992). Troumassée B ha sido clasificada como la subserie troumassan troumassoid y persiste en las Islas de Barlovento hasta el 1000 d. C. Bullen (1964) correlacionó esta fase con la serie Caliviny, identificada inicialmente por el sitio Caliviny en Granada. Los modos decorativos característicos de Caliviny incluyen bandas pintadas de negro y el uso de

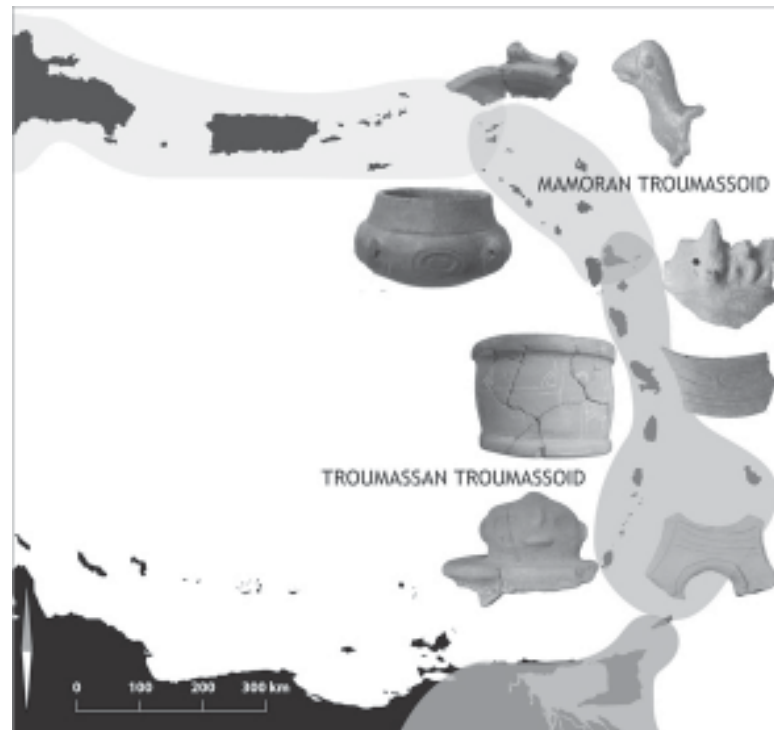


Figura 1. Distribución de las (sub)series cerámicas en el Caribe durante la Edad Cerámica Tardía. A) Subseries mamoran y troumassan troumassoid, 600/800-1200 AD.

más de dos colores en las vasijas, también llamado Caliviny Policromo. La cerámica troumassan troumassoid es caracterizada por vasijas de forma navicular, arriñonadas, fondos redondeados, doubles y hemisféricos y cuencos acampanados. Las ollas de apariencia cilíndrica, jarras y vasijas efígies fueron comunes (Allaire 1997, Hofman 1993, Keegan 2000). Los modos de la decoración incluyen pinturas policromadas en blanco, rojo y negro o rojo, y negro combinado con incisiones curvilíneas.

Durante la Edad Cerámica Tardía (1000-1500 d. C.) las Antillas Menores sureñas vieron el inicio de la subserie suazan troumassoid, nombrada así por el sitio Savanne Suazey en Granada (Bullen 1964). Los momentos tempranos de la subserie suazan troumassoid (1000-1200 d. C.) se caracterizan por una alfarería gruesa, tosca y suave, con superficies raspadas, bordes con engrosamiento interior, patas, pedestales o bases anulares, burenes con patas y con

bordes triangulares. Los modos de decoración incluyen incisiones lineales anchas en superficies con baño de pintura roja y agarraderas con adornos de cabezas zoomorfas, modelado incisivo. Las superficies monocromas, pintadas en rojo, fueron típicas. Las formas de vasija comprenden cuencos simples sin restricción o restringidos, y jarras con cuello. Los complejos cerámicos en el área de Grande-Terre, en Guadalupe, muestran claramente vínculos entre el suazan troumassoid temprano y la subserie mamoran troumassoid de las cercanas Antillas Menores norteñas, haciendo pensar en relaciones mutuas y en fusión de estilos cerámicos (Hofman *et al.* 2004).

Las cerámicas del período tardío de la subserie suazan troumassoid (1200-1500 d. C.) están entre las alfarerías amerindias menos acabadas de todas las Indias Occidentales, rivalizando incluso con las vasijas Palmetto de Las Bahamas. La alfarería suazan es famosa por su raspado, superficies dentadas por presión digital y vasijas y burenes con patas. Las vasijas son de paredes gruesas y de elaboración pobre. En su mayoría eran de uso utilitario, de superficie plana y boca de unos 40 centímetros de diámetro. También se reportan algunas cerámicas más finas, con superficies pulidas. Estas últimas se decoran siempre con pintura roja, lineal o en zonas, e incisiones simples de línea paralelas, círculos o espirales, en los bordes o paredes. Resultan típicos los adornos de cabezas humanas, con orejas agujereadas y las estatuillas (Allaire 1977, 1997: 26, Hofman 1993: 41-42; McKusick 1960, Rouse 1992).

Algunos autores han sugerido que la apariencia de los ceramios suazan responde a un evento intrusivo y no a un desarrollo *in situ*, en las Islas de Barlovento. Serían supuestamente, el resultado de un movimiento de población de América del Sur. Estos autores relacionan la ocupación de los caribes isleños con esas islas (Bullen y Bullen 1976: 28, McKusick 1960). Con posterioridad, sin embargo, a estas sugerencias se han opuesto Allaire (1977, 1984, 1997) y otros.

Al final de la época precolombina, el complejo Cayo y otros estilos relacionados con la Guyana, aparecen en las Islas de Barlovento, Tobago y Guadalupe (complejo Morne Cybèle) (Hofman 1995). Se pensaba que el complejo Cayo predata a las cerámicas suazan en estas islas (Allaire 1977), pero fue reconocido posteriormente que Cayo siguió gradualmente y reemplazó a la subserie suazan troumassoid en las Islas de Barlovento (Boomert 1986, 1995, 2004). Boomert (1986) tentativamente asoció esta alfarería

con la ocupación caribe isleña en las Islas de Barlovento y argumentó que las cerámicas Cayo muestran algunas similitudes importantes en la decoración y en las formas con el “complejo Koriabo” de Guyana. En base a esta afiliación, Boomert fechó el estilo Cayo para algún momento entre el 1000 y 1500 d. C., y más precisamente en torno al 1250 d. C. (Boomert 2004). Los rasgos característicos del complejo Cayo incluyen las incisiones en bordes planos, cuellos y cuerpos en forma de cono y decoración aplicada consistente en pequeños adornos hechos de bolas de barro, perforados y combinados con manos; vasijas multi-convexas con caras antropomorfas aplicadas y el llamado temperante *caraipe* o *kwepi*, elaborado de la corteza quemada del árbol licania, del Amazonas y la Guayana costera (Boomert 1986).

LOS DESARROLLOS CERÁMICOS DURANTE LA EDAD CERÁMICA TARDÍA: LAS ANTILLAS MENORES NORTEÑAS

Consideran las cerámicas mamoran troumassoid desarrolladas fuera del saladoide entre el 800 y 1200 AD e incluyen los tres estilos secuenciales: Mill Reef, Mamora Bay y Freeman's Bay. El estilo Mill Reef fue caracterizado por Rouse (1976) como una declinación respecto al clímax alfarero alcanzado durante los tiempos del saladoide tardío. La pintura blanco sobre roja, característica de la cerámica cedrosan saladoid previa, persistió a lo largo del estilo Mill Reef pero los motivos cambiaron de formas curvilíneas a diseños relativamente simples de líneas rectas paralelas. La incisión lineal y el entrecruzado inciso en zona, como también las agarraderas modelado-incisivas, desaparecen de la cerámica, haciéndose vestigiales las asas. La incisión curvilínea continuó usándose. Un motivo consistente en dos líneas incisas paralelas sobre engrosamientos interiores en los bordes, fue característico del estilo Mill Reef (Hoffman 1963, 1979, Hofman 1993, Rouse 1976). Los burenes con patas aparecen en el complejo Mill Reef en Antigua, pero esto no ocurrió en otras partes de las Islas de Sotavento más norteñas (Hofman 1993; Rouse 1976, 1992; Rouse y Faber Morse 1999). Las vasijas son típicamente gruesas y la alfarería raspada hizo su primera aparición (Hofman 1993; Murphy 1999, 2004; Rouse 1976; Rouse y Faber Morse 1999).

En el subsecuente estilo Mamora Bay, todavía persisten elementos cedrosan saladoid, aunque de manera limitada y rudimentaria. El baño de pintura roja gradualmente reemplaza las pinturas bicromas y policromas. Los patrones en pintura bicroma, en el estilo

Mamora Bay se simplifican. Las incisiones son líneas anchas, tanto curvilíneas como diseños lineales paralelos, y aparecen en el exterior de vasijas poco profundas. Las asas estilo cedrosan desaparecen completamente y las agarraderas son raras. Los bordes se plegaron o engrosaron al adicionárseles una tira de barro. La alfarería fue menos acabada y menos decorada que sus predecesoras (Hofman 1993; Murphy 1999, 2004; Petersen *et al.* 2004, Petersen y Watters 1991; Rouse 1974, 1976; Rouse y Faber Morse 1999).

Del estilo Freeman's Bay son típicos los elementos incisos que tienden a ser más profundos, estrechos, irregulares y en forma de U. Las superficies raspadas son más comunes, y la alfarería se caracteriza por la ausencia de pintura blanca y por la presencia de vasijas de bases poco profundas con hoyuelos (Rouse 1976, Rouse y Faber Morse 1999).

DISIPANDO LA DICOTOMÍA

A finales de los años setenta, Sued Badillo (1978), basándose en evidencia etnohistórica del período colonial temprano, sugirió que la diferencia básica entre el taíno y el caribe era más socio-económica que étnica. Él y también Whitehead (1995), consideraron que la dicotomía era principalmente una construcción histórica. A fines de los ochenta la investigación arqueológica en la Antillas Menores norteñas y, en menor medida, en las Antillas Menores del sur, comenzó a ubicar evidencias en torno a un amplio rango de influencias taínas, que hicieron pensar en la incorporación de estos espacios a la sociedad cacical taína de las Antillas Mayores entre los siglos XII y XV (Allaire 1990, Hoogland y Hofman 1993, Rouse 1992). Sin embargo, los mecanismos exactos que están bajo el manto de los rasgos estilísticos taínos en las Antillas Menores permanecen en la incertidumbre. A pesar de la inequívoca filiación estilística taína que algunos artefactos ofrecen, no es seguro que se trate de bienes de intercambio provenientes de las Antillas Mayores.

Influencias taínas en las Antillas Menores

La contracción de la serie cerámica saladoide en el archipiélago caribeño hacia el 600 y el 800 AD, y su reemplazo por la serie troumassoid en la Antillas Menores, refleja la continuación del proceso de regionalización iniciado durante el saladoide tardío, es decir alrededor del 400 d. C. Las divisiones culturales desarrolladas ahora entre las Antillas Menores norteñas (mamoran troumassoid) y del



Figura 1. B) Complejo Cayo y subseries mamoran, suazan troumassoid y chican ostionoid 1200-1492 AD.

sur (troumassan y suazan troumassoid) se dan también con y entre, las Islas Vírgenes, Puerto Rico y parte de las Antillas Mayores (serie de ostionoid). A pesar del desarrollo de estilos zonales más localizados y de áreas con microestilos, los límites entre los espacios cerámicos prehistóricos (estilos) permanecen fluidos. Cerámicas de estilo Esperanza y Boca Chica y otros artefactos de tipo taíno se mueven del centro del espacio taíno hacia la periferia de las Antillas Menores norteñas y más allá.

El ensamblaje cerámico

En la Antillas Menores norteñas los desarrollos locales de mamoran troumassoid completados hacia el 1200 d. C., muestran con posterioridad marcadas influencias de la serie chican ostionoid de la Antillas Mayores. Cerámicas chican ostionoid han sido documentadas en Saba, San Martín y Anguila y, de forma menos precisa, en

San Eustaquio y Nevis, continuando un heterogéneo conjunto de estilos que incluyen Boca Chica, Esperanza y Atajadizo en Puerto Rico y La Española (Crock 2000, Faber Morse 2004, Henocq y Petit 1995, Hofman 1993, Petersen y Crock 2001, Petersen *et al.* 2004, Richter *et al.* 2004, Wilson 2006).

Saba es en este sentido, sin embargo, la única isla donde los elementos Boca Chica se dan en un ambiente asentacional de clara filiación taína. En las otras islas las cerámicas chican aparecen dentro de un contexto menos definido. La alfarería de Saba es decorada con incisiones y modelados aplicados, resultando menos usuales los punteados en los bordes (biselados o engrosados dobles). Está ausente la decoración pintada. La incisión consiste en líneas estrechas y profundas, terminada a menudo en punteados o arcos. Los motivos incisos son lineales, en forma de V y en espiral. Resultan diagnósticos de esta cerámica motivos con pares de líneas paralelas semicirculares o rectas, hallándose la línea horizontal fina en motivos que rodean el borde.

La decoración incisa se presenta en la parte alta de los respaldos directamente debajo de los bordes. Los aplicados modelados con diseños geométricos, antropomorfos y zoomorfos son característicos de este esquema. La aplicación geométrica consiste en tiras verticales u horizontales, aserradas. Agarraderas con cabezas antropomorfas que representan deidades taínas o con cabezas zoomorfas que muestran iguanas, ranas, murciélagos y cabezas de mono, elementos típicos de la mitología taína aparecen en las vasijas ceremoniales. La mayoría de la alfarería parece haber sido elaborada localmente como evidencian los análisis geoquímicos (Hofman *et al.* 2007). Cerámicas semejantes, de estilo taíno, se han descubierto en San Martín y Anguila, y de forma más dudosa, en Nevis.

Los artefactos

Junto a estas cerámicas aparecen en las Antillas Menores norteñas, de modo poco usual pero con clara raíz taína, artefactos que indican de forma contundente la apropiación de ideas o bienes taínos. Esto se da principalmente en contextos chican, suazan y Cayo. Objetos de concha, hueso, madera y piedra, que muestran fuertes caracteres iconográficos chican ostionoid, relacionados con temas sobrenaturales propios de las Antillas Mayores, Puerto Rico y las Islas Vírgenes, llegan a aparecer en puntos tan alejados como las Granadinas e incluso hay un hallazgo aislado en Lago Pitch en Trinidad.

Uno de los objetos más difundidos y que aparece con más frecuencia es la guaíza. Estas han sido halladas en Anguila, Antigua, La Désirade, Marie-Galante, Carriacou, e Île de Ronde entre otros. Se elaboraron sobre conchas de *Strombus gigas* o *Costatus*, variando mucho en apariencia y tipo. Algunas parecen ser verdaderas máscaras mientras que otras son solo representaciones de caras. Como en las figuras cerámicas encontradas en contextos suazan, algunas guaízas se caracterizan por presentar incisiones en las mejillas, directamente bajo los ojos. Allaire (1990) y otros han interpretado esto como representaciones de una deidad taína que llora. También de concha son los numerosos objetos que parecen haber sido usados para incrustarlos en piezas de madera. Estos se han encontrado en muchas islas de las Antillas Menores y recuerdan el motivo taíno de dientes rechinantes.

Otros artefactos evidentemente inspirados en la cultura material taína son las grandes piezas tricúpidas de piedra, conocidas como zemíes. Muestran rasgos antropozoomorfos considerados representaciones de espíritus ancestrales y eran usadas por los caciques taínos como recurso de legitimación (Curet 1992, McGinnis 1997, Pané 1999). Los trigonolitos se han encontrado en Anguila (Sandy Hill), Guadalupe (Anse à la Gourde), Dominica (Soufrière) y Carriacou (Grand Bay) (Crock 2000, Honychurch 1997, Kaye *et al.* 2004). Su elaboración fue prolífica durante la Edad Cerámica Tardía en Anguila (Knippenberg 2006). Se fabricaron en concha, piedra pómez, calci-rudita, diferentes tipos de caliza y rocas ígneas (Crock y Petersen 1999). Un pequeño número de sitios en San Martín y Anguila estuvieron envueltos en la fabricación de estas piezas (Crock 2000; Crock y Petersen 1999; Haviser 1987; Knippenberg 2004, 2006).

Parafernalia asociada al ritual de la cohoba como los inhaladores y las espátulas vómicas, que exhibe rasgos típicamente taínos, se ha encontrado en Saba, Nevis y Guadalupe. Las espátulas también son conocidas para otros sitios en las Antillas Menores pero su asociación con el taíno es menos evidente. Un receptáculo o recipiente de madera ornamentado, también hallado en Guadalupe, recuerda los artefactos taínos. Se han encontrado dos asientos ceremoniales de madera o duhos, en Dominica y Trinidad.

Se han recuperado varios artefactos que representan imitaciones de objetos taínos en Martinica y Santa Lucía. Reflejan la asimilación sincrética de rasgos distintivos de la iconografía taína dentro de las normas estilísticas suazan troumassoid que dominan en ese

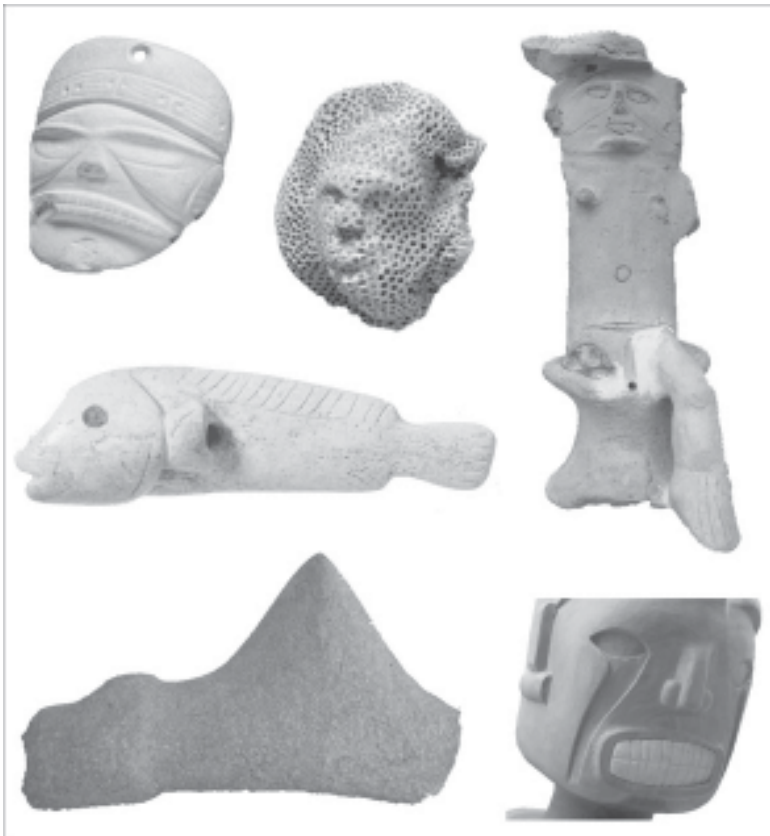


Figura 2. Recopilación de varios artefactos de las Antillas Menores que muestran diversos grados de influencias estilísticas de las sociedades taínas de las Antillas Mayores (sin escala). Desde arriba a la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj: gúaizas (Morne Cybèle, La Désirade y Anse à la Gourde, Guadalupe), base para la cohoba (Lavoutte, Santa Lucía), incrustación de concha (colección del Museo de Barbados), trigonolito (Anse à la Gourde, Guadalupe), inhalador de alucinógenos (Kelbey's Ridge II, Saba).

momento en las Antillas Menores (Allaire 1990). Uno de estos artefactos es una estatuilla de cerámica con la representación de un personaje femenino sentado, interpretado como un soporte para alucinógenos, el cual se halló en el sitio Lavoutte en el norte de Santa Lucía. Pudiera tratarse de una imitación local de los soportes de madera usados en la cohoba, en las Antillas Mayores. Resulta muy interesante que todos los soportes para la cohoba hallados en las Antillas Mayores, representen figuras masculinas,

mientras que las dos copias de las Antillas Menores (otro fragmento de estatuilla se encontró en Massacare en Santa Lucía) muestran figuras femeninas sentadas. Allaire ha interpretado estos y otros artefactos como representaciones de la diosa taína de la fertilidad, Atabeyra, pero la evidencia al respecto no es completamente convincente. Parece igualmente factible que esta presencia refleje creencias locales que enfatizan la importancia del papel de la mujer, dada la amplitud del simbolismo femenino visible en la cultura material de las Antillas Menores. Otra posible imitación en este sentido, es la cabeza de coral encontrada en Anse à la Gourde.

Menciones sobre objetos

Las fuentes etnohistóricas y los primeros reportes arqueológicos proporcionan un cuadro de enorme riqueza en lo referido a materiales perecederos que debieron haber circulado a lo largo de las islas. Debido a su frágil naturaleza la mayoría de estos objetos no han sobrevivido a las vicisitudes del tiempo y el ambiente pero su rastro puede encontrarse en la literatura. Debido a su mejor preservación y al desarrollo de colectas muy tempranas, estos objetos han sobrevivido en mayor número en las Antillas Mayores. Existen, sin embargo, referencias sobre la presencia de objetos similares en la Antillas Menores:

[...] *les sauvages de cette île avaient trouvé dans des cavernes certaines idoles de coton en forme d'hommes, avec des grains de savonnets aux endroits des yeux et une espèce de casque en coton sur la tête. Ils assuraient que c'étaient les dieux des Igneris qu'ils avaient massacrés* (Du Tertre 1978 (II):380)

(Traducción: Los salvajes de esta isla [Martinica] habían encontrado en las cuevas ciertos ídolos hechos de algodón, en la forma de hombres, con semillas negras de la baya-jabón [Sapindus] para los ojos, y una especie de casco de algodón en la cabeza. Ellos aseguraron que estos eran los dioses de los Igneri que ellos habían masacrado [vea también Weiss 1862]).

I groped among the loose fragments of stone near the mouth, where, one of the men told me, and Indian chair had been found some fifteen years before. [...] This relic of antiquity was undoubtedly taken by the Caribs from their enemies of

Haiti, and brought here by the captor, or it may have belonged to a captive Arowak living among the Caribs. The same old Negro who found the "stool" was of our party, but he could not afford any further light except to say: "Me tink him b'long to Injun seat (Ober 1899 [1879]:224).

(Traducción: Yo tenté entre los fragmentos de piedras sueltas cerca de la boca, donde, uno de los hombres me dijo, que la silla india se había encontrado unos quince años antes. [...] Esta reliquia de la antigüedad fue indudablemente tomada por los caribes, de sus enemigos de Haití, y traída aquí por sus captores, o puede haber pertenecido a un cautivo arawak que vivió entre los caribes. El mismo negro viejo que encontró "el taburete" estaba en nuestra partida, pero él no pudo arrojar mas luz al respecto, excepto decir: "E pa' mí que é unashento innio").

DISCUSIÓN

Cuando son confrontadas las fuentes etnohistóricas con los datos arqueológicos disponibles emergen discrepancias en tanto las fuentes se refieren casi exclusivamente a las sociedades taínas como algo propio de las Antillas Mayores mientras que su influencia material se ha encontrado en contextos arqueológicos tan lejanos como son los del sur de Trinidad. Recientemente se han hecho esfuerzos por explicar esta situación. Oliver (en prensa) por ejemplo, propone que el intercambio desarrollado por los jefes taínos y la captura de esposas, son los mecanismos socio-ideológicos primarios que están detrás de la distribución de ciertos artefactos de estilo taíno que se hallan en las Antillas Menores, sin embargo, estas interpretaciones dependen demasiado de lecturas discutibles de las fuentes etnohistóricas y construyen hipótesis a partir de otras hipótesis.

En este momento parece imposible determinar con certeza el mecanismo particular que da base a las diversas ocurrencias de elementos taínos a lo largo de las Antillas Menores. Resulta claro que debe hacerse una distinción entre las Antillas Menores del norte y del sur en lo que se refiere a la distribución de artefactos taínos en esas áreas. De hecho, dentro de las mismas Antillas Menores norteñas parecen darse diferenciaciones en el grado de impacto taíno.

Solo el sitio Kelbey's Ridge II, en Saba, proporciona evidencia de un enclave taíno real fuera del espacio taíno. En Anguila por

otro lado, Crock y Petersen (2004) sugieren el establecimiento de un pequeño cacicazgo dentro de la esfera cultural taína. En San Martín, San Eustaquio y Nevis, la evidencia es más unidimensional con la ocurrencia de unos pocos elementos cerámicos que sustentan a los sumo, cierta simbiosis o interacción con la o las, sociedades taínas. La heterogeneidad en el ensamblaje que muestran los diversos sitios (con cerámicas Boca Chica, Atajadizo y Esperanza) parece referir la relación con más de una expresión taína.

La evidencia arqueológica sugiere que el límite social entre los taínos y las poblaciones vecinas puede establecerse en algún lugar en torno a Guadalupe. Sin embargo, en la parte sur de Guadalupe la interacción presumiblemente estuvo restringida a los intercambios y a la difusión de ideas. La evidencia particularmente pertinente en este sentido es la ocurrencia, en la Edad Cerámica Tardía, en las Antillas Menores del sur, de contextos arqueológicos donde se da tanto la presencia de artefactos de claro estilo taíno, como de imitaciones de origen local que exhiben diversos grados de similitud y calidad de elaboración. ¿Si había líneas de intercambio, abiertas y fácil difusión de ideas y artesanías, por qué la necesidad de burdas imitaciones?

Estos objetos son encontrados dentro de un mosaico de ensamblajes culturales que no exhiben una relación amplia con el taíno sino que apuntan a una composición sumamente diversa de población o a un flujo de personas e ideas relacionadas con el continente suramericano. Vista desde esta perspectiva, es de esperar la escasez extrema de artefactos de estilo taíno o de imitaciones en estos contextos no-taínos. Tal situación sugiere que estos artefactos e imitaciones eran el resultado de la casualidad y las interacciones incidentales más que de líneas de contacto bien establecidas entre compañeros de intercambio.

Repasando las diferencias cualitativas y cuantitativas en la distribución de artefactos de estilo taíno a lo largo de las Antillas Menores, es evidente que varios procesos y mecanismos estuvieron operando simultáneamente como resultado de la combinación de incentivos socio-políticos, económicos e ideológicos. En este sentido se pueden formular varias hipótesis en cuanto a aspectos de incorporación, intercambio y apropiación.

La incorporación

La presencia de un importante conjunto de elementos taínos en el norte de las Antillas Menores hace pensar en una extensión de la

cultura taína hacia el sur-este. El sitio Kelbey's Ridge II , en Saba, y el sitio Sandy Hill en Anguila, se ven como evidencia de la expansión de la sociedad taína hacia la Antillas Menores bajo una combinación de incentivos socio-político, ideológicos y económicos.

Varias hipótesis han sido propuestas:

1. Un grupo originario de las Antillas Mayores huyendo de la inestabilidad social y/o política, podría haberse establecido en las Antillas Menores norteñas. Esta expansión habría involucrado la migración de un grupo pequeño de pioneros o colonos taínos y habría traído consigo la incorporación de estas pequeñas islas de las Antillas Menores norteñas al sistema socio-político e ideológico taíno. Esta hipótesis se fortalece con las opiniones de Curet (1992: 289) en torno a la idea de que la migración de grupos chican a las Antillas Menores, podría relacionarse con una disminución poblacional ocurrida en Puerto Rico durante el período chican. Los datos de isótopo para Kelbey's Ridge II establecen la posibilidad de un origen no local para los adultos enterrados en Saba.

2. La incorporación de estas pequeñas islas por razones socio-ideológicas puede haber sido el resultado del interés por establecer bases que facilitarían el control de una de las mayores rutas de intercambio y comunicación entre el continente suramericano y las Antillas Mayores, a través de la cual pudieron haberse movido personas, bienes e ideas. Este intercambio era obviamente una actividad de la élite. La situación estratégica de los establecimientos esparcidos por las Antillas Menores norteñas, como Kelbey's Ridge II, Saba, localizado a 120 m sobre nivel del mar y con control visual de al menos siete islas, podría verse como parte del fomento de puestos de avanzada, del establecimiento de locaciones defendibles en el contexto de las correrías bélicas. Esto coincide con patrones asentacionales de la Edad Cerámica Tardía, como los que se ven en La Désirade, con los sitios Morne Cybèle y Morne Souffleur. Contrasta, sin embargo, con los establecimientos en las Antillas Menores del sur donde los datos hacen pensar en una ocupación intensiva y extensa en ambientes costeros e interiores durante este período.

3. Una incorporación con propósitos económicos impuesta por la necesidad de obtener recursos específicos (por ejemplo, a través de la explotación de los bancos pesqueros de Saba) (Hofman y Hoogland 2004: 54). En la misma línea, Lundberg (1989) ha sugerido que las Islas Vírgenes albergaron lugares para la extracción de recursos por parte de la población taína de Puerto Rico, que aprovechó las potencialidades de estas islas pequeñas, ubicadas

en aguas poco profundas. Crock (2000) también resalta la proximidad al banco de Anguila, uno de los bancos de pesca más ricos en la región, como un factor importante en el sostenimiento de los asentamientos en esta isla.

4. Una incorporación a la esfera cultural taína como ha sugerido Crock, dentro de un cacicazgo multi-isleño en Anguila. Esto encuentra base en el conjunto de elementos de cultura material que incluyen cerámicas, producción de zemíes, máscaras de concha, espátulas vómicas, inhaladores e incrustaciones, además del uso de cuevas para actividades rituales y para entierros humanos (Crock 2000).

El intercambio

Las Antillas Menores en su conjunto, resultan una posición estratégica, dentro de la macro-región, que conecta la Antillas Mayores y el continente suramericano. Este espacio funciona como una ruta de intercambio y comunicación a través de la cual se movieron personas y se intercambiaron bienes sociales e ideas (Hoogland y Hofman 1999, Hofman *et al.* 2007). Allaire (1990) ha interpretado las copias de artefactos taínos, documentadas por él en Martinica y Santa Lucía, como medios de interacción esotérica. Estos objetos, esencialmente imitaciones o modelos reducidos de artículos taínos, reflejan una asimilación sincrética de elementos foráneos taínos que se insertan en el canon estilístico de las Antillas Menores. El estilo taíno de las máscaras o guaizas encontradas en muchos sitios, mas allá de las Granadinas, resulta un aspecto emblemático en este sentido. Sin embargo, independientemente de su carácter de copias o de restos de artículos de intercambio, es notoria su escasa presencia en conjuntos no-taínos (Suazan y Cayo, por ejemplo). En suma, ellos representan un proceso sincrético que aun debe definirse. Sin embargo, varios escenarios pueden proponerse.

1. En el caso que estos artículos se produjeran en las Antillas Mayores, ellos podrían representar medios de acumulación de prestigio, en tanto circularon en un contexto de entrega de presentes entre numerosos actores insertados en una red que abarcaba las Antillas Mayores y Menores. Oliver (en prensa) ha supuesto que las alianzas e intercambio de esposas, eran las principales motivaciones para el funcionamiento de este sistema.

2. Sin embargo, resulta discutible hasta qué punto las comunidades en las Antillas Menores eran compañeros comerciales con

igual estatus, dentro de esta red. La opción de una red de intercambio más localizada, que disponía solo de lazos periféricos en las Antillas Mayores, no puede asumirse dejando fuera establecimientos que, como Kelbey's Ridge II y Sandy Hill, operaban como canalizadores de la distribución de elementos de estilo taíno.

3. Otro escenario sería el de intercambios efímeros que incluyen el manejo de bienes y materias primas (véase Knippenberg 2006) pero sin involucrarse de manera directa en el contexto socio-político e ideológico de las Antillas Mayores.

4. El hecho de que muchos de estos artículos son de elaboración local (cerámicas de Saba y objetos de Martinica y Santa Lucía) hace creíble la posibilidad de que también las máscaras fueran producidas localmente. Estilísticamente, las máscaras son heterogéneas, cada una exhibe elementos faciales particulares, un hecho que en sí mismo no prueba ni niega los argumentos sobre la procedencia de estas.

La apropiación

Tras explorar las alternativas de simbiosis/incorporación e intercambio, debemos volver ahora a un modelo explicativo antagónico: el de la apropiación de objetos durante incursiones o por robo. Lillios (1999: 242), hablando de herencias de familia, dice: "en virtud de su portabilidad y carácter físico, sin embargo, las herencias familiares también pueden perderse con facilidad, pueden ser robadas, o destruidas. Esto los hace objetos altamente costosos, con gran valor pese a ser vulnerables a la pérdida, el robo, o la destrucción". Ella sigue diciendo: "La adquisición de objetos por la fuerza o el robo es, probablemente, un proceso de transformación cultural universal... [que] se convirtió en un medio prevaeciente de intensificación del rango, cuando la herencia (y los objetos asociados con la herencia) emergió como una fuente de legitimación política" (Lillios 1999: 242). Pané y otros cronistas tempranos hacen mención a dos tipos de robo o de incursión entre los taínos, tanto entre ellos mismos, como "exótico" (Colón, Las Casas y Oviedo, en Oliver en prensa; Pané 1999). Cuando las rivalidades entre los caciques taínos llegaban a conflictos armados, uno de los objetivos era capturar o destruir los zemíes de los contrarios. La destrucción de estos objetos (romperlos o quemarlos) neutralizaba sus poderes, mientras que adueñarse de ellos implicaba la apropiación de sus poderes, historia de vida y reputación, lo que incrementaba el prestigio de los jefes y consolidaba su posición social.

Saquear o destruir cierto tipo de objetos, como los zemíes, es característico de contextos de enfrentamiento interno en los que las facciones comparten similares ideas culturales y valores así como tradiciones respecto a la materialización de estas ideas. Una forma menos focalizada de saqueo o destrucción, podría esperarse de correrías llevadas a cabo contra personas con una etnicidad o identidad diferente, y con otras cosmologías y conceptualizaciones materiales. En este caso, los invasores serían atraídos probablemente por diversos objetos, seleccionándolos más por su exotismo que por su familiaridad. De hecho, Helms (1988) y otros han discutido el alcance y la atracción que los artículos exóticos o lejanos, despiertan entre los miembros de otras comunidades o sociedades. Esta apropiación, más ecléctica y casual, es reconocible en la rara ocurrencia de artículos extranjeros dentro de inventarios relativamente homogéneos de cultura material. Resulta chocante, sin embargo, que arqueológicamente esto se evidencie en la amplia destrucción de trigonolitos en Guadalupe, a través de la rotura de de uno de sus extremos.

COMENTARIOS FINALES

En este texto hemos estudiado la distribución de elementos taínos en las Antillas Menores. Hasta ahora, su interpretación ha estado limitada por el empleo de conceptos erróneos. Muchas de las hipótesis consideradas se basan principalmente en las fuentes coloniales tempranas, las cuales se refieren a un momento de cambio y de gran inestabilidad socio-política y económica en la región. Las fuentes en sí mismas no responden a todo el espacio de las Antillas Mayores y no pueden ser aplicadas de manera acrítica a la situación de las Antillas Menores. Por último, el espíritu de la dicotomía taíno-caribe, construida desde los tiempos coloniales tempranos, continúa marcando, a un nivel subconsciente, las mentes de los investigadores y limita la posibilidad de percibir modelos alternativos creíbles.

Una lectura balanceada del registro etnohistórico y un manejo preferencial del dato arqueológico, aportan un cuadro más ambiguo que abarca los diversos motivos y mecanismos existentes tras los modelos de distribución diferencial de elementos taínos en las Antillas Menores. En términos generales estos mecanismos pueden conceptuarse como sigue:

1. incorporación de varias islas norteñas a la periferia del espacio taíno, debido a una combinación de razones socio-políticas, económicas e ideológicas.

2. intercambio en diverso grado, de personas, bienes e ideas, entre las comunidades de las Antillas Mayores y Menores y, consiguientemente, entre los jefes locales. Incluso, la potencial elaboración local puede ser indicativa de ideologías compartidas en el sentido de interacción esotérica, como postuló Allaire (1990).

3. apropiación de artefactos taínos a través de incursiones o coerción por las comunidades de las Antillas Menores del sur, para compartir el prestigio que estos objetos conferían a sus dueños.

RECONOCIMIENTO

Los mapas fueron preparados por Medy Oberendorff, las fotografías fueron tomadas por Alistair Bright y Menno Hoogland. Agradecemos a Roberto Valcárcel Rojas por su traducción y a Adriana Churampi Ramírez por sus correcciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Allaire, L. (1977): *Later Prehistory in Martinique and the Island Caribs: problems in ethnic identification*. Disertación doctoral, New Haven, Yale University.
- _____ (1984): "A reconstruction of early historical Island Carib pottery" en *Southeastern Archaeology*. Vol. 3, No. 2.
- _____ (1990): *Prehistoric Taino Interaction with the Lesser Antilles: the view from Martinique*. Ponencia presentada en 55th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Las Vegas, Nevada.
- _____ (1997): "The Caribs of the Lesser Antilles" en S. M. Wilson, ed., *The Indigenous People of the Caribbean*. Gainesville, University of Florida Press.
- Boomert, A. (1986): "The Cayo Complex of St. Vincent: Ethnohistorical and Archaeological Aspects of the Island Carib Problem" en *Antropológica*. No. 66.
- _____ (1995): "Island Carib archaeology" en N. L. Whitehead ed., *Wolves from the sea*. Leiden, KITLV Press.
- _____ (2004): "Koriabo and the Polychrome Tradition: the late-prehistoric era between the Orinoco and Amazon Mouths" en A. Delpuech and C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.
- Bullen, R. P. (1964): *The archaeology of Grenada, West Indies*. Gainesville, University of Florida.
- Bullen, R. P. y A. K. Bullen (1976): "Culture areas and climaxes in Antillean prehistory" en *Proceedings of the International Congress for Caribbean Archaeology*. No. 6, Pointe-à-Pitre, Guadalupe.
- Cassá, R. (1995): *Los indios de las Antillas*. Colección Pueblos y Lenguas Indígenas 10, Quito, Ediciones Abya-Yala.
- Crock, J. G. (2000): "Interisland Interaction and the Development of Chiefdoms in the Eastern Caribbean". Disertación doctoral, University of Pittsburgh. University Microfilms, Ann Arbor.
- Crock, J. G. y J. B. Petersen (1999): "A long and rich cultural heritage: the Anguilla archaeological project, 1992-1998". Informe preparado para Anguilla Archaeological and Historical Society, The Valley, Anguilla.
- _____ (2004): "Inter-island exchange, settlement hierarchy, and a Taíno-related chiefdom on the Anguilla Bank, Northern Lesser Antilles" en A. Delpuech and C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.
- Curet, L. A. (1992): "Development of chiefdoms in the Greater Antilles". Tesis doctorado, Department of Anthropology, Arizona State University, Tempe.
- Du Tertre, J. B. (1978 [1648]): *Histoire générale des Antilles habitées par les Français*. Kolodziej, Fort-de-France.
- Faber Morse, B. (2004): "At the onset of complexity: Late Ceramic Age developments in St. Croix" en A. Delpuech y C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.
- Farina, L. F. y C. K. Zacher, eds. (1992): *Christopher Columbus's Discoveries in the Testimonials of Diego Alvarez Chanca and Andrés Bernaldez*. Introducción y notas A. Unali, traducción G. Triola y L. F. Farina. Nuova Raccolta Columbiana Vol. V, Roma, Instituto Poligrafico e Zecca Dello Stato.
- Haviser, J. B. (1987): *An Archaeological excavation at the Cupecoy Bay site (SM-001), St. Maarten, Netherlands Antilles*. Informe de Archaeological and Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Vol. 6, Willemstad, Archaeological and Anthropological Institute of the Netherlands Antilles.
- Henocq, C. y F. Petit (1995): "Baie Rouge, gisement archéologique tardif de l'île de St. Martin" en *Proceedings of the International Congress for Caribbean Archaeology*. Vol. 16, No. 1, Basse Terre, Guadalupe.
- Hoffman, C. A. (1963): *Archaeological Investigations on Antigua, West Indies*, Tesis de maestría, Gainesville, University of Florida.
- _____ (1979): "The ceramic typology of the Mill Reef site, Antigua, Leeward Islands" en *Journal of the Virgin Islands Archaeological Society*. No. 7.
- Hofman, C. L. (1993): "The Native Population of Pre-Columbian Saba. Part One. Pottery Styles and their Interpretations". Leiden, Faculty of Archaeology, Leiden University.
- _____ (1995): "Three Late Prehistoric Sites in the Periphery of Guadeloupe: Grande Anse, Les Saintes and Morne Cybèle 1 and 2, La

- Désirade" en *Proceedings of the International Congress for Caribbean Archaeology*. Vol. 16, No. 2, Basse Terre, Guadalupe.
- Hofman, C. L., A. Delpuech, M. L. P. Hoogland y M. S. de Waal (2004): "Late Ceramic Age survey of the northeastern Islands of the Guadeloupean Archipelago: Grande-Terre, La Désirade and Petite-Terre" en A. Delpuech y C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.
- Hofman, C. L., A. J. Bright, A. Boomert y S. Knippenberg (2007): "Island rhythms: the web of social relationships and interaction networks in the Lesser Antillean archipelago between 400 BC and AD 1492" en *Latin American Antiquity*. No. 18.
- Honychurch, L. (1997): "Carib to Creole: contact and culture exchange". Disertación doctoral inédita, Oxford, Oxford University.
- Hoogland, M. L. P. y C. L. Hofman (1993): "Kelbey's Ridge 2, A 14th Century Taino Settlement on Saba, Netherlands Antilles" en *Analecta Paehistorica Leidensia*. No. 26.
- Hoogland, M. L. P. y C. L. Hofman (1999): "Expansion of the Taino Cacicazgos towards the Lesser Antilles" en *Journal de la Société des Américanistes*. No. 85.
- Jane, C. (1933): *Select documents illustrating the four voyages of Columbus*. 2 vols., Londres, Hakluyt Society.
- Kaye, Q., S. M. Fitzpatrick y M. Kappers (2004): "A Preliminary Report on the Excavation at Grand Bay, Carriacou, West Indies, June 28th-July 31st, 2004" en *Papers from the Institute of Archaeology*. No. 15.
- Keegan, W. F. (2000): "West Indian Archaeology 3. Ceramic Age" en *Journal of Archaeological Research*. Vol. 8, No. 2.
- Keegan, W. F., C. L. Hofman y M. L. P. Hoogland (2002): *Archaeological Reconnaissance at Saint Lucia, West Indies (4-28-2002 to 5-19-2002)*. Preliminary Report. Gainesville/Leiden, University of Florida/Leiden University.
- Knippenberg, S. (2004): "Distribution and exchange of lithic materials: three-pointers and axes from St. Martin" en A. Delpuech y C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.
- Knippenberg, S. (2006): "Stone artefact production and exchange among the northern Lesser Antilles". Disertación doctoral inédita, Leiden, Faculty of Archaeology, Leiden University.
- Lillios, K. T. (1999): "Objects of Memory: The Ethnography and Archaeology of Heirlooms" en *Journal of Archaeological Method and Theory*. Vol. 6, No. 3.
- Lovén, S. (1935): *Origins of the Tainan Culture, West Indies*. Göteborg, Elanders Boktryckeri Aktiebolag.
- Lundberg, E. (1989): *Pre-ceramic procurement patterns at Krum Bay, Virgin Islands*. Disertación doctoral, Urbana-Champagne/Ann Arbor, University of Illinois/University, microfilms.
- McGinnis, S.A.M. (1997): "Ideographic Expression in the Pre-Columbian Caribbean". Disertación doctoral inédita, Austin, Department of Anthropology, University of Texas.
- McKusick, M. B. (1960): *Distribution of ceramic styles in the Lesser Antilles, West Indies*. New Haven, Department of Anthropology, Yale University.
- Murphy, A. R. (1999): "The Prehistory of Antigua, Ceramic Age: Subsistence, Settlement, Culture and Adaptation within an Insular Environment". Disertación doctoral inédita, Calgary, Department of Archaeology, University of Calgary.
- Murphy, A. R. (2004): "Life in an insular environment" en A. Delpuech y C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.
- Ober, F. A. (1899 [1879]): *Camps in the Caribbees*. Boston, Lee and Shepard Publishers.
- Oliver, J. R. (en prensa): "Caciques and Çemí idols. The Web Spun by Taíno Rulers between Hispaniola and Boriquén".
- Pané, R. (1999 [1571]): *An account of the antiquities of the Indians. Chronicles of the New World Encounter*. 1999 edición facsimilar, introducción, notas y apéndices de J. J. Arrom, traducción de S. C. Griswold, Durham y Londres, Duke University Press.
- Petersen, J. B. y J. G. Crock (2001): "Late Saladoid to Late Prehistoric Occupation in Anguilla: Site Setting, Chronology and Settlement Hierarchy" en *Proceedings of the International Congress for Caribbean Archaeology*. Vol. 18, No. 1, St. George, Granada.
- Petersen, J. B. y D. R. Watters (1991): "Archaeological testing at the early Saladoid Trants site, Montserrat, West Indies" en *Proceedings of the International Congress for Caribbean Archaeology*. No. 14, Bridgetown, Barbados.
- Petersen, J. B., C. L. Hofman y L. A. Curet (2004): "Time and culture: chronology and taxonomy in the Eastern Caribbean and the Guianas" en A. Delpuech y C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.
- Righter, E. C., K. S. Wild y E. R. Lundberg (2004): "Late Ceramic Age developments in the Virgins Archipelago: The Puerto Rican connection" en A. Delpuech y C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in*

the Eastern Caribbean. BAR International Series 1273, Oxford, British Archaeological Reports.

Rouse, I. (1974): "The Indian Creek Excavations" en *Proceedings of the International Congress for the Study of the Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles*. No. 5, St. Johns, Antigua.

_____ (1976): "The Saladoid Sequence on Antigua and its Aftermath" en *Proceedings of the 6th International Congress for Caribbean Archaeology*. No. 6.

_____ (1992): *The Tainos: rise and decline of the people who greeted Columbus*. New Haven y Londres, Yale University Press.

Rouse, I. y B. Faber Morse (1999): *Excavations at the Indian Creek site, Antigua, West Indies*. Yale University Publications in Archaeology 82, New Haven, Yale University.

Sued-Badillo, J. (1978): *Los Caribes: Realidad o Fabula*. San Juan, Editorial Cultural

Weiss, J. (1862): "The Horrors of San Domingo" en *Atlantic Monthly*. Vol. 9, No. 56, June 1862.

Whitehead, N. L. (1995): "Ethnic plurality and cultural continuity in the native Caribbean: remarks and uncertainties as to data and theory" en Neil L. Whitehead, ed., *Wolves from the sea*. Leiden, KITLV Press.

Wilson, S. M. (1990): *Hispaniola-Caribbean Chiefdoms in the Age of Columbus*. Tuscaloosa y Londres, University of Alabama Press.

Wilson, S. M. (2006): *The Prehistory of Nevis, a Small Island in the Lesser Antilles*. Yale University Publications in Anthropology, New Haven, Yale University Press.



ESTUDIO ACERCA DEL SIGNIFICADO Y FUNCIONES DE LOS AROS LÍTICOS, PIEDRAS EN CODOS Y TRIGONOLITOS DE PUERTO RICO Y LA ESPAÑOLA

JOSÉ R. OLIVER

INTRODUCCIÓN

De todos los artefactos portátiles de gran valor y prestigio creados por los artesanos taínos, los llamados “collares” o aros líticos son sin dudas los más enigmáticos y visualmente los más llamativos por su forma tan distintiva. Ya que los trigonolitos, o piedras de tres puntas, podían ser amarrados en el “codo” del aro lítico, estos aros son potencialmente artefactos compuestos. Las llamadas piedras en forma de codo, por su forma, presentan una versión abreviada de los aros en piedra. ¿Pero qué funciones cumplían estos objetos? ¿Cuáles son los significados de las imágenes ostentadas en los objetos? ¿Qué podemos inferir de las relaciones entre personajes icónicos —grabados en los aros, piedras codo y trigonolitos— y los seres humanos que los utilizaban? ¿Qué implica dicha interacción con relación a la implementación del poder político-religioso taíno? Este ensayo propone un enfoque analítico que, creemos, será un punto de partida útil para poder comenzar a responder estas y otras preguntas acerca del pensamiento y acción de los indígenas de Puerto Rico y La Española.

La creación de los aros requería de una labor de manufactura y producción intensiva, por lo cual eran objetos “caros” para producir y de indudable gran valor (Walker 1993, 1997). En comparación a otros artefactos potencialmente de similar valor, tales como las *guaízas* (mascarones) o los trigonolitos, los aros líticos y piedras codo son de frecuencia muy limitada lo cual ya indica su valor y apunta hacia un número limitado de individuos que los utilizaban y/o “poseían”. Sin embargo, sus funciones, para ya no decir sus significados y simbolismos, son aún un misterio para nosotros hoy día. Hay dos razones para esto. Primero, solamente unos pocos especímenes han sido recobrados en contextos arqueológicos bien controlados y hay aun menos especímenes completos. En segundo lugar, y quizá de mayor importancia, no existe ni una sola referencia a aros o piedras codo en la voluminosa documentación hispana del siglo XVI, de por sí un hecho sumamente intrigante.



Figura 1. Mapa ilustrando la distribución de los aros líticos, piedras codo y grandes trigonolitos en el Caribe.

La distribución geográfica de los aros y piedras codo está circunscrita al sureste de la República Dominicana, Puerto Rico y algunas de las Islas Vírgenes (figura 1; ver García Arévalo 2005). Dicho patrón contrasta con la mucho más amplia dispersión de otros tipos de objetos de valor y prestigio pertenecientes al llamado “taíno clásico”, tales como los ídolos de madera, duhos (banquillos), inhaladores de *cohoba* (el alucinógeno *Anadenanthera peregrina*), guaízas y hasta cierto punto los trigonolitos.

Desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo pasado, muchas teorías han sido planteadas para dar cuenta del origen función y significado de los aros y piedras codo, comenzando con Holder en 1875, Otis Mason en 1877 y siguiendo con Fewkes (1907) al iniciarse el siglo XX. Dichas teorías continuaron debatiéndose durante el siglo XX entre varios estudiosos, como por ejemplo, Ekholm (1961) y Alegría (1986). Hoy día el estudio más comprensivo y profundo acerca de los aros líticos se encuentra en la tesis doctoral de Walker (1993), trabajo el cual, en mi opinión, merece mayor atención de la que hasta el momento le ha sido conferido por mis colegas antillanos. Entre las teorías propuestas —unas más y otras menos especulativas— acerca de los aros y/o piedras codo destacamos las siguientes:

- a) Son insignias (emblemáticas, heráldicas) del oficio de cacique.
- b) Son objetos para sacrificios.
- c) Son ídolos para la veneración de animales tales como serpientes, lagartijas, e incluso criaturas de carácter fantástico.
- d) Son ídolos para la veneración de árboles y plantas, tales como la yuca.
- e) Son collares o yugos utilizados por hombres y mujeres para arrastrar las canoas a las playas.
- f) Son utilizados como cinturones protectores en los juegos de pelota.
- g) Son réplicas o reproducciones en piedra de los cinturones que, en efecto, se utilizaban en los juegos de pelota.
- h) Se utilizaban para ayudar a las mujeres parir.
- i) Son imágenes, estatuas o ídolos de deidades a las que adoraban en ritos religiosos.
- j) Se utilizaban como “grillos” para restringir a los esclavos indígenas.
- k) Eran parte de la parafernalia utilizada en ritos de iniciación y parte de las ceremonias (“teatro ritual”) de carácter público.

En resumen, los enigmáticos y distintivos aros líticos y piedras codo merecen nuestra renovada atención ya que pueden ofrecer perspectivas inusitadas acerca de la naturaleza del poderío político-religioso de los taínos, especialmente si se exploran las relaciones entre seres humanos y los iconos que los collares y piedras codo ostentan. El objetivo de este ensayo es abrir un ventanal que nos permita comprender la naturaleza y significado de estos artefactos prestando atención a las relaciones que estos tenían con los humanos. También presentaremos algunas ideas que esperamos aclararán por qué dichos objetos muestran una distribución geográfica restringida en el Caribe.

LAS INTERROGANTES A ELUCIDAR

Para sonsacar el sentido y lógica de por qué los aros y piedras codo —y los elaborados trigonolitos amarrados a los collares— así como las llamadas “cabezas” de tipo Macorís, presentan una distribución espacial circunscrita, debe primero comenzarse por donde parte toda acción social humana: a nivel de la interacción cara-a-cara entre los seres humanos y entre estos y los objetos en cuestión. Solo entonces podemos cambiar la óptica analítica a niveles superiores, a la escala regional de complejas redes y cadenas de interacciones.

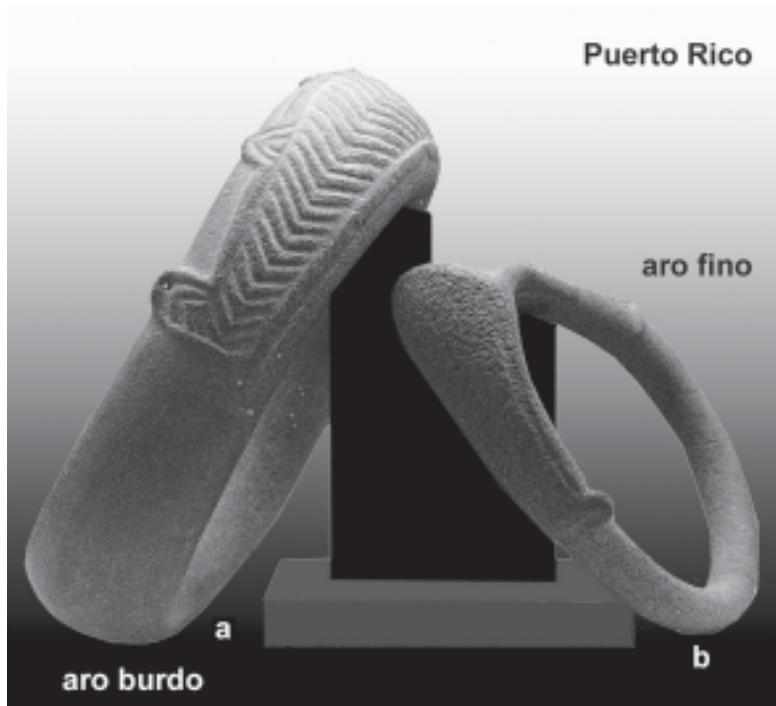


Figura 2. (a) aro lítico masivo o burdo; y (b) aro fino. Puerto Rico.

Existe la interrogante de qué tan antiguos son los aros líticos y las piedras codo. Argumentaré que es sumamente significativo que por cerca de siete siglos, la distribución espacial de los aros líticos y piedras codo *mantuvieron* sus fronteras dentro del área comprendida por el sureste de La Española (Santo Domingo hasta el Higüey), Puerto Rico e Islas Vírgenes. Lo mismo no se puede decir de muchas otras categorías de artefactos e iconos religiosos y/o de prestigio sociopolítico agrupados bajo la serie de estilos o complejos denominados “Chican ostionoides” (chicoide) y “taíno clásico” por Rouse (1992).¹ ¿Por qué? ¿Qué significa esta circunscripción en términos de la dinámica social y política indígena? ¿Estabilidad y persistencia en las relaciones de poder político-religioso y social? Esta última es quizá la pregunta que más me llama la atención. Recordemos que además que circunscripción espacial incluye otros artefactos distintivos, tales como las cabezas *macorijes* y los trigonolitos decorados de gran tamaño, sin olvidar la demarcación de recintos —es decir, *bateyes*— con lajas y/o

monolitos que a su vez frecuentemente ostentan una iconografía (petroglifos) compuesta de personajes antropomorfos y zoomorfos (Oliver 1998, 2005). Al parecer, al momento del contacto entre los indígenas y españoles alrededor de siete siglos habían ya transcurrido desde la aparición de este particular conjunto de objetos icónicos (incluidos los grabados en los monolitos de los bateyes). Sin embargo, dicho conjunto de objetos, en particular los aros y piedras codo, nunca formaron parte de la parafernalia de poder político-religioso de las otras sociedades “taínas”, ni tampoco de otros grupos contemporáneos como los macorix y ciguayo. Ni en Cuba, Jamaica, o las islas Lucayas, ni tampoco en las islas “tainizadas” de Saba y Anguila, los aros y las piedras en codo forman parte del ajuar cultural, a pesar de que en términos generales dichas sociedades o bien compartían una misma raíz étnica-cultural “taína” o gravitaban bajo una fuerte esfera de influencias “tainizantes”.

Ya he hecho alusión a la pregunta de cómo eran utilizados los aros y piedras codo por los seres humanos (figuras 2 y 3). ¿Eran parte del ajuar corporal de una persona, ostentados y desfilados públicamente ante la comunidad o eran objetos que se mantenían fuera de la vista pública, escondidos en el interior del *caney* de un



Figura 3. Piedra en forma de “codo” sencilla. Puerto Rico.

cacique formando parte de la parafernalia ritual durante los llamados “cabildos” o reuniones del cacique y sus consejeros nitaínos (elite)? ¿Quién era el “dueño”, el que controlaba dichos objetos: era el cacique personalmente, el clan o linaje caciquil, o la comunidad? Y, desde luego, queda aún la interrogante de cuál era o eran las funciones y roles que los aros cumplían. ¿Eran principalmente objetos emblemáticos o heráldicos que representaban la alcurnia y autoridad del cacique ante el público en ceremonias, como sugieren Roe y Walker, de *ritual theater* (teatro ritual)? ¿O eran estos aros y piedras codo algo más sustancial y dinámico que meras representaciones de lo “sagrado” y “potente”? Cabe examinar si, en efecto, los aros líticos y piedras codo (las formas) eran concebidas como entes o personajes infundidos o imbuidos con potencia y poder numinoso, capaces de acción autónoma y de generar y mantener relaciones sociales con otros entes humanos y no-humanos. Ya que los aros líticos y piedras codo presentan iconos (generalmente biomorfos) cabe preguntarse si estos eran también el objeto de veneración y culto, participantes (como agentes y pacientes) en los actos ceremoniales de consulta y adivinación del futuro realizados por los caciques y *behíques* (chamanes) bajo los efectos de la cohoba —tal como lo fueran, por ejemplo, los ídolos de algodón o madera mencionados por fray Ramón Pané (1974, Arrom 1975) y otros cronistas (por ej., Colón 1985).

Si tales iconos eran objetos de veneración, de rezos y plegarias, de ofrendas, etcétera, estos son sin dudas *ídolos*; y lo que los seres humanos hacen con los ídolos constituye *idolatría* en el sentido no-prejuiciado y antropológico que ofrece Alfred Gell (1998). Más aun, dado que los trigonolitos estaban imbuidos con potencia sobrenatural y asumiendo que, en efecto, los trigonolitos podían estar amarrados a los aros (figura 4), entonces ¿qué podemos inferir acerca de la relación entre los personajes labrados en los aros y en los trigonolitos? Estos personajes, tanto como los objetos *per se*, también son *cemí* (Oliver 2005, 2007). Un trigonolito amarrado a un aro implicaría que también puede ser potencialmente removido y sustituido por otro trigonolito-*cemí*, quien también tendría su identidad, personalidad (*personhood*) y reputación propia, diferente a las de otros personajes-trigonolitos. Los nativos además atribuirían diferentes leyendas y gestas a diferentes trigonolitos (ver Fowler 2004).² Por lo tanto, el o los personajes (icónicos) presentes en un aro lítico tendrían, potencialmente, una diversidad de relaciones que variaba según la identidad del personaje-trigonolito

amarrado al aro. Es decir, las relaciones son complejas porque incluyen no solamente al ser o seres humanos con el aro-trigonolito sino también la que resulta entre los personajes del aro y del trigonolito amarrado.

Existe además la interrogante acerca de si el personaje esculpido fue concebido meramente como una *representación* —es decir que, literalmente, son imágenes figurativas que confeccionaban como un símil de la forma invisible (e imaginada) de la entidad (por ej., una deidad)— o si desde el punto de vista de los nativos, no representan nada sino que *eran* la entidad (o divinidad) en cuestión. En otras palabras, ¿eran estos iconos una representación de la potencia sobrenatural o poder “divino” o *eran* efectivamente el ente divino y poderoso?

Walker (1993) sugiere que los aros líticos contienen *representaciones* gráficas y sintéticas de criaturas y entidades míticas, por lo cual se deduce que los aros esencialmente funcionan como artificios mnemónicos (o como diría Roe, “mitemas” gráficos), para evocar (recordar, rememorar) los tradicionales mitos y leyendas de la comunidad. Siguiendo la lógica de Walker, los aros y sus personajes (iconografía) son artefactos *conmemorativos* que aluden a historias y eventos de carácter mitológico-religioso, como por ejemplo lo son las representaciones icónicas (*tableaux*) del Vía Crucis en las iglesias católicas. ¿Pero qué tal si los indígenas consideraban que estos iconos no eran meramente un arte representativo, que no eran simplemente emblemas heráldicos o símbolos totémicos? Que tal si los personajes icónicos estaban imbuidos con *cemí*? Recordemos que “*cemí*” *no* es un artefacto u objeto; es una cualidad y condición existencial, de ser y/o tener dulzura (Oliver 1998, 2005, 2007).³



Figura 4. Aro lítico fino de Puerto Rico con su trigonolito “amarrado”, según la interpretación de J. W. Fewkes (1907).

Lo “dulce” o tener “dulzura” es una metáfora de aquello que está imbuido con potencia sagrada y, por ende, poderoso/a. Si los aros están imbuidos con cemí (“dulzura”) entonces los iconos (personajes) presentes serían potentes, estarían “animados” (ánima ~ alma) y, por lo tanto, tendrían la capacidad de ser agentes de acción y de interactuar en el cosmos. A nuestro parecer, existe la posibilidad de que estos objetos —los aros líticos y sus trigonolitos amarrados— fuesen concebidos por los taínos como algo más que pasivas representaciones artísticas o “textos” gráficos para ayudar a rememorar y retransmitir oralmente la memoria de narraciones míticas. Los personajes presentes en el aro y el trigonolito amarrado, en conjunto, son agentes de causalidad, activamente envueltos en relaciones sociales entre sí y con los seres humanos. Las relaciones sociales de los personajes infusos con cemí y los seres humanos crean historia (y biografías); sus acciones crean, generan, causan eventos; hacen que las cosas sucedan, alterando y enriqueciendo el acervo histórico-cultural de las sociedades. Y en dichas acciones y gestas entabladas con los seres humanos es que los artefactos-cemí generan sus particulares biografías y se le atribuyen gestas que forman la sustancia de las leyendas. Exploraremos dicha posibilidad un poco más a fondo.

PERSONA, PERSONALIDAD, IDENTIDAD Y ACCIÓN

La primera pregunta a hacerse es *¿Quién?* ¿Quién es o quiénes son los personajes esculpidos en los aros líticos, las piedras codo y grandes trigonolitos? Esta interrogante puede ser abordada mediante otra serie de preguntas relacionadas: ¿Cómo están los personajes-cemíes relacionados entre sí, con los seres humanos, con otros seres no-humanos y con otras cosas? ¿De qué acciones son capaces los personajes y qué impactos (efectos) sus acciones tienen sobre el orden social y el cosmos? La pregunta “¿quién es?” —es decir, la identidad del sujeto— inevitablemente fuerza al investigador a considerar la cuestión de cómo los indígenas percibían y concebían (construían y deconstruían) a la persona y su personalidad (*personhood*). La “personalidad” aquí se refiere a la condición o estado de ser de una persona tal como es comprendida en cualquier contexto social específico (Fowler 2004). La persona y su personalidad puede ser construida, de-construida, o compuesta y des-compuesta, y/o mantenida y alterada en la práctica social, no solo durante la vida de un “individuo” sino también después de su muerte.

En resumen, lo que cada persona es depende primordialmente de las relaciones e interacciones sociales que realiza (acción) con otros seres, sean estos humanos o no-humanos. La identidad y personalidad del sujeto —¿quién?— se conforman por las relaciones e interacciones que se realizan desde el nivel más íntimo y “personal” (cara-a-cara) hasta los macro-niveles, grandes redes interregionales que involucran una multiplicidad de personas (y como agentes y pacientes). La circunscrita distribución en el espacio geográfico de los aros líticos (y piedras codo junto con los elaborados trigonolitos de gran tamaño) es el reflejo (palimpsesto) de dicho patrón, de la red o redes de interacción humana en la que circulaban y se movilizaban los entes vitales “objetivados”, como por ejemplo los personajes (cemíes) de los aros o de los trigonolitos. La persistencia temporal de los aros, piedras codo y trigonolitos de gran tamaño dentro de un área delimitada por alrededor de siete siglos es sumamente intrigante, y nos reta a explorar las posibles dinámicas socio-políticas, religiosas y económicas que generaron tal patrón de distribución. Nos obliga a considerar las motivaciones (¿por qué?) humanas que provocan o subyacen la acción humana (¿cómo?) y generan la distribución de los objetos en cuestión; son acciones en el tiempo (¿cuándo?) y espacio (dónde?), tales como circular, movilizar, intercambiar, obsequiar, robar, heredar, ostentar o esconder. Y tal como lo señala Graeber (2001) en su magnífica obra, lo que los seres humanos hacen con diferentes objetos depende, en el fondo, de sus conceptos de *valor* y *valorización*. Así pues, todos los personajes u objetos-cemíes que Pané (1974) nos describe para La Española, sin dudas reflejan un rango u orden de valores diferenciados, los cuales nos informan acerca de quién es el personaje y que capacidades tiene.

DIVIDUALISMO VERSUS INDIVIDUALISMO DE LA PERSONA

Todos los seres son individuos, con sus características distintivas, pero esto no implica que la persona sea indivisible (Fowler 2004). En este ensayo argumentamos que los antiguos aborígenes y sus antepasados *no* construyeron ni definieron a la persona en nuestro sentido moderno y occidentalita de individualidad como indivisibilidad. Más bien, la persona era concebida como un *dividuo* (en contraste con *individuo*), y quizá también como una persona potencialmente “fractal” (Wagner 1991).⁴ Siguiendo a Fowler (2004), *dividualidad* se refiere a un estado de ser en el cual la persona (y su cuerpo) está compuesta (constituida) y originada por múltiples

autores (*multi-authored*) y donde la persona, entablada en relaciones sociales, le debe partes de sí a otros seres, entes y “cosas”. Así pues, la persona (y su personalidad) es divisible (*partible*); puede “partirse” en diferentes componentes o elementos. “Partibilidad” se refiere al potencial de fragmentación que es inherente a la persona que es concebida como “dividual”. Esta contrasta con la concepción moderna occidentalista de la persona como individual e indivisible.⁵ Todo esto se refiere a la re-configuración o re-constitución, o la construcción y de-construcción, de la persona (el personaje) y su personalidad de tal modo que partes o elementos de otras personas son añadidos o sustraídos. En otros casos, como entre los hindúes, la persona altera su estado y condición (personalidad) mediante el flujo de sustancias que se incorporan o se eliminan de la persona; es decir, son personas permeables (Fowler 2004, Mosko 1992).

De más está recalcar que según el concepto, la divisibilidad de la persona, sus partes o esencias se dan (pueden ser obsequiados) a otras personas, e incluso a “cosas”, destaca el principio fundamental de socialización en antropología: la reciprocidad implicada en los actos de regalar, obsequiar o dar para recibir, y como señaló Weiner (1992) de “recibir-para-regalar”, cuya importancia destacó Marcel Mauss en su famosísima y fundamental obra, *L'essai sur le Don* (o *Ensayo acerca del regalo*; Mauss [1925] 1990). Desde entonces las implicaciones de los actos de obsequiar y recibir han sido objeto de profundos análisis críticos y de numerosos refinamientos por antropólogos tales como Annette Weiner (1992), Marilyn Strathern (1988), Paul Mosko (1992, 1995; Hague y Mosko 1998), Maurice Godelier (1999) y, recientemente en relación con la importantísima teoría del valor desarrollada por David Graeber (2001). En todos estos estudios la base teórica está anclada sobre los conceptos y análisis de las estructuras que identifican la persona y personalidad de los seres humanos y de los “objetos-personajes” involucrados en el intercambio o circulación de regalos y la determinación del valor asignado a los entes (humanos y no-humanos u objetos). En el fondo, es el valor concedido por los seres humanos al objeto/persona lo que sustenta las explicaciones acerca de los motivos y funciones que cumplen los actores en la sociedad a varios niveles de abstracción (desde productores y consumidores a nivel de la unidad nuclear, familiar hasta los grandes conglomerados humanos).

Al analizar cualquier proceso de intercambio y movilidad el primer paso es identificar y definir la naturaleza de los agentes y pa-

cientes; es decir, quienes son las personas involucradas en el intercambio. Las interrogantes acerca de lo alienable y inalienable de las entidades o cosas intercambiadas o que se ponen en circulación pueden solo responderse si, en efecto, podemos discernir que dichas entidades (humanas y no humanas por igual) son “dividuos” y divisibles o individuos e indivisibles. Si podemos, por el momento, estar de acuerdo de que los indígenas de La Española y Borinquén socializaban como “dividuos”, y que los objetos en circulación eran igualmente “dividuos”, entonces nuestra tendencia a estudiar los artefactos arqueológicos como entidades de cualidades físicas indivisibles, inmutables, impermeables, e intransferibles sería fallida si, en efecto, nuestra intención es precisamente comprender los procesos involucrados en cualquier transacción o intercambio social.

MULTI-NATURALISMO Y ANIMISMO DEL ABORIGEN ANTILLANO

La discusión anterior necesariamente nos conduce a la próxima y última premisa del argumento: que las relaciones entre los indígenas operaban bajo el contexto y perspectiva que confería al universo o cosmos un estado de animación. Aquí “animación” se refiere a su acepción original en latín, de tener ánima o alma que genera acción y vitalidad (vida). Como es bien sabido, *animismo* se refiere a la creencia de que no solo los seres humanos sino también otros seres no-humanos así como entidades, tales como una cueva, roca o incluso todo un paisaje (*landscape*), están provistos de fuerza motriz y energía vital; es decir, tienen “alma”. Tal como Viveiros de Castro (1996) y Descola (1996) han demostrado, es frecuente el caso que para las sociedades con una perspectiva filosófica animista, el cosmos visible e invisible, real e imaginado, está caracterizados por cosas, seres humanos y entes no-humanos que exhiben diferentes naturalezas y que, sin embargo, están integrados bajo un solo prisma cultural. Para el indígena taíno y/o macorix de La Vega Real en el siglo XVI, por ejemplo, el árbol de guayacán era no solamente un ente de la naturaleza vegetal y miembro de una comunidad de plantas, arbustos y árboles sino que a la vez ese mismo palo de guayacán podía tener o manifestar otra naturaleza distinta en ciertas circunstancias. Cuando se confirma (mediante la ceremonia de la cohoba) que está imbuido con cemí (“dulzura”), el palo de guayacán es, simultáneamente, un árbol de madera natural y un árbol que potencialmente puede tener fuerza

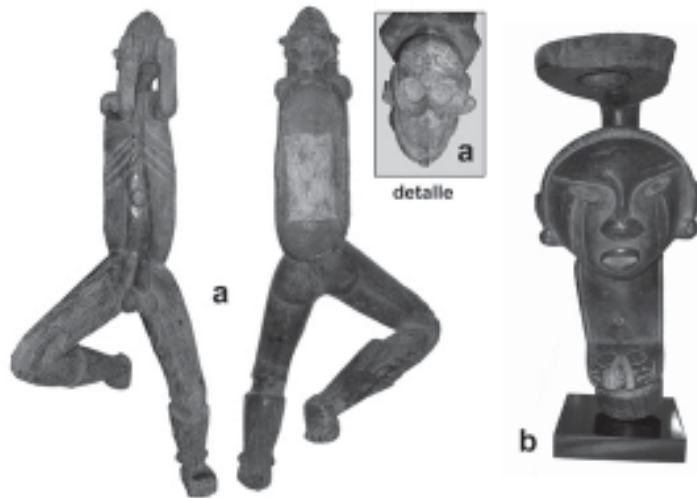


Figura 5. (a) Duho o bandeja de un personaje-cemí masculino en madera (anverso y reverso), República Dominicana. Museo Británico; (b). Ídolo antropomorfo con la mesa para la cohoba (guayacán). Carpenter Mountains, Jamaica. Museo Británico.

vital, un alma; es decir, puede manifestar su “otra” naturaleza (ver Pané 1974 y Oliver 2005). Es un ejemplo, como muchos otros, de lo que Viveiros de Castro (1996) se refiere cuando habla de la perspectiva multi-naturalista de los amerindios.

Ese árbol de guayacán, cuando es imbuido con cemí, es pues un ente vital, potente, poderoso, con voluntad propia (animado) y con identidad y personalidad propias. Recordemos que es el “árbol” el agente, el personaje numinoso que comanda al aborigen cuando caminaba por el bosque a que llamase al behíque (chamán) para que, a través de la ceremonia de la cohoba, pudiera comunicarle sus nombres, títulos, genealogía, formas de venerarlo, revelando además su aspecto fisonómico, e instruyendo al chamán (y al escultor) la forma en que debía ser esculpido (figuras 5a y 5b). Los árboles de guayacán y otras especies madereras imbuidas con cemí eran personajes que se revelaban en formas diversas tales como ídolos zoomorfos y/o antropomorfos con sus mesas para inhalar la cohoba, los duhos o asientos de los caciques, o como personajes labrados en las maracas, inhaladores y espátulas vómicas. Lo mismo podría decirse de otras materias “naturales” imbuidas con cemí: rocas que revelan su identidad y forma para ser esculpidas como aros, codos y trigonolitos; caracoles de mar y

huesos de animales que revelan toda una diversidad de personajes numinosos, con sus identidades y personalidades propias.

Esta perspectiva multinatural bajo un mismo prisma cultural contrasta con nuestra perspectiva moderna occidental en donde existen muchas diferentes y diversas culturas (multiculturalismo) unidas bajo un mismo e inmutable orden natural, en donde las identidades se fijan por su especie. La diversidad de culturas exhibidas está unificada bajo una naturaleza única, por ser todos los seres humanos del género *Homo*. Tal como Fowler (2004) observó, esta perspectiva “uninaturalista/multiculturalista” moderna es totalmente ajena a la perspectiva “uniculturalista” y “mutinaturalista” de muchas sociedades amerindias, incluyendo los indígenas antillanos. Nuestro moderno énfasis en la perspectiva “uninaturalista” ha resultado en imputar a las sociedades animistas una falsa dicotomía entre la naturaleza y la cultura. Para sociedades animistas “la naturaleza” es social y es cultural, no es exclusivamente “natural”.

Apuntalando la perspectiva multinaturalista entre las sociedades taínas (y macorijes, ciguayas, etc.) está la noción de lo que es ser cemí (dulce, dulzura), que como ya señalamos es la fuerza vital que define y anima las múltiples naturalezas de los entes y cosas que componen el cosmos. Ser dulce o tener dulzura, ser y tener ánima o alma, es la condición y cualidad sobrenatural, numinosa que le da vitalidad (vida) a los seres humanos, a las rocas, a los árboles y animales, antepasados e incluso a paisajes o hitos en el paisaje multinatural. Potencialmente, todo lo que en nuestra perspectiva vemos como algo natural, a veces inanimado (piedras, paisajes), tiene para el indígena el *potencial* de ser cemí, con sus diferentes naturalezas discernidas bajo un mismo prisma cultural (taíno, macorix, ciguayo, lucayo, etc.). La roca amorfa “natural” oculta o puede ostentar su otra naturaleza animista: es una roca de basalto y es un trigonolito o un aro lítico con fuerza vital, con cemí. La particular piedra amorfa —que es ya cemí (dulzura)—, una vez nos revela su naturaleza, nos manifiesta su forma (su cuerpo) iconotricorne o de ídolo antro-po-zoomorfo, etc. Es bajo la forma icónica, ahora no-oculta y extrovertida, de la roca (o palo de madera), con quien los seres humanos establecen relaciones sociales. Ese icono o ídolo es entonces personificado (antropomorfismo) y mantendrá relaciones particulares con un ser humano sobre el cual recaerá el *tutela* del personaje-cemí.⁶ Los personajes-cemíes tenían libre albedrío (*free will*), es decir la capacidad de decisión y la motilidad de, por ejemplo, abandonar o escapar de su “tutor”.⁷

Es igualmente claro que no todos los entes imbuidos con cemí en la naturaleza debían ser esculpidos o labrados para revelar su “otra” identidad, tal como es por ejemplo el cristal de cuarzo, objeto que sin otra modificación a su naturaleza y forma es, de por sí, numinoso para muchas sociedades chamanísticas. Pero en este ensayo solo nos atenemos a tres objetos o artefactos que sí fueron esculpidos, revelando así su forma, cuerpo, identidad y personalidad.

Dados los argumentos presentados hasta aquí, cabe preguntarse si, en efecto, los aros líticos y las piedras codo —y sus iconos grabados— son cemí, es decir, tienen la potencia vital de la “dulzura” y además preguntarse si estos fueron objetos de idolatría. Es decir, ¿fueron los aros y piedras codo objetos de veneración (adoración) y culto del mismo modo que lo fueron los cemí-ídolos antropomorfos de madera o los trigonolitos? Y si los trigonolitos fueron objeto de veneración, ¿qué significaba que estos fuesen amarrados (es decir, inmovilizados, sujetos) a los aros líticos?

IDOLATRÍA Y LOS POTENTES ÍDOLOS-CEMÍES

En primer lugar hay que señalar que ambas, las figuras *icónicas* (por ej., de animales y/o humanos) así como las *anicónicas* (amorfos o abstractas), pueden ser ídolos y son antropomorfos. Son ídolos antropomorfos no porque formalmente se parezcan visualmente al cuerpo de un ser humano sino porque, tengan la forma que tengan (icónica, anicónica), estos *son personajes imbuidos con cemí que interactúan y entablan relaciones sociales con seres humanos*. Al ídolo-cemí los indígenas veneraban, le rezaban, ofrecían regalos, casa e incluso le preparaban su conuco, como claramente lo señalaron los cronistas españoles (Pane 1974, Las Casas 1929, Colón 1985). En resumen, al ídolo se le rinde culto y dicho acto sencillamente constituye *idolatría* en el sentido recto y no-peyorativo discutido por Alfred Gell (1998). Por otro lado, no todos los iconos son el foco u objeto de culto y veneración, es decir, de idolatría. Por ejemplo, aunque los duhos tienen formas antropomorfas o zoomorfas (icónicas) y están imbuidos con cemí, no hay ninguna evidencia etnohistórica de que estos personajes-duhos fuesen el objeto de culto y veneración (idolatría). Son numinosos y potentes, pero aparentemente no son ídolos en el sentido que le damos en este trabajo.

Por otro lado, las cabezas “trofeo”, tipo Macorís (figura 6:b), imbuidas con cemí (dulzura) fueron indudablemente el objeto o

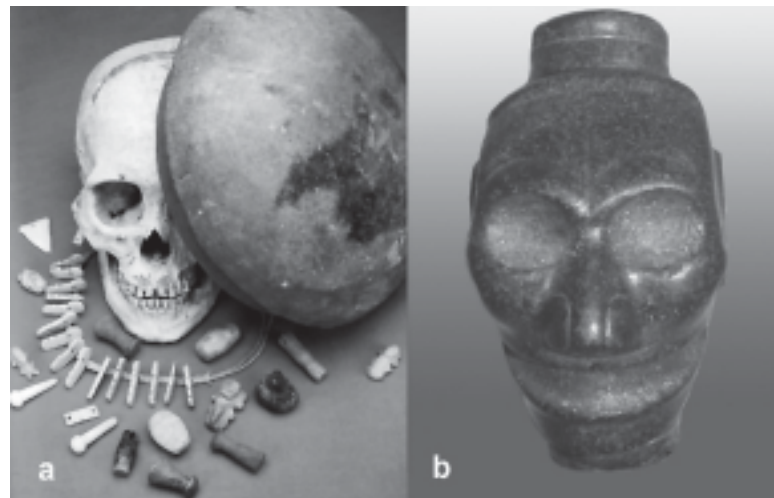


Figura 6. (a) Cráneo humano con vasija, collar, diversos amuletos y adornos corporales. Museo Altos de Chavón, República Dominicana; (b) Cabeza tipo Macorís con detalles que la forma de cráneo humano, República Dominicana. Antigua colección De Hostos, Museo de Arte y Antropología, Universidad de Puerto Rico.

foco de la veneración y culto a los antepasados y parten del antiguo culto a los ancestros pero en el cual era el cráneo humano el foco de la idolatría (Oliver 2007). Durante la ceremonia de la cohoba, por lo tanto, habían ídolos-cemí que eran el foco de veneración y plegarias y otros iconos-cemí (duhos, espátulas vómicas, maracas, inhaladores, etc.) que formaban parte de la parafernalia ritual de la cohoba, pero no eran el objeto de veneración. Estos últimos eran igualmente potentes (tenían cemí) por lo cual eran también agentes y actores junto a los oficiantes humanos (caciques y/o behiques) inmiscuidos en la compleja red de relaciones con los “cemíes-como-ídolos” y “cemíes-como-espíritus” (visibles en alucinaciones). Con esto no queremos decir que los artefactos que no eran el foco de veneración no implicasen todo tipo de observaciones y prácticas rituales (tabúes o restricciones).

Es interesante recalcar que el objeto-cemí (por ej., por el árbol de guayacán o la piedra del río) visualizado por el cacique o chamán vía la alucinación, al ser “objetivizado” (esculpido, moldeado, grabado, etc.) el artesano le confiere un cuerpo (forma) estándar que sigue el canon artístico “taíno clásico”. La forma artística (estilo) es lo que Alfred Gell (1998), en su formulación de la teoría del arte en antropología, denomina el “índice”. La apariencia, forma y los de-



Figura. 7. *Guaízas* elaboradas en piedra (Puerto Rico) y en caracol de mar (*Strombus sp.*) de amplia distribución en el Caribe.

talles formales que el objeto-cemí (ídolo) asume tras ser esculpido por el artesano, es lo que los creyentes y religiosos taínos imaginan ser la forma de tal o de cual entidad (ser, divinidad) con cemí. La imagen mental, conformada por la tradición artística taína, es lo que Gell (1998) denomina el “prototipo” La forma del cuerpo (por ej. tricorne) y particularmente los detalles de su apariencia proveen las claves visuales que permiten al vidente indígena identificar, discriminar y reconocer, *quien* es este personaje-cemí. Los elementos visuales del ídolo surgen de una visión mental (el prototipo) de cómo este personaje-cemí debería ser visto (el índice); la imagen ya realizada como escultura o talla (por ej. el trigonolito antropomorfo) es el índice de dicho prototipo (Oliver 2007).

En resumen, proponemos que los aros y piedras codo, y los personajes esculpidos, son entes animados por su condición de ser y tener cemí, pero sugiero que estos no eran entes a los cuales adoraban o les rendían culto. Eran sí el cortejo de personajes que junto al cacique o chamán entablaba relaciones con los entes espirituales (cemíes-como-espíritus) del mundo invisible (o visible bajo alucinación). Aún no siendo objeto de idolatría, son de todas formas personajes potentes, objetos “sagrados” así como agentes activos que afectan el cosmos, en el mundo ordinario y en el *extraordinario* (sobrenatural).

LAS GUAÍZAS Y CABEZAS MACORIJES

En conjunto, los aros, piedras codo, trigonolitos elaborados y las cabezas macorijes tienen una distribución geográfica restringida a una pequeña área del Caribe. Dicha zona es significativamente menor que la distribución de lo que Rouse (1992) y otros han definido como la cultura “clásica” taína, es decir de la serie/subserie “Chican” ostionioide) y sus antecedentes pretaínos (subseries Ostionan, Elenan, Meillacan en la nomenclatura de Rouse).

En la Antillas Menores, más al sur del Banco de Saba, sí se han reportado algunos pocos ejemplos de trigonolitos de gran tamaño y relativamente bien decorados (por ej., en Guadalupe y Carriacou), pero los aros y piedras codo están ausentes más al sur de las Islas Vírgenes. En contraste, las *guaízas*, que los cronistas denominaron carátulas o “caratonas”, se encuentran diseminadas desde Cuba hasta las Islas Granadinas, particularmente las manufacturadas con la concha del lambí o carrucho (*Strombus sp.*, figura 7). Los posibles mecanismos sociales implicados en la difusión de estos artefactos no los discutiremos aquí en detalle (ver Oliver 2007); baste señalar que el contraste entre la distribución de aros y piedras codo (ambas restringidas) versus las *guaízas* labradas en lambí (mucho más amplia) apunta a diferentes mecanismos de dispersión así como a diferentes motivaciones (razones) para su circulación que, sin dudas, resulta de los diferentes valores (Graeber 2001) que los aborígenes le asignaban. Aquí lo importante para destacar es la gran diferencia de distribución geográfica entre cabezas de piedra macorijes y las “carátulas” o “mascarones” llamados *guaízas*.

Creemos que la gran dispersión geográfica de las *guaízas* se debe en gran parte al hecho de que para los tiempos de contacto inicial con los españoles, la *guaíza* era el artefacto por excelencia para obsequiar o regalar a los caciques *forasteros* e incluso a autoridades *extranjeras*, tal como sucedió entre el cacique Guacanagarí y Cristóbal Colón en la región de Marién en La Española (ver Tavárez María 2001, Moscoso 1980). El vocablo *guaíza* (o *guayça*) no solamente significa nuestra (/wa-/) faz o cara (/ -isiba/) sino también la define Pané (1974) como un antónimo de *opiya* u *opía* (espíritu de los no-vivientes o alma de los muertos); es decir que la faz es la sede o foco de la vitalidad de un ser, es el “alma” que anima a los seres vivos.⁸ El gesto de obsequiar a un jefe forastero la faz (*guaíza*) y vitalidad (alma/espíritu del ser vivo) es en efecto un ejemplo idóneo de la “partibilidad” (divisibilidad) y dividualidad del cacique; su espíritu vital es reflejado en su cara y

capturado en la guaíza (como artefacto) para ser dado a un extranjero de igual rango. El obsequiado quedaría en deuda al obsequiador y, probablemente, sujeto a reciprocidad en un futuro próximo.

Regalar guaízas forma parte de la estrategia política que Alfred Gell (1998) llama *the extended person* (la persona extendida) o que Marshall Sahlins (1991) en referencia a la Polinesia y Hawaii denomina como *the expansive "heroic kings"* (los reyes expansivos y heroicos) que, bajo su persona, asumen la totalidad de las relaciones sociales de sus súbditos y aliados. Existe evidencia indirecta que, junto con el obsequio de la guaíza a caciques y/o líderes extranjeros, también se realizaba un intercambio recíproco de nombres entre los actores principales, ritual recogido por el vocablo taíno *guaitiao* (Sued Badillo 2003). Casi seguramente en muchos casos el intercambio ceremonial de nombres (*guaitiao*) también implicaba un intercambio de mujeres para contraer nupcias (ver Sued Badillo 2003, Oliver 2007). La guaíza puede considerarse como un "objeto" de gran valor, pues define la parte vital de la persona que obsequia, y que puede ser regalado (alienable) sin por ello perder o minimizar la autoridad, reputación e integridad de la personalidad del obsequiador. Es decir, aun cuando la guaíza (reflejo del alma vital) se obsequie a otro, esta máscara siempre estará simbólicamente vinculada (en inglés, *attached to*) a su dueño original.

En contraste, la cabeza tipo Macorís aparenta ser un objeto que no puede ser obsequiado, al menos no bajo los mismos términos que una guaíza. Su distribución espacial restringida sugiere otros mecanismos de dispersión. Dichos artefactos son, en efecto, cabezas "esqueléticas" o cabezas trofeo; son versiones líticas de los cráneos humanos que, como es sabido, eran el objeto de culto y veneración de los antepasados muy difundidos entre las sociedades antillanas desde tiempos inmemorables (figura 6). En el sureste de La Española y Puerto Rico, no solo se le rendía culto (idolatría) al cráneo del ancestro sino también a ciertos ancestros cuyos "cráneos" eran hechos piedra.

Es posible que la limitada distribución se deba a que las cabezas, siendo de antepasados que han sido "cemiificados", circulaban como ídolos solamente entre grupos humanos que eran descendientes directos y/o colaterales del difunto, muy probablemente bajo el proceso de herencia. Es decir, los cráneos así como las cabezas de piedra, no eran objetos que circularan fuera de la red de relaciones de parentesco y descendencia del difunto. Es nota-

ble que así como la faz (con su piel y carne) del ser viviente es la sede de energía vital (alma) tras la muerte es la cabeza descarnada (cráneo) la que también ubica al espíritu o alma del muerto. La faz es la parte carnosa, blanda, sutilmente maleable y externa que nos permite la "lectura" de emociones y estados de ánimo de la persona y de reconocer y distinguir entre diferentes personas vivas. El cráneo, por otro lado, es la parte oculta, dura, huesuda, inflexible, rígida, y emocionalmente indescifrable (para los vivos) y que encierra los "misterios" del mundo de los no vivos. Probablemente, mediante un proceso de abducción los aborígenes razonaron que si lo vital del ser vivo "reside" en la faz (es todo superficie, visible), la vitalidad supernatural generativa de los antepasados muertos "residían" en su cráneo (que es todo profundo, oculto). Parece ser que las sociedades entre el sureste dominicano y las Islas Vírgenes, le confirieron al cráneo (por sustitución) una naturaleza mucho más permanente al esculpirlo en piedra. A su vez, es muy posible que al desligar el cráneo (en hueso) de una asociación directa con un difunto específico e identificable (el padre o abuela de tales o cuales) abre la posibilidad de establecer relaciones de parentescos (descendencia) esencialmente ficticios, tales como con antepasados míticos.

Sabemos que al menos existe un caso de un entierro humano junto al cual se encontró una cabeza de piedra tipo Macorís, dato informado por Morbán Laucer (1979) para el cementerio indígena de La Cucama al este de Santo Domingo (períodos ostionoides tardío a Boca Chica). Por otro lado, en el yacimiento de Paso del Indio en Puerto Rico, Walker (2005) informa la presencia de dos entierros masculinos, asociados al período ostionoides tardío (Santa Elena; 900-1200 d. C.), cada uno de los cuales contenía un cráneo de otro difunto. Curiosamente, el cráneo está puesto de forma que el difunto parece aguantarlo o agarrarlo con sus manos. En ambos casos el objeto del culto a los difuntos (la cabeza de piedra y el cráneo mismo) han sido puestos fuera de circulación. Todo parece indicar que las cabezas de piedra son objetos-cemí que no pueden (o no deben) ser obsequiados (inalienables) fuera de esa red de parentesco y descendencia. Por otro lado, no hay noticias aún de la presencia de guaízas en contextos funerarios, lo cual implicaría que estos los mantenían en circulación.

Si las guaízas tenían que ver con la expansión horizontal (geográfica) del poderío del cacique (que radia de su faz/alma) entonces las cabezas de piedra y cráneos tienen que ver con la exten-

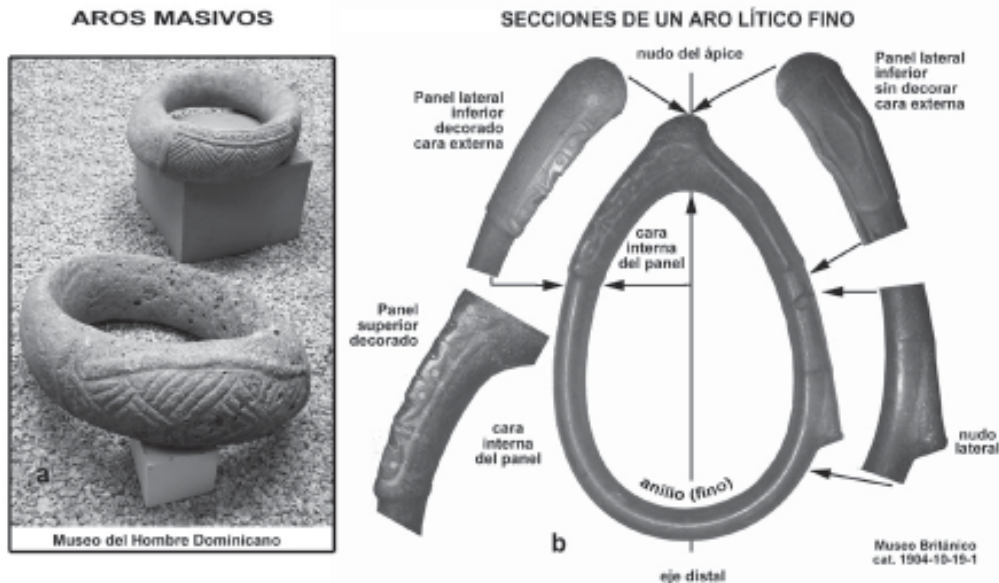


Figura 8. (a) Dos aros líticos (roca calcárea) masivos o burdos de la República Dominicana (Museo del Hombre Dominicano). (b): Aro lítico fino (basalto) mostrando sus diferentes secciones (Museo Británico, cat. 1904-10-19-1).

sión vertical (genealógica, temporal) del cacique o descendiente. La primera constituye la red de alianzas que incorpora a “los otros” (caciques y líderes de grupos forasteros) y la segunda refuerza la continuidad a través del tiempo (tradición) articulando los difuntos con los descendientes (vivos) y que, por lo tanto, define quienes somos “nosotros” en contraste con los “otros”. Sin embargo, solo en la zona entre el sureste dominicano y las Islas Vírgenes el antiguo y pan-caribeño culto al cráneo de los ancestros se expande para incluir, en casos limitados (dado su rareza), a las cabezas de piedra tipo Macorís (figura 6).

LOS AROS Y PIEDRAS CODO

Los argumentos presentados ofrecen un marco para ahora enfocar el estudio a los aros líticos y las relacionadas piedras codo. Ya desde los primeros estudios a finales del siglo XIX (ver Fewkes 1907) los aros líticos, popularmente denominados collares y yugos, se dividieron formalmente entre aros finos y aros burdos o masivos (figura 8). Los aros finos, de sección delgada, son gene-

ralmente elaborados de rocas ígneas o meta-volcánicas, mientras que los burdos son de sección gruesa y frecuentemente elaborados en varios tipos de rocas calcáreas.

Walker (1993, 1997), aludiendo a su contorno y forma de asentarse sobre el suelo, también describe a los collares masivos como “tipo asiento” (*bench type*), mientras que los aros finos los describe como “tipo marco” (*frame type*), por tener en su parte proximal paneles (marcos, que forman el “codo”) bien definidos sobre el cual se graban y esculpen los diseños decorativos. Los lados laterales de los aros masivos están frecuentemente aunque no siempre decorados; los finos siempre llevan decoración enmarcados en paneles bien definidos. A pesar de las diferencias notables entre ambos tipos de aros, Walker (1993) demostró que la medida del contorno del interior de ambos tipos de aros cae dentro de un mismo rango de variación, detalle que tiene significado en cuanto a su posible uso (como discutiremos más adelante).

Las piedras codo (ver figura 3) pueden ser igualmente más finas o masivas y ser sencillas (sin decoración) o elaboradas con diseños complejos (figuras 8 y 9). Su forma angular, análoga al codo de un brazo humano, es comparable a la sección angular (el marco) que se observa en los aros líticos finos. Hay muchas discusiones acerca de la relación formal y genética entre los aros líticos y las piedras codo. Se discutía si, en efecto, las piedras codo eran los prototipos originales del cual se generaron los aros todos hechos de piedra. Se argumentaba que las piedras codo eran una versión del aro de piedra, pero compuesta de un segmento de piedra (la zona de “codo”) y el resto del “aro” era elaborado con materiales perecederos tal como una soga de cabuya, henequén algodón, o de madera flexible (ver Alegría 1986). Formalmente serían un mismo artefacto (un aro) pero con dos variantes: uno totalmente manufacturado de piedra y el otro de materiales compuestos.

En su análisis de los aros masivos Walker (1993, 1997) determinó que el diseño más frecuente es el Pez sin Cabeza (*Headless fish*), con diseños en el cuerpo que recuerda las escamas

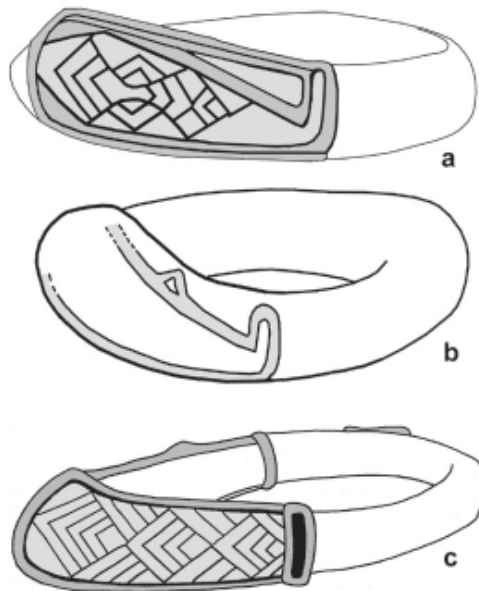


Figura 9. Aros masivos o burdos (a y b) y un aro fino (c) mostrando el diseño del personaje Pez sin Cabeza en el panel lateral decorado. Basado en Walker, 1993, figura 5-3, 5-4.

de pescados (ver figuras 8 y 9). Dicha decoración aparece en el panel lateral del aro. Los aros líticos finos, tipo marco, sin embargo contienen una iconografía más diversa y compleja, pues no solo presentan decoración sobre el panel (“marco”) lateral sino que regularmente presenta iconos sobre el panel superior ubicado directamente sobre el panel lateral (figuras 8 y 9). Las piedras codo como ya se ha indicado son esencialmente aros compuestos, y solo una sección está elaborada en piedra, mientras el resto (el arco o aro), probablemente estaba compuesto de cordaje o madera. Al igual que los aros (finos) totalmente elaborados en piedra, las piedras codo podían llevar un trigonolito amarrado sobre el panel lateral que carece de decoración iconográfica. Con el correr del tiempo, parece ser que la escultura tridimensional del trigonolito amarrado en la piedra codo fue colapsada e incorporada a la piedra codo; es decir los dos artefactos separados se integraron en una sola pieza escultórica; el trigonolito tridimensional pasó a ser una figura bidimensional (figuras 10 y 11).

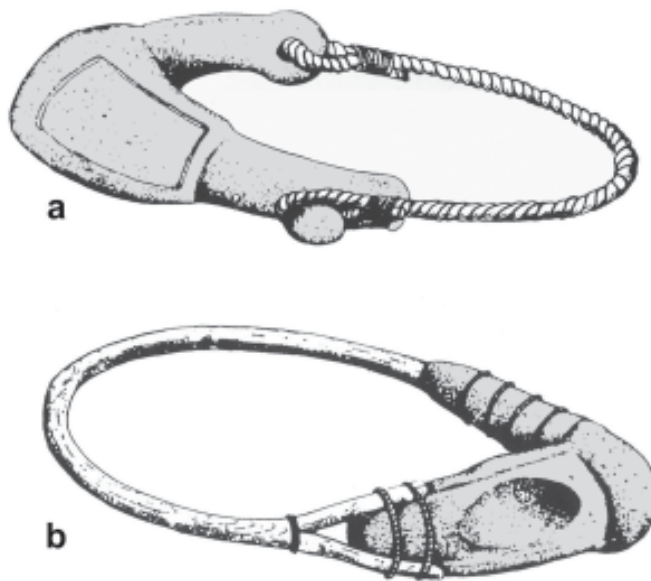


Figura 10. Reconstrucción idealizada de dos aros compuestos de la “piedra codo” y anillos hechos con cordaje o madera.

tos (codo de piedra y anillo de madera o cordaje) era que estos requerían mucha menos inversión de tiempo y de costos en su producción; eran una forma abreviada del aro totalmente lítico y más caro de producir. Sin dudas, la elaboración de un aro hecho totalmente de piedra requiere una sustancial inversión de labor. Es precisamente el arco (anillo) del aro, especialmente de los aros finos, el segmento que más tiempo y exigencias impone al artesano producir sin fallas.

Basándose en un minucioso análisis tecno-estilístico, Walker propuso un esquema evolutivo que ofrece la progresión o desarrollo de los aros líticos a través del tiempo. Tal como se aprecia en la figura 12, Walker coloca los aros masivos al inicio de la secuencia, a la izquierda del cuadro. Una secuencia o cadena se deriva del aro masivo que presenta el icono del Pez sin Cabeza (figuras 9 y 12) y procede (figura 12: Cadena ‘A’, de izquierda a derecha) hacia una mayor elaboración iconográfica en la cual se aprecia un proceso de transformación del Pez sin Cabeza hacia una iconografía dominada

PROGRESIÓN Y EVOLUCIÓN DE LOS AROS LÍTICOS Y PIEDRAS CODO

Anteriormente los arqueólogos interesados en los aros habían discutido si la piedra codo (o aro de material compuesto) en efecto era el prototipo original del cual se elaboraron los aros totalmente hechos en piedra, los aros masivos y finos. Walker (1993) demostró que, al revés de lo que sentido común sugiere, los aros compuestos se derivaron de los aros totalmente elaborados en piedra. Más aún Walker (1993, 1997) sugiere que la razón tras dicho cambio hacia aros compuestos



Figura 11. Piedra codo con iconografía antropomorfa sobre el panel lateral decorado (Puerto Rico, Museo UPR).

por los Murciélagos/Ranas Gemelos y culmina con los aros que presentan a un Personaje-Murciélago central (figuras 12, 13). La secuencia termina con aros que presentan figuras geométricas.

La cadena B (figura 12) parte de los aros masivos con el panel lateral, mostrando un diseño que incorpora la silueta decorada del Pez sin Cabeza, del cual se genera otra serie de aros que proceden hacia los aros finos. En ambas cadenas (A y B) vemos que el cuerpo inicial de la silueta del Pez sin Cabeza de los paneles de los aros finos se mantiene en el panel lateral, pero en el panel superior decorado aparecen otros motivos o personajes (murciélagos/ranas gemelos). Cuando comienzan a aparecer figuras centrales junto a los personajes gemelos en el panel decorado superior, el cuerpo del pez pierde su consistencia y forma, adquiriendo frecuentemente la forma de un cuerpo antropozoomorfo. Finalmente Walker establece una tercera cadena de progresión a partir de un aro masivo cuyo panel lateral presenta la silueta del pez (forma el marco del

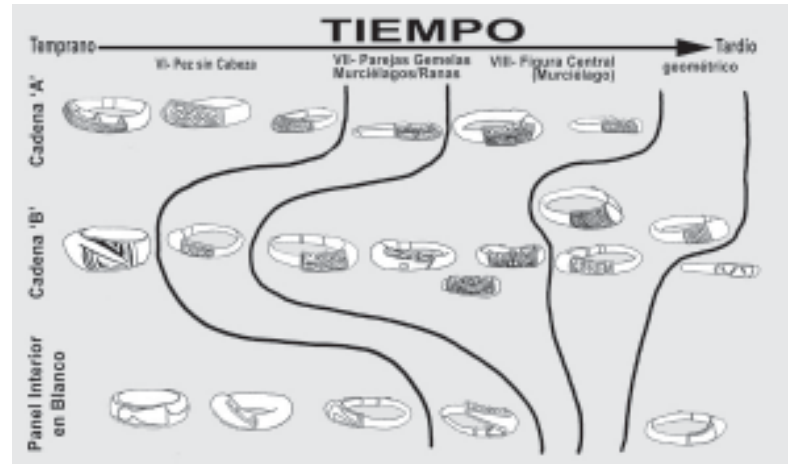


Figura 12. Seriación y progresión de los aros líticos según Walker (1993, figs. 5-11, p. 327).

panel) pero cuyo interior no lleva decoración (“escamas”); es decir está en blanco (figura 12). Subsecuentemente, el panel se mantiene simple, sin relleno decorativo, pero sobre el panel superior aparecen los ya mencionados personajes gemelos y las figuras centrales.

La presuposición de que la progresión parte de aros masivos tipo “asiento” tiene apoyo arqueológico. Aunque poquísimos aros han sido obtenidos en contextos de excavación controlada, los que han sido así recuperados sugieren que los aros masivos, de tipo “asiento”, son más antiguos. Por ejemplo, en las recientes excavaciones en yacimiento de El Cabo, se han recuperado dos fragmentos de aro fino en contextos asociados a viviendas (bohíos) y una cerámica de estilo Boca Chica (Hofman *et al.* 2006); en otro sector del mismo yacimiento, Ortega (1978) recuperó un aro masivo pero asociado a un componente anterior asociado a una variante de la cerámica denominada Ostiones (dominicano) o Anadel (figura 14), cuya fecha probable sería alrededor del 700 a 800 d. C. (Hofman *et al.* 2006). En el yacimiento de La Vega de Nelo Vargas del Barrio Caguana en Utuado, Puerto Rico, se han recuperado fragmentos de aro fino en contextos asociados al período Capá y con fechas calibradas entre 1300-1450 d. C. (Rivera y Oliver 2006, Oliver 2007). Este sitio es una alquería que incluía un pequeño basurero y un batey (plaza) con lajas decoradas con petroglifos.

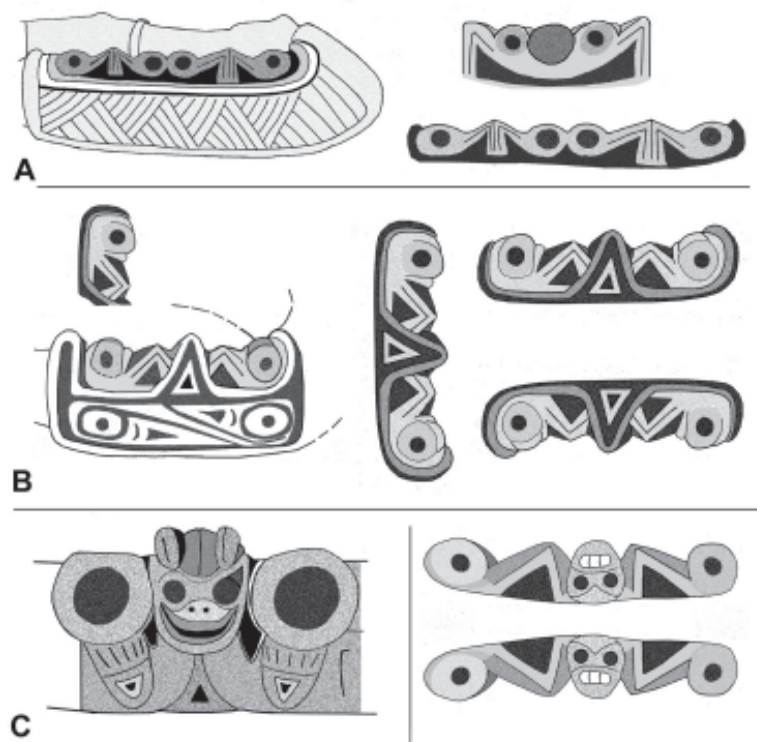


Figura 13. Diseños de los paneles decorados (superior y lateral inferior) de los aros líticos. A: En perspectiva lateral, personaje bicéfalo (gemelos). B: Perspectiva lateral (izq.) presenta un personaje- murciélago (panel superior) con las alas plegadas (panel inferior). A la derecha la rotación del registro superior muestra la transformación de los personajes (murciélago, gemelos acuclillados). C: Personaje central (murciélago) sobre el panel latera; a la derecha se observa la combinación de un par de gemelos que vistos lateralmente forman las “alas” del murciélago.

Otro sitio similar, cerca del Río Tanamá y a 1,5 km al norte del centro cívico-ceremonial de Caguana (Utu-10), recuperamos (junto a tres esferolitos) una piedra codo sin terminar asociada también a cerámica de estilo Capá (figura 15). Walker (1993) también ofrece detalles de otros fragmentos de aro que indican que los aros masivos se inician durante ese período ostionoiide, alrededor de 800 d. C., mientras que los fragmentos de aros finos y piedras codo aparecen después de 1000 d. C. y, en algunas zonas, como Barrio Caguana, no antes del 1280 d. C.



Figura 14. Fragmento de aro masivo recuperado por Ortega en contextos ostionoides (ca. 800-1000 d.C.) en el sitio El Cabo, Altigracia, República Dominicana.

La evolución de los aros propuesta por Walker, y que adoptamos en este ensayo, forma parte de un esquema evolutivo más amplio que involucra además los trigonolitos y las cabezas de tipo Macorís. La sección izquierda de la figura 16 traza el desarrollo del trigonolito —que al inicio eran también esculpidos en coral y caracoles marinos— desde su forma “micro” hasta las formas masivas y ricamente decoradas.⁹

Los ídolos tricornios sencillos en miniatura (figura 16: a y a’), como es sabido, aparecen ya desde los primeros períodos con cerámicas de estilos saladoides en las Antillas, y según Reniel Rodríguez Ramos (comunicación personal, 2007) hay posibles antecedentes que aparecen en contextos prearauacos (arcaico). Estos continuaron produciéndose al correr del tiempo (figura 16: a’); a partir del período intermedio ostionoiide comienzan a elaborarse las formas masivas y de gran tamaño que continuaron hasta la llegada de los europeos. Las formas desarrolladas incluyen los trigonolitos antropomorfos y zoomorfos que presentan su cabeza y extremidades en la protuberancias laterales (figura 16: b) y los que presentan la cabeza o faz sobre el lado del ápice o prominencia vertical del trigonolito (figura 16: c, c’). De esta última forma puede generarse otras variantes en las cuales la faz o cara del personaje aparece sobre el ápice y, a su vez, presentar la cabeza y extremidades en las prominencias laterales (figura 16: d). En otra variante se puede observar que la cara está elaborada no sobre el ápice sino en un solo lado del cono como se observa en la figura 16. Es de la forma “d” que, tecno-estilísticamente, pueden generarse las lla-



Figura 15. Vista de perfil de una preforma de una "piedra codo" recuperada en el sitio Cag-04, Barrio Caguana, Puerto Rico. Período Capá (ca. 1250-1500).

madas cabezas tipo Macorís (figura 16: flechas en gris, a → b). En efecto, puede argumentarse que la base de las cabezas macoríes son vestigios de los conos o prominencias laterales del trigonolito tradicional (Walker 1993). De estas últimas podrían también generarse las carátulas o guaízas que ya no presentan los vestigios de las prominencias laterales (es decir sin prácticamente de sección "plana". Pero estas últimas también pueden ser formalmente derivadas de las caras o cabezas de otros iconos (como el de la figura 5b).

La columna a la derecha de la figura 16, presenta el desarrollo de los aros líticos tal como ya lo hemos discutido, desde el masivo hasta el aro lítico fino junto con su trigonolito amarrado al panel lateral sin decorar (figura 16: 1 → 2). Y muestra además la aparición del

aro compuesto (piedra codo), al cual en su panel lateral sin decorar también podía amarrarse un trigonolito (figura 16: 3). Probablemente el trigonolito amarrado era el tipo que presenta la cabeza antropomorfa y/o zoomorfa sobre el ápice del cono. Tal como ya indicamos, el trigonolito amarrado al codo al final de la secuencia fue sintetizado (colapsado) en una sola pieza (figura 16: 4). Esta es la versión más abreviada o económica del aro, compuesto de piedra (codo) y madera o cordaje (anillo), y el trigonolito o cabeza Macorís ya colapsado e integrado al codo (figura 16: síganse las flechas en gris a → b → c y los aros 2 → 4).

La secuencia evolutiva propuesta por Walker (1993) desde luego es un modelo hipotético que deberá ser sujeto a más pruebas, pero hasta la fecha es el que mejor se ajusta y explica las relaciones tecno-estilísticas y filogenéticas de la variedad formal que observamos para este conjunto de artefactos. Lo que es mucho menos claro es la magnitud temporal de cada etapa dado al simple

hecho de que (aparte de los ídolos microtricornios) carecemos de fechas absolutas y contextos bien definidos para los aros y piedras codo y la gran mayoría de los *grandes* trigonolitos.

En este ensayo asumimos que los trigonolitos sí se amarraban a los aros líticos, tal como lo propuso e ilustró Fewkes en 1907 (figuras 4 y 17). Aunque esta presuposición debe aún ser confirmada, sí existen algunos indicios que, como mínimo, sugieren que la presuposición no es pura especulación o una idea descabellada, que merece ser considerada. Walker (1993, 1997) reportó que algunos de los aros y trigonolitos en las colecciones de algunos museos e instituciones en Puerto Rico y los Estados Unidos incluyen información de registro que sugiere que estos aparecieron y/o fueron donados como un conjunto asociado.

ÍNDICES DE VALOR Y LA PRODUCCIÓN DE AROS

Una pregunta clave para hacerse es, ¿con qué frecuencia eran producidos estos aros? En otras palabras, ¿cuál era la tasa de reemplazo de aros a través del tiempo? Intuitivamente se sospecha que su manufactura y elaboración requería de una intensa (y costosa) inversión laboral artesana y, muy posiblemente, de artesanos especialistas de alto calibre. Si los aros eran reemplazados muy infrecuentemente a través del tiempo, entonces esto refuerza la idea de que solo se producían muy pocos aros para muy pocos individuos. La escasez de aros en una generación dada es un índice de su valor en el sentido de que eran costosos para producir y que además como consecuencia unas pocas y selectas personas (por ej., caciques) podían utilizar o tenían acceso a dichos artefactos. Si, en efecto, la tasa de producción (y/o reemplazo) de aros, generación tras generación, es baja o muy baja también sugiere que un número crecido de aros se mantenía en circulación, heredados de generación en generación.

Claro, el valor que los nativos le asignaban al aro (y a otros ídolos y parafernalia político-religiosa) no se puede caracterizar solamente sobre la base del costo (labor humana) de su producción (economía). Recordemos que estos artefactos son personajes y agentes imbuidos con cemí, y que una vez manifiestos en objetos como trigonolitos, ídolos, aros-iconos, etc., a través del tiempo, cada uno de estos adquiere su propio prestigio y reputación, una biografía personal que está estrechamente vinculada a toda la cadena de "dueños". Aunque desde su concepción los objetos-cemí ya son potentes con sus nombres y títulos, reflejando su rango y

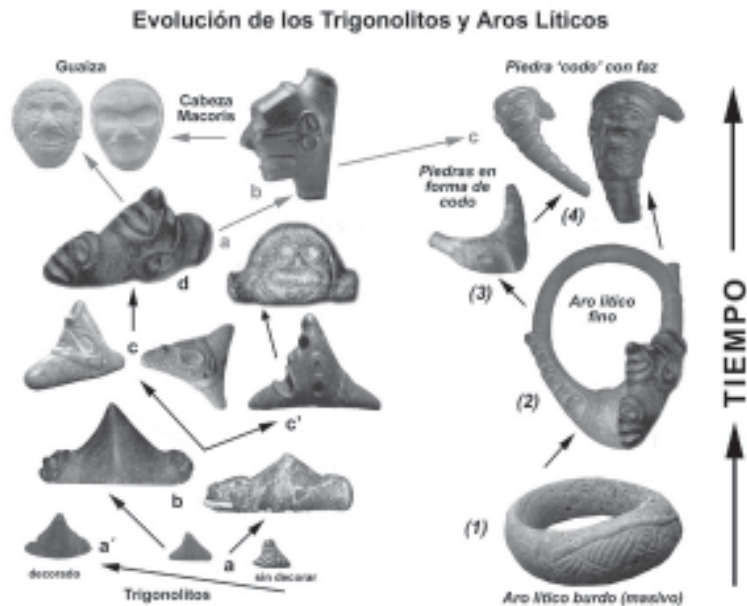


Figura 16. Esquema de la evolución de trigonolitos (izquierda) y de los aros líticos (derecha) según Walker (1993) y Oliver (2007).

jerarquía social, a lo largo de sus vidas estos iban adquiriendo mayor prestigio y reputación a base de las gestas y hazañas que realizaban junto con sus “tutores” humanos (caciques, behiques).

Así pues, no solo es la escasez de aros con iconos-cemíes, ni tampoco el costo de producción lo que valoriza al aro, sino en especial los hechos y gestas (“milagros”) que los humanos le atribuyen y que conmemoran al recitar sus biografías y/o leyendas.¹⁰ Lo que fray Ramón Pané (1974, Arrom 1975) recogió acerca de los doce “cemíes” de La Española no es más que versiones muy abreviadas de las extensas leyendas y biografías atribuidas a cada uno de estos doce personajes-cemí. Si estamos en lo correcto, esta discusión nos lleva a la conclusión de que debió existir un gran incentivo por parte de los indígenas (caciques y behiques en particular) para conservar y mantener en circulación a aquellos objetos o iconos-cemí de mayor antigüedad y reputación (de más valor), pues los de gran prestigio y reputación no pueden ser manufacturados según la demanda o las exigencias del cacique o chamán. El reemplazo (crear nuevos) aros por causa del deterioro o fractura accidental y otros motivos como, por ejemplo, para marcar la insta-

lación de un nuevo cacique, serían también muy poco frecuentes.

Pasemos a ver algunos de los datos estadísticos que existen para Puerto Rico, gracias a los trabajos de Walker (1993) y Sued Badillo (2001). El mapa de la figura 18 muestra la distribución de aros masivos (M), aros finos (S) y de piedras codo (E) más otros fragmentos de aro cuya forma completa es indeterminada (+). La distribución presenta lagunas en muchas regiones de Puerto Rico

que refleja más bien la falta de conocimientos que una verdadera ausencia de estos artefactos. Así y todo, la impresión tentativa es que los aros (y sus variedades) tienen mayor visibilidad en el sur (Cabo Rojo, Ponce, Salinas) y en el interior de la Sierra Central (entre Utuado y Aibonito). Dejando por el momento su distribución, son las frecuencias que ofrecen datos interesantes.

El cuadro 1 presenta una serie de promedios basados en los datos disponibles del total de aros —completos y fragmentos— que han sido registrados para Puerto Rico. Walker, hasta el 1993, ha documentado un total de 182 aros de los cuales 102 especímenes están completos. Pero para 2001 Sued Badillo aumentó la muestra a un total de 475 aros de los cuales 275 están completos.

Asumimos que ambas muestras representan la producción total realizada durante aproximadamente siete siglos; estas cifras por lo menos son un índice útil de la producción total. Utilizando los datos de Walker (cuadro 1) podemos observar que durante los siete siglos solo se produjeron entre 0,26 y 0,15 aros nuevos por año. Dicho de otra forma, en el primer caso se produciría un aro nuevo



Figura 17. Aro lítico con su trigonolito “amarrado”. Puerto Rico.



Figura 18. Distribución de aros líticos y piedras codo en Puerto Rico, según los datos de Walker (1993). Leyenda: + = fragmentos de aros/codos de forma indeterminada; M= aros masivos; S= aros finos; E= piedras codo. Cada letra indica un espécimen.

aproximadamente cada tres años; en el segundo caso sería un aro cada seis años y medio. Estos datos indican una tasa de producción muy baja en relación con la producción de otros artefactos de prestigio y/o religiosos (por ejemplo, los grandes trigonolitos elaborados). La mayor muestra de aros obtenida por Sued Badillo incrementa la producción anual promedio entre 0,4 y 0,7 aros/año; es decir un nuevo aro era confeccionado cada uno a dos años y medio. También estas cifras sugieren una baja producción.

Quizá es más significativo recalculer la producción de aros por generación. Si asumimos una nueva generación de indígenas surgida cada 25 años, tendríamos que en 700 años hubo un total de 28 generaciones de artesanos produciendo la totalidad de aros. Si consideramos que la generación de relevo surgía cada 45 años (promedio) entonces, transcurrieron 15,6 generaciones para producir el total de aros durante el dicho período de siete siglos. Estas cifras permiten estimar la producción promedio de nuevos aros por generación. En el cuadro 1 presentamos los resultados por generación según los totales de aros completos y/o fragmentos

muestreados. Tomando los resultados de la muestra más actualizada de Sued Badillo se observa que la producción total (incluyendo fragmentos) fue de 30 a 31 aros nuevos por cada generación; si solo incluimos los aros completos, la producción sería de 17 aros/generación.

Ambos resultados implican que, asumiendo un intervalo de 45 años por generación, solamente 30 a 31 individuos en cada generación entraron en posesión o tenían bajo su tutela un *nuevo* aro. Si el cambio generacional (promedio) era de 25 años, entonces cerca de 17 personas habrían adquirido la tutela de un *nuevo* aro. Estos datos indican no solamente un número limitado de producción

sino además un alto grado de exclusividad en la “posesión” (tutelar) de aros: entre 17 o 30 personas en una generación dada. Estas cifras se reducen entre 10 y 18 aros por generación si utilizamos como muestra total solamente los aros completos (cuadro 1).

En resumen, las estadísticas tienden a favorecer la hipótesis de que la producción de nuevos aros por año y por generación es de baja a muy baja y destinada para el uso de un número exclusivo de personas en cada generación. Un factor que contribuiría a tan limitada producción de nuevos aros es que los aros antiguos, producidos por generaciones anteriores, se mantenían en circulación; es decir eran conservados (por ej., heredados). Ya que el valor del aro se medía no solo por su escasez y costo de labor (economía) sino también por la reputación y prestigio, acumulados a través del tiempo (su antigüedad), los incentivos y razones para producir aros nuevos (de menor prestigio) debió ser atenuado y probablemente bien controlado, por los pocos individuos que entraban a cargo (uso) de los aros. Además, siendo de material duradero, los aros no

CUADRO 1. ESTIMADOS DE PRODUCCIONES PROMEDIO DE AROS LÍTICOS EN PUERTO RICO (800-1500 D. C.)				
Total de aros producidos en 700 años	Producción promedio aros/año	Producción de aros por cada generación de 25 años*	Producción de aros por cada generación de 45 años**	Referencias
182 (incluye fragmentos)	0,26	6,5	11,7	Walker 1993
102 (excluye fragmentos)	0,15	3,6	6,5	Walker 1993
475 (incluye fragmentos)	0,68	17,0	30,4	Sued Badillo 2001
275 (excluye fragmentos)	0,39	9,8	17,6	Sued Badillo 2001
*Asumiendo 25 años por cada nueva generación, en 700 años hay un total de 28 generaciones. ** Asumiendo 45 años por cada nueva generación, en 700 años hay un total de 15,6 generaciones.				

requerían una tasa de reemplazo alta por causas tales como el deterioro.¹¹

Las razones para la producción de *nuevos* aros son imposibles de determinar. Sin embargo, las estadísticas, aun cuando muy burdas, sí sugieren que, sea cual fuera el motivo o necesidad de confeccionar un nuevo aro, la producción se mantuvo baja. Si aceptamos que una gran mayoría de los aros antiguos eran conservados, entonces los nuevos aros debieron sumarse a los heredados (conservados) cosa que en cualquier generación habrían más aros “activos” (de prestigio acumulado, con extensas biografías) que los que se manufacturaban nuevos.

La interrogante clave sería ¿bajo qué contextos o condiciones se producía un nuevo aro? Walker sugiere que la producción de aros nuevos refleja un acto conmemorativo de acceso al oficio de cacique; es decir, para cada instalación de un nuevo cacique se confeccionaba un nuevo aro. Las bajas cifras de producción promedio indican o al menos no contradicen la noción de que eran los caciques, y a eso posiblemente los de mayor alcurnia, los únicos que podían tener aros. Suponemos además que el nuevo cacique debió de heredar del cacique difunto un aro que ya había tenido alto prestigio por su antigüedad. Por otro lado, es posible que no todas las instalacio-

nes de caciques fuesen conmemoradas con un nuevo aro, y solo se certificara ceremonialmente el acceso mediante el traspaso del aro al nuevo heredero-cacique. A fin de cuentas lo que sí es innegable es que pocas personas tenían bajo su tutoría aros líticos (o compuestos) por lo cual la conclusión lógica de tal exclusividad es que solo un número muy selecto de la sociedad los “poseía”. Estos debieron ser los caciques de mayor prestigio y poder, probablemente aquellas personas a quienes se les referían con los términos (vocativos) de respeto, *guamiquina* o *matunherí* (primer o gran señor) y *baharí* (o señor de segundo orden).

En contraste, los microtrigonolitos, que son mucho más frecuentes y numerosos, podían ser una de las tres piedras

mencionadas por Pané (1974, y en Colón 1985) que todos, es decir, desde los naborías hasta los caciques, podían personalmente tener. En El Cabo, República Dominicana, varios micro-trigonolitos han aparecido en contextos de habitación doméstica (datos sin publicar de Hofman, Hoogland, Samson y Oliver 2006). Suponemos que los masivos y elaborados trigonolitos, como los aros, estaban reservados para la elite caciquil y personajes importantes (nitáinos). Aun sin datos estadísticos confiables, nuestra impresión es que hay muchísimos más trigonolitos grandes que aros y piedras codo. Estos últimos son realmente objetos excepcionales.

FUNCIÓN, USO Y SIMBOLISMO DE LOS AROS

Pasemos ahora a la cuestión de uso y función de los aros. Concordamos con Walker (1993) que el aro, masivo o fino, posiblemente lo llevase el cacique (o cacica) colgado del hombro y cruzándole el pecho, como si fuera un sayo o cinto (*bandolier*, en inglés). Walker observó la única explicación para el hecho de que el tamaño del contorno (oval) del interior del aro (sea fino o masivo) sea estándar, variando poco de un espécimen a otro, era para poder ser llevado como sayo o cinto y ser ostentado en ceremonias o eventos de envergadura. (Si este era el caso, debió ser llevado por poco tiem-

po, pues por experiencia propia sabemos que los aros líticos pesan mucho, hasta 35 y 40 kg).

Sabemos igualmente que los aros líticos y los compuestos (piedras codo) no eran aditamentos utilizados como cinturones protectores en los juegos de pelota (bateyes), ya que estos no se ajustan bien a la cintura e impiden el movimiento y la agilidad del jugador. En todo caso los aros y piedras codos han sido recuperados en diversos contextos y no solamente en canchas de pelota (bateyes). Tampoco es factible pensar que, como en Mesoamérica, estos objetos sirviesen de molde para confeccionar los cinturones utilizados en los juegos de pelota, puesto que en las Antillas no se curtían cueros por ausencia de grandes mamíferos, como los ciervos; los cinturones probablemente eran hechos de tejidos de algodón y/o fibras vegetales. Walker (1993) también descartó las hipótesis de que fuesen objetos que ayudasen a las mujeres durante el parto o de que sirviesen de agarre o ánclora para sacar canoas del mar.

Mi impresión es que, (1) o bien los aros eran objetos que eran ostentados en la persona del cacique (como cinto cruzando el pecho) o (2) eran objetos que no estaban destinados a ser portados en la persona sino que eran sujetados (con las manos) para ostentarlo. De hecho, nunca se sabrá con certeza precisamente cómo eran manipulados. Pero sí podemos sugerir otros aspectos de sus funciones.

Los aros y piedras codo decorados presentan una iconografía compleja a la que, en algunos casos, se le sumaba el icono de un trigonolito. El ensamblaje completo es cemí; un conjunto de personajes imbuidos con cemí (dulzura) y por lo tanto entes con potencia numinosa y sobrenatural. Debieron cumplir una función pública, es decir que el impacto de la acción y actividades de estos personajes-cemíes animados inferían sobre cuestiones de política que afectaba a la comunidad en general. Formaban parte del ajuar y parafernalia que los caciques necesitaban para gobernar. En los cabildos o reuniones de caciques y nitaínos, realizados en la oscuridad del *caney* (casa-templo) y fuera de la vista pública, los caciques realizaban sus cohobas para consultar a los personajes-cemíes (como entes espirituales) y pronosticar el futuro (Oliver 1998, 2005, 2007). En este ritual el cacique y sus consejeros (nitaínos) estaban rodeados de potentes objetos/personajes-cemíes, tales como el ídolo-plato de la cohoba, el duho-cemí, el ídolo de algodón, los inhaladores de cohoba, cráneos y cabezas en piedra (Macorís)



Figura 19. Organización anatómica de un aro fino mostrando diferentes personajes según la perspectiva visual.

de los antepasados cemíificados, y sin dudas los grandes y elaborados trigonolitos de mayor antigüedad y alcurnia.

Al igual que Walker y Roe (citado en Walker 1993), creo que los aros eran, en ciertas fechas del calendario ceremonial, desfilados y ostentados en ceremonias públicas, que Roe (citado por Walker 1993) denomina *ritual theater* (teatro ritual), en alusión a la obra de Clifford Geertz en Bali e Indonesia. Y es posiblemente en tal contexto que un trigonolito era amarrado al aro, ambos ostentados por el cacique.

Los personajes esculpidos en los aros líticos finos (y sus diseños) visualmente presentan una organización anatómica. Es decir, al rotar el espécimen o al cambiar el foco de vista del vidente, diferentes personajes aparecen o desaparecen en el aro (figura 19). Este fenómeno visual no está limitado a los aros; es también muy frecuente en las "caritas" o cabezas modeladas en cerámica de los diversos estilos ostionoides (por ej. Santa Elena) y "chicoides" (Boca Chica).

Este fenómeno visual se aprecia en la figura 19 A en donde el aro muestra en su panel superior dos pares de gemelos (4 personajes) en oposición. En esta perspectiva solo se aprecia la cabeza y tórax de los personajes (figura 19 e). Si giramos el aro a una posición vertical, vemos a los mismos pares de gemelos pero mostrando una posición acucillada o de rodillas (figura 19. B f). Rotando el aro para obtener una perspectiva perpendicular al panel decorado inferior lateral (figura 19 B) lo que puede verse en el registro superior es un personaje “bicéfalo” pero unido por un solo cuerpo, visible en el registro o panel inferior. El cuerpo muestra una pose de estar sentado (patas triangulares) con sus extremidades superiores (triángulos) descansando sobre el abdomen (círculo con punto). Este tipo de cuerpo es el que a Walker le recuerda a una rana, por lo cual lo relaciona a personajes batraciformes, pero que a mi modo de ver los mismo elementos de diseño se aplican por igual a personajes antropomorfos, como los de los petroglifos monumentales antropomorfos de centro ceremonial de Caguana (Oliver 1998, 2005). La figura 20 muestra otra variante de este esquema anatómico, en las que el registro del panel superior visto lateralmente por el vidente, casi invariablemente presenta a un personaje murciélago (figura 20 a, b). En este caso, en lugar de dos pares de gemelos hay un solo par (figura 20 c). Y al invertir el aro, la figura central del murciélago (figura 20 c) nos fijamos que los personajes gemelos anteriormente visibles (figura 20 a, c) desaparecen y se convierten en los motivos del ala y las “manos” del murciélago.

El juego de visibilidad e invisibilidad, de aparición y desaparición, entre el personaje murciélago y uno o dos pares de personajes (gemelos) acucillados imparten al vidente la ilusión de dinamismo y animación de los personajes. Volvemos entonces al concepto aborigen de la construcción y de-construcción y subsecuente reconfiguración de la persona, es decir de personas divisibles y de múltiples naturalezas en el pensamiento indígena. El aro de por sí es el vehículo para la articulación de estos personajes-cemíes.

Si, en efecto, el collar además llevaba un trigonolito-cemí amarrado (figuras 4 y 17) sobre el panel sin decoración icónica (figura 19 D), entonces se da una relación compleja entre el personaje del trigonolito, los personajes del aro (ora visibles ora invisibles) y el cacique sobre el cual recae la tutela y control del aro/trigonolito. En resumen, la articulación entre las personalidades cambiantes del aro, más el personaje trigonolito-cemí, quien tiene nombres, ge-



Figura 20. (a) Collar fino de Puerto Rico; (b) el motivo central de un murciélago alado en perspectiva lateral (c) en otra perspectiva, surgen un par de personajes gemelos opuestos, acucillados o acostados.

nealogía, rangos, títulos, poderes e identidad propia, más los del cacique mismo, conforman un conjunto de interacción y de relaciones cada uno de los cuales redefinen y recomponen la persona del cacique durante los eventos o ceremonias en los que este grupo de personajes (del aro, trigonolito y el cacique) participaban, ya sea en la privacidad del caney o en el ámbito público al ser desfilados en ceremonias.

Ahora bien, los Personajes Gemelos Acucillados/Personaje Rana y el Personaje Murciélago del aro son el tema iconográfico fundamental en la parte tardía de la secuencia temporal (figuras 12, 16), mientras que el personaje Pez sin Cabeza es el tema icónico fundamental al inicio de la secuencia. Si la progresión es correcta, entonces hubo, al correr del tiempo, un cambio sustancial de enfoque: de personajes relacionados a peces y que posiblemente actuaban e incidían, como entes numinosos, en la riqueza de los recursos marinos pasamos a temas que tienen mucho más que ver con (a) los personajes murciélagos del mundo de los muertos y ancestros (Arrom 1988) y (b) con los personajes gemelos acucillados (uno o dos pares). En la mitología taína (Arrom 1975)

los gemelos son los cuatro héroes (Deminán caracacol y sus hermanos) que hacen posible a los seres humanos rescatar y retomar aquellos secretos y capacidades (tabaco, cohoba, etc.) del mundo primigenio que la humanidad había perdido al emerger de la cueva mítica (es decir, la Cacibajagua que nos relata Pané, 1974) —secretos que le permite a la humanidad conducirse como seres sociales, como verdaderos seres humanos en el mundo ordinario.

Todo esto parece indicar que al inicio la función de los personajes del aro lítico (peces) que acompañaban al cacique en sus alucinaciones de cohoba a consultar y negociar con los cemíes-como-espíritus que probablemente tenían bajo su poder la producción y reproducción de los recursos marinos. Pero la iconografía (personajes) que aparecen y más tarde en la secuencia y que se añaden en algunos casos al del Pez Sin Cabeza, muestran una mayor “preocupación” con el mundo de los antepasados y los muertos (murciélago/cuerpo de batracio) y con ideas de fertilidad y regeneración que la imagen de ranas parece aludir. Son los antepasados (murciélagos) la fuerza vital (batracios) que aseguran la continuidad de la comunidad bajo la tutela del cacique. Y son los gemelos en su pose acuclillada (¿de súplica y/o éxtasis?) los personajes que interceden junto al cacique o chamán para adentrar en el mundo de los cemíes-espíritus ancestrales. Todo estas relaciones con antepasados cemíificados, claro está, tiene también que ver con legitimar y afirmar el estatus quo del cacique, de su poderío político-religioso, que se derivaba de las fuerzas numinosas (cemí).

Si aros con el tema de la pesca (Pez sin Cabeza) llevaban amarrado un trigonolito cuyo personaje, por ejemplo, tuviese poderes beneficiosos sobre el crecimiento de la yuca u otros cultivos (como lo menciona Pané, 1974), tendríamos un poderoso conjunto de personajes-cemí que inciden y afectan la economía de subsistencia marina y agrícola. En este caso hipotético estos son personajes que el cacique coopta para establecer la política económica en sus adivinaciones (alucinaciones) del futuro frente a los cemíes-espíritus: de cuándo ir y a dónde ir de pesca y/o cuándo plantar o cosechar yuca, zamia, maíz y otros productos agrícolas. Si este plausible ejemplo es correcto entonces el aro no es solamente un objeto heráldico, ni tampoco es un artefacto pasivo utilizado para recordar mitos. Es un agente (junto al cacique) que interfiere en el quehacer de la sociedad.

Otro ejemplo sería el aro con el personaje central del murciélago (cuya alma es *opiya*, de los muertos) y con los 2 o 4 gemelos,

héroes culturales, a los que iba amarrado un trigonolito-cemí de un ancestro de alto rango o quizás una cabeza lítica tipo Macorís. En este caso es factible que las relaciones con el cacique humano tienen que ver con otra variedad de situaciones y decisiones políticas, desde hacer o no la guerra hasta decisiones de alianzas matrimoniales (parentescos). Al final de la secuencia aparecen los aros compuestos, de piedra codo y madera o sogá, en cuyo panel ya se ha integrado lo que antes era el trigonolito amarrado. En estado de éxtasis, el cacique junto al murciélago-cemí entran al mundo alucinante de los antepasados y difuntos para pronosticar eventos futuros y negociar o determinar con sus poderosos antepasados políticas; suponemos que deberían relacionarse con cuestiones de matrimonios, linajes, competidores políticos, e incluso vaticinar el resultado de un juego de pelota.

En el caso de los aros compuestos (piedra codo y madera o cordaje) que surgen al final de la secuencia temporal, los personajes-cemí anatópicos (murciélago, gemelos acuclillados) desaparecen de los paneles y eventualmente el trigonolito ya no está amarrado al codo sino directamente esculpido sobre el panel con dos consecuencias claras: (1) se elimina el dinamismo y alternación de personajes (ya no hay organización anatópica) y (2) se simplifica la relación al haber solamente un personaje-cemí (figura 11). Hay un reenfoque de las relaciones del cacique con un solo personaje, siempre antropomorfo (cara o cuerpo completo) grabado sobre un panel. Teóricamente, en el otro panel todavía podría ir amarrado otro trigonolito, pero el hecho es que las relaciones se han simplificado (ausencia de antropía). Es por estas razones que no creo que el aro de material compuesto, como sugirió Walker (1993, 1998), hiciera su aparición solamente para economizar el costo de labor y producción de aros, sino que en el fondo este cambio está motivado por cambios de carácter ideológico, de nuevas formas que el cacique entabla sus relaciones de poder con personajes-cemí para establecer políticas, tomar decisiones y claro, ostentar su poder.

Los dos primeros ejemplos, aun siendo hipotéticos, sirven para recalcar una pluralidad de relaciones interpersonales que el cacique puede potencialmente entablar con poderosos personajes (en los aros, trigonolitos) y los espíritus numinosos cemíes (que solo los visualiza bajo la cohoba) para poder gobernar efectivamente. Recordemos que los aros y los trigonolitos (amarrados y no amarrados) no son los únicos personajes potentes que el cacique tiene a su disposición. Para realizar la ceremonia de la cohoba el cacique

se sienta sobre un duho-cemí que en efecto ya declara la posición de autoridad del cacique: él (ella) literalmente está encima de, en control, de un personaje-cemí del que Oviedo nos dice lo siguiente:

“[...] que no solamente en una parte de la casa le tienen [al cemí] figurado, más aún en los bancos que se asientan (que ellos llaman *duho*), á significar que no está solo el que se asienta, *sino él é su adversario*” (Oviedo 1944, 5to. Libro, Cap. I: 229).

La calificación del duho-cemí como “adversario” del cacique se explica por ser una relación que siempre implica tensión y peligro pues durante el éxtasis precipitado por la cohoba los ruegos y peticiones a los espíritus-cemíes, los vaticinios del futuro pueden potencialmente resultar en actos o eventos nefastos o contraproducentes para la sociedad, tal como lo sería la inevitable llegada de un huracán que devastara las siembras y conucos. Pero para penetrar ese mundo espiritual, junto al cacique (ya sentado en su duho-cemí), también le acompañan los cemíes labrados en los inhaladores que le dan acceso a la absorción de la droga que a su vez está colocada sobre una vasija o plato que descansa sobre la mesilla que emerge de un ídolo-cemí de madera (figura 5 b). Ahí, el cacique sentado en su duho-cemí literalmente confronta al ídolo-cemí y entabla el “diálogo” facilitado por el cemí-inhalador; todos estos personajes (incluido el cacique) tienen su identidad y personalidad: nombres, títulos, rangos, reputaciones, biografía y leyendas. Como nos dice Fernando Colón (1985: 203), en estos cabildos de la cohoba había además una figura (ídolo) central, la cual parece ser el foco de veneración y ruegos. Y en el caney era donde el cacique reunía todos los potentes objetos-cemíes bajo su tutela. Es en estos contextos ceremoniales y de deliberaciones político-religiosas es que nosotros proponemos que los trigonolitos, los aros (líticos y compuestos) y las cabezas líticas-trofeo de los antepasados cumplían sus funciones. Y suponemos también que muchos de estos objetos-cemíes, en ciertos momentos del calendario ritual, debieron ser desfilados y ostentados en público por el cacique.

COMENTARIOS FINALES

Concluimos este ensayo con la interrogante de la distribución geográfica circunscrita de los aros. Si los aros tienen que ver con la implementación y ostentación del poder político del cacique, y sobre todo, si los personajes en los aros ya habían adquirido gran

reputación (por antigüedad), dudamos de que al morir el cacique, estos (junto con otros bienes) fuesen obsequiados a “caciques forasteros” durante las exequias fúnebres (como lo describió Oviedo y Valdés, en Oliver 1998, 2005, 2007). O bien los aros los heredaba el cacique sucesor, o circulaban solamente entre personas que compartían estrechas relaciones de consanguinidad o vía matrimonio. Eran aparentemente objetos inalienables ya que no podían ser regalados ni ser objeto de intercambios recíprocos *fuera* del linaje o clan caciquil y sus aliados vía matrimonio.

Si en efecto, estos aros/personajes cemí eran indispensables para el buen gobierno y eran además reflejo de la reputación y poder del cacique, obsequiarlos a forasteros implicaría la pérdida de lo que hace del cacique un personaje de gran reputación y poder. Ya que estos aros-personajes acumulan mayor prestigio con el tiempo por los actos que han realizado junto con el cacique (y los caciques antepasados), estos aros no podía ser simplemente sustituidos por otros nuevos, que por definición tendrían menos valor y prestigio acumulado. Dar aros de gran prestigio a otros (aparte del caso de herencia por muerte) implicaría la disipación del poder político-religioso del cacique y, por ende, de su clan o linaje y, a fin de cuentas, de la comunidad. Es posible, sin embargo, que la producción de un aro nuevo, como sugirió Walker (1993), se “comisionara” en cada instalación de un nuevo cacique y que, probablemente, se añadiese al aro o aros ancestrales (de antigüedad) ya de gran reputación. Las estadísticas apoyan la idea de que la producción de aros anuales y generacional es muy baja, que pocos aros nuevos entraban en circulación. Sospechamos que la tasa de producción de aros por generación es menor que el número de nuevos caciques instalados, por lo cual no siempre se elaboraba un nuevo aro y, por ende, se conservaban y mantenía en uso el o los aros con antigüedad y alcurnia.

El origen de estos aros solo puede ubicarse en el sureste dominicano y/o en Puerto Rico; aparecen por vez primera alrededor de 700-800 d. C. Ya para el período de contacto europeo hay noticias de que los caciques Agüeybana de Guaynía, al sur de Puerto Rico, estaban emparentados con los de la región del Higüey y del este de Santo Domingo (Sued 2001, 2003; Alegría 1979). Es esta precisamente la zona de mayor incidencia y variedad de aros, piedras codo y de grandes, elaborados trigonolitos.¹² Desde el Higüey y Puerto Rico, la red de relaciones y parentescos en que circulaban los tres tipos de artefactos, se expandió hacia las Islas Vírgenes,

pero nunca traspasó estas fronteras. En fin, lo más interesante es que otras poblaciones y entes políticos (por ej., cacicazgos) vecinos, a lo largo de siete siglos, nunca copiaron, adoptaron u obtuvieron por trueque aros, piedras codo, cabezas de piedra o *grandes* trigonolitos (todos personajes-cemíes potentes) como instrumentos de poder político-religioso. ¿Será esto un indicio de que por siete siglos la red de alianzas entre caciques, perfilada sobre la base de este conjunto de poderosos artefactos, se mantuvo “endogámica”? Creemos que sí. En otras palabras, generación tras generación, el intercambio recíproco de potenciales esposales (prometidos/prometidas) fue tradicionalmente y preferentemente limitado a una red específica de linajes (caciquiles) con fuertes incentivos contra desposar fuera de tal red. Evidentemente al correr de los siete siglos, la red debió ir extendiéndose paulatinamente desde un punto geográfico (aún por determinar) dentro del área comprendida entre el sureste de La Española y Puerto Rico.

Estos “taínos” ciertamente no eran como los otros “taínos”, sin por esto negar que otros tipos de relaciones intergrupales, interpolíticas, existían entre ellos. Lo cierto es que dentro de la zona de distribución de aros nacen los centros cívico ceremoniales con bateyes demarcados con monolitos que ostentan monumentales petroglifos-cemíes (Oliver 1998, 2005) y que, además, surgen como nueva expresión político-religiosa cuando los aros comienzan a hacer acto de presencia alrededor de 700-900 d. C. En otras áreas adyacentes, como Jaragua/Bainoa o Magua/Caiabo en La Española, otras expresiones de poder caciquil eran manifestadas de forma diferente, sin involucrar aros, piedras codo, grandes trigonolitos, cabezas de piedra o los bateyes señoreados por monumentales petroglifos-cemíes.

Los argumentos acerca de los aros, piedras codo y grandes trigonolitos (y su contraste con las guaizas) presentados a lo largo de este estudio nos ayudan a deslindar algunas de las diferencias sociales y étnicas de raíz histórica profunda que existían entre los aborígenes de estas Antillas Mayores. Por esto es que decimos que los “taínos” del sureste de La Española hasta las Islas Vírgenes no eran los mismos “taínos” de otras áreas como en el oeste de La Española, Cuba, Bahamas, o Saba y Anguila, incluso si todos hablaban la lengua taína. El concepto de una homogénea cultura taína “clásica” desaparece cuando tomamos en cuenta que la “cultura” es, en efecto, el producto de un mosaico cambiante de negociaciones, alianzas y disputas entre individuos y entre socie-

dades, en la que los actores, tanto humanos como no humanos (es decir, personajes-cemí), desempeñan un papel dinámico. Lo que llamamos “taíno” no puede comprenderse a base de una lista de atributos diagnósticos (normativos) y de su comparación con otras listas.

El concepto de gentes y culturas taínas clásicas “rouseana” (Rouse 1992) no cuadra con los datos que hemos manejado en este ensayo. De seguir el enfoque normativo “rouseano”, terminamos siempre con el interminable debate clasificatorio de que es o no es “taíno” (u otras culturas precolombinas). Concordamos con Rodríguez Ramos (2007) que es mucho más apto y productivo abordar el concepto de cultura(s) como un mosaico de dinámicas relaciones sociales; “es el resultado acumulativo de acciones debatidas [*contested actions*, en inglés] tanto entre individuos como entre facciones [o grupos] sociales”. Y que, contra la perspectiva “rouseana”, “en lugar de las culturas ser entidades homogéneas [por ej. “taíno clásico”] que agrupan poblaciones enteras en categorías internamente indiferenciadas, estas deben visualizarse como mosaicos de prácticas que se expresan materialmente a través de una constante acción social” (Rodríguez Ramos 2007: Capítulo 2). Como este ensayo intenta demostrar, las personas no responden como autómatas a las normas culturales, o solamente para modificar sus comportamientos y prácticas sociales con la intención de ajustar o reproducir las normas y parámetros impuestos por su “cultura”. Ni tampoco las “personas” son entidades pasivas. Antes bien, como bien dice Rodríguez Ramos (2007), las personas son agentes que constantemente están definiendo y re-definiendo las condiciones de su existencia dentro de sus contextos o redes particulares de interacción social. Los aros, piedras codo, cabezas macorijes y grandes trigonolitos, además de los petroglifos monumentales en las plazas (bateyes), forman una red particular de relaciones sociales, políticas y religiosas dentro de un espacio geográfico-histórico que refleja ciertas acciones y dinámicas personales y sociales que son distintivas y circunscritas; no forman parte de otras redes de acción social. En estas otras redes los nativos de Puerto Rico y el sureste dominicano pueden participar pero bajo otras condiciones, como lo es el caso de los obsequios de guaizas a líderes extranjeros. El contraste entre la circulación de guaizas (amplia) y cabezas líticas (restringida) es el ejemplo paradigmático de la diversidad y pluralidad de relaciones socio-culturales que hacen imposible sostener la homogeneidad cultural

implícitas en la construcción rouseana del pasado aborigen de las Antillas.

NOTAS

¹ Para los efectos de este estudio no entraré en una crítica de lo que se entiende por culturas o gentes (*peoples*), ni tampoco su correlación con las culturas arqueológicas subsumidas bajo los estilos, subseries y series definidos normativamente por Rouse (1992). Baste decir que taíno en realidad recoge una diversidad sustancial de nativos dispersos (incluyendo *macorijes*, *ciguayos*, *lucayos*) entre el centro de Cuba, las Bahamas, La Española, y desde Puerto Rico e Islas Vírgenes hasta Saba y Anguila. En la sección final de este ensayo haremos breve referencia a nuestras ideas al respecto.

² Aquí nos referimos al concepto de persona y personalidad que han desarrollado los antropólogos y arqueólogos de habla inglesa bajo el término de *personhood*; por ejemplo, consúltese la obra reciente de Chris Fowler (2004).

³ La palabra *cemí* (o en grafía del siglo XVI, *çemí*) encuentra su cognado en la lengua arauaca [Arawak] aún activa de los indígenas *Loko* (*lokono* en plural) de la Guayana-Suriname, con la acepción de “dulce” como la miel o de “dulzura”. Los *lokono*, por ejemplo, denominan al chamán con el nombre de *semichchi* (ver Oliver 1998, 2005).

⁴ En el espacio disponible no podré presentar un argumento y evidencias que apoyan esta aseveración. Sin embargo, el argumento será publicado en un futuro en el libro titulado “Caciques and Cemí Idols: The Web Spun Taíno Rulers between Hispaniola and Puerto Rico” que he sometido a la University of Alabama Press (Oliver 2007).

⁵ Como bien señala Fowler (2004) y otros (Strathern 1988), la concepción de la persona como ente cabal e indivisible, es un fenómeno que surge del movimiento del *Enlightenment* europeo (siglo XVIII). Otras concepciones de personas como “dividuos” eran típicas durante el medioevo, punto importante que se debe tener en cuenta en nuestra lectura de los cronistas españoles a comienzos del siglo XVI.

⁶ Prefiero expresar la relación entre objeto/personaje-cemí y el ser humano como “tutelar” y no como de posesión absoluta e inalienable puesto que el indígena (cacique) no era necesariamente “dueño” absoluto del personaje-cemí (pues es un ente animado, con vitalidad) ni tampoco podía siempre subyugar la voluntad del personaje-cemí, como bien sabemos a través de la relación de fray Ramón Pané (1974).

⁷ Un ejemplo típico (entre otros) es el de Opiyelguobiran, el personaje-cemí (labrado en forma de perro) se escapó repetidamente de su cacique, y finalmente se escapó para nunca volver. La causa fue porque el cacique fracasó en su deber de implementar exitosas estrategias (presumiblemente, políticas y militares) contra los conquistadores españoles. La fuga de Opiyelguobiran posiblemente también es un eufemismo que se refiere al robo de ídolos-cemíes entre caciques, tema el cual he tratado en otros trabajos (Oliver 1998, 2005, 2007).

⁸ Especulo que la faz o cara se identifica como sede del “alma” por ser, de todas las partes del cuerpo humano, la que más expresa visualmente los distintos estados emocionales de una persona: tristeza, alegría, ira, etc. e incluso ambigüedad.

⁹ En el museo de la Fundación García Arévalo, en la vitrina dedicada a los trigonolitos, observamos una serie de micro-trigonolitos, decorados con incisiones, hechos de *cerámica*. Hasta donde sepa, trigonolitos de *cerámica* solo se han reportando para la República Dominicana.

¹⁰ Para una discusión más detallada, ver Oliver (2005, 2007).

¹¹ La excepción sería si hubo alguna práctica en la cual los aros antiguos fueron ritualmente quebrados (*ritual “killing”*) y retirados de la circulación. Dada la falta de contextos confiables, es imposible determinar si los fragmentos de aro son por causas accidentales o si, en efecto, responden a rituales en los que el personaje-aro era ritualmente “matado”. Pero así y todo las estadísticas sugieren que estas circunstancias y motivos para retirar o “matar” los aros debieron ser excepcionalmente infrecuentes. También hay que considerar el hecho de que objetos-cemíes eran sujetos a robos entre caciques contrincantes (Oliver 2005). Es posible que estos objetos hayan incluido aros y piedras codo, todo lo cual tendría su impacto en la producción de nuevos aros (aunque tengan menor prestigio que el robado), así como en su distribución geográfica. En todo caso, la circunscripción geográfica indica que si hubo robo este debió ser entre facciones políticas internas, es decir dentro de la misma red en que normal y tradicionalmente circulaban (en ausencia de robo) los aros.

¹² El clan de los Agüeybana de Puerto Rico con el cacique Andrés de Higüey y otro Agüeybana de Santo Domingo (ver Oliver 2007, Alegría 1979).

RECONOCIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud a Jorge Ulloa por haberme invitado a incluir este trabajo en *El Caribe Arqueológico* y por consejos y paciencia en espera del manuscrito final. Igualmente a los colegas Corinne Hofman y Menno Hoogland, de la Universidad de Leiden, por haberme invitado a participar en la conferencia. Debo dejar constancia de la influencia positiva en mi pensamiento acerca del concepto de “cultura” que Reniel Rodríguez Ramos ha desarrollado brillantemente en su reciente tesis doctoral. Pero es al colega y gran amigo Jeff Walker a quien debo una enorme deuda de gratitud por su estimulante análisis y estudio detallado de los aros y trigonolitos antillanos. Sin embargo, asumo total responsabilidad por lo escrito en este ensayo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Ricardo E. (1979): “Apuntes para el estudio de los caciques de Puerto Rico” en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*. No. 85, San Juan.
- _____ (1986): “Nuevas interpretaciones en torno a la parafernalia de los jugadores de pelota en las Antillas Mayores” en *La Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y El Caribe*, No. 3, San Juan.
- Arrom, José Juan (1975): *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. México, D. F., Siglo XXI Editores.
- _____ (1988): “La lechuza: Motivo recurrente en las artes taínas y el folclor hispanoamericano” en *El murciélago y la lechuza en la cultura taína*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo.
- Colón, Hernando (o Fernando Colón) (1985): *Historia del Almirante*. Luis Arranz, ed., Madrid, Información y Revistas, S. A.

- Descola, Philippe (1996): "Constructing Natures: Symbolic Ecology and Social Practice" en *Nature and Society: Anthropological Perspectives*. P. Descola y G. Palsson, eds., p. 82-102, London-New York, Routledge.
- Ekholm, Gordon F. (1961): Puerto Rico Stone 'Collars' as Ball-game Belts" en *Essays in Pre-Columbian Art and Archaeology*. S. K. Lothrop, ed., Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Fewkes, Jesse W. (1907): *The Aborigines of Porto Rico and the Neighboring Islands*. 25th Annual Report of the Bureau of American Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution, 1903-04. Washington DC.
- Fowler, Chris (2004): *The Archaeology of Personhood: An Archaeological Approach*. London-New York, Routledge.
- García-Arévalo, Manuel (2005): "La frontera tipológica entre los objetos líticos de la cultura taína" en *Proceedings of the 15th International Congress for Caribbean Archaeology*. G. Tavárez María y M. García Arévalo, eds., Santo Domingo, co-publicación del Museo del Hombre Dominicano y la Fundación García Arévalo.
- Gell, Alfred (1998): *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford, Clarendon Press.
- Godelier, Maurice (1999): *The Enigma of the Gift*. Oxford, Polity Press-Blackwell Publishers, Ltd.
- Graeber, David (2001): *Toward an Anthropological theory of Value: The False Coin of Our Dreams*. New York, Palgrave.
- Hague, Per y Mark S. Mosko (1998): "Austronesian Chiefs: Metaphorical or Fractal Fathers?" en *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, Vol. 4, No. 4.
- Hofman, Corinne, Menno Hoogland, José R. Oliver y Alice V. M. Samson (2006): "Investigaciones arqueológicas en El Cabo, oriente de la República Dominicana: resultados preliminares de la campaña de 2005" en *El Caribe Arqueológico*. No. 9, Santiago de Cuba, Casa del Caribe-Taraxacum S. A.
- Las Casas, fray Bartolomé de (1929): *Historia de Las Indias*. Vols. I-III, Madrid, Editorial M. Aguilar. [Incluye capítulos selectos de *Apologética Historia de Las Indias*].
- Mauss, Marcel (1990): *The Gift: The Form and Reason for Exchange in Archaic Societies*. Prólogo de Mary Douglas, Routledge Classics, Abingdon, England, Routledge. [Primera edición francesa, 1925.]
- Morbán Laucer, Fernando (1979): *Ritos funerarios. Acción del fuego y medio ambiente en las osamentas precolombinas*. Santo Domingo, Academia de Ciencias de la República Dominicana, Editorial El Taller, C. por A.
- Moscoso, Francisco (1980): "Las guaizas: Apuntes para el estudio del trueque entre los taínos" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 14, Santo Domingo, MHD.
- Mosko, Mark S. (1992): "Motherless Sons: 'Divine Kings' and 'Partible Persons' in Melanesia and Polynesia" en *Man*. New Series, Vol. 27, No. 4.
- Oliver, José R. (1998): *El Centro Ceremonial de Caguana, Puerto Rico: Simbolismo iconográfico, cosmovisión y el poderío caciquil taíno de Boriquén*. British Archaeological Reports International Series No. 727, Oxford, Archaeopress.
- _____ (2005): "The Proto-Taíno Monumental Cemís of Caguana: A Political-Religious Manifesto" en *Ancient Borinquen. Archaeology and Ethnohistory of Native Puerto Rico*. Peter E. Siegel ed., Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- _____ (2007): "Caciques and Cemí Idols. The Web Spun by Taíno Rulers Between Hispaniola and Puerto Rico". Manuscrito sometido para publicación en The University of Alabama Press, Tuscaloosa, junio 2007.
- Ortega Elpidio (1978): "Informe sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la región este del país, zona costera desde Macao a Punta Espada" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 11.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de (1944): *Historia general y natural de la Yndias, Yslas y Tierra Firme del Mar y Océano*. Tomo I, Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía.
- Pané, Fray Ramón (1974): *Fray Ramón Pané: Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Estudio y notas introductorias de J. J. Arrom, México, D. F., Siglo XXI Editores.
- Rodríguez Ramos, Reniel (2007): "Puerto Rican Precolonial History Etched in Stone" Tesis inédita doctoral (PhD) sometida al Departamento de Antropología, Universidad de Florida, Gainesville, junio de 2007.
- Rivera Fontán, Juan y José R. Oliver (2006): "Impactos de ocupación histórica jíbara sobre componentes taínos: El sitio "Vega de Nelo Vargas" (Utu-27), barrio Caguana, Municipio de Utuado, Puerto Rico" en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*. Año 6, No. 13, San Juan.
- Rouse, Irving (1992): *The Taínos. The Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*. New Haven-London, Yale University Press.
- Sahlins, Marshal (1991): "The Return of the Event, Again; with Reflections on the Beginning of Great Fijian War of 1843 to 1855 between the Kingdoms of Bau and Rewa" en *Clio in Oceania: Toward Historical Anthropology*. A. Biersack, ed., Washington D.C., Smithsonian Institution Press.
- Strathern, Marilyn (1988): *The Gender of the Gift*. Berkeley, University of California Press.

- Sued Badillo, Jalil (2001): "La formación cacical en el sur de Puerto Rico" en *Culturas Aborígenes del Caribe*. Santo Domingo, Editado por la Federación Internacional de Sociedades Científicas, Banco Central de la República Dominicana.
- _____ (2003): "The Indigenous Societies at the Time of Conquest" en *General History of the Caribbean*, Volumen I: Autochthonous Societies, J. Sued Badillo, ed., París, Londres y Oxford, UNESCO Publishing & Macmillan Publishers, Ltd.
- Tavárez María, Clenis (2001): "La figura de Guacanagarix, cacique de Marién, en los primeros encuentros aborígenes en La Española" en *Culturas aborígenes del Caribe*. Santo Domingo, Editado por la Federación Internacional de Sociedades Científicas, Banco Central de La República Dominicana.
- Vivieros de Castro, Eduardo (1996): "Cosmological Deixis and Amerindian Perspectivism: A View from Amazonia" en *Journal of the Royal Anthropological Institute* No. 4.
- Wagner, Roy (1991): "The Fractal Person" en *Big Men and Great Men: Personifications of Power in Melanesia*. M. Godelier y M. Strathern, eds., Cambridge 1, París, Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de L'Homme.
- Walker, Jeffrey B. (1993): "Stone Collars, Elbow Stones and Three-Pointers and the Nature of Taíno Ritual and Myths". Tesis doctoral (PhD) inédita sometida al Departamento de Antropología de Washington State University.
- _____ (1997): "Taíno Stone Collars, Elbow Stone and Three-pointers" en *Taíno. Pre-Columbian Art and Culture from the Caribbean*. F. Bercht, E. Brodsky, J. A. Farmer y D. Taylor, eds., New York, Museo del Barrio-The Monacelli Press.
- _____ (2005): "The Paso del Indio Site, Vega Baja, Puerto Rico: A Progress Report" en *Ancient Borinquen. Archaeology and Ethnohistory of Native Puerto Rico*. Peter E. Siegel, ed., Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Weiner, Annette (1992): *Inalienable Possessions: The Paradox of Keep-while-Giving*. Berkeley, University of California Press.



ESPACIOS MÍTICOS AFRICANOS EN CUEVAS DE CUBA: UNA HIPÓTESIS PERTURBADORA

GABINO LA ROSA CORZO



Permítannos tener cuidado con nuestros
propios prejuicios culturales
MAIRE ROSS

En la última década, y a escala internacional, los estudios sobre la pintura rupestre han cobrado una vigorosa actualidad. Se han abandonado totalmente la vieja herencia eurocentrista y las teorías monolíticas basadas en los pioneros Breuil (González 1989), Brodrick (1956) y Leroi-Gurhan (1965).

En un reciente e importante trabajo acerca de la actualidad de estos estudios a escala universal se expone:

El arte rupestre ha sido heredado por toda la humanidad como un mensaje de nuestros antepasados. Nosotros nunca podremos quizás descifrar el significado exacto de estas pinturas y señales en las piedras, ni de recrear con exactitud las culturas y ambientes en que fueron hechas, porque a veces han desaparecido. Permítannos comenzar aquí. Permítannos reconocer dónde la piedra se localiza, cerca de qué rasgo del paisaje, en relación con qué fuente de agua... si este lugar tiene alguna relación con los senderos y... otros lugares... (M. Ross 2001: 295) [*traducción del autor*].

La cita anterior expresa ese nuevo reconocimiento, y uno de los presupuestos teóricos con los que se vienen abordando los recientes estudios. Se trata de que los viejos inventarios, si bien han salvado parte de ese patrimonio arqueológico, han estado impregnados de conceptos y recursos ya superados por la antropológica y la arqueológica. A la vez, se defiende el criterio de que la pintura rupestre es una cuestión fundamentalmente arqueológica (La Rosa 1994: 149 y Chippindale y Tacon 1998).

Sobre la base de que el conocimiento es continuo y ascendente, se retoman los legados de los pioneros, pero se incita a una nueva mirada al objeto de estudio. Se reconoce que el énfasis que

históricamente se puso en la definición de estilos y motivos, poco puede servir fuera del contexto, pues provocó pérdidas importantes de la información y ha producido desviaciones en los datos. Se considera superfluo estudiar esta evidencia arqueológica a partir de inventarios, fotos y libros, por cuanto estas obras, fuera del medio en que fueron hechas por sociedades cazadoras, recolectoras o agricultoras, quedan desasidas de la cultura, en particular de sus manifestaciones míticas y tradiciones del hombre que las produjo; de la naturaleza y el paisaje en las que las fueron concebidas por sus artífices.

Pero, las manifestaciones pictóricas, ideogramas o representaciones de fuerzas naturales, mitos o deidades del hombre antiguo en las paredes rocosas, como evidencia arqueológica, descansa sobre tres débiles pilares: ¿cuándo?, ¿por quién? y ¿para qué?: su fechado, definición cultural y función social. En búsqueda de respuestas, en la actualidad se le presta atención al chamanismo, al género y a los prejuicios cognoscitivos. Se discute si los lugares o cuevas están relacionados con la astronomía, comercio, cacería, ritos de pubertad u otros, marcadores topográficos y de territorios, biográficos o narrativos, marcadores de eventos históricos o míticos y funerarios.

Dentro de este proceso, y de manera especial, los estudios de la pintura rupestre en el continente africano han impreso una nueva tónica en el tratamiento de todas estas cuestiones. Algunos especialistas apuntan la existencia de más de un millón de imágenes individuales esparcidas por 32 estados. Hoy día, por ejemplo, a la cueva denominada Resguardo de la Tormenta, en Sudáfrica se le considera uno de los hallazgos más sensacionales de todos los tiempos y el contenido de los dibujos que en ella se encuentran se le estudia como un idioma simbólico de complejidad intelectual extraordinario (Mowszowki 2001).

Se ha avanzado mucho en la cuestión de los fechados (Mazel y Watchman 1997 y Steelman *et al.* 2001). Los resultados en la última década han sido radicales y han revolucionado el conocimiento acerca de las sociedades primigenias (Banhn y Lonbranchet 1993, Clottes y Lewis-William 1998 y Conkey 1996).

Pero, ¿qué ha pasado en este campo en Cuba en los últimos años? ¿Se han quedado a la zaga los estudiosos de la isla?

En un ensayo publicado hace más de diez años yo analicé las etapas y tendencias historiográficas que se manifestaban en los estudios más significativos publicados en la isla sobre estas cues-

iones. En ese trabajo se afirmó que a partir de los años 70 se desarrollaba una tendencia de carácter metodológico y de corte historiográfico que había devenido en un proceso renovador de los enfoques y tratamientos del problema (La Rosa 1994: 143).

Durante los diez últimos años, esa tendencia se ha afincado en el tratamiento renovador desde diferentes aristas interpretativas, casi siempre sobre la base del apoyo de recursos de las ciencias exactas, la mitología aruaca, la teoría del arte y las modernas tecnologías de la digitalización, por lo que puede afirmarse la existencia de un proceso de toma de conciencia y maduración intelectual.

Sin embargo, los arqueólogos cubanos, estudiosos de las pinturas rupestres, no han enfrentado con suficiente intrepidez y desenfado una de las más viejas y perturbadoras hipótesis que acerca de estas manifestaciones se esgrimieron desde los mismos comienzos de los reportes de existencia de dibujos en las paredes de las cuevas de Cuba.

Durante años, los interesados en el dibujo rupestre de Cuba, y en especial los arqueólogos, han titubeado ante las contradicciones interpretativas de numerosas manifestaciones del dibujo parietal, las que por diferentes razones, resultan contradictorias en cuanto a su posible factura aborígen. La historia de la arqueología de la mayor de las Antillas está contaminada con propuestas, dudas, sugerencias dichas al paso o como alternativas que nunca se desarrollaron.

HITOS DE LA HIPÓTESIS PERTURBADORA

1839. Se produce el primer reporte de pictografías en la región de Cubitas (Camagüey), por parte de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. En esa noticia, quedó explícita la duda de si los dibujos habían sido ejecutados por los aborígenes o por cimarrones (SEAP, Memorias, 1939).

1847. José María de la Torre reportó la existencia de una cueva en la hacienda Banes, Holguín, en la que existían asientos, una mesa y fogón tallados en “peñascos”, con dibujos en las paredes que figuraban arbustos, matas de plátanos, chozas e “indios arrojando flechas”, contradictoriamente considerándolos aborígenes, pero Rodríguez Ferrer lo rechazó por la veracidad de la información (Tabío 1970: 5)

1938. Al descubrirse una pequeña cueva en Ceiba del Agua, La Habana, por el ingeniero Von Bandat de la Shell Mex de Cuba, y que fuera reportada algunos meses después por Herrera Fritot,



Figura 1. Único ídolo que se encontraba en pie a principios de los 90 en la Cueva de Paredones. Foto del autor.

quedó explícita la duda acerca de la factura aborígen o africana de dichos ídolos y petroglifos. En una visita realizada por Fernando Ortiz, en abril de 1944, se afirmó que eran de hechura “afrocubana” (Herrera Fritot 1944). En agosto de 1990, se efectuaron trabajos arqueológicos en el lugar; se logró estudiar la mayoría de los petroglifos aún existentes y restos de las destruidas esculturas. Se propuso una filiación africana a los elementos localizados (La Rosa y García 1990 y La Rosa 1996).

1943. Antonio Núñez Jiménez reporta la existencia de ídolos tallados en estalagmitas en la Cueva de Paredones, Ceiba del Agua, La Habana. Aunque no se descarta la idea de que fuesen aborígenes, se registró la posibilidad de que fueran hechas por esclavos, pues según la tradición oral los esclavos trabajaron largas jornadas en ese salón de la cueva, para construir un pozo, lugar donde realizaban ceremonias (Núñez 1947: 135). En una parte de la cue-

va se localizó una gubia en concha, pero Eladio Elso y Rodolfo Payarés colectaron varias evidencias coloniales que incluían restos de damajuanas, canecas, clavos y una pipa de fumar de la primera mitad del XIX (Elso, comunicación personal, 1983). En una visita efectuada en enero de 1992, se pudo comprobar que solo quedaba en pie uno de los ídolos (figura 1). Los restantes habían sido levantados de sus cimientos.

1955. René Herrera Fritot y otros miembros de la Sociedad Espeleológica de Cuba encontraron en una pequeña gruta cercana a la Cueva de los Bandoleros, Santa Cruz del Norte, La Habana, un “Ídolo elaborado en piedra, de difícil clasificación cultural, estimando algunos que se puede asociar con cultos africanos” (Dacal y Rivero 1972: 22). Existen testimonios orales y escritos de la presencia de cimarrones y contrabandistas en la zona.

1961. Manuel Rivero de la Calle reporta las pictografías de Cueva de Ambrosio, en Matanzas. Se afirma que en algunos lugares de la cueva hay dibujos superpuestos sobre los aborígenes y que por su “factura algunas personas creen que son negroides, lo que indicaría que esta cueva fue utilizada para ceremonias religiosas no solamente por los primeros pobladores de Cuba, sino también por los esclavos negros” (Rivero 1961: 82). Por su parte, Núñez afirma: “Como en otras cuevas de Cuba, tales pictografías parecen pertenecer por lo menos a dos estilos y épocas distintos y sobre esos trazos aborígenes también repintaron la cueva descendientes de africanos y españoles” (Núñez 1975: 131). Existen pruebas documentales de que la zona fue ocupada por cimarrones y contrabandistas en el siglo XIX.

1964. El Grupo José Martí de la Sociedad Espeleológica de Cuba reportó la existencia de un petroglifo antropomorfo en Güiro de Boñigal, La Habana. E. Tabío lo consideró aborígen, por su supuesto parecido con otro localizado en Maffo, región oriental de la isla, pero en el reporte no se descarta la posibilidad que sea de “origen negroide” (Tabío 1970: 66). En 1992 se estudia el lugar, se realizan excavaciones y en uno de los fogones se colectaron evidencias como restos de cerdos (*Sus Scrofa*), piedras de chispa y un hornillo de pipa de fumar fechada en la segunda mitad del siglo XVIII. No se encontraron restos de culturas aborígenes. Se apuntan características no aborígenes en el petroglifo (La Rosa 1992). En 2006, sobre la base de pruebas arqueológicas de que los aborígenes de Cuba usaron el arco y la flecha, se propone nuevamente la filiación aborígen de dicho petroglifo. En el propio trabajo

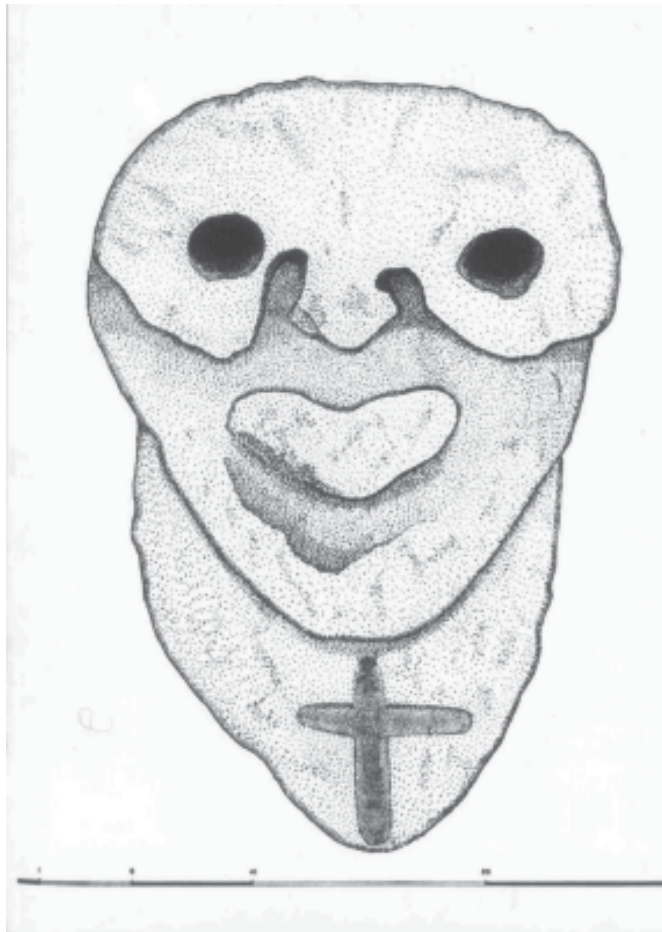


Figura 2. Petroglifo de la Cueva del Indio en Guanímar, La Habana, según calcos del autor.

se reconoce que existen pruebas documentales que también los cimarrones utilizaron el arco y la flecha en los campos de Cuba (Gutiérrez *et al.* 2006).¹

1975. A. Núñez reporta en su libro *Cuba: dibujos rupestres*, la Cueva de Matías, con la existencia de pictografías “precolombinas” y otras evidentemente posteriores, o sea, dibujos del pasado siglo (XIX) y actuales (Núñez 1975: 176). Esta cualidad de las pictografías de la Cueva de Matías también fue subrayada por J. Calvera en sus estudios del sitio, al afirmar que en ella existía más

de una treintena de “figuras antropomorfas de diferentes épocas” (Calvera *et al.* 1991: 537). Más recientemente, con el auxilio de modernas técnicas J. B. González, R. Fernández y D. Gutiérrez alcanzan un mayor grado de precisión y discriminación de los diferentes dibujos, afirmando igualmente que un grupo importante de figuras no deben considerarse aborígenes y proponen la hipótesis de que la cueva ha sido utilizada “como centro de cultos mágico religiosos y otras prácticas por el hombre en más de una etapa del pasado” (González *et al.* 2006: 1 y 17).

1975. A. Núñez reporta la existencia de pictografías en el sistema de cuevas de Guara, en la Habana. Dada la complejidad de los dibujos, en los que se representan hombres con lanzas, arcos y flechas, cazando aves o grandes animales con cuernos, de subrayan varias hipótesis acerca de sus artífices, que van desde aborígenes precolombinos, aborígenes históricos (Núñez 1975: 103), hasta indios procedentes del continente americano (Núñez 1985: 9). En diferentes jornadas realizadas durante los años 1984 y 1985, se logró coleccionar mediante excavaciones controladas un riquísimo ajuar integrado por cientos de piezas asociadas a cimarrones en las partes más interiores de todas las cuevas del sistema cavernario (La Rosa 1989). Por su parte, excavaciones practicadas por Roger Arrazcaeta en las partes exteriores de las cuevas permitió identificar artefactos y restos asociados a grupos aborígenes de economía de apropiación. En 1994 Roger Arrazcaeta y Robin García proponen como hipótesis para la interpretación de las pictografías de Guara la posibilidad de que fuesen ejecutadas por aborígenes históricos castellanizados y transculturados con una visión sincrética de elementos aborígenes y africanos (Arrazcaeta y García 1994: 31). En 2006, al realizarse los estudios citados anteriormente acerca de la existencia de arcos y flechas en los aborígenes de Cuba (Gutiérrez *et al.* 2006), se propone la filiación aborigen de estas pictografías (solo sobre la base de una de ellas), debido a que la seleccionada representa un arquero que lanza una flecha a un ave en vuelo. Se trata de una escena en que el sujeto percibe el movimiento y lo deja plasmado, nivel de representación no alcanzado nunca en el arte aborigen de Cuba. Además, en otras dos de las pictografías existen escenas de caza de grandes animales con cuernos.

1980. El arqueólogo Enrique Alonso, junto a Hilario Carmenate, incansables exploradores y estudiosos, han reportado la existencia de pictografías en cuevas y solapas en Pinar del Río, asocia-

das al ajuar cimarrón y sugieren, sin ser concluyentes, que pueden ser atribuidas a cimarrones (Alonso 1980).

1983. Gerardo Mosquera, en su libro *Exploraciones en la plástica cubana*, sugiere la alternativa de una génesis no aborigen de los petroglifos de la Cueva de Mesa (Pinar del Río), dadas las similitudes en diseños con objetos de cimarrones de la región (Mosquera 1983).

1987. José Manuel Guarch, en su libro: *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*, deja abierta la posibilidad de que las pictografías de la región de Guara, en la Habana, fueran ejecutadas por “negros cimarrones” (Guarch 1987: 82).

1990. Se da a conocer la existencia de un petroglifo no aborigen en una pequeña cueva localizada entre Guanímar y Alquízar, la Habana. (figura 2). Las excavaciones practicadas en el lugar arrojaron la existencia de un ajuar asociado a esclavos prófugos (La Rosa *et al.* 1990.)

Por todo lo anterior, puede asegurarse que a lo largo de la historia de los estudios y reportes de la pintura rupestre en la isla de Cuba, ha existido el criterio de que algunas manifestaciones pudieron haber sido elaboradas por africanos. Sin embargo, aún se carece de una respuesta más o menos elaborada sobre la cuestión.

Pero para avanzar algo en este terreno, se requiere ante todo recurrir a determinados razonamientos que respondan a la pregunta: ¿Es posible que los africanos introducidos en Cuba realizaran dibujos en las cuevas en que se refugiaron cuando se fugaban? Si se reconoce esta posibilidad, estaríamos en condiciones de acercarnos científicamente a la cuestión.

Como una consecuencia de la ideología colonialista y esclavista, a los africanos se les pretendió cercenar de sus cualidades esencialmente culturales, y la cultura dominante se impregnó de ideas que justificaban la exclusión y la inferioridad racial. A pesar de ello, puede afirmarse que desde el siglo XIX existió un lento, aunque espinoso proceso de reconocimiento de las cualidades culturales de los africanos y de las imborrables huellas que ellos dejaban en todo proceso de creatividad humanas en la isla. Ese proceso se fortaleció con el siglo XX gracias a la labor incansable de intelectuales como Fernando Ortiz. Así, la participación y creatividad del africano en terrenos como la música, la danza, el teatro, el canto, las artes pictóricas, la escultura, la poesía y la literatura fueron reconocidas y hoy pocos dudan de los aportes africanos a la cultura cubana.

Inclusive, hace apenas una década que una sólida investigación probó los vínculos temáticos, simbólicos, funcionales y estéticos entre la mitología africana y figuras en la herrería colonial del siglo XVIII en Cuba (Guanche y López 1997).

Sin embargo, cuando de la pintura rupestre se trata, a pesar de que siempre ha estado latente la hipótesis reseñada anteriormente, no existe una intención seria de enfrentar una respuesta acabada al problema. No porque se tema descubrir sus verdaderos orígenes, cuestión que muchos intuyen e incluso sugieren, sino porque se les considera de escaso valor. Y en esto radica el prejuicio al que me refiero. No debemos olvidar las ofuscaciones que tuvieron que enfrentar los pioneros de los estudios etnográficos que intentaban colocar en su justo lugar los aportes africanos.

En este sentido, la arqueología de Cuba está desfasada varias décadas en el reconocimiento de que la historia de Cuba es la historia de sus intrincadas transculturaciones. Este concepto le sirvió a Ortiz para explicar las complejas transmutaciones de culturas que en Cuba se verifican, y según él, “sin conocer las cuales, es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico, como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de su vida” (Ortiz 1998: 237).

Los arqueólogos cubanos no deben olvidar que entre los siglos XVI y XIX, fueron introducidos cerca de un millón de africanos y que miles de ellos se fugaron de sus haciendas y se refugiaron en los montes, donde las cuevas y solapas le brindaron abrigo temporal. Y esa masa de africanos no era homogénea culturalmente. Como dijera el propio Ortiz al referirse a esta diversidad, algunos eran portadores de una cultura “selvática como la de los ciboneyes, otros de avanzada barbarie como la de los taínos, y algunos de más complejidad económica y social, como la de los mandingas, yolofes, hausas, dahomeyanos y yorubas, ya con agricultura, esclavos, moneda, mercados, comercio...” (Ortiz 1998: 237).

Personalmente yo tuve que enfrentar no pocos escollos e incomprendiones para poder probar mi hipótesis de que los africanos esclavizados que se fugaban de sus haciendas, en sus refugios del monte, eran capaces de fabricar útiles de cerámica. Solo cuando este tipo ya había sido reportada arqueológicamente o reconocida documentalmente en Brasil y Surinam, pude dar a conocer los resultados de mi investigación, con irrefutables pruebas de laboratorio.



Figura 3. Talla en madera de una figura antropomorfa de la colección del Museo Provincial de Matanzas. Foto del autor.

Con los implementos teóricos que internacionalmente se han elaborado para el estudio del dibujo rupestre, el conocimiento que se tiene de las culturas africanas y de las características de la pintura rupestre en ese continente, la que aún hoy es practicada por numerosos grupos, es difícil negar la posibilidad de que algunas cuevas con dibujos aborígenes o no, fuesen utilizadas o reutilizadas como espacio sagrado por los africanos.

Cabe preguntarse las razones por las cuales grupos como por ejemplo los procedentes del área Sudanesa, entre ellos los bambara, los mossi y los baga, que tienen hoy día vivas las tradiciones de la

pintura rupestre y la estatuaria y acuden a centros ceremoniales en cuevas y farallones en los que rinden culto a sus antepasados, creencias y dioses, no pudieron dejar su impronta en las cuevas de Cuba, que fueron los lugares en los que se refugiaban durante sus fugas de las haciendas.

Numerosos documentos de la época atestiguan que los cimarrones tallaban o modelaban pequeños ídolos que conservaban dentro de pequeñas bolsas, en ocasiones junto a pipas de fumar, piedras de pedernal, tabaco y otras pertenencias. En el año de 1828, durante una visita que hiciera el reverendo Abiel Abbot a una hacienda en Limonar, Matanzas, se registró que entre los útiles colectados en un refugio de cimarrones, se encontraba un fetiche (Abbot 1965: 98).

En el año de 1845, en un informe oficial elevado a las autoridades por los rancheadores que asaltaron un refugio de cimarrones

en la costa sur de La Habana, se informó haber ocupado “seis jabucos con los Brujos de que se valen para alucinar la esclavitud” (ANC. Gobierno Superior Civil, leg. 618, No. 19746).

Igualmente, en el año de 1847, en el asalto a un palenque localizado en los montes de la hacienda La Jagua en Bahía Honda, se informó haber ocupado dos bolsas, una con un brujo... (ANC. Gobierno Superior Civil, leg. 624, No. 19869)

Esta práctica no parece haberse perdido con los años y los reajustes en las tradiciones y cultos de origen africano. En el Museo Provincial de Matanzas existen dos ídolos tallados en madera, que fueron colectados en cuevas de la región por grupos de aficionados, pero no parece tratarse de piezas antiguas. Se trata de algo mucho más importante. Se trata de la permanencia, de la reiteración de algo que se hacía y se sigue haciendo (figura 3).

Para entender esto, para valorar correctamente este tipo de evidencia, la arqueología de Cuba tiene que superar la visión estática, pasar de los vocablos antes y después al término durante. Enfocar los fenómenos culturales en proceso, además de superar el esquema de sociedades o culturas atrasadas y sociedades o culturas avanzadas. Los teóricos más avezados que incursionan en el campo de la pintura rupestre han arremetido contra estos prejuicios, junto a otros igualmente importantes, tales como el papel subordinado o ausencia de la mujer en la visión de la cultura y la posición privilegiada de la raza blanca en este terreno (Ehrenburg 1989, Lewis-Williams y T. A. Dawson 1994 y Bradley 1997).

No se trata de la existencia de la incapacidad para ver diferentes momentos de ejecución en un conjunto de pictografías, sino de que una vez captado el momento histórico de la pictografía aborígen dentro del conjunto, esta se convierte en centro de atención, pasando el resto a la categoría de poco relevante. Cuando en realidad, lo verdaderamente científico es captar los procesos creativos, los diferentes momentos y aplicar el concepto de reutilización de los espacios sagrados. Cuando estos dos conceptos se apliquen consecuentemente, nos acercaremos de forma más fidedigna a las respuestas de este complejo problema.

Motivado por estas cuestiones, en agosto del año 1990 me propuse reanalizar uno de los recintos que más había sacudido la opinión pública especializada en la primera mitad del siglo XX en Cuba: La Cueva de los Ídolos, cerca de Ceiba del Agua, la Habana. Este recinto se encuentra relativamente cercano a la Cueva de Paredones, cuyos ídolos habían sido destruidos, a la Cueva del

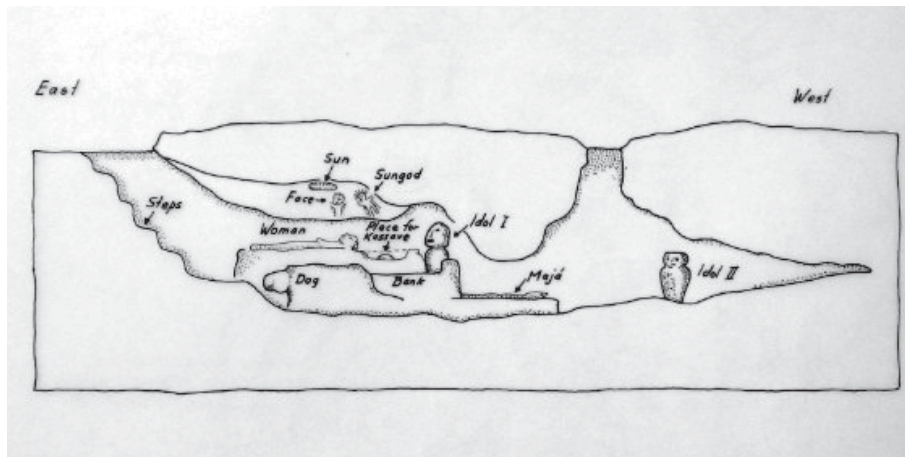


Figura 4. Esquema de la Cueva de los Ídolos según Von Bandat, en 1938.

Indio y a la Cueva de las Avispas, estas dos últimas con un petroglifo cada una, en las cuales se habían encontrado evidencias de la etapa colonial, posiblemente asociadas a cimarrones. Considero superfluo subrayar que en esta región se concentró el mayor número de plantaciones esclavistas y esclavos de origen africano en las décadas finales del XVIII y principios del XIX, y que los cimarrones que deambulaban por estos campos sumaban cifras insospechadas (La Rosa 1988).

En las alturas Habana-Matanzas se han excavado y estudiado 30 sitios (cuevas o solapas) de un número mayor de refugios y escondites de grupos reducidos de cimarrones (La Rosa 2006a). Igualmente, por vía documental se tienen identificados 20 refugios o guaridas en las ciénagas del sur de La Habana (La Rosa 2006 b).

Dado que el estudio de este recinto pudiera servir de estímulo para la discusión y búsqueda de respuestas más completas, y ser desconocido por los estudiosos cubanos, considero oportuno brindar una versión del mismo.

RESCATE DE OLÓRUM

En el año de 1938 los arqueólogos y etnólogos de Cuba fueron sorprendidos por el inusitado hallazgo de unas espectaculares tallas o esculturas líticas y petroglifos que se localizaron en una cueva en Ceiba del Agua, provincia de la Habana. Apenas cinco años después, el propietario de los terrenos arrancó las evidencias ar-

queológicas de su lugar y desde entonces el importante sitio fue olvidado y de sus valores arqueológicos solo quedaron algunas aisladas y escuetas referencias en la bibliografía especializada.

Dada la celebridad que alcanzó el acontecimiento en los círculos científicos en los años cuarenta del pasado siglo y las contradicciones que se expresaron acerca de la filiación cultural de las figuras, las cuales fueron consideradas por algunos como aborígenes, mientras otros sugirieron la posibilidad de que se tratara de obras de africanos, se emprendió la búsqueda de posibles vestigios de los entonces llamados Ídolos de Ceiba del Agua.

La comprobación de la existencia de los restos arqueológicos se convirtió en un apasionante episodio de búsqueda en manuscritos, publicaciones periódicas, posibles testimoniantes y exploraciones en la zona. Sobre la base de las notas de campo redactadas por el arqueólogo René Herrera Fritot, quien reportó y describió los principales ídolos que se localizaban en la mencionada cueva, se emprendieron los trabajos de campo, pero sin contar con una ubicación precisa del lugar. Había pasado ya más de medio siglo, el propietario de la finca había fallecido, las tierras se habían transformado y eran hoy una plantación de cítricos. Los habitantes del lugar no tenían la menor idea de lo que se estaba buscando, y solo los muy ancianos creían recordar vagamente los acontecimientos.

Las expectativas se cifraban en las posibilidades de que si bien las tallas hechas en rocas sueltas podían haber sido arrancadas, los dibujos o grabados parietales podían haber brindado mayor grado de dificultad para su extracción, ya que inclusive, en las visitas hechas por los especialistas en los momentos en que el lugar estaba intacto, se les había prestado poca atención, posiblemente por la espectacularidad que brindaban las grandes tallas, muy poco comunes en la arqueología de Cuba y nunca antes reportadas en la zona occidental, la que había sido habitada fundamentalmente por los grupos aborígenes de menor desarrollo económico.

El hallazgo inicial

El 15 de septiembre de 1938 el ingeniero geólogo Von Bandat de la Shell Mex de Cuba, quien perforaba pozos de reconocimiento para la búsqueda de petróleo en la zona NW de Ceiba del Agua en



Figura 5. Plano de la Cueva de los Ídolos según Herrera Fritot en 1938.

la provincia de la Habana, localizó una pequeña cueva con grandes tallas antropomorfas y zoomorfas. Motivado por el hallazgo, el ingeniero tomó algunas fotografías y trazó un corte esquemático de la cueva con la ubicación de las esculturas y petroglifos. Con independencia de que se trata de un esquema y que la orientación EW de la cueva está invertida en cuanto a la ubicación real, el documento (figura 4) tiene extraordinario valor histórico y etnográfico, ya que constituye uno de los dos únicos documentos que registraron de conjunto la situación de las esculturas en momentos en que no habían sido mutiladas y es de reconocer, además, el grado de minuciosidad con que se registraron los valores existentes en dicho lugar.

El 23 de septiembre del propio año, en esta ocasión acompañado por R. Herrera Fritot, como conservador del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana y algunos otros interesados, el ingeniero volvió a explorar el lugar. En esta visita se hizo “un cuidadoso estudio de las figuras de la cueva, de su técnica de talla, y de todo el recinto subterráneo, llegándose a la conclusión unánime de que con excepción del ídolo 2, aislado en la segunda cámara, todas las tallas y los tres petroglifos del lado sur eran manufactura relativamente reciente, probablemente correspondientes a un culto afro cubano (brujería o santería)” (Herrera Fritot 1944).²

Fue en esta visita que R. Herrera Fritot trazó un plano esquemático de la cueva con la situación de las esculturas y además

puso al descubierto un cuarto petroglifo “al arrancar una red de raicillas que lo tapaba completamente” (Herrera Fritot 1944). Este esquema (figura 5) completa la visión del sitio y muestra el conjunto de las grandes tallas antropomorfas y zoomorfas. A pesar de que también la orientación EW de este plano está invertida, constituye un documento histórico de primer orden para el asunto.

El 20 de abril del año 1944, o sea seis años después del hallazgo, R. Herrera Fritot organizó una nueva visita al lugar acompañado del ingeniero Juan Antonio Cosculluela y los doctores Fernando Ortiz y Oswaldo Morales Patiño. Lo ocurrido entonces es preferible exponerlo directamente del informe rendido por Herrera Fritot:

En esta ocasión tuvimos la desagradable sorpresa de encontrar la cueva totalmente vacía de sus esculturas: sólo quedaban allí unos pocos fragmentos de los bloques, y las bases de algunos mayores. Preguntamos al arrendatario qué había ocurrido, y éste nos dijo que ante el temor de que se robaran o dañaran las figuras, él las había desprendido o cortado y que las tenía almacenadas en una habitación de su casa próxima. Allá nos llevó y efectivamente pudimos ver apilados en un estrecho recinto la mayoría de las piezas, la de la mujer acostada estaba cortada transversalmente en tres grandes bloques, el perro bastante mutilado y la serpiente en varios pedazos (Herrera Fritot 1944).

En este informe del año 1944 Herrera Fritot no reparó en el estado de los petroglifos, y solo se habló de las grandes tallas, sin embargo, un nuevo enfoque en cuanto a la definición cultural del sitio se apuntó: el etnólogo Fernando Ortiz, el ingeniero A. Cosculluela y el arqueólogo O. Morales Patiño, variaron el análisis inicial de Herrera Fritot, y todos consideraron las piezas de hechura “afrocubana”, posiblemente obra de esclavos africanos. En este estado fue cerrado el asunto de los ídolos de Ceiba del Agua y durante las décadas siguientes se le registró como un sitio destruido (Tabío 1970: 66 y Núñez 1975: 192).

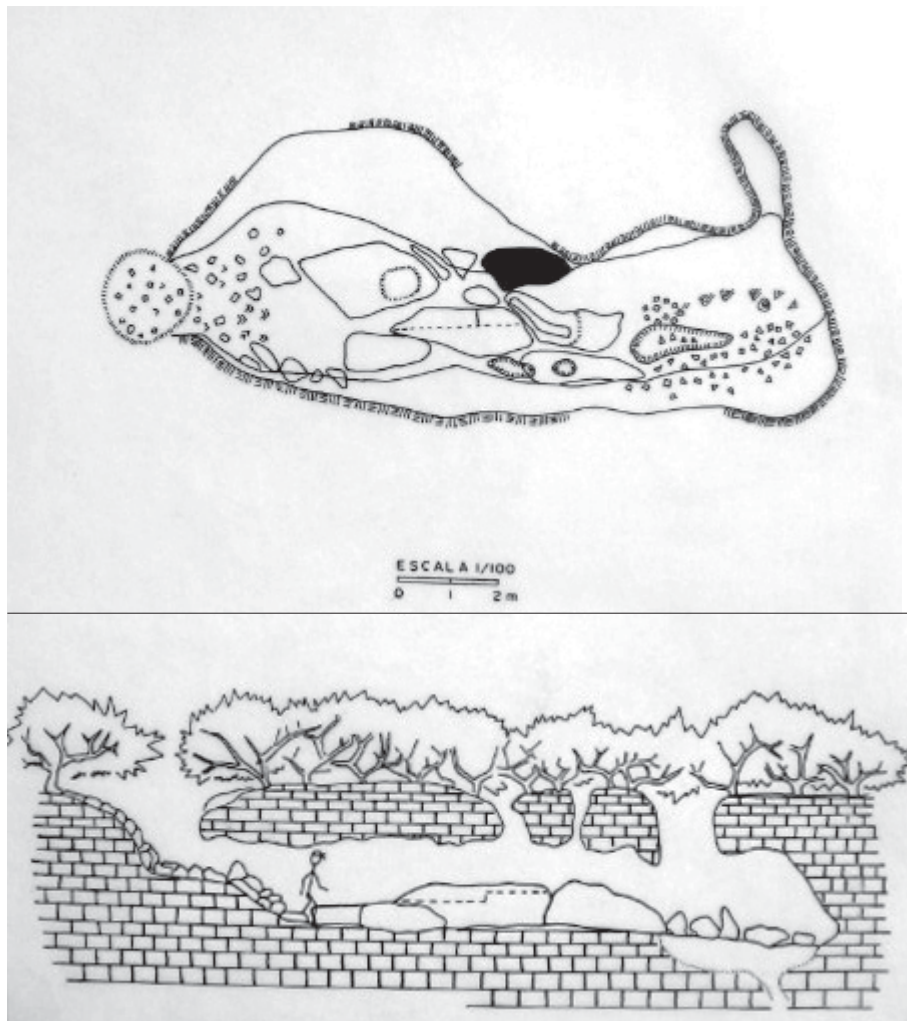


Figura 6 a y 6 b. Corte y plano de la Cueva de los Ídolos según el ingeniero M. García en 1990.

Reapertura de los estudios

El levantamiento topográfico, que en este caso resultaba un instrumento indispensable para las comprobaciones que se querían hacer, le fue encargado al ingeniero M. García Báez, y sobre su base, se ubicaron los restos de las esculturas y se localizaron los petroglifos existentes. La planta y el perfil de la cueva (figuras 6 a y 6 b) rectifican, sobre la base de mediciones, las interpretaciones

que del recinto hicieron Von Bandat y R. Herrera Fritot, lo que no resta valor histórico y etnográfico a los documentos ya referidos con anterioridad.

La entrada a la cueva de los Ídolos en los momentos en que fue descubierta estaba oculta bajo unas piedras que la obstruían, la que fue destapada por el ingeniero en el año de 1938. A partir de entonces el lugar fue identificado como Cueva del Indio y Cueva de los Ídolos. Como se puede comprobar en la planta y el perfil, se trata de una pequeña cueva de apenas 14 metros de extensión y de poca altura. Su boca es circular y se abre al nivel de la superficie del terreno, y desciende oblicuamente a unos 3,50 m hasta el piso. La luz que penetra por la entrada y por las claraboyas que se encuentran al final de la misma, ofrece un nivel de semipenumbra que permite detectar los grandes bloques de piedra que reposan en el piso de la misma.

Según los esquemas de Von Bandat y R. Herrera Fritot, la cueva estuvo dotada de una rústica escalera tallada en la piedra con escalones irregulares que aprovechaban la inclinación del terreno, pero en la actualidad, no quedan vestigios de la misma (figura 7). Sin embargo, lo que más interesa no es su conservación, sino el hecho de que un recurso de este tipo hecho por la mano del hombre en aquel contexto, atestiguaba el interés por facilitar el acceso al escondido y pequeño espacio a personas poco conocedoras del lugar o de avanzada edad, para quienes la visita a un recinto de este tipo revestía una importancia particular, por lo que se justificaba el esfuerzo de tallar cinco escalones, aunque la roca matriz fuera marga, que es muy fácil de trabajar.

Resalto este elemento porque lo considero una cuestión probatoria de que se trata de un centro ceremonial al que había que facilitar el acceso de determinadas personas. Otros de los componentes del sitio, que fueron las tallas de un perro, un majá o serpiente, una mujer y una jicotea dentro de un pequeño estanque, tallados estos dos últimos en la misma roca que servía de base a la escultura femenina, no existen en la actualidad, ya que como se había registrado en 1944, fueron cercenados por el arrendatario de la finca en la que se había localizado la cueva.



Figura 7. Escalera para descender al recinto. Foto de Von Bandat, 1938.

Según se puede concluir de los manuscritos inéditos existentes en el archivo del Instituto Cubano de Antropología y de la revisión de los restos de las tallas, la figura del perro, la primera que se localiza a la derecha entrando al recinto, estuvo tallada en un bloque pequeño de 0,60 x 0,40 m de altura, de base rectangular y la cara redonda en su parte superior, así como el lomo. Según una de las borrosas fotos originales el hocico era grueso y tenía grandes orejas caídas. A esta figura solo se le había detallado la cabeza mientras que el cuerpo lo figuraba el propio bloque (figura 8). Mediante el trabajo de terreno se pudo comprobar que la parte de la piedra que integraba el cuerpo existe todavía y se comprobó la rotura que separó la cabeza del cuerpo. En los planos levantados

en 1990, aparece este bloque, pero no frente al asiento como lo interpretó Herrera Fritot, sino al lado del mismo, apuntando más hacia la entrada de la cueva.

No son necesarios grandes esfuerzos de la imaginación para comprender que la presencia de un perro, y la posición que tenía dentro del recinto, le confería el papel de guardián en su relación con el resto de las figuras; lo que en modo alguno, por la función asignada, puede vincularse con las culturas aborígenes que poblaron la isla de Cuba. En ese mismo sentido parece apuntar el tipo de perro que se talló, cuya figura no guarda relación con las reconstrucciones arqueológicas que se han hecho del famoso perro mudo de los aborígenes de la mayor de las Antillas. Y sí en cambio, tiene estrecha vinculación con el papel del perro en algunas sociedades africanas como la de los yoruba y los arará, sobre todo en el aspecto religioso de los primeros.

El bloque en el que se había tallado la mujer y el pequeño recipiente con una jicotea, se localiza en el costado izquierdo de la cueva, o sea, al lado del perro, pero separados ambos por un estrecho pasillo central que da acceso hacia el fondo. Este bloque se alza a 0,60 m del nivel del suelo. La figura de la mujer desnuda estaba tallada en alto relieve, en posición supina con los brazos y las piernas ligeramente separados y las mamas, aunque bien dibujadas, poco voluminosas. El sexo estaba bien señalado. El depósito o pequeño recipiente abierto artificialmente en la roca y que contenía la jicotea, se localizó a la altura de donde estaría el hombro izquierdo de la escultura femenina y tiene 0,15 m de profundidad. De ambas evidencias solo existe su base, o sea, el bloque sobre el cual fueron elaboradas.

Pero la piedra sobre la que se esculpió en alto relieve un majá o serpiente, el cual se encuentra ubicado después de la mujer y del asiento, en dirección hacia el interior de la cueva, donde penetran los rayos del sol por las claraboyas que iluminaban uno de los ídolos, atestiguan aún los restos de la talla del reptil (0,05 m de ancho y 0,07 m de alto), al cual se le cercenó la cabeza y una pequeña parte del cuerpo.

De los ídolos tallados en supuestas “estalagmitas” y que en realidad debieron ser grandes bloques de marga y que se ubicaban, uno cerca de la cabeza de la mujer y el otro al final del salón, solo existen las fotos tomadas por Von Bandat. De ellos no se encontró vestigio material alguno. El ídolo 1, según se registró, era una talla humana tosca, de cabeza globular, de ojos, nariz y boca muy sim-



Figura 8. Figura del perro de la Cueva de los Ídolos. Foto de Von Bandat, 1938.

ples, con cuello y torso bien definido, pero sin detalles corporales, lo que acentuaba su carácter fálico. Se dijo que su altura era de 0,50 m pero como estuvo situado en un punto elevado del piso, se explica que en el esquema de Von Bandat se destacara por encima de las restantes tallas. En cambio, el ídolo 2, también antropomorfo, medía 0,65 m, también sin detalles en el cuerpo, pero con doble rostro, o sea, una cara anterior y otra posterior.

Resulta interesante destacar que para Herrera Fritot esta era la pieza más importante del conjunto, ya que por su pátina le parecía más antigua y la única “que se asemeja bastante a las genuinamente indígenas” (Herrera Fritot 1944). Sin embargo, como ya se dijo en el informe de 1944, se consideró a todas las tallas como “afrocubanas”. Sobre este punto se volverá más adelante.

En relación con los petroglifos, el informe de Herrera Fritot fue escueto, ya que se limitó a enumerarlos; así, registró la existencia de tres figuras grabadas en líneas incisas o surcos de poca profundidad (0,01 m según las últimas mediciones). También observó dos figuras antropomorfas y una cuarta talla en alto relieve la cual consideró representaba el dios sol.

Sobre la base de estos presupuestos y a pesar de compartir el criterio de otras especialistas, los cuales consideran reduccionista

las interpretaciones del dibujo rupestre que se limita solo a sus fundamentos mitológicos, la mitología, en este caso, puede ser el punto de partida para un acercamiento más efectivo a la definición cultural. Dadas las condiciones del estudio y con los recursos disponibles, el análisis de las evidencias de la Cueva de los Ídolos debe emprenderse sobre la base de su posible correspondencia con los mitos y cultos de origen africano, pero como es claro, si se toman en consideración otros factores como los que se apuntan más adelante.

Resultados del nuevo estudio

En primer lugar, evaluando de conjunto el sitio y tomando en consideración todos los elementos que lo componían, escalera y asiento, ambos tallados en la roca, así como el posible significado de las tallas y los petroglifos, se puede estimar que se trata de un centro ceremonial o santuario. El carácter y naturaleza de las tallas y petroglifos, la presencia de una cruz de tipo cristiano en la mano de una de las figuras antropomorfas, de un perro como guardián del recinto y otros elementos particulares de cada una de las piezas alejan toda posibilidad de una vinculación con las culturas aborígenes y por el contrario, fundamentan el criterio de que se trata de un centro ceremonial de cultos de origen africano, hecho con los recursos, psicología, creencias y condiciones sociales de los esclavos. Su origen debe remontarse a los años de la esclavitud de plantaciones, puesto que al ser destapada su entrada en el año de 1938, no existía conocimiento de la misma en los campesinos del lugar, según se pudo comprobar por la documentación que generó el hallazgo. Al ser destapados algunos de los petroglifos estaban cubiertos de raíces y todas las tallas cubiertas según Herrera Fritot por una pátina margosa como resultado de la alteración de la roca matriz de caliza compacta y la humedad (1944). El recipiente en el que se encontraba la talla de la jicotea estaba totalmente relleno de detritus. Todos estos elementos atestiguan una antigüedad que pudiera remontarse, por lo menos, un siglo antes del hallazgo de Von Bandat.

En relación con las opiniones de Herrera Fritot acerca del material que había servido de base a las tallas y su envejecimiento, puede decirse que este, así como el de las paredes en que se tallaron los petroglifos, está constituido por rocas de carbonato comúnmente conocidas en Cuba como marga, la cual se mancha en la superficie por la cristalización que forma una especie de

corteza; sin embargo, analizados algunos fragmentos se pudo comprobar que la coloración externa más oscura que la cubre es producto de la humedad y la presencia de microorganismos. Resulta oportuno destacar que en la estatuaria africana son poco frecuentes las grandes tallas líticas. Pero la marga resulta tan fácil de tallar que pudo servir de estímulo a los artífices como lo fue la esteatita (silicato de hidrato de magnesio) para los escultores de algunas figuras antropomorfas que se localizan en la región de Esie, en Nigeria, o los grandes bloques líticos que sirvieron de base para las figuras fállicas localizadas en el antiguo Nkrigom, también en Nigeria.

Desde el punto de vista formal y por su técnica de confección, todas las figuras resultan de hechura tosca y sin retoques. Dan la impresión de que fueron hechas de forma apresurada o por artífices poco hábiles, conocedores de los mensajes y de los atributos, pero carentes de las habilidades manuales que solo florecen con la práctica continua del oficio. Sin embargo, el conjunto de tallas y petroglifos en medio del recinto que es iluminado naturalmente desde el fondo, produce un juego de volúmenes y sombras que resulta impresionante y el mensaje cobra tal fuerza que el contenido se impone a las formas particulares defectuosas. Así, la función de cada elemento y las relaciones espaciales entre los mismos parecen tener más importancia que la delicadeza de los rasgos. Todos sus componentes fueron hechos con recursos muy simples

Ya se vio en párrafos anteriores como para Herrera Fritot, la talla de más valor era la que él había considerado inicialmente como aborígen. Este juicio no es más que la manifestación de lo arraigado que se encontraba, y que desdichadamente aún se encuentra, aunque en menor medida, el criterio de que las piezas arqueológicas de valor eran las aborígenes. El impetuoso desarrollo que en las últimas décadas han alcanzado los estudios de Arqueología Histórica en Cuba, ha contribuido a superar ese enfoque, aunque si bien, dentro del terreno de esta disciplina, el estudio de la herencia africana aún resulta poco frecuente.

El ídolo 2 había ofrecido la impresión de ser el más antiguo, debido a que su coloración era más oscura; pero eso se debió a que era la única de las tallas que se encontraba directamente debajo de la claraboya, por lo que la luz solar debió incidir en su supuesta antigüedad en relación con las restantes. Por contenido pudiera interpretarse como la representación o versión masculina de Oduduwa, ya que según resulta de algunas creencias africanas



Figura 9. Figura de la Cueva de Ambrosio.

antiguas, este oricha en su fase masculina simboliza la dualidad vida y muerte, por lo que se le representa con dos rostros, uno que mira a la vida y otro opuesto que mira a la muerte. En esta talla uno de los rostros mira al este y el otro mira al oeste. En la región africana de Igbo Ora, se veneran imágenes de esta deidad que reproducen un cuerpo humano con dos caras opuestas (Cros 1975: 146).

Dos de los petroglifos antropomorfos fueron elaborados con el interés de recoger solo el rostro de las figuras y de estos solo existe uno en la actualidad, el que había sido destapado por Herrera Fritot y que representa un rostro masculino, de orejas muy grandes y desproporcionadas entre sí. Considero oportuno señalar la semejanza formal que existe entre esta figura y la de Cueva de Ambrosio (figura 9). Esta figura mira desde la pared sur de la cueva

con dirección al lugar donde estaba la talla femenina y el resto de los petroglifos. En la primera visita efectuada al lugar con la finalidad de dar cumplimiento a los objetivos propuestos, se le encontró al igual que en 1938 cuando fue destapada por Herrera Fritot, cubierta de finas y largas raíces que descienden desde el techo de la cueva.

Del resto de los petroglifos desapareció uno que presentaba también rostro humano, que se localizaba en la pared norte, de frente al anterior y en su lugar se encuentra un hueco con señales del instrumento afilado que lo desprendió.

Pero en el techo de la cueva, encima del bloque en el que había reposado la escultura femenina, se encuentra aún la representación del sol, pero no una figura del sol como la que pudiera haber representado un aborigen antillano, habituado a la síntesis y al lenguaje figurativo del ideograma.

Es un sol y a la vez un rostro humano de expresión iracunda, situado no casualmente en lo más alto del conjunto de tallas y petroglifos. Por su posición y tratamiento es fácil identificar en él a la deidad suprema de los yorubas: Olórum, que es la manifestación de Olofin, ser eterno, universal, todopoderoso, principio de todo. Dios que es sol y se le representa como tal y se encuentra por encima de cientos de orichas o deidades menores de este panteón.

En otras representaciones de esta deidad se la ha dibujado como un sol con sus rayos en forma de pétalos y un rostro humano en el círculo central. También se representa con un girasol. El sol, como Olórum, es el creador padre de todo lo que existe y rey del mundo. “En los ilé-osha de Cuba dicen que Olórum es dios creador que está sobre todos y todas las cosas” (Díaz Fabelo 1960: 32). Así, él está en todo y de él viene todo. Creador de la luz, fuego, aire y toda forma de vida, así como del bien y del mal.

Pero Olórum, dios supremo según este credo es también Olodumare en su sentido todopoderoso, como legislador es Olofin y como hacedor del hombre es Obatalá. Por esto, algo más debajo de la representación de Olórum aparece otra deidad, la única que se representó de cuerpo completo dentro del grupo de los petroglifos. Esta figura tiene líneas pequeñas talladas alrededor de la cabeza que en forma de rayos solares asemeja, aunque en otro nivel, al dios supremo. A la misma no se le trabajó en detalles el final de las manos y los pies y no se le definió el sexo, pero este último detalle no se debió a un descuido del artífice. Recuérdese

que la talla femenina que estaba debajo tenía bien definido y detallados los atributos sexuales. En esta figura, por el contrario no se encuentra elemento alguno, sexo o mamas, que permita definirla. De haberse querido representar como personaje masculino nada lo hubiese impedido ya que la representación del sexo es común en las manifestaciones artísticas tanto aborígenes como en las de origen africano. Por lo tanto, es posible inferir que este recurso sirvió para reconocer la bisexualidad de algunos personajes de la mitología yoruba. En especial, Obatalá es representado a veces como hombre y otras como mujer.

Los elementos que se acaban de apuntar permiten identificar esta figura con Obatalá, ya que tiene algunos de los atributos de Olórum, pero está por debajo de él, pero a su vez, por encima del resto de los orichas. Su ubicación espacial así lo confirma. Obatalá es una especie de delegado o hijo del dios supremo y en el mismo se resumen diversos componentes de varios dioses y sus atributos. Como deidad independiente se le identifica con Eleda (el Hacedor). Es escultor del cuerpo humano y por eso trabaja con el mejor barro y moldea cuerpos. Es también dios del orden y la paz, protector de las puertas de las ciudades, por lo que en algunas aldeas africanas se le representa con numerosos atributos que pueden tener carácter local, y entre los mismos, se encuentran la *serpiente* y la *tortuga*.

Algunas representaciones populares en Cuba lo acompañan con el sol, la luna y la serpiente, entre otros atributos. Las combinaciones pueden ser muchas y muy variadas, así como las funciones del mismo oricha, por cuanto fueron muchos los factores humanos y culturales que intervinieron en el proceso integrador de estas deidades, que si bien fijaron como panteón dominante el yoruba, recogieron particularidades regionales de grupos con otras deidades creadoras (Cros 1975: 140).

Este principio resulta de mucha importancia para comprender y explicarse los matices y variaciones interpretativas, e inclusive contradicciones que se pueden observar entre los atributos y funciones de las deidades de origen africano en correspondencia a las zonas, regiones y épocas de que se trate. Por lo que aspectos que se ponen de manifiesto en este recinto, fácilmente pueden no ser reconocidos en la actualidad, porque se perdieron partes, o variación de forma y contenido.

Se dice que cuando Obatalá desciende lleva en sus manos un *iruke*, especie de plumero hecho de crin de caballo, que además

de ser símbolo de mando, sirve para limpiar el mal; pero la representación que aquí se hizo de Obatalá, sostiene en la mano izquierda una cruz a modo cristiano.

Esto es lo referente a los petroglifos aún existentes en el techo y paredes de la Cueva de los Ídolos, pero otra cosa son las grandes tallas, ya que no existen en la actualidad o están muy mutiladas como la serpiente y el perro, lo que en buena medida limita el análisis. Sin embargo, varias cosas pueden acotarse. Lo primero es que no se presentan variaciones formales y estilísticas que separe alguno de los componentes del conjunto, por lo tanto el sitio guarda unidad y esta unidad no está dada solo por el aspecto formal sino también por sus funciones.

Y sus funciones nos llevan necesariamente a que se trató de un centro de culto, en el que se efectuaron o se preparó la celebración de algún tipo de rito de carácter secreto, cuestión que se corresponde con el carácter misterioso de algunas religiones de origen africano que se desarrollaron en Cuba, o sea cultos y actividades religiosas que solo dominaban los iniciados en los misterios o secretos de la doctrina. Este aspecto, aunque tiene sus fundamentos en las raíces africanas de tales creencias, fue un elemento que se fortaleció durante los siglos de la esclavitud ya que era la vía para la satisfacción de las necesidades espirituales de grupos humanos a los que por razones históricas, políticas y económicas los cultos oficiales resultaban distantes de su cosmovisión e intereses.

Ahora bien, la presencia de un perro, un majá o serpiente y una mujer desnuda en la que se destacó el carácter sexual, confiere al lugar una peculiar cualidad. Como es conocido en las leyendas y religiones siempre han tenido un espacio el temor o la atracción por la serpiente. La ofiolatría o culto a la serpiente ha estado difundida en Egipto, Creta, Israel, México, La India y de manera muy marcada en determinados grupos o tribus africanas. En ocasiones se le asocia a la fecundidad y aparece vinculada a la mujer. En el pensamiento cristiano se identificó la serpiente con el diablo, pero en algunas creencias o leyendas antiguas se le asocia al falo.

Así, la ofiolatría está presente casi siempre en todas las religiones primigenias. Se conocen algunas tribus africanas que crían serpientes con propósitos mágicos y curativos (Royston 1960: 310). En África occidental se conocen varias tribus que adoran las serpientes pitón cuyo culto está en manos de sacerdotisas que celebran ritos y sus hijos son considerados hijos de Pitón. En Dahomey se considera sagrada la serpiente arco-iris que se denomina

Damballa, la cual fue identificada en el santoral católico con san Patricio como manifestación del proceso de sincretismo.

No he podido definir si la representación femenina aquí analizada pudo estar relacionada con los mitos más antiguos africanos en los que se acompañaba a Obatalá con la versión femenina de Oduduwa, como su mujer. En algunas comarcas africanas se le rinde culto como divinidad lujuriosa. A favor de esta posibilidad se presenta el hecho de que en el concepto del cosmos yoruba reinterpretado en Cuba, al universo se le representa como una güira formada por dos jícaras o mitades. La media parte superior es la residencia de Obatalá (ocupa la parte superior de la cueva) mientras que la residencia de Oduduwa es la media parte inferior (la escultura estaba tallada en una roca del piso).

Se debe señalar que los cultos de origen africano en Cuba se vieron obligados a hacer grandes concesiones en el proceso de subsistencia durante los siglos de la esclavitud, por lo que también pudiera ser que esta figura tenga relación con Oricha Oko, dios de la fertilidad, aunque este culto perdió importancia por sus finalidades y fundamento, así como porque en la sociedad colonial esclavista se le consideró obscuro y lascivo.

Uno de los escollos más complejos que deben superar los interesados en el estudio de los posibles remanentes de la mitología africana en las cuevas de Cuba, se tiene del hecho de que por haber sido creencias y cultos sancionados y discriminados, su sobrevivencia se debió a la tradición oral y anotaciones de algunos oficiantes; y como la mezcla y el proceso sincrético no fueron homogéneos, las interpretaciones y matices son abrumadoras, entre zonas, regiones y seguidores.

Pero como felizmente, en esos espacios sagrados y míticos de los africanos, debió reflejarse más el pensamiento y la mitología menos contaminada, porque necesariamente la mentalidad menos ladina fue la que debió recurrir a estas formas de expresión, y no la de los criollos o acriollados, que participaban de formas más contaminadas con el credo oficial impuesto, considero que debe mirarse más al continente de origen, que a los resultados sincréticos producidos en la isla. Esto, si bien puede parecer más difícil, resulta un terreno más firme y seguro en que afincarse.

Futuras indagaciones podrán ampliar o rectificar algunos de los aspectos de los aquí tratados, pero lo que resulta incuestionable, es que los petroglifos y esculturas de la Cueva de los Ídolos, no guardan relación alguna con el arte aborigen de los grupos aruacos

que poblaron la isla, y sí, en cambio, tienen una estrecha relación con la cultura, mitos y cultos de origen africano.

Desdichadamente, durante la última visita efectuada al lugar el año 2001, se pudo constatar que todos los petroglifos estaban seriamente dañados por las ralladuras con inscripciones de nombres y fechas de visitantes al lugar.

NOTAS

¹ El uso de arcos y flechas por parte de los esclavos prófugos, se encuentra de forma reiterada en la documentación de los rancheadores que se enfrentaban a los cimarrones (Archivo Histórico de Camagüey, alcaldía 1ra. y 2da. Criminales. leg. 20, No. 23 y Archivo Nacional de Cuba, Real Consulado, leg. 150, No. 7416. Inclusive, aún hoy día se utilizan por numerosos grupos africanos, tales como los mucubala y los mumuila del sur de Angola.

² El término brujería es impropio para designar este fenómeno. Por santería se entiende la regla lucumí o regla ocha, religión popular de origen africano formada por la unión de las creencias yorubas y el catolicismo en la que predomina el componente africano muchas veces revestido de elementos del catolicismo.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo Histórico de Camagüey (AHC): Alcaldía 1ra. y 2da., Criminales, leg. 20, No. 23.

Archivo Nacional de Cuba (ANC): Gobierno Superior Civil, leg. 618, No. 19746 y leg. 624, No. 19869.

_____ (ANC): Real Consulado, leg. 150, No. 7416.

Abbot, Abiel (1965): *Cartas*. La Habana, Empresa Consolidada de Artes Gráficas, Consejo Nacional de Cultura.

Alonso, E. (1980): "Mil cumbres". Archivo del la Delegación Territorial de la Academia de Ciencias de Cuba.

Arrazcaeta, R. y R. García (1994): "Guara, una región pictográfica de Cuba" en *Revista de Arqueología*. Año XV, No. 106, Madrid, p. 22-31.

Banh, P. G. y Lonbranchet, eds. (1993): *Rock art studies: The post-stylistic era, or where do we go from here?*, Oxford.

Bradley, R. (1997): *Rock Art and the prehistory of Atlantic Europe: signing the land*. Londres, Routledge.

Brodrick, A. H. (1956): *La pintura prehistórica*. México, Fondo de Cultura Económica.

Calvera, J., R. Funes y F. Cuba (1991): *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.

Clottes, J. y D. Lewis-Williams (1998): *The shamans of prehistory: trace and magic in the painted caves*. New York, Harry M. Abrams.

Conkey, M. (1996): "A history of the interpretation of European Paleolithic art: magic, mythogram, and metaphors for modernity" en A. Lock y C. R. Peter, eds. *Handbook of human symbolic evolution*. Oxford, Clarendon Press.

Cros, M. (1975): *La Religión afro cubana*. Madrid, Plaza Mayor.

Chippindale, C. y P. S. Tacon, eds. (1998): *The archaeology of rock art*. Cambridge University Press.

Dacal, R. y M. Rivero de la Calle (1972): "Actividades arqueológicas realizadas por la Sociedad Espeleológica de Duba" en *Serie Espeleológica*. No. 33, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.

Díaz Fabelo, T. (1960): *Olórum*. La Habana, Ediciones del Departamento de Folklor del Teatro Nacional de Cuba.

Ehrenburg, M. (1989): *Women in prehistory*. University of Oklahoma Press.

González, M., ed. (1989): *Cien años después de Sautuola*. Santander, Consejería de Cultura.

González, J. B., R. Fernández y D. Gutiérrez (2006): "La problemática del dibujo rupestre en la Cueva de Matías, Sierra de Cubitas, Camagüey, Cuba. ¿De manufactura indocubana o del hombre moderno?". Archivo del Instituto Cubano de antropología, CITMA, La Habana.

Guanche, J. y M. López (1997): "Serpientes y cocodrilos alados en la herrería colonial del siglo XVIII en Cuba: un caso de transculturación hispanico-africana" en *América Negra*. No. 14, Bogotá.

Guarch, J. M. (1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Gutiérrez, D. R. Fernández y J. B. González (2006): "Representaciones de arqueros en el dibujo rupestre de Cuba. Consideraciones generales". Archivo del Instituto Cubano de Antropología, CITMA, La Habana.

Herrera Fritot, R. (1944): "Cueva de los Ídolos. Etnología Cubana". Archivo del Instituto Cubano de antropología, CITMA, La Habana.

La Rosa, G. (1988): *Los cimarrones de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

_____ (1989): "Armas y tácticas defensivas de los cimarrones en Cuba" en *Reporte de Investigación*. No. 2, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.

_____ (1992): "El petroglifo de la Cueva de las Avispas, Quivicán, La Habana" en *Carta informativa*. Época III, No. 9, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.

_____ (1994): "Tendencias en los estudios sobre arte rupestre de Cuba: Retrospectiva crítica" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. No. 29, La Habana, Editorial Academia.

- _____ (1996): "Rescate de Olórum (Estudio de arqueología afroamericana" en *América Negra*. No. 12, Bogotá.
- _____ (2006a): "Arqueología del cimarronaje: útiles para la resistencia" (Ponencia): Meeting of Society for American Archaeology in San Juan Puerto Rico, from April 26-May 8, 2006.
- _____ (2006b): "Aproximaciones antropológicas a las bandas cimarronas de las ciénagas de Cuba". Conferencia impartida en el marco de la VIII Conferencia Internacional Antropología ante los nuevos retos de la humanidad, celebrada en el Instituto Cubano de Antropología del 27 al 30 de noviembre del 2006.
- La Rosa G. y M. García (1990): "Los petroglifos de la Cueva de los Ídolos en Ceiba del Agua" en *Carta Informativa*. Época III, No. 5, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- La Rosa, G., O. Ortega, A. Rives, G. García y J. Tomé (1990): "El petroglifo de la Cueva del Indio" en *Carta informativa*. Época III, No. 7, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- Leroi-Gourhan, A. (1965): *Préhistoire de l'art occidental*. París (s.e.).
- Lewis-Williams, D. y T. A. Dawson (1994): "Aspects of art research: a critical retrospective" en Dawson y Lewis-Williams, eds., *Contested images: diversity in Southern African Rock Arte research*. Johannesburg, Witwatersrand University Press.
- Mazel, A. D. y Watchman, A. L. (1997): "Accelerator radiocarbon dating of Natal Dra. Kensberg paintings: results and applications" en *Antiquity*. Vol. 71, No. 272, junio.
- Mosquera, G. (1983): *Exploraciones en la plástica cubana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Mowszowki, R. (2001): "Rock of Ages (Son cave paintings research, Africa)" en *Geographical*. V. 17.
- Núñez, A. (1947): *Clasificación gética de las cuevas de Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- _____ (1975): *Cuba: dibujos rupestres*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____ (1985): *Arte rupestre de Cuba*. Torino, Editorial Jaca Book.
- Ortiz, F. (1998): "Del fenómeno social de la transculturación y de su importancia en Cuba" en Lázara Menéndez, *Estudios Afro-cubanos, Selección de lecturas*, La Habana, Editorial Félix Varela, Universidad de La Habana.
- Ouzman, S. (1998): "Towards a mindscape of landscape" en Chippindale y Tacon, eds., *North America rock art*. Cambridge University Press.
- Rivero de la Calle, M. (1961): "Descubrimiento de nuevas pictografías realizadas en el país" en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*. Número único, Época 5ta., La Habana.
- Ross, M. (2001): "Emerging Trends in rock art research: hunter-gatherer culture, land and landscape (Changes in archaeological and anthropological perception" en *Antiquity*. No. 75.
- Royston, E. (1960): *Diccionario de religiones*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP) (1839): *Memorias*. La Habana, Imprenta del gobierno y Capitanía General.
- Steelman, K. L., M. W. Rowe, R. F. Boszhardt y J. R. Southon (2001): "Radiocarbon age determination of a rock painting at Arnol/Tainter Cave, Wisconsin" en *Midcontinental Journal of Archaeology*. Vol. 26.
- Tabío, E. (1970): "Arqueología espeleológica de Cuba" en *Serie Espeleológica y Carsológica*. No. 27, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.



ANTROPOLOGÍA FUNERARIA DE LOS ANTIGUOS HABITANTES DEL ESTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

CLENIS TAVÁREZ MARÍA



INTRODUCCIÓN

El ser humano desde los albores de la humanidad ha tenido una actitud ante el hecho biológico de la muerte. Independientemente de la condición social, grado académico e ideología, la muerte provoca una serie de manifestaciones socioculturales y rituales. La preocupación gira en parte en torno a las causas que provocan la desaparición física de la persona, si son naturales o no. Las costumbres en tal sentido, están reportadas por la historia y relatos de personas a quienes les llamó la atención el tema. La antropología y la arqueología se han ocupado de tales costumbres comenzando con los pueblos de la antigüedad.

La isla compartida por las repúblicas Dominicana y Haití con una historia inicial común, en una totalidad aproximada de 78 000 kilómetros cuadrados, fue habitada por grupos diferentes procedentes del tronco arawaco. Ellos también transportaron consigo sus tradiciones, costumbres, hábitos alimenticios, cultura y ritos funerarios. Sin embargo, falta mucho por rescatar aún en este sentido. La parte dominicana ha sido más beneficiada con los estudios de arqueología, antropología física y disciplinas afines, pero los mismos quedan cortos en el tema. En esta isla tuvo lugar el contacto humano y la interacción entre grupos completamente diferentes en todo desde la lengua, la cultura y la dieta alimenticia. Las primeras construcciones, villas, fuertes e instituciones europeas se realizaron en ella también. De repente, la vida cambió radicalmente para los nativos, los cuales se vieron interrumpidos en su cotidianidad, sometidos a nuevas formas intolerantes y disímiles e intervenidos por desconocidos.

El cambio se expresó en la totalidad de las manifestaciones de la vida incluyendo la muerte. La desestabilización y/o desequilibrio abarcó las expresiones funerarias. Los rituales acostumbrados se vieron trastornados, adulterados o simplemente dejaron de hacerse. Las posiciones tradicionales de enterramientos comenzaron a variar y esto refleja a su vez el impacto realizado en la cultura por quienes trataron de imponerse a las formas ya existentes.

Matanzas, guerras, suicidios, ruptura familiar, impidieron quizás el ritual acostumbrado para sepultar. El este fue de las últimas zonas de la isla en ser afectadas, pero en su momento vivió el horror como las demás. En las excavaciones realizadas se han encontrado huellas de violencia con “armas” aborígenes en esqueletos correspondientes a estos grupos sin saber si usadas por ellos o por algún español guaitiao. Estos cementerios han sido de los más trabajados y han arrojado datos muy importantes sobre los ritos funerarios aborígenes.

EL ESTE DOMINICANO

Esta zona difiere en algunas características de la norte, tomada como punto principal para desarrollo y conquista de la isla y áreas circundantes. Aunque el almirante Colón la navegó, no dedicó especial atención a la misma, fuera de renombrarla geográficamente. En dos versiones existentes sobre los cacicazgos dada por los cronistas fray Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Anglería se habla de su denominación y cacique principal. La versión tradicional marca la zona con el nombre de Higüey, cuyo cacique principal era Higuanamá para Las Casas y Cayacoa para Oviedo. En la de Anglería, la región se denominaba Caizcimú; hace una descripción de la misma y explica el significado de la palabra con la cual se designa: “El comienzo de la isla por oriente abárcalo una provincia llamada Caizcimú, porque en su lengua ‘cimú’ quiere decir ‘frente’ o ‘principio’...” (1965 (I): 354). El padre Las Casas habla de Higüey como una provincia con muchos caciques, destacando en particular a Cotubanamá al cual él conoció. Hace mención de dos características de la región: los xagueyes, peñas con agua dulce y salada, aprovechados además para la siembra, y la guáyiga, tubérculo de alto consumo entre los isleños. Ambos son propios de la zona; por lo tanto marcó diferencia en cuanto a la agricultura. (Tavárez 2006: 4).

Las dos condiciones mencionadas hizo distinta la zona. Mientras el resto de la Isla consumía como pan principal el fabricado de la yuca (*Manihot Utilissima*), los del este junto al casabe consumían otro hecho a base de la guáyiga. Aprendieron a usar este tubérculo, venenoso si no se domina la técnica para el consumo, convirtiéndolo en la materia prima de su pan. A su vez lo enriquecían de manera natural en el proceso de fabricación con larvas de gusano. Casabe y pan de guáyiga eran cocidos en burén, pero de sabores y valores nutritivos diferentes. Se da el caso en algunos

yacimientos del este, trabajados por investigadores del Museo del Hombre Dominicano, correspondientes a los chicoides, que la agricultura ha disminuido, convirtiéndose más en recolector el grupo. Lo mismo se debe a la diversidad y/o riqueza del medio. Pasó en dos asentamientos ubicados en la desembocadura de los ríos Soco e Higuamo. Se trata de El Soco y Punta de Garza (Veloz 1993: 119).

El este está descrito por los cronistas como un espacio en donde se concentran grandes poblaciones aborígenes. Las condiciones señaladas anteriormente sumaban un atractivo especial para habitarlo, además de la cercanía con la Isla Mona y Puerto Rico, lo cual suponía un constante intercambio entre habitantes de un lado y otro. El sitio llamado Macao es una de las poblaciones más grandes de la época mencionada por el padre Las Casas. El mismo ha sido sometido sistemáticamente a saqueos y fue excavado por el Museo del Hombre Dominicano en 2004, cuando ya estaba bastante destruido. Sin dudas, el este debió ser una de las áreas más pobladas en la antigüedad.

LA ARQUEOLOGÍA

Territorialmente hablando, Bainoa era el cacicazgo mayor, regentado por su cacique principal Bohechio. Sin embargo, no era el más poblado. Abarcaba casi todo el sur de la isla y el norte de Haití. Por las condiciones medioambientales, pensamos que la mayoría de la población de la época se concentraba entre Caiabo, parte central de la isla, y Caizcimú, todo el este. Es en esta zona donde queda Boca Chica, yacimiento guía con el cual se conoce la alfarería atribuida a los taínos. Actualmente, el este es la zona donde se han realizado más trabajos de arqueología. El auge de la industria hotelera en el área ha sido la causa principal. Pero, también ha servido para destruir asentamientos sin registrarse ni siquiera en arqueología de salvamento. No vamos hablar de los huaqueros, quienes rompen la historia con el afán de buscar piezas bonitas para la venta.

Fue en las décadas de 1970 y 80 cuando los investigadores del Museo del Hombre Dominicano recorrieron intensamente en todas direcciones el país en proyectos de excavaciones arqueológicas. Numerosas investigaciones se desarrollaron a lo largo de este litoral con importantes hallazgos. Son muchos los yacimientos, cuevas, cementerios reportados y/o estudiados en ese momento. Dentro de las provincias costeras del este, donde más estudios arqueológicos se han realizado son: San Pedro de Macorís, La

Romana e Higüey. Un listado bastante amplio de asentamientos aborígenes a nivel nacional fue realizado por Veloz en el año 1973 en su obra *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Ortega publicó en el 2005 un primer volumen ampliado sobre el mismo tema en un compendio. Algunos de los sitios arqueológicos trabajados del este son: Honduras del Oeste, Andrés Boca Chica, La Caleta, La Cucama, Guayacanes, El Caimito, Juan Dolio, El Porvenir, El Soco, Punta de Garza, Cueva de Berna, Atajadizo, Musiépedro, Punta Cana, Macao, Bayahibe, La Aleta, Boca de Chavón, Anamuya, Cabo San Rafael, Cumayasa y Cueva María Sosá. Los mismos sirven de puntos de referencia para cualquier estudio.

Uno de los primeros grupos llegados a la Hispaniola, los banwaroides, se establecen en el este. La riqueza de la zona en términos del medioambiente permitió por cientos de años su permanencia y la de otros. Estudios realizados por Veloz y Ortega ubican a Punta Cana y alrededores como uno de los sitios en donde se dan los primeros pasos de lo que después será la cultura taína, donde están los inicios de la agricultura (1996: 5). Las fechas para Punta Cana son de 240 a. C., 420 d. C. y 300 d. C. Otro sitio cercano e importante es Bayahibe, en La Romana 1530/+30 a. C. (Atilés y López 2006: 57). En este último se continúa investigando actualmente. Otros lugares de fechados tempranos son: Coral Costa Caribe en Juan Dolio: 2190–2020 a. C. (Ortega 2002); Hoyo del Toro: 2000 a. C.; la Isleta 1200 a. C. (Veloz: 91). Toda esta gente que vivió en el lugar dejó sus artefactos, sus viviendas, su cultura material convirtiéndose hoy en objeto de estudio de distintos investigadores. Además de estos restos, quedaron sus osamentas con las cuales podemos reconstruir de manera más completa la vida en tiempos pasados.

LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA

La aparición de una osamenta humana constituye un reto para el estudioso de esta disciplina. Como decía Fernando Luna Calderón, el hueso es un libro abierto pero no todos sabemos leerlo. Para hablar de la muerte en estos antiguos pobladores de la República Dominicana debemos mencionar de forma justiciera a Luna Calderón. Fue quien estudió los cementerios aborígenes a la luz de la paleopatología ósea no solo en su país natal sino también en otras islas caribeñas y Venezuela. Numerosos fueron los descubrimientos realizados por él en esta materia. Nuestro trabajo se nutre básicamente de sus estudios. Haremos un recorrido por los dife-

rentes yacimientos arqueológicos estudiados donde hubo enterramientos humanos. Veremos cuál era la práctica funeraria de los diferentes pobladores de la isla que han podido ser investigados hasta el presente.

Necesariamente, debemos comenzar por las cuevas funerarias. Es el sitio más antiguo conocido de prácticas fúnebres. A saber fueron las cuevas sitios de habitación humana, pero también se convirtieron en lugares ceremoniales incluyendo las relacionadas con la muerte. De los grupos establecidos en la zona, los banwaroides son los más antiguos de los cuales se tiene conocimiento de su ritual mortuorio en el este. Cueva de Berna, cerca de la bahía de Boca de Yuma, provincia La Altagracia, es representativo de ese período. Con fechas entre 1890 y 1255 a. C. (Veloz y *et al.* 1977: 14) presenta tres modalidades de enterramientos las cuales son las mismas existentes en toda la isla: primarias, secundarias y residuales (Veloz *et al.* 1977: 27). Cuando se empieza a dar algún tipo de tratamiento especial a los difuntos estamos en presencia de cierto grado de complejización de la sociedad. En el caso de Cueva de Berna, se da el tratamiento de basura a huesos del esqueleto humano que aparecen mezclados con restos alimenticios y fragmentaciones intencionales en ellos, lo cual supone descarnamiento del hueso quizás con fines rituales; posiblemente del tipo canibalístico. Este tipo de enterramiento fue denominado por Luna Calderón como residual (Veloz *et al.* 1977: 28).

El total de enterramientos en Cueva de Berna fue de seis. De estos seis, tres son del tipo residual, dos secundarios y uno primario. Llama la atención el hecho de que el primario tuviera una posición extendida. Es esta la primera vez que se reporta dicha posición para grupos preceramistas en la isla. La misma ya había sido reportada para Cuba en Cueva Carbonera. Solo un esqueleto estaba en decúbito lateral derecho, los demás no fue posible determinarla. Otro hallazgo significativo de este cementerio lo constituye la deformación cefálica encontrada en uno de los cráneos. Es también la primera vez para grupos precerámicos de las Antillas y del tipo pseudocircular. Según los estudios realizados sobre este material, las edades de los esqueletos van desde 25, 18, 5 y medio y 2 años. La media de vida estaría aproximadamente en 12 años y medio, lo que manifiesta la dificultad existente probablemente con el medio para sobrevivir, sabiéndose que son recolectores. Uno de los esqueletos presentó líneas de Harris, índice de crisis alimenticia en esta niña de 6 años y/o infecciones debido a una alimentación no balanceada.

En cuanto al sexo, se pudo determinar en cuatro de los seis esqueletos: dos son masculinos y dos femeninos. En relación con el número de individuos por tumbas fue de uno, exceptuando un caso donde parece se removió para ser enterrado otro cuerpo y dejaron algunos huesos del anterior. Por los datos aportados sobre el cementerio de dicha cueva, no existe un patrón diferenciado de enterramiento en este poblador. No hay repetición de ninguna de las formas de enterramiento, ni siquiera en la posición de las piernas, las cuales comúnmente son flexadas o acuclilladas. No hay un tipo preferido tampoco en la posición de enterramiento ni una orientación definida. Los datos de la edad nos dicen que era un poblador joven. En los enterramientos primarios precerámicos para Luna Calderón no es típico que presenten vértebras o costillas en las Antillas. Sin embargo, en esta cueva apareció junto a uno de los esqueletos una vértebra de un niño menor de dos años y esto lo hace suponer que se corresponde con bolsones de huesos enterrados ceremonialmente. Estos casos han sido reportados en Cuba y Trinidad (1977: 30). Por otra parte, solo hay característica de cremación en la modalidad residual.

Continuando en la misma área pasamos al cementerio de El Atajadizo. Un yacimiento ubicado en la misma provincia que la cueva antes mencionada, relativamente cerca uno del otro y el cual constaba de dos plazas ceremoniales, calzadas y viviendas. El fechado es de AD 1015. En la excavación se rescató un total de 51 enterramientos de los cuales 45 fueron primarios y 6 secundarios. Corresponden a grupos ostionoides finales y chicooides. (Luna Calderón 1976: 68-69). Lamentablemente, una parte de los esqueletos habían sido removidos antes por agricultores, lo cual impidió la recogida de datos de campo tan necesarios para este estudio. De un total de 30 enterramientos no removidos, 15 eran individuales y 15 colectivos de los cuales el número total de esqueletos no pasó de tres. De estos 30, 20 estaban flexados, 2 flexados atípicos, 1 semiflexado, extendidos 3, 3 removidos, y 1 extendido semiflexado. La posición más común fue la decúbito dorsal (11), seguida por la decúbito lateral izquierdo y derecho con 4 respectivamente cada una, 3 decúbito ventral, 1 decúbito central, 1 secundario y de los demás no fue posible tomar el dato (6). En relación con la orientación las más común fue: norte-sur con 7, este-oeste, noreste-suroeste y sur-norte con 5 cada uno respectivamente. La menos frecuente fueron: noroeste-sureste 2, y suroeste-noreste y sureste-noroeste con uno respectivamente; 4 no se pudieron determinar.

La edad no fue posible determinarla en una proporción alta de enterramientos (13). Los 17 restantes eran: adultos 12, dentro de ellos, dos de 30 a 40 años y dos de más de 40. Infantes hay solo tres de un año y subadultos, 2. En relación con el sexo, solo se pudo determinar en 13, de los cuales, 10 corresponden al masculino y solo 3 femeninos. Cabe señalar que los de edad más avanzada son los hombres en este grupo de estudio. El comportamiento frente a la parafernalia nos dice que hubo un bajo número de ellas, solo 14, lo cual significa que a 16 no le colocaron ninguna, dato para tomar en cuenta. El comportamiento de acuerdo con el sexo revela que de tres mujeres, dos tenían y eran fragmentos de cerámica y de los hombres solo tres tenían fragmentos de cerámica chicoide y uno que tenía además de este fragmento un majador y fragmento de burén. Las más variadas ofrendas correspondieron a quienes no se les pudo atribuir un sexo. Un total de 10 presentaron algún objeto y 9 no tenían ninguna. La diversidad iba desde el simple fragmento de vasijas y burén, fragmento de roca, caracoles y huesos de pescado hasta cuellos de potiza, pendiente de concha y una oliva decorada.

Este cementerio estaba sobre montículos y en algunos casos se reporta que fueron quemados y abandonados probablemente como describe Las Casas porque era una de las costumbres cuando se enterraba un muerto debajo del piso de la casa. Solo hubo un caso que no estaba enterrado en montículos porque era un enterramiento secundario procedente de una cueva. También se reportó un caso de un esqueleto decapitado, subadulto. Según Luna esto puede ser parte de un fenómeno ritual, relatado por Álvarez Chanca. Como hemos visto, El Atajadizo presenta muchas variaciones en cuanto al ritual de enterramientos. Teniendo los detalles del estudio nos damos cuenta que la violencia encontrada en varios de los esqueletos, causa de muerte en esos, debió haber sido lo que impidió mantener un patrón quizás con un mismo ritual. Hasta la posición flexada fue variada llegando a veces a ser perdida completamente al aparecer el esqueleto extendido. Lo mismo sucedió con la parafernalia. Inexistente en la mayoría de los casos y en los demás diversa, probablemente debido a la situación de guerra del grupo. Hubo un enterramiento colectivo donde los tres individuos murieron a causa de golpes sufridos probablemente en algún combate. Estos fueron los primeros y únicos casos con evidencias de violencia en cementerios aborígenes del país y de la zona este.

En la Cueva María Sosá, ubicada en la provincia La Altagracia al igual que las anteriores, se encontraron 25 esqueletos. De estos 19 son adultos (7 masculinos, 6 femeninos y a 6 no se le pudo asignar sexo); 6 son subadultos (1 masculino, 2 femeninos y 3 no pudo determinarse). Las edades para los masculinos adultos entre 20 y 25 años. Para los subadultos, las edades van de 1 a 18 años. La edad máxima es de 50 (Luna 1982: 151-52). Las fechas están entre 1890 y 1225 a. C. Los enterramientos son secundarios, presentando como material asociado algunos fragmentos de cerámica decorada o no y restos alimenticios. Un caso interesante de esta cueva lo constituye un caso de tuberculosis ósea encontrado por Luna Calderón en 1982. El material asociado a este esqueleto es Ostiones. Puede ser un indicador de la existencia de este padecimiento en la población desde esa época.

Otra necrópolis estudiada es la de Punta Cana. La misma se dividió en dos zonas, el sitio Pepe y el Barrio. Está fechado en 340, 240, 70 a. C. y 30, 300, 770, 800 y 830 d. C. En total se excavaron 7 esqueletos, siendo seis de ellos enterramientos primarios y uno solo secundario. Solo uno es colectivo, los demás individuales, todos flexados, excepto el secundario. La posición decúbito dorsal fue la más popular, 3, seguida por la decúbito lateral derecho, 2, y una decúbito lateral izquierdo. No hay parafernalia, solo un caso de un fragmento de vasija con vértebra de perro, asociado al esqueleto. La orientación en dos casos fue norte-sur y oeste-este en uno y sur-norte, en otro. No fue posible determinarla en dos casos. En cuanto al sexo se pudo determinar en cinco casos, de los cuales tres son masculinos y dos femeninos. La edad fue solo posible determinarla para los hombres, los tres son adultos de 25 a 30 uno, adulto joven otro y de más de 40 otro. El tipo de tumba fue una oquedad hecha para estos fines. Aquí también hay evidencias de sepultar debajo del piso de las casas. Como dato cultural podemos decir que la posición flexada parece ser la preferida, definiendo posiblemente un patrón en ese sentido. La ausencia de ofrenda llama la atención, pero no sabemos cuál puede ser la causa.

Macao constituye otro caso de cementerio aborígen. Uno de los más ricos. Los fechados van de AD 640-AD 1300. Tenemos hasta el momento un total de 26 esqueletos de los cuales 11 son hombres, 6 mujeres, 8 niños y otro no pudimos identificarlo. En cuanto a la edad, 17 son adultos y 9 subadultos, siendo la mayor edad alcanzada la de 50 años en un esqueleto femenino y de 40

a 45 para uno masculino. La posición común fue la flexada al igual que en Punta Cana y decúbito dorsal fueron 7 casos, la mayoría, decúbito lateral derecho, dos, decúbito lateral izquierdo, uno, los demás estaban removidos. La orientación más común que la norte-sur (3), seguida por sur-este, sur-oeste, norte-este y norte-oeste, dos respectivamente cada una. Todos los enterramientos fueron primarios y al igual que Punta Cana, adolecían de parafernalia. Solo en un enterramiento la cabeza estaba cubierta por una vasija, no hubo ningún otro caso. Hay presencia de material asociado a los cuerpos: fragmentos de cerámica aborígen decorada y no (5), conchas, huesos de animales y lítica (4), para un total de 9. Hay rasgos comunes entre Macao y Punta Cana tanto en las posiciones de enterramiento como en la parafernalia.

En Bayahibe, provincia de La Romana, se encontró un esqueleto el cual estaba en posición flexada, decúbito dorsal con orientación este-oeste, colocado en un lecho de piedras y cubierto con tierra negruzca, la cual tenía restos alimenticios. Se trata de un esqueleto masculino de edad entre los 16 y 18 años.

Tanto Macao, Punta Cana, Cueva de Berna, Cueva María Sosá y El Atajadizo quedan en la provincia La Altagracia. Otros cementerios del este son: La Cucama, Juan Dolio, La Caleta y El Soco. Estos son cementerios importantes de la zona, pero lamentablemente no disponemos de la información de campo completa para todos sino de manera parcial. Para Morbán Laucer los preceramistas y ostionoides usaron más la incineración que los taínos. Él excavó en La Caleta y reportó un total de 373 enterramientos. Es allí donde a su juicio se encuentra la mayor cantidad de enterramientos de infantes, 57. Las edades oscilan entre 0 a 13 años. Fetos hubo 28, de pocos meses de nacidos, 7 y 6 de 4 a 6 años (1979: 70). Llama la atención el hecho de que encontró en olla de barro 2 y amontonados de 8 a 10 años un caso. No tenemos disponibles los datos de El Soco, pero sabemos por Luna Calderón que en este cementerio de varias fases de ocupación los de la primera fase no dominaban el parto. Los fetos fueron encontrados en el esqueleto femenino en gran cantidad en el cementerio y ello sugiere el no dominio de la técnica de parto como la posible causa de muerte de estas mujeres. Los fechados para La Caleta son de 650, 750 y 840 d. C. Estos enterramientos de La Caleta, Morbán y García Arévalo los describen como gigantes, de tradición ostionoides, con una talla grande de más de 1,80 m. (Luna 2000: 61).

En la Cueva de Andrés en Boca Chica, fechada en 850 años se encontró restos humanos de un poblador ostionioide. Se trataba solamente de un cráneo deformado. Volviendo a La Caleta, se encontraron enterramientos secundarios en forma de túmulos tanto de adultos, infantes y fetos. Para Morbán existe una diferencia en la manera de enterrar de los precerámicos, quienes lo hacen en concheros, diferente a los ostionoides, los cuales sepultaban en basureros formados por desperdicios alimenticios de origen marino (1979: 86).

El cementerio de Juan Dolio del siglo XIV d. C., tiene especial significación porque Luna Calderón reporta que es mixto: españoles y aborígenes. Los primeros aparecen sepultados de forma individual y los segundos colectiva. A su juicio por la forma de enterramiento (de la cual no tenemos detalles) así como el alto número de esqueletos encontrados parece tratarse de una epidemia (Luna 1988: 82). Mientras en el cementerio de El Soco del siglo IX d. C. se reporta una alta mortalidad en el parto. En Juan Dolio hubo un total de 112 enterramientos, de los cuales se pudo atribuir el sexo a 83; 39 del masculino y 44 femeninas. La edad mayor alcanzada por un hombre fue 70 años y la menor 15. En el caso de las mujeres, la mayor fue de 60 y 15 la menor. La edad donde más personas mueren es la de 20 a 30 años para las mujeres y para los hombres por encima de los 20 (Coppa, comunicación personal). En El Soco, Luna Calderón reportó 105 esqueletos de los cuales solo el 3 % llegó a los 50 años (Luna Calderón 1983). Este hecho repercutió en la sociedad. Como la expectativa de vida era corta, la jerarquía social se vio afectada por lo que se alcanzaba a temprana edad. Existe el reporte de un enterramiento de este cementerio de un sujeto masculino de 18 años que atendiendo a la parafernalia debió ser un personaje importante o cacique. Presentaba en su tumba varias vasijas, la mitad de un perro y dos cabezas femeninas en los pies (Luna 2000: 59).

Es La Cucama, en el trayecto que conduce hacia San Pedro de Macorís, otro cementerio de mucha riqueza. Se encuentran dos fases de ocupación: ostionioide la más antigua y chicoide la posterior. En la primera hay una tendencia mayor de enterramientos secundarios sin que ello signifique la ausencia de los primarios, solo disminuidos en cantidad. Luna Calderón comprobó la afirmación de Morbán en cuanto a la forma de enterramiento de los grupos ostionoides. Él también vio como los enterramientos aparecen dentro de basureros e incinerados en ocasiones (Luna 1973: 22).

Existe una diferencia entre estos dos momentos en la práctica funeraria en relación con las ofrendas. Un 31,5 % de los ostionoides enterró a sus difuntos con ofrendas. Mientras en la ocupación chicoide el 72 % acompañó a sus difuntos de ofrendas (Luna 1973: 29), lo cual significa que en el ritual chicoide las ofrendas ocupan un lugar importante dentro del tratamiento al difunto. Las ofrendas chicoides correspondientes a 18 enterramientos consisten en ollas que pueden ser colocadas sobre la cabeza o sobre el cuerpo. En otros casos, bolas de barro cocido, espátula vómica, restos de perros, orejera, hachas petaloideas, cuentas de piedra, conchas y fragmentos de ollas. En total los enterramientos chicoides de 18,13 presentaban ofrendas y 5 no.

En el caso de los enterramientos relacionados con los ostionoides, 9 presentaban ofrendas, de un total de 16. Las ofrendas estaban en enterramientos secundarios la mayoría (4), solo un caso correspondió a primario y hubo 4 enterramientos primarios sin ofrendas. El dato del tipo de enterramiento para estos grupos es como sigue: Enterramientos acuclillados o flexados 5, y secundarios 11. Para los chicoides, acuclillados tenemos 17; 9 están decúbito lateral, 8 decúbito dorsal y uno no se pudo determinar por ser secundario. Hay dos esqueletos sepultados con camas de piedra. De especial significación es el hecho de haberse encontrado en La Cucama el único caso de enterramiento ritual registrado hasta ahora en la isla. Se trata del *atheabenenequen*. Consistía en el enterramiento de la (o las) mujer (es) preferida (s) del cacique al momento de su muerte. El estudio realizado por Luna Calderón revela que es un enterramiento colectivo compuesto por dos personas de género masculino y femenino. Ambos presentan deformación craneana tabular oblicua, común de los grupos aborígenes. El hombre tenía una estatura aproximada de 1,49 m, edad de 45 a 50 años sin patología evidente. La mujer, presenta abrasión dental en ambos maxilares con un desarrollo notable del maxilar inferior; estatura de 1,52 m, edad de 25 a 30 años y lesiones en la tibia derecha (1973: 72).

COMENTARIO

Después del recorrido por los cementerios de los diferentes grupos aborígenes del este de la República Dominicana, es evidente que existieron prácticas rituales diversas atendiendo al grupo cultural. Si vamos a definir por tipología los enterramientos, no hay dudas de que las tres mencionadas: primarios, secundarios y

residuales, fueron ejecutadas por casi todos los grupos. La forma residual está íntimamente ligada a los grupos pre-agro-alfareros. Las otras dos, primarios y secundarios, persistieron en los grupos agrícolas. Las ofrendas y áreas de cementerios están más vinculadas con la sedentarización. Incluso el tipo de patologías cambia cuando los grupos son sedentarios. Los pre-agrícolas están sometidos a un stress permanente y es común los traumatismos en ellos. En la generalidad de los casos, el acuclillamiento o flexión de las piernas es la forma más común de tratamiento del cadáver en estos antiguos pobladores. La posición extendida aunque fue reportada en un caso para precerámicos, no fue importante entre los grupos de la región este. Cuando se ha reportado la aparición de esta modalidad, obedece a una práctica aprendida quizás producto del contacto con los europeos, quienes sepultaban de esta manera. Aunque no está en la zona estudiada, permítanme señalar que en La Isabela fueron encontrados enterramientos en posición extendida decúbito dorsal pero con ofrenda de majadores y a veces caracoles, lo cual ilustra lo que queremos explicar. Con el contacto hay un intercambio de información cultural en todos los niveles y la misma queda plasmada en este ejemplo.

La parafernalia que acompaña al esqueleto es un dato revelador del status social del mismo. Hemos comprobado en la práctica y con los trabajos realizados por Luna Calderón, Morbán Laucer y Jiménez Lambertus que si vemos una gran parafernalia alrededor de un enterramiento, nos está dando la información de que es un personaje importante en la sociedad. Mientras más objetos acompañan al muerto, su significación es mayor. Hemos encontrado enterramientos con más de una olla, majadores, espátulas, collares, con diferentes artículos de uso cotidiano que sin dudas representaban algo para la persona puesto que están con ellos aún después de la muerte. Hay enterramientos rituales, de profundo arraigo con la creencias de la sociedad en el caso de los taínos, nos referimos al atheabenenequen. Pedro Mártir de Anglería señala al respecto que Anacaona iba a enterrar a varias esposas de su hermano vivas y que por ruego de unos sacerdotes franciscanos, solo enterró tres. Culturalmente, estaba aprobado. A nuestro juicio, constituye el atheabenenequen la forma de enterramiento ritual más elevada alcanzada por los taínos. No podemos desligar la creencia de que al morir se encontrarían con los antecesores y por las noches era cuando los espíritus salían, a los cuales les llamaban *opías* y consumían la guayaba.

Los enterramientos aborígenes pueden ser realizados en cuevas usadas para estos fines (cuevas funerarias), montículos, debajo del piso de las viviendas y en áreas específicas para ello, cementerios. En el caso de las viviendas, El Soco tuvo ese comportamiento. Las crónicas señalan como después de sepultar abandonan la casa y le prenden fuego. Se da el caso de enterramientos donde la cabeza era la parte más importante y el resto del cuerpo era abandonado. El padre Pané habla de los cráneos en vasijas, lo cual corresponde a un mito importante dentro de la mitología taína. Hay otros casos mencionados por los cronistas en los que se guardaba la cabeza para ser sepultada después de un tiempo con el resto del cuerpo. Es decir, se descabezaba a la persona. Luna Calderón encontró un caso de esqueleto sin cabeza en El Atajadizo, lo cual se corresponde con el dato aportado por la documentación de la época.

Parece ser que los ostionoides están más identificados con la práctica de enterramientos secundarios. Así lo demuestran hasta ahora los resultados de los sitios trabajados correspondientes con esta tradición. Los huesos son colocados mezclados con basura, lo cual sugiere un tratamiento igual a la misma. Sin embargo, los chicoides parecen tener más definido un patrón de enterramiento. En el mismo se tiende a darle un tratamiento al cadáver flexándolo por lo general sin dejar de colocar ofrendas en los mismos, ritual importante en ellos. Pero, esto no significa que todos sepultaban de la misma manera. Falta mucho por aprender y desentrañar de estos antiguos pobladores de la yuca, guáyiga, manglar, etc. y sus costumbres rituales sobre la muerte. Sin embargo, no hay dudas de que en las necrópolis aborígenes se encuentran los secretos de la vida pasada.

BIBLIOGRAFÍA

- Anglería, Pedro Mártir de (1989): *Décadas del nuevo mundo*. Tomo I, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos Inc.
- Atilés, Gabriel y Adolfo López (2006): *El sitio arqueológico La Punta de Bayahibe*. Santo Domingo.
- Casas, Bartolomé de Las (1965): *Apologética historia sumaria*. México, Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Luna Calderón, Fernando (1973): "Apéndice Atheabenenequen" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 3, Santo Domingo.

- _____ (1976): "Informe preliminar del cementerio indígena de El Atajadizo República Dominicana" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 7, Santo Domingo.
- _____ (1982): "Antropología y paleopatología de Cueva María Sosá, Boca de Yuma, Provincia La Altagracia" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 17, Santo Domingo.
- _____ (1988): "Enfermedades en las osamentas indígenas de la Isla de Santo Domingo" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 21, Santo Domingo.
- _____ (1996): "Características del cementerio indígena de Punta Cana, República Dominicana" en *Ponencias del primer Seminario de Arqueología del Caribe*. Marcio Veloz Maggiolo y Ángel Caba, eds., Santo Domingo, Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón y Organización de Estados Americanos.
- _____ (2000): "Antropología física de los aborígenes a la llegada de Colón" en *Cristóbal Colón: Antropología e historia del encuentro de dos mundos*. Santo Domingo, Coedición Museo del Hombre Dominicano y Faro a Colón. Secretaría de Estado de Cultura.
- Luna Calderón, Fernando y Clenis Tavarez María (S/A): "Informe de los restos óseos humanos encontrados en el enterramiento del sitio La Punta de Bayahibe". Santo Domingo.
- Morbán Laucer, Fernando (1979): *Ritos funerarios. Acción del fuego y medioambiente en las osamentas precolombinas*. Vol. I, Santo Domingo, Academia de Ciencias de la República Dominicana, Comisión de Arqueología, Editora Taller.
- Ortega, Elpidio (2002): *Artefactos en concha. Arqueología en coral costa Caribe, Juan Dolio*. República Dominicana, Fundación Ortega Álvarez.
- Oviedo, Las Casas (1988): *Crónicas escogidas*. Prólogo y notas de Jorge Tena Reyes, Vol. IV, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Santo Domingo, Ediciones de la Fundación Corrupio, Inc.
- Pané, fray Ramón (1987): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Versión corregida por José Juan Arrom, 7ma. ed., Editorial Siglo XXI, México.
- Rímoli, Renato y Fernando Luna Calderón (1973): "Estudio comparativo y preliminar de los cementerios neoindios: La Cucama y La Unión, República Dominicana" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 3, Santo Domingo.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1973): *Arqueología prehistórica de santo domingo*. Singapur, Mc Graw Hill Far Eastern Publishers, Fundación de Crédito Educativo.
- _____ (1991): *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana.
- _____ (1993): *La Isla de Santo Domingo antes de Colón*. Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana. Editora Corrupio.
- Veloz M, Marcio, Elpidio Ortega, Joaquín Nadal, Fernando Luna Calderón y Renato Rímoli (1977): *Arqueología de Cueva de Berna*. Serie Científica V., San Pedro de Macorís, Universidad Central del Este.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Elpidio Ortega (1986): *Arqueología y patrón de vida en el poblado circular de Juan Pedro, República Dominicana*. Santo Domingo, Ediciones del Museo del Hombre Dominicano.
- Tavárez María, Clenis (S/A): "El este dominicano: Su importancia en la arqueología y los cronistas del siglo XVI". Ponencia presentada en la Universidad de Turabo, Puerto Rico, en un encuentro de arqueología.



RESIDENCIA TAÍNA: HUELLAS DE ASENTAMIENTOS EN EL CABO, REPÚBLICA DOMINICANA

**ALICE V. M. SAMSON
MENNO L. P. HOOGLAND**



INTRODUCCIÓN

Este artículo presenta los primeros patrones de datos referentes a huellas y distribución de artefactos del sitio arqueológico de El Cabo, asentamiento ostionoiide situado en la costa oriental de la República Dominicana. La metodología de excavación empleada en El Cabo fue de excavaciones de unidades extensas para revelar planos de viviendas y distribución de artefactos, desarrollada para responder *household-scale* preguntas. En la arqueología caribeña, a menudo, la inspiración para la reconstrucción de las organizaciones y los asentamientos familiares se toma de las analogías etnográficas encontradas con las unidades familiares y las organizaciones arquitectónicas de las tierras bajas de América del Sur (Siegel 1990, Hoogland y Hofman 1993; Morsink 2006 inédito). En este artículo, sin embargo, nos concentramos en la utilidad teórica de la casa como una entidad o una institución, materializada a través de las actividades de sus integrantes. Este enfoque en la cultura material de la casa y los patrones temporales y espaciales puede ser considerada como una manera significativa de acceso a la vida amerindia del pasado.

Dos visiones contrastantes sobre la casa sirven para clarificar este enfoque. La primera, una visión algo estática, proviene del artículo fundacional de Wilk y Rathje sobre Household Archaeology (Wilk y Rathje 1982). En él la cultura material de la casa se conceptualiza como un “shell whose form reflects the demographic shape and the activities of households” (618). La segunda —una visión más dinámica— es la de Yvonne Marshall (2000) sobre las casas, construidas con placas de madera, de los *nootka*, cerca de la isla de Vancouver: “the core of a house...is a physical dwelling and the people who choose to occupy it...because the corporate identity of a house must be performed into existence by a dwelling’s inhabitants through their actions as co-residents” (74-75).

La vivienda, dotada de existencia por el desempeño de sus habitantes, considerada en función de los diferentes ciclos temporales operando en la acumulación de depósitos caseros y huellas,

constituye una manera provechosa de conceptualizar una casa. Muy a menudo, estos restos no son como fotos instantáneas, rápidamente abandonados y sellados por el barro, sino que son más bien palimpsestos de actividades que suceden como procesos diferentes, en distintas escalas temporales. La casa se constituye materialmente a lo largo del tiempo por los eventos de su construcción, reparación y abandono, por la acumulación a largo plazo resultado de actos repetitivos de la vida cotidiana y por eventos especiales que marcan a la casa como una entidad social, política y moral, diferente de la gente que la ocupa (Helms 1998: 19).

THE HOUSEHOLD EN EL CERÁMICO TARDÍO DE LAS ANTILLAS MAYORES

El período cerámico tardío —AD 600/800-1500— en las Antillas Mayores, muestra una gran diversidad regional en cuanto a cultura material y patrones de asentamiento. La zona oriental de la República Dominicana, nuestro centro de atención en este artículo, fue densamente ocupado, con, a grandes rasgos, similares secuencias cerámicas y ensamblaje de artefactos, especialmente en la zona costera (ver Hofman y Ulloa Hung en este número sobre este tema, también Ortega 1978, Ortega 2005, Ortega, *et al.* 2003, Ulloa Hung 2006b). Los recuentos etnohistóricos del s. xv sugieren que, durante el período de contacto, esta área (actualmente Altigracia), se hallaba constituida como una unidad políticamente organizada (Fernández de Oviedo y Valdez 1959: 51). Los asentamientos de esta zona, parte del área cultural taína de las Antillas Mayores (oriente de Cuba, La Española, Puerto Rico, Las Bahamas y las Islas Vírgenes), se habrían encontrado organizados, de manera informal, alrededor de una plaza central. Numéricamente, las casas fluctuaban entre unas pocas y cientos de ellas, con posibles diferencias formales entre las que correspondían a los jefes y aquellas de los comunes (Casas 1992: 299).

Estos tentativos asomos a través de los ojos de los cronistas de Indias de los siglos xv y xvi era lo único a lo que se podía aspirar en cuanto a descripciones de la vida indígena, e incluso, hasta fechas recientes, se les consideraba superiores a muchas otras historias alternativas (Sued-Badillo 2003). En realidad, texto y cultura material se han mantenido separados por mucho tiempo y disfrutaban de una cómoda relación entre ellos. Los objetos, fuera de contexto, son explicados por los textos pero al mismo tiempo, en este proceso, los textos mismos se vuelven más tangibles.

Mientras tanto, la investigación arqueológica en las Antillas Mayores se ha concentrado, por un lado, en la taxonomía regional y los patrones de migración (el legado de investigación rouseano) y por otro lado en los modelos neomarxistas de complejidad socio-cultural (Veloz Maggiolo 1972, Tabío 1989, Veloz Maggiolo 1993, ver para una mayor discusión Keegan y Rodríguez Ramos 2004, Ulloa Hung 2006a).

Sin embargo, sin importar el enfoque teórico, la metodología correspondiente es la misma: pequeñas calas de muestreo en residuarios. Las excavaciones a escala de asentamientos, para recuperar las huellas, es de reciente aplicación en las Antillas Mayores (ver Curet 1992, Deagan 2004, Deagan y Cruxent 1993, Pendergast *et al.* 2002, Rivera y Pérez 1997, Valcárcel Rojas *et al.* 2006, Walker 2005). La justificación para la excavación a esta escala y el uso de un enfoque interpretativo de *Household* radica en la necesidad de brindar un aporte tanto a la narrativa europea temprana como a las clasificaciones arqueológicas. De esta manera se aspira a construir una representación de la vida indígena partiendo de sus propias manifestaciones.

EL ASENTAMIENTO DE EL CABO

Hasta el momento, de un total de tres, se han completado ya dos temporadas de excavaciones en el sitio arqueológico de El Cabo, conducidas por el Dr. Menno Hoogland y la profesora Corinne Hofman (Universidad de Leiden), quienes dirigen a un equipo de trabajo de la Universidad de Leiden, se cuenta también con la colaboración del Museo del Hombre Dominicano. Las excavaciones forman parte del proyecto Houses for the Living and the Dead, subsidiado por la Netherlands Foundation for Scientific Research (NWO) (Hofman *et al.* 2005, Hofman *et al.* 2006).

El Cabo se ubica en un ambiente favorable, permite una excelente visión panorámica de la costa así como de los farallones y el disfrute de la brisa marina.

El paisaje social de El Cabo es igualmente propicio: el pasaje marino que vinculaba Altigracia y la costa oriental de Puerto Rico fue, en épocas prehistóricas, una intensa ruta de navegación (Lovén 1935), y los farallones, plagados de cuevas, representaron un centro importante para la cosmología taína. La presencia prehistórica en muchas de las cuevas locales ha sido comprobada en las recientes prospecciones realizadas por integrantes del proyecto. Un camino sin asfaltar, que actualmente se extiende por la costa orien-

TABLA FECHADO DE RADIOCARBONO (CALIB RADIOCARBON CALIBRATION PROGRAMME, STUIVER AND REIMER 1986-2005)				
CIFRA DE LABORATORIO	DESCRIPCIÓN	EDAD RADIOCARBÓNICA (AD)	CALIBRACIÓN ALCANCE 2 SIGMA (D. C.)	CALIBRACIÓN ALCANCE 1 SIGMA (D. C.)
GrN-29933	Citt.pica, nivel 10, monstruo marino	1750 +/- 30	560:693	604:669
GrN-29932	Citt.pica, nivel 1, monstruo marino	1495 +/- 30	784:979	819:925
GrN-29934	Gercarcinus late-ralis, nivel 10	1110 +/- 25	835:835 / 870:991	893:903 / 915:969
GrN-29931	carbón de poste calcinado	815 +/- 35	1164:1271	1194:1195 / 1208:1263
GrN-29035	carbón de hueso para poste	535 +/- 25	1322:1347 / 1392:1436	1399:1428
GrN-30531	Citt.pica, nivel 3, monstruo marino	1170 +/- 25	1145:1287	1188:1260
GrN-30532	Citt.pica, nivel 4, monstruo marino	1525 +/- 25	747:753 / 757:942	801:889
GrN-30533	caracol, nivel 3, monstruo marino	1040 +/- 25	1271:1395	1285:1340
GrN-30534	carbón de poste calcinado	600 +/- 25	1298:1370 / 1379:1407	1309:1332 / 1337:1361 / 1386:1398
GrN-30535	carbón de poste calcinado	580 +/- 30	1301:1367 / 1382:1417	1317:1353 / 1389:1407

tal, es probablemente, en algunos tramos, lo que queda de un camino prehistórico que unía El Cabo con asentamientos mayores situados en la costa como, el arqueológico y etnohistóricamente documentado Punta Macao, 40 km al norte, y una posible plaza en el sur (Veloz Maggiolo 1972, Ortega 2005: 147). Como lo ha demostrado un prospección conducida por el Museo del Hombre Dominicano y los equipos holandeses, existe una multitud de pequeños sitios arqueológicos con materiales en la superficie —posi-

bles lugares de pesca y puntos de observación— que se encuentran a corta distancia yendo a pie desde el asentamiento (Olsen Bogaert 2000, 2001 informe inédito).¹

Aunque aún es necesario realizar trabajos sobre la historia de la explotación del terreno que afecta la *taphonomia* del asentamiento, da la impresión que ya desde el contacto europeo, esta fue un área escasamente habitada, o para señalarlo de manera más adecuada, si hubo alguna ocupación, esta tuvo un impacto de



Figura 1. Vista de algunos hoyos-pozos para poste tal como aparecieron en las calas.

escasa duración en el paisaje. Los mapas de densidad poblacional a lo largo del siglo XX, muestran que la población del sureste de Altagracia es consistentemente una de las más bajas de la República Dominicana (<20/km²) (Sagawe 1996). Los actuales habitantes de El Cabo, que viven siguiendo una distribución lineal dispersa de 25 o más casas, han ocupado el área por dos o tres décadas. La relativa ausencia de materiales subrecientes o modernos (desechos, metal, vidrio del pueblo, etc.) sugiere que este suelo es relativamente prístino. El pico demográfico de El Cabo se ubica en la etapa cerámica tardía. Esta situación se transformará en los próximos años debido a las progresivas construcciones y el desarrollo a largo plazo de las zonas tanto costeras como interiores.

METODOLOGÍA

Luego de una campaña inicial de programa de sondeo para obtener una idea aproximada de los límites del yacimiento (cerca de 4 hectáreas), el trabajo de campo se concentró en dos frentes: la excavación de unidades de 2x2 m en varios lugares del sitio, y la expansión de una extensa unidad de excavación (10x30 m), Bloque B. En total un área de 380 m² fue excavada a mano. Se intenta haber redoblado esta área cuando culmine el proyecto.

El sistema de medidas del sitio, que también funciona como un sistema de coordinación a lo largo de los ejes x e y, está dividido en 1 m². Todo el material fue recuperado en estos cuadrados en nivelaciones de 10 cm. Cada cuadrado fue excavado a mano, con una recuperación total a través de un tamiz de 4 mm. La ubicación de los artefactos particularmente diagnósticos como parafernalia ritual, herramientas y adornos fue determinada con un total *station*.

Este artículo se concentra en las huellas arqueológicas y la distribución de artefactos en el Bloque B. Esta unidad se ubica en la parte más alta del promontorio rocoso de El Cabo y reveló la más densa agrupación de huellas arqueológicas (>3/m²). La preservación de huellas en esta área es excelente. En Bloque B, se identificó cierto número de estructuras circulares de construcción de postes así como huellas asociadas, también se recuperó una amplia variedad de artefactos de cerámica, piedra, concha, coral y hueso. Los fechados de radiocarbono, a excepción de un fechado temprano, se agrupan alrededor de dos fases: los siglos IX y X, y desde fines del siglo XII hasta comienzos del XV (ver tabla). En un reciente análisis de la cerámica, se han identificado dos estilos tempranos y un estilo tardío (ver Hofman y Ulloa Hung en este número).

ESTRATIGRAFÍA, GEOMORFOLOGÍA Y LOS ARTEFACTOS

Algunas precisiones sobre estratigrafía y geomorfología resultan relevantes. La capa 1 está conformada por el suelo actual (pasto y arbustos) y un suelo arenoso sobrepuesto a un lecho de roca caliza en el cual están impresas las huellas. En este lecho rocoso no se encuentra distinción estratigráfica. Más bien, el suelo antiguo y el material de los últimos 700 años colapsaron en una capa de 10 a 15 cm de espesor.

En el Bloque B se encuentra presente cerámica de todas las fases, tanto en la capa 1 como en las huellas de esta trinchera.² Solo en los últimos dos metros del Bloque B, hacia el mar, los depósitos son más gruesos por lo tanto han sido excavados en dos capas. Estos depósitos eran más oscuros y contenían densidades más elevadas de artefactos, a veces como 20 cm de profundidad sobre el lecho rocoso. Todo esto constituye una sola capa arqueológica sin diferenciación estratigráfica observable y representa una acumulación de depósitos a lo largo del tiempo. Pese a la superficialidad de los depósitos, la información espacial del material en la capa 1 sería supuestamente representativa de actividades prehis-

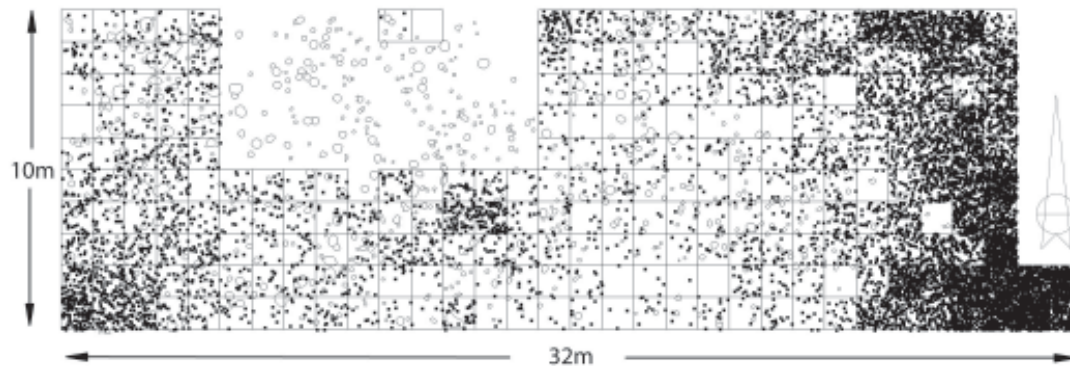


Figura 2. Vista del Bloque B con distribución de la cerámica. 1 punto = 15g. de cerámica. Las formas abiertas representan huellas arqueológicas.

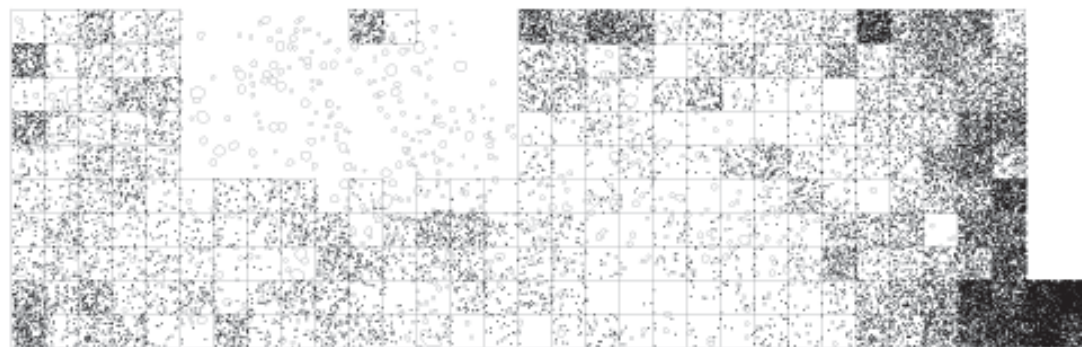


Figura 3. 1 punto = 2g de concha, partes de cangrejo, pescado y huesos de animales.

tóricas. Por ejemplo, las piedras rajadas por la acción del fuego en la capa 1 se asociaban a huellas con evidencia de quema, indicando que no se habían desplazado. Además, las acumulaciones de material barrido eran claramente identificables fuera de las estructuras interpretadas, indicando la ausencia de un significativo deterioro natural o transformaciones del terreno.

HUELLAS ARQUEOLÓGICAS

La abrumadora mayoría de huellas en el Bloque B son hoyos-pozos para postes, elaborados para apuntalar postes de madera en ellos. Son más profundos que anchos y la mayoría de ellos son también extremadamente regulares en su circularidad, en plano y

en la verticalidad de sus paredes, a menudo van tomando forma (redondeada o cónica) a medida que llegan a la parte inferior. Son visibles ciertas marcas de manufactura (cincelado vertical) en las paredes interiores de algunos hoyos-pozos para postes. Son recuperables huellas con dimensiones de solo unos pocos centímetros.³

Los diámetros de los hoyos-pozos para postes oscilan entre 4 y 55 cm y la profundidad entre 2 y 114 cm. El 50 % de los hoyos-pozos para postes se ubica entre los 10 y 15 cm de diámetro, correspondiendo a lo que habrían sido las dimensiones más comunes de los postes utilizados. Tres muñones de postes fueron recuperados *in situ*. Estaban quemados, se hallaban colindantes y formaban parte de una estructura circular de poste; mostraban fechado radiocarbónico coincidente. Sobre esta base se asumió que los restos pertenecían a la misma estructura. Otras huellas encontradas en la trinchera fueron un foso, presumiblemente un canal de fabricación humana y los restos mortales de un infante.

Además, en algunas áreas de esta unidad, las puntas agudas del lecho rocoso han sido artificialmente cortadas para crear una superficie más lisa. Otras áreas del lecho rocoso, relacionadas a la estructura de los postes quemados, muestran efectos del fuego, que podría haber ocurrido cuando la estructura se incendió. Tanto el cortado como la quema indican que en el pasado el lecho rocoso se encontraba cerca a la superficie habitada.

ANÁLISIS TEMPORAL

Las observaciones iniciales de los datos se describirán en función de las distintas temporalidades de los eventos y actividades que los crearon. Citando a Grier (2006): “house deposits are best thought of as the cumulative result of multiple processes...” (103). Estos



Figura 4. Distribución de todos los hallazgos.

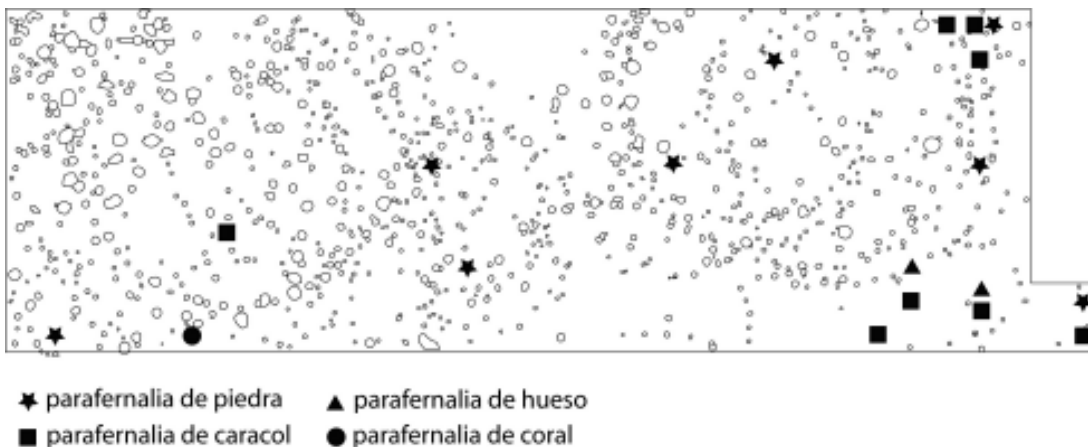


Figura 5. Distribución de artefactos clasificados como parafernalia.

múltiples procesos ocurren en diversas escalas temporales. Aquí los clasificaremos en procesos acumulativos, actos especiales, eventos de construcción y abandono.

PROCESOS ACUMULATIVOS

Si tomamos en consideración la distribución de los artefactos en el Bloque B, vemos una capa espacio-temporal correspondiente a

varios procesos acumulativos que tuvieron lugar en el sitio. La distribución de los artefactos materializa los patrones diarios de producción, consumo y desecho de los habitantes, vale decir, el desempeño de los habitantes ocupando y materializando la casa.

Una variedad de actividades se evidencian en la distribución de las figuras 2 y 3:⁴ cerámica (decorada y no decorada), que representa el uso y el descarte de la alfarería, y desechos animales (incluye conchas marinas y restos de conchas terrestres, huesos de animales y peces y partes de cangrejos), dan fe de consumo de comida. Cabe destacar el agrupamiento diferencial de los depósitos que se concentran en ciertas áreas, especialmente al oriente de la unidad excavada, mientras que son escasos en otras. Similares patrones se pueden observar si agregamos las evidencias de producción y actividades artesanales (herramientas, materiales rudimentarios modificados y adornos). La figura 4 muestra la distribución de todos los hallazgos (es decir, todos los artefactos, materiales rudimentarios no modificados, restos de comida).

Estas distribuciones son el resultado de actividades de mantenimiento sistemático, en vez de tratarse de gruesos depósitos de desperdicios secundarios. Pueden ser clasificados como acumula-

ciones de barrido y representan actividades de mantenimiento en el área doméstica; en el, interior de una área a pequeña escala, los desechos son regularmente barridos hacia espacios donde se colectan y permanecen.

Actos especiales

En contraste con la mayoría de los desechos domésticos comunes, la figura 5 muestra artefactos clasificados como parafernalia,

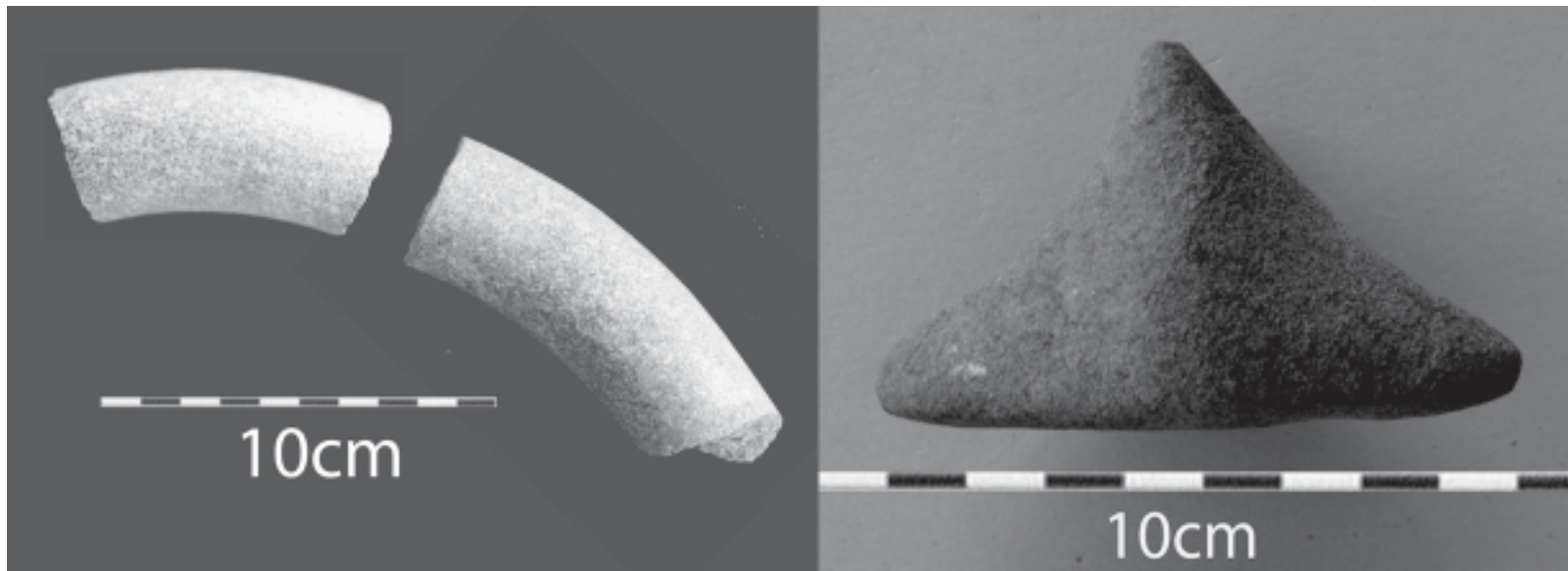


Figura 6a y 6b. Dos fragmentos del mismo aro lítico y un trigonolito, del Bloque B.

incluye artículos hechos de coral, concha, piedra y hueso. Estos artículos se dividen en dos categorías: adornos corporales o prendas de vestir y objetos esotéricos asociados a la cosmología y aspectos ceremoniales de la vida. Hay una diferencia en la distribución en estas dos categorías. Mientras muchas de las cuentas y adornos se han acumulado en el área de barrido en la costa, otros objetos, como dos fragmentos de un aro lítico y un trigonolito, se encuentran aislados en la unidad y destacan sobre el agrupamiento general (ver las tres estrellas al centro del plano en la figura 5).

El trigonolito de El Cabo ciertamente no se ubica en la categoría de aquellos considerados grandes o elaborados, sin embargo tampoco puede clasificarse entre los múltiples hallazgos de microtrigonolitos (de piedra, coral y concha con tres puntas) de la superficie y capa 1 en El Cabo.⁵ Está elaborado con piedra ígnea, mide nueve centímetros de base y se encuentra casi sin decoración excepto por dos incisiones alrededor de los extremos de la base. Conocemos, por documentos del período de contacto, que una amplia variedad de objetos de diversas formas y materiales, incluidos los trigonolitos, eran conocidos como *zemis* y se les adjudicaban varias propiedades que iban desde la asistencia durante los partos hasta la garantía de la fertilidad de la yuca (Pané 2001

capítulo XIX). La asociación física de este ejemplo con el área doméstica, podría significar que su ubicación obedecía al cumplimiento de una función auspiciosa o vinculada al éxito y la reproducción en la casa. Este ejemplo, y el otro, micro ejemplos de la misma unidad, son las primeras asociaciones entre tales artefactos y las áreas habitadas.

Los dos fragmentos del aro lítico fueron recuperados de un área asociada con estructuras y actividades domésticas. Las dos piezas encajan, por lo tanto, son parte del mismo aro. A diferencia de un tercer fragmento hecho de un diferente material pétreo y recuperado de un área residual en la costa norte del Bloque B durante las investigaciones en 1978 (Ortega 1978). En la literatura arqueológica dominicana, los fragmentos de aros líticos con información contextual se encuentran comúnmente asociados a los sitios con plazas, lo cual guarda correspondencia con la interpretación que los considera objetos ceremoniales relacionados con el juego de pelota (ej. Atajadizo) (Veloz Maggiolo *et al.* 1976), Plaza Corral de Piedra (Guerrero 1981:1 5-17, Ortega 2005: 175)). En El Cabo hasta ahora no se ha identificado ninguna plaza. El contexto y la interpretación de estos artefactos merece dedicarles mayor atención.

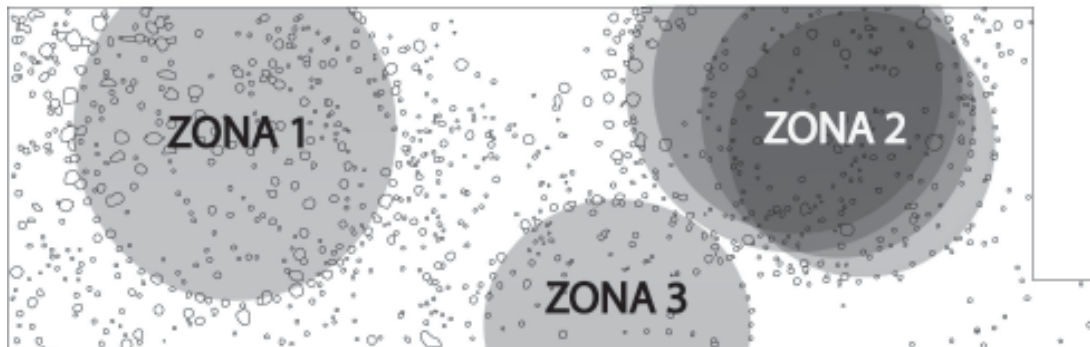


Figura 7. Vista de plano del Bloque B indicando zonas de estructuras circulares.

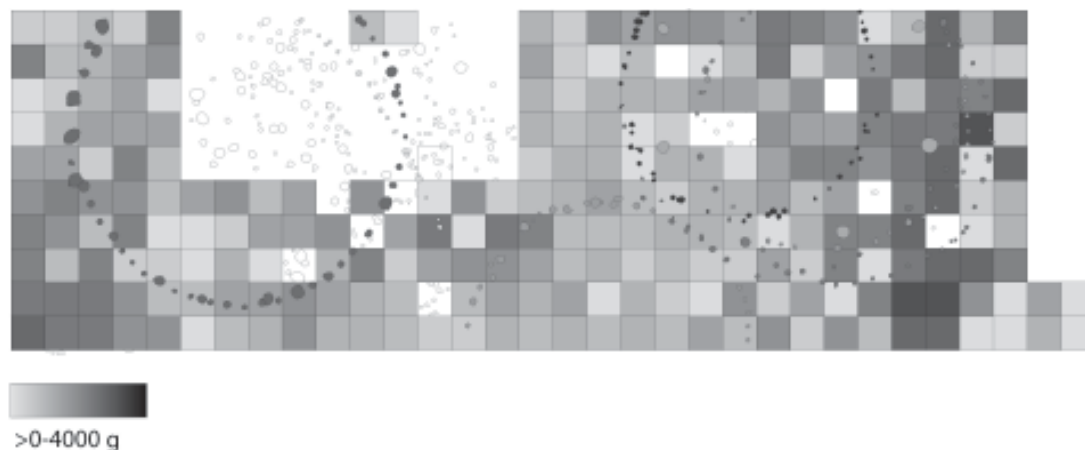


Figura 8. Combinación de zonas de estructuras y distribución de artefactos.

Un evento especial visible en las huellas de esta unidad es el depósito, en un foso poco profundo, de la osamenta de un infante (3 a 9 meses según en los elementos dentales). Los primeros análisis físico-antropológicos de los doctores Menno Hoogland y Raphael Panhuysen sugieren que podría tratarse de un depósito secundario ya que el esqueleto no se encuentra completo.

Además, encima del muñón de poste quemado se encontraron trozos de una vasija fragmentada y sobrepuestas a estos trozos de vasija se hallaron rocas rajadas por el fuego. Esto sugiere algún tipo de actividad secundaria vinculada a los restos de la estructura calcinada, la naturaleza del suceso es, a estas alturas, tan solo materia de especulación.

Eventos de construcción

Si se consideran juntos el patrón espacial de los artefactos y las huellas arqueológicas, se materializan, en el Bloque B (ver figuras 7 y 8), una serie de eventos de construcción, reedificaciones y reposicionamientos. Tres zonas de construcción han sido seleccionadas para discusión, según los propósitos de este artículo. Estas zonas fueron identificadas durante el trabajo de campo y las interpretaciones fueron posteriormente reforzadas sobre la base de la distribución de los artefactos. No se trata de reconstrucciones definitivas de estructuras individuales.

Las zonas destacan áreas en las cuales se hacen visibles estructuras circulares circunscritas por agrupamientos de artefactos. La presente interpretación excluye estructuras complementarias y los autores humildemente notifican al lector que estas son observaciones elaboradas en un estadio preliminar del análisis.

Las zonas representan cierto número de fases de edificación de construcciones circulares. Esto corresponde con lo que conocemos sobre la tradición vernacular amerindia de construcción de estructuras de madera, probablemente techadas con hojas o paja y con los costados abiertos o cerrados (Las Casas 1992, Oliver 1997).

Basándonos solamente en la información de las huellas arqueológicas, a estas alturas, la estructura identificada con mayor seguridad es aquella ubicada en la zona 1. Las dimensiones de los hoyo-pozos para postes, el relleno y la coincidencia de los fechados radiocarbónicos, indican un círculo externo de cerca de nueve metros de diámetro, conformado por postes distribuidos en el siguiente patrón: un poste grande intercalado con dos o tres palos pequeños. Podrían haberse encontrado apoyados por una colec-

ción de postes en el centro (aún sin reconstruir). El lecho rocoso se encontraba cortado hacia el interior de esta área. Esta era la superficie habitada. Aunque podemos, con seguridad, fechar esta estructura dentro del s. xv (ver tabla), su relación cronológica con otras estructuras de la unidad se encuentra actualmente en proceso de investigación.

Las estructuras circulares de la zona 2, cerca de la costa, fueron construidas usando técnicas diferentes. Los postes del círculo externo son más pequeños en diámetro y profundidad que las estructuras de la zona 1, así como muy regulares. Aquí, las estructuras construidas usando esta misma técnica claramente se superponen unas a otras. Aparte de una posible sólida configuración de postes que podría haber proporcionado apoyo estructural a uno o más círculos externos de postes, estas estructuras presentan paredes más ligeras de postes más delgados. Lo mismo puede decirse de la zona 3, donde una estructura parcial de postes delgados es visible hacia el interior de la unidad. Estas estructuras fueron identificadas tanto en el terreno como durante la inspección visual de dibujos de planos.

Abandono

Se requiere una mayor investigación y síntesis a nivel de sitio antes de proceder a una discusión sobre las circunstancias de abandono de El Cabo. Sin embargo, como ya lo mencionamos, El Cabo no estuvo sujeto a dramáticas intervenciones posteriores al siglo xv. No hemos recuperado materiales correspondientes al período de contacto en los depósitos arqueológicos, de modo que no contamos con indicios sobre una relación entre el abandono de El Cabo y la inserción europea, pese al hecho que los asentamientos en el área fueron específicamente denominados y visitados por los europeos. Sin embargo, se pueden identificar algunos episodios de abandono localizados, como por ejemplo el incendio de una estructura en la zona 1. Debió tratarse de un evento dramático ya que los postes resultaron carbonizados hasta la base, en el fondo de los fosos, donde hasta la roca adyacente resultó afectada. Similarmente, como dimos a entender antes, uno podría preguntarse sobre las circunstancias de depósito de lo que pudieron haber sido significativos objetos de valor comunitario, como los fragmentos del aro lítico (aunque no el trigonolito al cual relacionaríamos con el éxito de la casa durante su ocupación). ¿Se hallaba quizás esta fragmentación relacionada con el abandono del asentamiento?

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

En conclusión, tomando en consideración los patrones anteriormente descritos, podríamos elaborar los siguientes comentarios:

1. El mantenimiento doméstico de la vivienda no es un evento individual, sino un agregado de eventos individuales, regularmente mantenidos a lo largo del tiempo.

2. En un asentamiento del período cerámica tardía, se podría suponer que muchas de las actividades cotidianas hubieran tenido lugar fuera de las estructuras, al aire libre, o en patios y entradas y por lo tanto las evidencias de comidas, manufactura de herramientas y el uso de cerámica no se concentrarán tanto alrededor de las estructuras. Este no es el caso en El Cabo, donde, aún suponiendo que se tratara de estructuras de muros abiertos, la gente se congregaba en ellos regularmente. Esto no descarta el hecho de que muchas actividades acontecieran en otros lugares —el cocinar por ejemplo, pero esto probablemente ocurría fuera del área del Bloque B.

3. La distribución de artefactos en la mitad oriental de la unidad podría ayudar a clarificar la relativa cronología de las estructuras superpuestas: las estructuras más tempranas se construyeron cerca de la costa y las subsecuentes estructuras más alejadas del promontorio costero. Mientras tanto, la acumulación de desechos iba ocurriendo alrededor de los postes, caía en los hoyos-pozos (¿vacíos?) e iba avanzando hacia el interior. Si recurrimos, con propósitos comparativos, al ciclo vital de las viviendas tradicionales en la Amazonia (5-15 años basado en Rivière 1995, Oliver 1997), parece razonable sugerir que las técnicas similares de construcción vistas en la zona 3 representan fases de reconstrucción relacionadas con una ocupación.

4. Las dos partes del aro lítico y el trigonolito se encuentran espacialmente asociados con las estructuras domésticas del Bloque B, y como tales pueden ser interpretados como valores comunitarios o colectivos afiliados a la casa.

5. Existe una asociación espacial entre la estructura en la zona 1 y los restos mortales del infante. Este no ha sido datado pero es posible que los habitantes colocaran la osamenta y llenaran el foso con anterioridad al incendio, esto se concluye por la ausencia de carbón en el foso. Este tratamiento motiva una comparación con el sitio de la fase cerámica de Juan Pedro en San Pedro de Macorís donde también se revelaron fragmentos de osamenta infantil asociados con una estructura de postes calcinados (Veloz Maggiolo y Ortega 1986).

Volviendo a la cita de Yvonne Marshall, que una casa es literalmente “performed into existence” por las acciones de sus habitantes, esperamos haber demostrado que este es el caso en El Cabo, tanto debido a las rutinas de la vida diaria como a eventos más singulares. La casa fue experimentada y se construyó significado a través de varias acciones y procesos, de tal manera que se constituyó en foco de actividades que hemos clasificado como “domésticas” así como en una entidad política e ideológica (Brück 1999, 2005, Hendon 1996). Este enfoque en las escalas temporales involucradas en la materialización de la casa, aunque se encuentran en fase de desarrollo, podría quizás ilustrar que la casa no debería ser vista como un caparazón, como un contenedor estático, sino más bien como un concepto infinitamente más dinámico y útil para acceder al conocimiento de la vida tal como fue vivida en el pasado.

NOTAS

¹ El área prospectada por el museo abarcó toda la zona baja en la franja que va desde el pie del farallón hasta el mar.

² Análisis espacial en curso queda pendiente.

³ Huellas directamente enclavadas en el lecho rocoso también han sido observadas en Punta Macao y en unidades de prueba en Cap Cana (Olsen inédito).

⁴ Los espacios en blanco representan material que aún debe ser incorporado al análisis.

⁵ Muy similar a los del nivel 1 de Punta Macao, donde han sido interpretados como ‘ex votos’ u ofrendas: Veloz Maggiolo y Ortega 1972:163,168.

BIBLIOGRAFÍA

- Brück, Joanna (1999): “Houses, lifecycles and deposition on Middle Bronze Age settlements in southern England” en *Proceedings of the Prehistoric Society*. No. 65.
- _____ (2005): “Homing instincts: grounded identities and dividual selves in the British Bronze Age” en *The Archaeology of Plural and Changing Identities: beyond identification*. E.C. Casella y C. Fowler, eds., New York, Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Casas, Bartolomé de Las (1992): *Apologética historia sumaria de las Indias*. 3 vols, Madrid, Alianza.
- Curet, L. A. (1992): “House Structure and Cultural Change in the Caribbean: Three Case Studies from Puerto Rico” en *Latin American Antiquity*. Vol. 3, No. 2.
- Deagan, Kathleen A. y José María Cruxent (1993): “From Contact to *Criollos*: The Archaeology of Spanish Colonization in Hispaniola” en *The Meeting of Two Worlds: Europe and the Americas 1492-1650*. W. Bray, ed., New York, Oxford University Press.
- Deagan, Kathleen A. (2004): “Reconsidering Taino Social Dynamics After Spanish Conquest: Gender and Class in Culture Contact Studies” en *American Antiquity*. Vol. 69, No. 4.
- Grier, Colin (2006): “Temporality in Northwest Coast Households” en *Household Archaeology on the Northwest Coast*. E. A. Sobel, D. A. Trieu Gahr y K. M. Ames, eds. Ann Arbor, International Monographs in Prehistory.
- Guerrero, José G. (1981): “Dos Plazas Indígenas y el Poblado de Cotubanamá, Parque Nacional del Este” en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 16.
- Helms, Mary W. (1998): *Access to Origins: Affines, Ancestors, and Aristocrats*. Austin, University of Texas Press.
- Hendon, Julia A. (1996): “Archaeological Approaches to the Organization of Domestic Labor: Household Practice and Domestic Relation” en *Annual Review of Anthropology*. No. 25.
- Hofman, Corinne L., Menno L. P. Hoogland, José Oliver y Alice V. M. Samson (2005): “Archaeological Investigations at El Cabo, Eastern Dominican Republic: Preliminary Results of the 2005 Campaign”. Reporte inédito, página de web, Universidad de Leiden.
- _____ (2006): “Investigaciones arqueológicas en El Cabo, Oriente de la República Dominicana: resultados preliminares de la campaña de 2005” en *El Caribe Arqueológico*. No. 9.
- Hoogland, Menno L. P. y Corinne L. Hofman (1993): “Kelbey’s Ridge 2, A 14th Century Taíno Settlement on Saba, Netherlands Antilles” en *Analecta Praehistorica Leidensia*. No. 26.
- Keegan, William F. y Reniel Rodríguez Ramos (2004): “Sin rodeos” en *El Caribe Arqueológico*. No. 8.
- Lovén, Sven (1935): *Origins of the Tainan culture, West Indies*. Goteburg, Elander.
- Marshall, Yvonne (2000): “Transformations of Nuu-chah-nulth Houses” en *Beyond Kinship: Social and Material Reproduction in House Societies*. R. A. Joyce y S. D. Gillespie, eds., Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Morsink, Joost (2006): *(Re-)Constructing Constructions: Quotidian Life and Social Practice at Anse à la Gourde*. MPhil, Universidad de Leiden.
- Oliver, Paul (1997): *Encyclopedia of Vernacular Architecture of the World: Cultures and Habits*. 3 vols., Volumen 3. Cambridge, Cambridge University Press.

- Olsen Bogaert, Harold (2000): "Prospección arqueológica. Estudio de impacto ambiental. Proyecto Concesión de Explotación Minera Carmelo, Higüey, Provincia La Altagracia, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Medio Ambiente y Recursos Naturales". Reporte inédito Museo del Hombre Dominicano.
- _____ (2001): "Prospección arqueológica. Estudio de impacto ambiental. Proyecto: Concesión de Explotación Minera Carmelo, Higüey, Provincia La Altagracia, Santo Domingo, Consorcio Empaca-Redes, Secretaría de Estado de Medio Ambiente y Recursos Naturales". Reporte inédito Museo del Hombre Dominicano.
- Ortega, Elpidio J. (1978): "Informe sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la región este del país, zona costera desde Macao a Punta Espada" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 11.
- Ortega, Elpidio J. (2005): *Compendio general arqueológico de Santo Domingo*. Volumen 1, Santo Domingo.
- Ortega, Elpidio J., Gabriel Atilés y Jorge Ulloa Hung (2003): *Arqueología en la Iglesia de Macao*. Vol. X, Santo Domingo, Academia de Ciencias de la República Dominicana/Fundación Ortega Álvarez, Inc.
- Fernández de Oviedo y Gonzalo Valdez (1959): *Historia general y natural de las Indias*. 5 vols., Vol. 1. Madrid, Atlas.
- Pané, Ramón (2001): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Mexico, Siglo Veintiuno Editores.
- Pendergast, David, Elizabeth Graham, R. Jorge Calvera y M. Juan Jardines (2002): "The Houses in which they Dwelt: The Excavation and Dating of Taino Wooden Structures at Los Buchillones, Cuba" en *Journal of Wetland Archaeology*. Vol. 2.
- Rivera, Virginia y Sixto A. Pérez (1997): "Estudio preliminar de la Distribución Espacial en la Comunidad Aborígen de Lu Juan 1" en *Proceedings of the Seventeenth Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*.
- Rivière, Peter (1995): "Houses, Places and People: Community and Continuity in Guiana" en *About the House: Lévi-Strauss and Beyond*. J. Carsten y S. Hugh-Jones, eds., Cambridge University Press.
- Sagawe, Thorsten (1996): *Geografía, Poblacion e Historia en R.D. al Través de los Siglos [sic.]*. Vol. II, Santo Domingo, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Socioeconómicas (INISE)/Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).
- Siegel, P. E. (1990): "Demographic and Architectural Retrodiction: An Ethnoarchaeological Case Study in the South American Tropical Lowlands" en *Latin American Antiquity*. Vol. 1, No. 4.
- Stuiver, M. y P. J. Reimer (1993): "Extended 14C Database and Revised CALIB Radiocarbon Calibration Program" en *Radiocarbon*. No. 35.
- Sued-Badillo, Jalil (2003): "Ethnohistorical Research in the Hispanic Caribbean" en *General History of the Caribbean*. J. Sued-Badillo, ed., General History of the Caribbean: Autochthonous Societies, Vol. 1, UNESCO Publishing.
- Tabío, Ernesto E. (1989): *Arqueología agricultura aborígen antillana*. Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ulloa Hung, Jorge (2006a): "Apuntes para una historiografía de la arqueología dominicana. 1ra parte" en *El Caribe Arqueológico*. No. 9.
- Ulloa Hung, Jorge (2006b): "La alfarería del yacimiento Macao en el contexto de la arqueología dominicana". Reporte Inédito.
- Valcárcel Rojas, Roberto, Jago Cooper, Jorge Calvera Rosés, Odalys Brito Martínez y Marcos Labrada (2006): "Postes en el mar: Excavación de una estructura constructiva aborígen en Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*. No. 9.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1972): *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singapur, McGraw-Hill Far Eastern Publishers (S) Ltd.
- _____ (1993): *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Elpidio J. Ortega (1972): "Excavaciones en Macao, República Dominicana" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 2.
- _____ (1986): *Arqueología y patrón de vida en el poblado circular de Juan Pedro, República Dominicana*. Santo Domingo, Ediciones del Museo del Hombre Dominicano.
- Veloz Maggiolo, Marcio, Elpidio J. Ortega, Mario Sanoja e Iraida Vargas (1976): "Preliminary Report on Archaeological Investigations at El Atajadizo, Dominican Republic" en *Proceedings of the 6th International Congress for the Study of Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles*, Pointe a Pitre, Guadeloupe.
- Walker, Jeff (2005): "The Paso del Indio Site, Vega Baja, Puerto Rico: A Progress Report" en *Ancient Borinquen: Archaeology and Ethnohistory of Native Puerto Rico*. P. E. Siegel, ed., Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Wilk, Richard R. y William L. Rathje (1982): "Household Archaeology" en *American Behavioral Scientist*. Vol. 25, No. 6.

JUNTANDO LAS PIEZAS DEL ROMPECABEZAS: DÁNDOLE SENTIDO A LA CRONOLOGÍA CERÁMICA DEL ESTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

**CORINNE L. HOFMAN
JORGE ULLOA HUNG
LOE JACOBS**

INTRODUCCIÓN

La densidad de restos arqueológicos a lo largo de la costa este de la isla de La Española es bien conocida. Las primeras investigaciones arqueológicas de la zona, sobre todo en la provincia actualmente conocida como La Altagracia, fueron realizadas por el arqueólogo norteamericano Theodoor de Booy, quien en 1913 en sus estudios sobre el este de la República Dominicana incluyó el área de Cabo Macao. Sus descripciones de la alfarería en este caso estuvieron particularmente referidas a la que posteriormente sería conocida como cerámica de estilo Boca Chica o de la serie chicoide definida por Irving Rouse (1992).

Una segunda contribución significativa para los estudios sobre este espacio fue realizada en los años 70 por Marcio Veloz Maggiolo: con su volumen *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*, publicado en 1972, ofreció datos importantes sobre la cerámica de esta zona de la República Dominicana al momento que definía y resumía la cronología de la cerámica del Caribe.

Es importante señalar que varios de los sitios de habitación situados en esa región parecen haber sido ocupados de manera paralela por más de 10 siglos antes de la colonización española y exhiben grandes similitudes en sus componentes cerámicos. Estas razones quizás han contribuido a que hasta el momento exista cierta confusión terminológica al momento de clasificar varios de los estilos encontrados, por lo que este trabajo se propone arrojar claridad en la cronología cerámica de la zona basado en el análisis de algunos de los sitios más importantes, Punta Cana (El Barrio y Sitio Pepe), Punta Macao, La Iglesia de Macao y El Cabo (figura 1).

Por otro lado, es importante referir que hasta el momento las fechas más tempranas para los sitios agricultores de la región han sido reportadas en el sitio El Barrio, situado en los terrenos de Punta Cana Beach Resort (Veloz y Ortega 1996, Luna Calderón 1996).



Figura 1

LOS SITIOS

Punta Cana

El área de Punta Cana comprende los sitios El Barrio y Sitio Pepe. Las investigaciones en El Barrio fueron llevadas a cabo en 1989 por Bernardo Vega con los auspicios de Frank Rainieri y posteriormente en 1994 por los investigadores Marcio Veloz Maggiolo y Elpidio Ortega. Estos últimos excavaron aproximadamente el 20 % del yacimiento y plantearon haber identificado el complejo cerámico más temprano del este de la República Dominicana, al que identificaron con las fases Punta Cana y El Barrio, cuyos inicios se remontan al 340 a. C.

Excavaciones de salvamento en el yacimiento Sitio Pepe fueron realizadas en el 2005 por la Universidad holandesa de Leiden. Las mismas revelaron un nivel intacto correspondiente a una ocupación con cerámica de un estilo ostionoiide temprano, mientras cerámica de estilo Boca Chica solo pudo ser recuperada en las acumulaciones dejadas por los equipos de movimientos de tierra que realizaban labores de transformación del terreno para la construcción de un campo de golf (Punta Golf Club). Lo anterior mostró que el nivel de ocupación Boca Chica había sido completamente removido.

Punta Macao

El sitio Punta Macao está situado sobre un saliente de roca conocido como el Morro en las inmediaciones del poblado de Macao, también en la provincia La Altagracia. Fue excavado en la década del setenta por Marcio Veloz Maggiolo y Elpidio Ortega (1972) además de otros investigadores como Manuel García Arévalo.

Estas investigaciones (Veloz y Ortega 1972) documentaron claramente la existencia de dos fases tempranas de ocupación representadas por cerámica de estilo ostionoiide, con un desarrollo que iba desde un estilo ostionoiide temprano (llamado también estilo el Morro) hasta un estilo ostionoiide tardío, y finalizando en un estilo de la serie chicoiide (llamado también estilo Macao). De acuerdo con Veloz y Ortega en la fase más temprana (ostionoiide) se presentaban algunas características saladoiides mientras la fase final fue considerada una variante temprana de la cerámica chicoiide con influencias barrancoiides. La alfarería ostionoiide (temprana y tardía) fue hallada estratigráficamente mezclada, lo cual llevó a estos autores a sugerir que ambas expresiones fueron contemporáneas o que pudieron mezclarse antes de arribar a la isla desde Puerto Rico (Veloz y Ortega 1972: 335).

Las excavaciones más extensas en este sitio tuvieron lugar en 2004 por un equipo del Museo del Hombre Dominicano bajo los auspicios de Dominican Caribbeam Corp. Las mismas formaron parte de un proyecto de salvamento arqueológico debido a que el área sería afectada por la construcción de un hotel y un campo de golf.

Parte de los análisis cerámicos desarrollados por el Museo del Hombre Dominicano después de las excavaciones de 2004 (Museo del Hombre 2004) plantearon la distinción de cinco estilos cerámicos presentes en el sitio; estilo saladoiide (200-400 d.C); estilo

ostionioide (700-900 d.C) (estilo el Morro en clasificación de Veloz y Ortega); estilo transicional (700-900 d.C); estilo Macao (1200-1400 d.C) y estilo chicoide (1000-1492 d.C).¹

Iglesia de Macao

El sitio se localiza aproximadamente 14 kilómetros al sureste del sitio Punta Macao. El mismo fue excavado en 1997 y en 2002. En 1997 solo fueron realizadas pequeñas unidades de excavación con la intención de identificar los diferentes componentes del sitio.

En 2002 Elpidio Ortega, Gabriel Atilés y Jorge Ulloa (2003) realizaron excavaciones de mayor envergadura bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de la República Dominicana.

Las deposiciones arqueológicas alcanzan los 80 cm aproximadamente y originalmente² fueron distinguidas cuatro fases de ocupación representadas por estilos del saladoide, ostionioide, transicional y chicoide. En un segundo estudio desarrollado en el yacimiento por el método de la seriación cerámica se refiere la existencia de dos fases. Una con cerámica ostionioide y otra con cerámica chicoide.

El Cabo

El Cabo es el sitio más al sur de todos los sitios ubicados a lo largo del farallón costero pleistocénico en la región Altigracia-Higüey. Fue identificado a finales de los años setenta por Elpidio Ortega (1978), quien realizó dos excavaciones de prueba y recuperó frag-

TABLA 1. FECHADOS DE RADIOCARBONO

SITIOS	NÚMERO DE MUESTRA	MATERIAL	FECHA DE RADIOCARBONO	FECHA CALIBRADA 1 SIGMA	FECHA CALIBRADA 2 SIGMA
Punta Cana					
Pozo B6 estrato I	?	Concha	2290±60 BP	26 AC-123 DC	113 AC- 209 DC
?	?	Concha	2190 ±90BP	53-272 DC	44 AC- 399 DC
Pozo B6 estrato I	?	Concha	2010±60 BP	287-443 DC	229-545 DC
Pozo A5 estrato II	?	Concha	1920±60 BP	418-562 DC	337-628 DC
Esqueleto No. 5	?	Huesos humanos	1650±60 BP	462-615 DC	425-650 DC
.....?	?	Concha	1530±80 BP	781-963 DC	700-1027 DC
Pozo B1, estrato II	?	Concha	1180±70 BP	1161-1293 DC	1059-1326 DC
Pozo C1, estrato II	?	Concha	1150±60 BP	1198-1302 DC	1092-1346 DC
Sitio Pepe A-1, estrato II	?	Concha	1120±60 BP	1221-1323 DC	1161-1398 DC
Punta Macao					
Rouse	I-6314	Carbón	1125 ± 90 BP	781-994 DC	677-1146 DC
Rouse	I-6443	Carbón	970 ± 90 BP	989-1165 DC	893-1252 DC
Rouse	I-6445	Carbón	925 ± 110 BP	1021-1214 DC	894-1279 DC
Rouse	I-6313	Carbón	750 ± 90 BP	1176-1384 DC	1046-1404 DC
TA 60-80 cm	Beta 198972	Huesos humanos	790 ± 60 BP	1222-1378 DC	1178-1394 DC
TB 100-120 cm	Beta 198073	Huesos humanos	1340 ± 40 BP	681-771 DC	658-857 DC
TB 120-140 cm	Beta 198074	Huesos humanos	1070 ± 40 BP	981-1118 DC	902-1154 DC
Iglesia de Macao					
Pozos fechados 80 cm	Beta 179653	Concha terrestre	1760 ± 50 BP	219-378 DC	130-400 DC
El Cabo					
F00-04-01	GrN-29931	Carbon	815 ± 35 BP	1194-1263DC	1164-1271 DC
09-39-29/1	GrN-29932	Concha	1495 ± 30 BP	894-998 DC	826-1032 DC
00-44-00/10B	GrN-29933	Concha	1750 ± 30 BP	629-722 DC	582-781 DC
00-44-00/10A	GrN-29934	Cangrejo	1110 ± 25 BP	896-974 DC	888-988 DC
F09-29-30	GrN-29035	Carbón	535 ± 25 BP	1399-1428 DC	1322-1436 DC
Fnd 966	GrN-39531	Concha	1170 ± 25 BP	1237-1288 DC	1202-1306 DC
Fnd 975	GrN-30532	Concha	1525 ± 25 BP	861-954 DC	814-987 DC
Fnd 979	GrN-30533	Concha	1040 ± 24 BP	1325-1389 DC	1305-1413 DC
Fnd 1053	GrN- 30534	Carbón	600 ± 25 BP	1309-1389 DC	1298-1407 DC
Fnd 1215	GrN-30535	Carbón	580 ± 30 BP	1317-1407 DC	1301-1417 DC

mentos de cerámica, restos de comida y artefactos líticos y de coral. Basado en la cerámica, Ortega identificó dos fases de ocupación en el sitio; una con componentes ostionoides y otra chicoide. Posteriormente el yacimiento ha sido visitado por numerosos huaqueros cuyas excavaciones ilegales destruyeron una buena parte del mismo.

La Universidad de Leiden comenzó las excavaciones en el asentamiento en el 2005 en cooperación con University Collage of London (UCL) y el Museo del Hombre Dominicano. Los trabajos

de Leiden fueron financiados por la Fundación Holandesa para las Investigaciones Científicas (NWO). La investigación se concentró en la cronología, la estructura del asentamiento, la identificación de las áreas de habitación y la reconstrucción de las casas. Las indicaciones preliminares del tamaño del sitio fueron determinadas por la densidad del material disperso en superficie (cerámica y lítica), por la presencia de montículos residuales y por una campaña de trabajo que incluyó la realización de barrenos sobre el terreno. Los depósitos arqueológicos se extienden aproximadamente 150 m hacia al oeste en dirección tierra adentro, mientras por el este se encuentran delimitados por el mar. En su eje Norte-Sur el sitio se extiende aproximadamente por 280 m. Basados en las excavaciones, en la estratigrafía horizontal y el análisis del material tres fases han sido identificadas: una ostionioide temprana, una ostionioide tardía y otra Boca Chica (Hofman *et al.* 2006).

LAS FECHAS DE RADIOCARBONO

Las fechas del radiocarbono disponibles para los cuatro sitios después de haber sido calibradas se encuentran en un rango entre 113 a. C. y 1400 d. C. Las fechas más tempranas provienen del sitio de Punta Cana (El Barrio). El mismo reportaba una gama de fechas no calibradas entre 340 a. C. y 300 d. C con fechados intermedios entre 70 a. C. y 30 d. C. Estos fechados se encontraban conectados con lo que Veloz y Ortega (1996) han denominado fase Punta Cana y a su vez han interpretado como el complejo cerámico más temprano del Este de la República Dominicana.

Un segundo conjunto de fechas tempranas también derivaba de Punta Cana, en este caso de la fase llamada El Barrio, las mismas fueron ubicadas entre los 300 d. C y 830 con fechados intermedios entre el 440 y 770 d. C. La muestra de radiocarbono más temprana en este caso se había tomado sobre un esqueleto humano, y en particular llama la atención que las fechas más tempranas no coincidan con la mayoría de las obtenidas para los otros tres sitios.

Las fechas de Punta Macao se encuentran en un rango entre el 670 y 1 400 d. C. Cuatro de ellas fueron obtenidas sobre carbón muestreado por el investigador Irving Rouse hace aproximadamente 40 años y tres son de las excavaciones recientes del 2004, las cuales fueron obtenidas sobre muestras de huesos humanos.

Para el sitio La Iglesia de Macao existe solamente una fecha disponible de 1 760 BP para el nivel más bajo, la cual ha sido calibrada 400 d. C. Si esta fecha es correcta se correspondería con

una de las fechas intermedias obtenida para la fase El Barrio del yacimiento Punta Cana.

Las muestras para fechamientos del sitio El Cabo fueron tomadas sobre concha, cangrejo y carbón y produjeron una cronología entre el 600 y 1 400 d. C.

En general, tres períodos pueden ser bien distinguidos a partir de las fechas de radiocarbono obtenidas. El primero entre el 600 y 900 d. C., el segundo entre el 900 y 1 200 d. C., y el tercero entre el 1 200 y 1 400 d. C.

A partir del cuadro cronológico general aportado por la mayoría de los sitios (ver tabla 1) consideramos que las fechas más tempranas obtenidas para Punta Cana y La Iglesia de Macao³ deben ser tomadas en cuenta a fines de reafirmar su confiabilidad, además de evaluar los esquemas tradicionales que sobre la introducción y desarrollo de la cerámica en las Grandes Antillas, en particular en el este de La Española.

CONFUSIÓN TERMINOLÓGICA: ESQUEMAS ACTUALES DE CLASIFICACIÓN ESTILÍSTICA PARA EL ESTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Los esquemas actuales de clasificación disponibles para el este de la República Dominicana dibujan una confusión terminológica. Existe una variedad de nombres de estilos que han sido adoptados por los diversos investigadores que han trabajado en el área, por lo que en ocasiones se hace difícil rastrear el sentido de las descripciones aportadas por ellos. Por ejemplo, algunos de los términos por los que se han denominado son: fase Punta Cana y fase El Barrio; saladoide, ostionioide, estilo Punta Macao y estilo transicional (ver tabla 2).

Es importante señalar, a tono con lo anterior, que no todo el material sobre el cual se construyeron estas clasificaciones se encuentra actualmente disponible para el análisis. Es por esta razón que las descripciones que de ellos se realizan a continuación han sido extraídas de las publicaciones (Veloz 1972, Veloz y Ortega 1972, Veloz y Ortega 1996, Luna Calderón 1996, Veloz 1998, Rouse 1992, Museo el Hombre Dominicano 2004) y de los informes de campo (Atilés 2004).

La fase Punta Cana

La cerámica de la fase Punta Cana es descrita con tonalidad roja con las superficies altamente pulidas y amplias decoraciones incisas

TABLA 2. CONFUSIÓN TERMINOLÓGICA

FECHA	SERIES	ESTILOS
320 BC	?????	Fase Punta Cana
AD 200-400	Saladoide	Estilo Corrales (Veloz)
AD 700-900	Ostionoid ???????	Estilo Anadel (Rouse) Fase El Morro (Veloz) Fase Banio (Veloz) Estilo Corrales (Boyrie Moya) Estilo Punta (García Arevalo) Estilo Transicional (Veloz/Ortega)
AD 1200-1400	Pre-Chicoide	Estilo Transicional (Veloz/Ortega)
AD 1000-1492	Chicoide	Estilo Macao (Veloz) Estilo Boca Chica

parecidas a la de los sitios arcaicos caimitoides en la República Dominicana y Cuba, donde la cerámica ha sido hallada con ausencia de burén y de modelados y aplicaciones zoomorfas y antropomorfas. Las únicas decoraciones encontradas en la cerámica de la fase de Punta Cana son tiras de arcilla, apéndices simples y asas verticales (Veloz Maggiolo y Ortega 1996). Hay un predominio de las vasijas o recipientes pequeños de formas redondeadas así como recipientes naviculares.

Fase del Barrio

La fase El Barrio presenta cerámica decorada con aplicaciones y modelados sobre formas de recipientes similares a las de la fase anterior. Están presente además figuras antropomorfas y zoomorfas con los ojos en formas de grano de café y los miembros (brazos) aplicados. En su publicación de 1993 Veloz Maggiolo (1993: 111) llama a estas figuras estilo transicional, mientras García Arévalo lo designa como estilo Punta.

En adición a las decoraciones anteriores existen decoraciones incisas simples, motivos punteados y asas en D también presentes en el estilo ostionoides de Puerto Rico (Veloz Maggiolo 1996).

Veloz Maggiolo y Ortega (1996) consideraron la fase El Barrio un componente temprano diferente del ostionoides y sugirieron que después del d.C 700, cuando la primera gente de ostionoides vino a la República Dominicana desde Puerto Rico, estos se mezclaron con los productores de la cerámica de El Barrio generando nuevas formas, a partir de las cuales se desarrollaron las primeras figuras modeladas conocidas como Boca Chica, encontradas posteriormente en sitios como el El Cabo, Punta Macao y la Iglesia de Macao.

Saladoide

Irving Rouse ha planteado que la frontera más al oeste de la serie saladoide (estilo Hacienda Grande) se encontraba en el este de la República Dominicana, esto fue planteado sobre la base del hallazgo de algunos fragmentos de cerámica en el sitio La Caleta —cerca de la Romana— ubicado en la costa sudeste y con una fecha de radiocarbono de 240 d. C. Rouse presumió que la extensión del estilo debió estar relacionada con un movimiento de población, porque el sitio de La Caleta aún no había mostrado ningún rastro de relación con las culturas anteriores en el área. Esta idea se calzaba además con que fue alrededor del 600 d. C. cuando la gente de Hacienda Grande se desarrolló a través del estilo Cuevas para generar una nueva subserie, ostionoides (Rouse 1992: 102). Otros investigadores también han demandado que existía una presencia del estilo saladoide —blanco sobre rojo— en la cerámica de Punta Macao y le atribuyeron una fecha 200-400 d. C.⁴ (Museo del Hombre Dominicano 2004). En general, la procedencia de esta

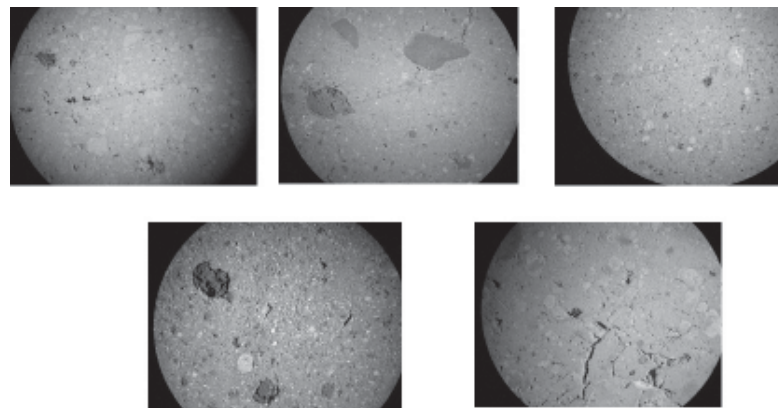


Figura 2

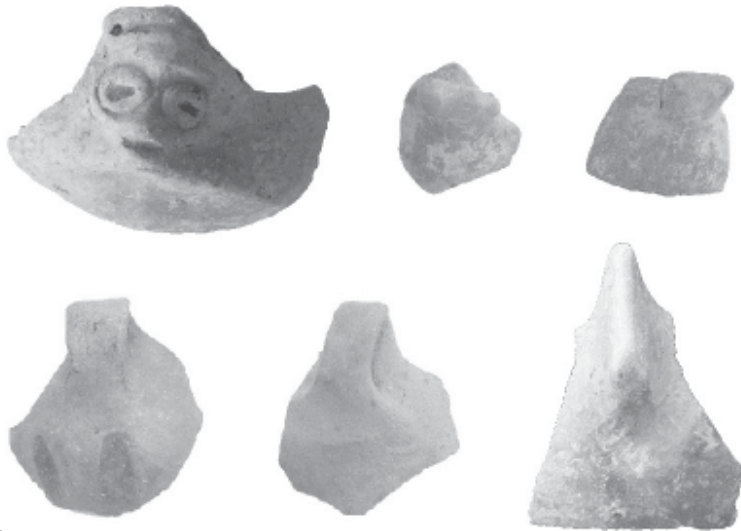


Figura 3

cerámica no está del todo clara y se relaciona con un número de fragmentos con blanco sobre rojo que el Museo del Hombre Dominicano había obtenido —por compra— entre otros 4 000 fragmentos del área de Macao. También fragmentos de Juandolio y de Azua en la costa del sur de la República Dominicana fueron asumidos para revelar las características del saladoide de Puerto Rico y condujeron a los investigadores a concluir que los grupos saladoides se movieron a través del Paso de Mona a lo largo de la costa de la República Dominicana.

En su volumen de 1993 Veloz Maggiolo menciona el estilo Corrales como un estilo Cuevas en la República Dominicana encontrado en Juandolio y Nigua con fechas entre los siglos VII y VIII.

Ostionoides

La cerámica se describe para varios sitios en el área y es caracterizada por ser fina, pintada y con recipientes redondeados y naviculares.

En los esquemas clasificatorios de Rouse (1992) el ostionoides del este de la República Dominicana aparece como el estilo Anadel, debido al sitio tipo de este nombre ubicado en el área norteña de Samaná. Rouse postuló que este Ostiones se extendió a través de la bahía de Samaná, el valle del Cibao en la parte norte de la Re-

pública Dominicana y a la costa de Haití; por lo tanto estos grupos se movieron a lo largo del noreste de la isla y a través de este paso de barlovento se ubicaron en la extremidad este de Cuba. El otro Ostiones se movió a lo largo de la costa sur y a través de ella al sudoeste de Haití, además de cruzar el canal de Jamaica y llegar a la costa meridional de esta isla, la que seguía siendo para entonces un territorio virgen.

La cerámica ostionoides tardía incluye cerámica adornada con cabezas pequeñas y miembros aplicados, comparables a las del estilo Meillac en el valle del Cibao y al que García Arévalo ha denominado estilo Punta. Según Rouse este representa una segunda forma dentro del ostionoides resultado de la interacción entre la gente de Anadel y Meillac.

Los investigadores dominicanos han atribuido varios nombres a la cerámica del estilo ostionoides. En este caso, Veloz Maggiolo (Veloz y Ortega 1972) identificó en Punta Macao una fase temprana ostionoides a la que llamó El Morro, mientras las investigaciones del Museo del Hombre (2004) también mencionan una fase o estilo Morro con fecha de 700-900 d. C.

Por otro lado, en la zona también se ha mencionado la existencia de un estilo Corrales (Veloz 1993) que ha sido asumido probablemente como contemporáneo con ostiones, aunque sus orígenes se sugieren en el estilo saladoide Cuevas de Puerto Rico. Este estilo ha sido definido por Emile Boyrie Moya, Jose M. Cruixent y más recientemente por Veloz Maggiolo. En sus descripciones el estilo se asemeja a un ostionoides temprano, y en su volumen de 1972 Veloz Maggiolo lo describe ubicado entre Anadel y Boca Chica mientras en otras descripciones lo asume como contemporáneo con el primero.

Estilo Macao, estilo transicional o pre-Boca Chica

Veloz y Ortega (1972) definieron el estilo Macao como una posible fase inicial del Boca Chica, que es el estilo predominante en el área. Sugirieron que el estilo Macao podía ser representante de una transición entre los estilos ostionoides y Boca Chica, aunque la mayoría de sus características son chicoides, incluyendo motivos geométricos, sin llegar a las expresiones complicadas que exhibe la cerámica clásica de este estilo. En ese caso el estilo Macao se observa como un estilo pre-Boca Chica y se ha interpretado como un estilo intermedio en el que se mezclan las influencias saladoides y barrancoides. Su diferencia es ejemplificada por la presencia de

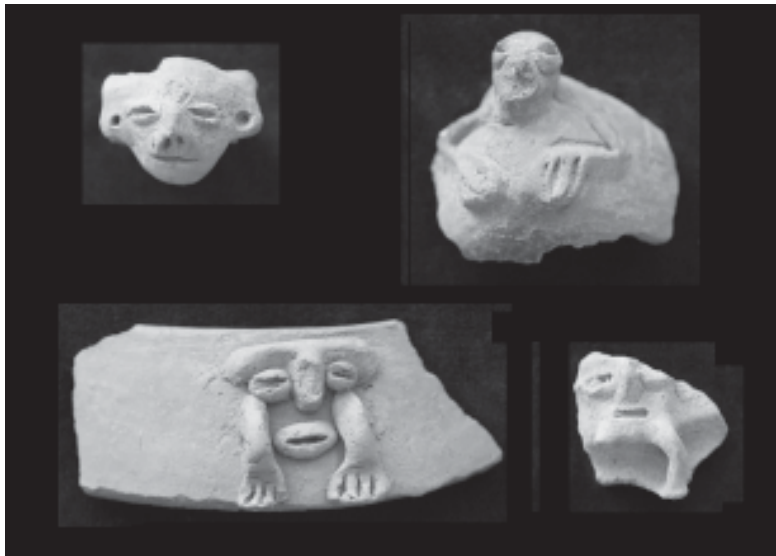


Figura 4

grandes asas en D triangulares adornadas con incisiones y punteados, así como con figuras antropomorfas y zoomorfas modeladas. A partir de aquí se plantea que las asas en D típicas del ostionioide involucran una presunta influencia barrancoide en el estilo Macao, la misma ha sido definida a partir de la decoración que las caracteriza.

A pesar de que esta alfarería exhibe algunas características de Barrancas o de la cerámica barrancoide del norte de Venezuela y muestra cómo algunas de sus decoraciones se desarrollaron a partir de los motivos barrancoides, aún no es posible definir cómo y cuándo este desarrollo fue iniciado. Al respecto, Veloz Maggiolo sostiene una posible relación entre la cerámica de las Antillas y las áreas sudamericanas. Este autor conjuntamente con Ortega (1972) asume una posible difusión directa de los adornos barrancoides hacia Santo Domingo, lo que influyó en la cerámica ostionioide y se convirtió en lo que ahora se conoce como estilo Macao.

Por su parte Manuel García Arévalo también ha reconocido el estilo Macao como un estilo transitorio y demanda como una explicación válida la presencia de muchas características desconocidas en la arqueología de la República Dominicana y de las Antillas.

Como se observa en algunas descripciones, aparece el estilo Macao distinto del transicional y del estilo Punta (Museo del Hom-

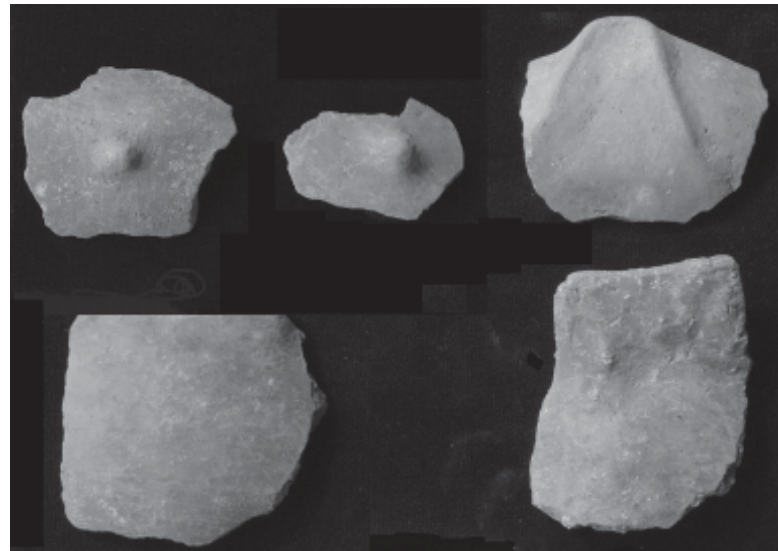


Figura 5

bre 2004). Sin embargo, en otras se sugiere que los tres son iguales. Para Veloz Maggiolo y Ortega el estilo Punta Macao es un estilo transicional y para García Arévalo es un nuevo estilo llamado Punta. A esto se suma que en unas descripciones el estilo transicional ha sido datado relativamente entre el 700 y 900 d. C., mientras el estilo Macao entre 1200-1400 d. C.

PROPUESTA PARA UNA CRONOLOGÍA CERÁMICA SIMPLIFICADA PARA EL ESTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Sobre la base de los datos estratigráficos, fechas de radiocarbono y el reciente reanálisis de los cuatro yacimientos antes referidos, queremos proponer una cronología cerámica para el este de la República Dominicana que comience con un estilo Ostiones temprano, seguido por un Ostiones tardío y terminando en el estilo Boca Chica. El mismo también se complementa con un análisis tecnológico de la cerámica que fue conducido por Loe Jacobs del Laboratorio Cerámica de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden.

La cerámica ostionioide temprana es también conocida como *redware* y se encuentra en los depósitos tempranos del este de la República Dominicana. En los cuatro sitios tratados puede ser vis-

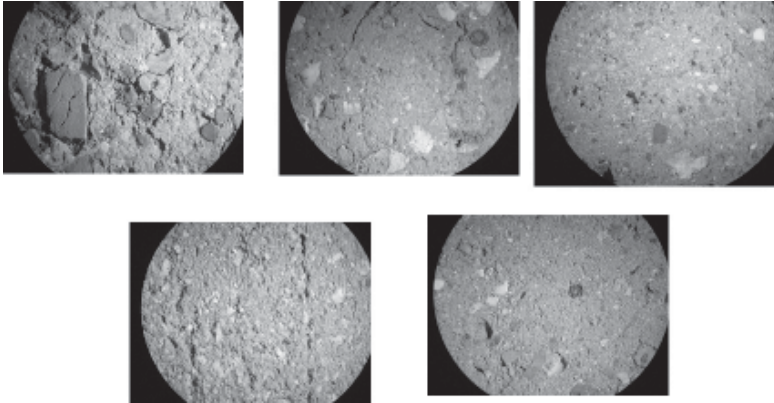


Figura 6

ta como la primera fase de la ocupación. Esta cerámica se caracteriza como un material de textura compacta. Su temperante contiene de 25 a 35 % de granos de mineral, los cuales se agregan mayormente a las arcillas para hacerlas más moldeables y prevenir la ocurrencia de grietas durante el secado y la cochura. Este temperante consiste en granos finos, hasta 1 milímetro de tamaño. Granos de cuarzo más gruesos incidentalmente de hasta 5 milímetros, así como enquistos de hierro y/o hematitas se presentan más a menudo como posibles inclusiones naturales en la arcilla (aún los granos gruesos de cuarzo eran extraídos a mano, porque eran indeseados) (figura 2).

Referente a los tipos de grano, el cuarzo, el feldespato, el óxido de hierro, rocas sedimentarias y en algunos casos piedra caliza se presentan con mayor frecuencia. A veces, los granos de origen volcánico, como varios tipos de tobas y algunos anfíboles (como la hornablenda) pueden estar presentes. Muy a menudo estos granos presentan formas semiangulares y/o semiredondeadas.

Los colores de la cerámica, después de la cocción a los 750 °C y bajo circunstancias de oxidación, varían de rosado a rojo marrón claro y rojizo claro.

La técnica básica usada para realizar la cerámica ostionide temprana fue el enrollado. Los rodetes algo finos, debemos decir con un diámetro alrededor 1 centímetro o menos, fueron unidos o fijados, apretados y alisados para formar las paredes.

La cerámica ostionide temprana exhibe una larga variedad de formas de recipiente, con contornos simples y carenados, además



Figura 7

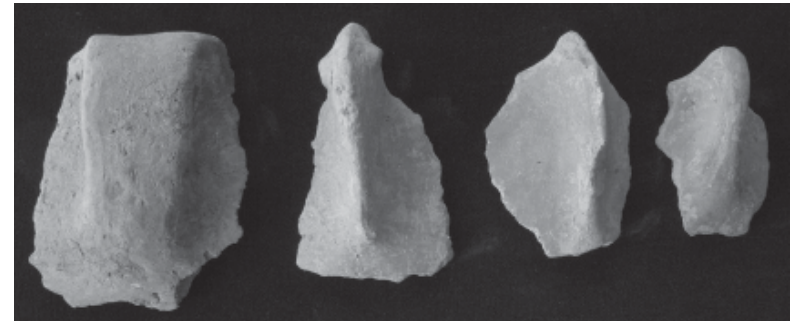


Figura 8

incluyen los de forma navicular. Los bordes son redondeados y a menudo planos. Las paredes de los recipientes son muy finas, alrededor de los 5 milímetros. Las técnicas de acabado son el alisado, bruñido y pulido, en algunas ocasiones solo sobre partes del recipiente. En su mayoría se presentan desde un rojizo hasta un color marrón encendido.

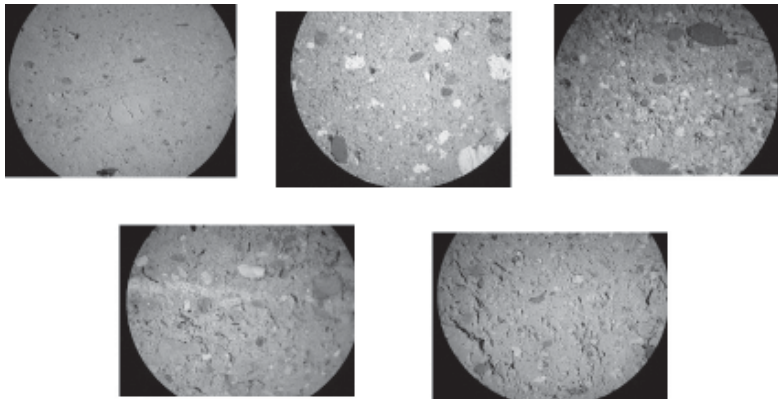


Figura 9

Algunos tiosos tienen un baño de color crema o rojo. En otros casos una arcilla blanca fue utilizada. Varios tiosos exhiben bandas en un contraste claro/oscuro que se produjeron a través de manchas de resina que pudo haber sido aplicada como decoración (figura 3).

Muchos fragmentos tienen perforaciones de reparación cerca de las grietas. Esto puede señalar un alto valor de la cerámica, su escasez, o a un cierto valor ritual.

Los recipientes tienen las asas típicas en forma de D. Las decoraciones consisten principalmente mamelones de arcillas pequeños sobre las paredes de los recipientes y un engrosamiento más o menos vertical de la pared. En estos casos un poco de arcilla adicional fue agregado. El modelado geométrico consiste en modificaciones del borde y existe evidencia de aplicados antropomorfos y zoomorfos modelados incisos (figuras 4 y 5).

El ostionioide tardío es la segunda fase encontrada en los diversos sitios. Es muy común en la República Dominicana en general y es claramente un desarrollo del ostionioide anterior; esta cerámica aparece siempre como continuación de la fase temprana, y es más gruesa que la de su predecesor.

El material es áspero y contiene los mismos tipos de granos de antiplástico que la cerámica temprana, los cuales también fueron agregados a las arcillas. El cuarzo, el feldespato, la piedra caliza y la hematita se presentan todos con frecuencia. En algunos tiosos el ignimbrite, una variedad derretida de tobas, está presente. El tamaño de los granos varía desde 1 milímetro o más pequeños



Figura 10

hasta los 3 milímetros y algunas veces alcanza los 5 milímetros. Sus formas varían desde angulares, semiangulares o semirredondeadas. Las texturas son a menudo más gruesas o desmenuzables debido al tamaño y cantidad de los granos. La cantidad de granos en este conjunto es alta, alcanza un 30 a 35 % o a veces más. Esto da lugar a un material grueso y desmenuzable, en algunos casos moderadamente maleables y con muchas grietas (figura 6).

Las técnicas utilizadas para levantar los recipientes fueron similares a las utilizadas en el ostionioide temprano. Las formas más características en este caso son los recipientes redondeados y naviculares con bordes también redondeados y a menudo doblados hacia afuera y engrosados hacia adentro. La superficie es menos alisada que en ostionioide temprano y a menudo menos regulares, en algunos casos pueden ser bruñidas o pulidas y estar cubiertas por una capa de pintura roja. Los colores generados por la cocción son marrones, rojo y en parte grisáceos o manchados. Los colores típicos de una cocción oxidada prevalecen.

Los recipientes tienen asas típicas en forma de D, algunas tienen formas similares a un pelícano (en el caso de varios investigadores dominicanos este tipo de asas ha sido denominado como



Figura 11

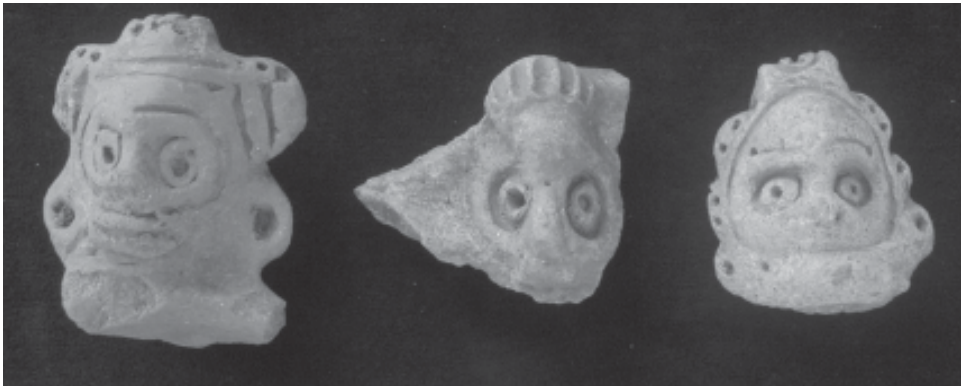


Figura 12

asas cetácicas por la supuesta similitud de estas con un animal de este tipo) o estiradas en posición vertical además de una baja cantidad de decoraciones lineales incisas y de figuras modeladas, algunas con ojos en forma de granos de café y miembros aplica-

dos los que parecen tener una continuación en el supuesto estilo Punta o en los modelados aplicados del llamado estilo transicional (figuras 7 y 8).

El Boca Chica es la fase última de varios sitios, pero no es el Boca Chica clásico según lo conocido del sitio tipo y en otros sitios en la parte meridional de la República Dominicana. Varias características coinciden con las descripciones del estilo Macao, que es considerado un estilo pre-Boca Chica por Veloz Maggiolo.

El material Boca Chica contiene a menudo granos de cuarzo, de feldespato, óxido de hierro, rocas sedimentarias y piedra caliza. Relativamente poca o esporádica es la presencia de anfíboles y tobas. Las cantidades varían desde el 20 a 35 %, en granos de tamaños más pequeños de 1 milímetro hasta 4 milímetros. Las formas del grano son angulares o semiangulares y semirredondeadas. Los nódulos son redondeados en su forma. En algunos casos la estructura de los poros es alargada y la distribución es moderada, o de moderada a buena (figura 9).

La técnica principal para realizar la cerámica Boca Chica es el enrollado. La cocción original fue neutral o solo levemente reducida. La cerámica del estilo de Boca Chica se caracteriza por recipientes que tienden a ser mucho más gruesos que el ostionoides. Las formas de los bordes varían: redondeados, planos, ensanchados, engrosados. Las superficies de los recipientes

tienen una variedad de colores que se extienden desde el crema al marrón y gris-negro. Las superficies a menudo se presentan alisadas y pulidas. La decoración consiste principalmente en incisiones lineales y curvilíneas e incisiones terminadas en puntos. Estas incisiones son generalmente líneas amplias, firmes y profundas, aplicadas momentos antes de que la arcilla estuviera endurecida. Después de incisas las superficies fueron pulidas cabalmente. Las asas en forma de D se adornan con decoraciones aplicadas e incisiones (figuras 10 y 11).

En adición se encuentran muchos adornos modelados-incisos típicos del estilo Boca Chica que representan murciélagos, lechuzas y otras criaturas de la mitología taína así como caras antropomorfas (figura 12). Algunos de los aplicados modelados-incisos ostionoides está también presente en esta fase Boca Chica.

**TABLA 3. PROPOSICIÓN DE UNA
CRONOLOGÍA CERÁMICA SIMPLIFICADA
PARA EL ESTE DE LA REPÚBLICA
DOMINICANA**

FECHAS	SERIES	ESTILOS
600-900	Ostionoide	Ostiones temprano
AD 900-1200		Ostiones tardío
AD 1200-1400	Chicoide	Boca Chica

CONCLUSIONES

El análisis de los sitios El Cabo, Punta Macao, Iglesia de Macao y de la excavación de salvamento en el sitio Pepe (Punta Cana) ha contribuido a establecer orden en la confusión terminológica que existió en la clasificación cerámica en el este de la República Dominicana.

1. Las investigaciones en varios sitios han demostrado claramente la ausencia de cerámica saladoide. Los depósitos más tempranos contienen toda cerámica ostionoide. Las ideas de Irving Rouse de que la frontera saladoide tiene que ser dibujada en la parte este de la República Dominicana necesita ser reevaluada. Sus consideraciones fueron construidas sobre la base de algunos fragmentos de cerámica del sitio La Caleta, pero los análisis actuales sugieren que incluso si está presente en la Caleta esto no sea un fenómeno extendido para toda el área.

2. La fase Punta Cana se ha considerado la más temprana de la edad cerámica en el este de la República Dominicana y presenta fechas de radiocarbono muy tempranas para la región, consideramos que nuevas excavaciones en el sitio y en general nuevos estudios de este material son necesarios para reevaluar este complejo temprano del este de la República Dominicana y de las Grandes Antillas en general

3. La fase de El Barrio se ha considerado hasta este momento como la manifestación más temprana de la decoración modelada de figuras antropomorfas y zoomorfas con ojos en grano de café, además del uso de rollos pequeños de arcilla para construir extremidades de brazos o piernas. Esta fase se considera similar al Ostiones tardío en El Cabo, Punta Macao y La Iglesia y puede ser datada entre el 600 y 900 d. C. (aunque quizá comienza ya en el 400 d. C.).

4. El estilo Punta según lo definido por García Arévalo es parte del último ostionoide. Esta fase puede ser asumida entre el 900 y 1 200 d. C.

5. El análisis de cerámica demostró que el supuesto estilo transicional (o el estilo Macao) es característico de la cerámica local temprana Boca Chica. La expresión de elementos particulares como las asas triangulares formadas en D, se pueden observar en diversos momentos en el tiempo pero es una parte integrada de los complejos Boca Chica tempranos. Esta fase puede ser datada entre 1 200 y 1 400 d. C.

6. En suma, los estudios de cerámica en los cuatro sitios confirman la existencia de tres momentos en las ocupaciones, caracterizadas por una cerámica temprana ostionoide, una cerámica ostionoide tardía y una cerámica de estilo Boca Chica. La similar ocurrencia de estilos en varios sitios sugiere que esto no es un fenómeno aislado, y es expresión de una situación cultural en la parte este de la República Dominicana (ver tabla 3).

NOTAS

¹ Un trabajo de uno de los autores del presente artículo (Jorge Ulloa) donde se esgrime y demuestra la existencia de dos fases de ocupación en este sitio a partir del análisis de una muestra de más de 10 000 fragmentos por el método de la seriación cerámica se encuentra actualmente en proceso editorial por el Museo del Hombre Dominicano como parte de los *proceeding* de un evento realizado en octubre del 2006 organizado por esta institución.

² Se refiere a la clasificación estilística inicial desarrollada por Ortega y Atilés según la clasificación cerámica tradicional, posteriormente se desarrolló una seriación cerámica por Jorge Ulloa cuyos datos y fases delimitadas pueden ser consultados en la obra de Ortega, Atilés y Ulloa (2003) *Arqueología de la Iglesia de Macao*.

³ En el caso de La Iglesia de Macao y Punta Cana inicialmente solo fue posible el rango BP para la fechas pues no teníamos los datos necesarios en cuanto a tipo de muestra a fines de obtener y desarrollar los procedimientos de calibración, los que posteriormente nos fueron facilitados por el Dr. Marcio Veloz Maggiolo.

⁴ Es importante señalar que esta atribución de fechado no tiene un sostén cronológico basado en análisis de C14 sino en una simple apreciación basada en la supuesta presencia del propio estilo saladoide, el que sí ha sido definido dentro de este rango

para otras áreas antillanas. Ninguna de las fechas de C14 obtenidas para Macao afirma esta cronología.

Por otro lado es importante aclarar que la supuesta presencia saladoide en Macao es referida en el informe de campo de las últimas excavaciones realizadas en el sitio (Atilas 2004) así como en parte del informe final de los trabajos realizados (Museo del Hombre Dominicano 2004) al momento de referenciar las ocupaciones detectadas en el mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Atilas, Gabriel (2004): "Excavaciones Arqueológicas de Punta Macao. Informe de Campo" (Inédito). Museo del Hombre Dominicano, 30 de mayo.
- Le Booy, Theodoor de (1917): *Pottery from certain caves in eastern Santo Domingo*. American Anthropologist N.S., XVII, Wisconsin, Menasha.
- Casa, Fray Bartolomé de Las (1967): *Apologética Historia de las Indias*. t. I, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F.
- Ortega, Elpidio (1978): "Informe sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la región este del país, zona de costera desde Macao a Punta Espada" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 11, Año VII, Santo Domingo, Editora Taller, septiembre.
- Ortega, Elpidio, Gabriel Atilas y Jorge Ulloa (2003): *Arqueología de La Iglesia de Macao*. Academia de Ciencias de la República Dominicana, Santo Domingo.
- _____ (2003): "Informe de las Investigaciones Arqueológicas en Macao. Provincia La Altagracia" (inédito). Academia de Ciencias de la República Dominicana, octubre.
- Rainey, Froelich G. (1940): *Scientific Survey of Porto Rico and the Virgin island*. Vol. XVIII, part. 1, Academy, febrero 13.
- Rouse, Irving y Louis Allaire (1979): "Cronología del Caribe" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No.12, Año VIII, Santo Domingo, Editora Taller.
- Luna Calderón, Fernando (1996): "El cementerio aborigen de Punta Cana" en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*, M. Veloz y Á. Caba Fuentes, eds., Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón y Organización de los Estados Americanos.
- Museo del Hombre Dominicano (2004): "Informe del proyecto de excavaciones de rescate arqueológico en la zona Punta Macao, provincia Altagracia, Higüey" (inédito) Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.
- Nadal, Joaquín (2004): "Palinología de Punta Macao" (inédito), Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, República Dominicana.
- Tavárez, Clenis (2006): "Informe de Antropología Física del cementerio de Macao" (inédito). Ponencia presentada en la reunión de la IACA, Trinidad y Tobago.
- Veloz, Marcio (1972): *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singapur, Mc Graw-Hill Far, Eastern Publishers Ltd.
- Veloz, Marcio y Elpidio Ortega (1972): "El poblamiento Indígena de Macao" en *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singapur, Mc Graw-Hill Far, Eastern Publishers Ltd.
- Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Angel Caba Fuentes (1981): *Los modos de vida meillacoides*. Santo Domingo, Editora Taller.
- Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Renato Rímoli (1996): "Los inicios de la agricultura en la isla de Santo Domingo" en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*, M. Veloz y Á. Caba Fuentes, eds., República Dominicana, Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón y Organización de los Estados Americanos.
- _____ (1993): *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Ediciones del Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.



ORO, GUANINES Y LATÓN. METALES EN CONTEXTOS ABORÍGENES DE CUBA

**ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
MARCOS MARTINÓN-TORRES
JAGO COOPER
THILO REHREN**



Encontrar un nuevo camino a las Indias, difundir la fe cristiana y conseguir beneficios económicos derivados del contacto con Asia eran los objetivos del viaje que llevaría a Colón a su encuentro con el Nuevo Mundo. Las precisiones en el aspecto comercial, reflejadas en las Capitulaciones de Santa Fe, señalan al oro como una de las principales mercancías para conseguir, aspecto que ayuda a entender el detenimiento con que Colón explica en su diario de navegación las pesquisas desarrolladas por los europeos en torno a ese metal.

En este texto (Colón 1961) aparecen las primeras referencias sobre el empleo de metales entre los aborígenes de Las Antillas, tema frecuentemente abordado en otras obras de la época y en los documentos relativos al proceso de conquista y colonización del área. Para el caso de las Antillas Mayores, la imagen europea al respecto se construyó básicamente desde informaciones obtenidas en La Española (isla compuesta por las actuales republicas de Haití y Dominicana) y se asume como propia de la llamada cultura taína (Rouse 1992: 5). Su análisis y contrastación con la escasa evidencia arqueológica disponible (Vega 1987, Oliver 2000), plantea un panorama de fuerte inserción de los metales en la parafernalia ceremonial y en los ornamentos usados por la elite, refrendado por diversos elementos de tipo religioso y mitológico.

La revisión de datos etnohistóricos y arqueológicos que aquí presentamos, discute peculiaridades del uso de metales entre los aborígenes de Cuba y valora, apoyándose en las consideraciones antes referidas y en otras informaciones de la época, uno de los ejemplos más significativos de manejo aborígen de metales en la isla: el de El Chorro de Maíta.

METALES Y MUNDO TAÍNO

Con el término taíno se designan a diversas comunidades de base lingüística aruaca y fuerte tradición agrícola y cerámica, que al momento del arribo hispano ocupaban las Bahamas, la mayor parte de las Antillas Mayores y algunos espacios de las Antillas Meno-

res (Rouse 1992: 5). Aunque su validez es cuestionable en muchos sentidos, la denominación resume la existencia de un contexto de proximidad cultural, a nivel antillano, que permite cruzar la información de distintas islas para explicar situaciones que parecen tener un alcance general.

Los europeos comentan el uso, por estas comunidades, de objetos de oro y piezas elaboradas sobre una aleación de oro, cobre y plata llamada *guanín*. Hay solo una referencia sobre el empleo de plata y Las Casas (1965: 226), citado por Vega (1987: 39), opina que no disponían de minas de este metal ni de tecnología para explotarlo, afirmación ajustada a lo que conocemos de la arqueología y la geología de estas islas. Existen datos sobre uso del cobre (Vega 1987: 37) aunque escasos e imprecisos y tal vez, en ciertas situaciones, originados erróneamente por la observación del *guanín*.

El oro puro se conocía en la mayor parte de La Española como *caona*, aunque también se registran los términos *tuob* o *nozay* (Vega 1987: 39). Se obtenía en afloraciones naturales o en los aluviones de los ríos, y en la mayoría de los casos se trabajaba martillándolo hasta preparar láminas que ocasionalmente se repujaban. Las láminas servían para elaborar objetos de adorno corporal como pendientes, orejeras y narigueras, o se insertaban sobre pectorales y cinturones. También podían formar parte de imágenes religiosas y de implementos rituales y de lujo, donde eran incrustadas en determinados puntos de alto valor simbólico (Oliver 2000: 204).

Según las referencias reunidas por Vega (1987: 37-38, 42-44, 49-50) el *guanín* era un “oro muy bajo y encobrado”, de color ligeramente morado; los aborígenes percibían en él un olor especial y lo preferían al oro reconociéndolo como algo extremadamente valioso. Aprovechando esta situación, los europeos llegaron a traerlo de otras zonas para cambiarlo por oro en La Española (Bray 1997, Oliver 2000). Arqueológicamente ha logrado comprobarse que su uso en las Antillas Mayores se remonta a comunidades anteriores a los taínos (Siegel y Severin 1993: 76). Su empleo era similar al del oro aunque su elaboración parece no haber sido local, pues los aborígenes de Las Antillas no dominaban las técnicas de fundición necesarias para producir esta aleación (Vega 1987: 38) y no existen datos arqueológicos sobre hornos donde pudiera ejecutarse el proceso (Siegel y Severin 1993: 77). Vega (1987: 43) cita la opinión de Rivet y Arsandoux (1946) sobre el posible origen guyanés¹ de las piezas vistas entre los taínos, que tendrían su equivalente



Figura 1. Mapa de los sitios con reporte de metal.

en el *karakoli* de los caribes y en la *tumbaga* colombiana, y desarrolla la idea (Vega 1987: 44) de que era un material obtenido a partir de contactos con el continente.

En varias descripciones sobre el ajuar de los caciques o jefes taínos —hay amplia información sobre La Española y referencias sobre Jamaica y Puerto Rico— resalta la presencia del *guanín* y el oro, en contraste con la imagen sencilla que trasciende sobre el taíno común (Oliver 1998: 67). En la documentación de la época se destaca el control ejercido sobre estos recursos por los niveles de jefatura (Moscoso 1986: 463), y la forma en que los insertaban en los atributos del poder (Oliver 2000: 205). En el origen foráneo del *guanín* y en la limitada disponibilidad determinada por esta situación, esta una de las causas de su gran valor, circunstancia que al parecer se relaciona con el notable papel que ocupa en los datos mitológicos asociados al mundo taíno (Pané 1990). Arrom (1975: 154) reconoce su valor religioso y poder mágico, al ubicar su presencia en importantes pasajes mitológicos relacionados con el origen de prácticas sociales como la exogamia y la prohibición del incesto. Oliver (2000: 209-215) ofrece un análisis más detallado de estos pasajes y establece el sentido del *guanín* como un principio sagrado donde se mezcla la idea del olor especial del metal, los elementos brillantes residentes en los astros y en el mundo natural, con la noción del día, la masculinidad y la jefatura, en contraste con el principio aportado por el oro (*caona*) que se relaciona con la noche, lo femenino, profano, poco oloroso y de

colores apagados. *Guanín* es, más allá del propio metal, un concepto unificador de los símbolos del poder caciquil que además de los mismos metales (*caona, guanín*), incorpora plumajes, cuentas de piedra y concha, y pinturas corporales, en un despliegue de luminosidad, color y olor dirigido a impresionar los sentidos del taíno común (Oliver 2000: 214). Como principio rebasa los límites físicos para convertirse en una metáfora de lo divino y lo celestial inherente al poder, a la capacidad de mediar entre el mundo natural y sobrenatural y por tanto en un elemento que legitima la autoridad de los caciques e indica su origen sagrado (Oliver 2000: 214).

Los hallazgos de metales en contextos arqueológicos de las Antillas no son frecuentes debido, sobre todo, a la intensidad del saqueo español. Su incorporación al registro arqueológico es mínima pues piezas tan valiosas no se dejaban en contextos domésticos o se desechaban, y en pocos casos se consumían en el ritual funerario. El análisis de las referencias documentales (Oliver 2000: 197-198) indica que una proporción considerable de estos metales y de otros ornamentos de los caciques no eran enterrados con estos cuando morían. Se redistribuían entre caciques aliados asistentes a las exequias, para mantener los vínculos de apoyo, por tal

Tabla 1. Objetos de metal encontrados en sitios arqueológicos aborígenes de Cuba

Sitio y datos de ubicación del objeto	Forma	Medidas	Tipo de metal estimado	Análisis de Composición	Datos sobre cronología del sitio	Referencias
La Rosa de Los Chinos. Provincia Ciego de Ávila.	Lámina alargada con perforación en uno de sus extremos (pendiente)	Largo: 24 mm Ancho: 6 mm Grueso: 0.2 mm	Oro u oro, cobre y plata	No	No tiene evidencias de contacto con los europeos	(Mesa 1989)
Toma del Agua. Provincia Sancti Spiritus	Lámina en forma de pétalo con perforación en un extremo (pendiente)	Largo: 12 mm Ancho: 10 mm Grueso: menos de 1 mm.	Oro	Microscopio electrónico de barrido. Torres (2006).	No tiene evidencias de contacto con los europeos	(Pérez, Silva y Álvarez 2004: 44 – 46) Torres (2006).
El Martillo. Provincia Granma	Lámina	Largo: 35 mm Ancho: 7 mm Grueso: menos de 1 mm.	Oro	No	No tiene evidencias de contacto con los europeos	(Yero et al 2003: 24).
Esterito. Provincia Holguín	Lámina con perforación en uno de sus extremos (pendiente)	Largo: 13 mm Parte más ancha: 5 mm Parte más estrecha: 4 mm Grueso: menos de 1 mm.	Oro	No	En superficie pieza europea 500 ± 100 A. P., SI -350; madera carbonizada 550 ± 100 A. P., SI -349; madera carbonizada (Pino 1995)	(Guarch 1988). Torres (2006).
El Paraíso Provincia Santiago de Cuba	Lámina con perforación en un extremo. Líneas repujadas (pendiente)	Largo: 14 mm Ancho: 7 mm Grueso: 0.25 mm	Oro	No	No tiene evidencias de contacto con los europeos 1130 ± 150 A. P. (Pino 1995)	(Ulloa 2000: 118 – 120).
Laguna de Limones Provincia Guantánamo	Pendiente en lámina		Oro	No	Tiene evidencias de contacto con los europeos 640 ± 120 A. P., SI -348; madera carbonizada. (Pino 1995)	(Guarch 1988:168). Torres (2006).
Santana Sarmiento Provincia Holguín	Figura antropomorfa no laminar	Largo: 48 mm	Oro u oro, cobre y plata	No	No tiene evidencias de contacto con los europeos	(Miguel 1951: 158 - 168) (Guarch 1988:168).

Continuación de la tabla 1.

El Boniato. Provincia Holguín	Pendiente en lámina con elementos repujados.	Largo: 21 mm Ancho: 9 mm Gruoso: menos de 1 mm.	Oro, cobre y plata	FRX Valcárcel (2002a)	No tiene evidencias de contacto con los europeos. 670 ± 70 A. P., Beta - 148958; madera carbonizada. Valcárcel (2002).	Valcárcel y Rodríguez (2005) Valcárcel (2002a)
Potrero de El Mango. Provincia Holguín	Lámina de forma oval	Largo: 14 mm	Oro	No	Montículo con material europeo. 810 ± 80 A. P., Y - 206; madera carbonizada. (Pino 1995) 880 ± 60 A. P., Beta - 148961; madera carbonizada. 620 ± 60 A. P., Beta - 148961; madera carbonizada. Valcárcel (2002).	(Rouse 1942: 144, 184).
El Morrillo. Provincia Matanzas	Lámina en forma de pétalo con perforación en su extremo más delgado. (pendiente)		Oro	No	590 ± 90 A. P., SI - 353, madera carbonizada. (Pino 1995)	Torres (2006).
Loma del Aite. Provincia Las Tunas	Lámina en forma redondeada con perforación cerca del borde. (pendiente)		Oro	No		Garrido (2006)
El Chorro de Maita. Provincia Holguín	1 - Cascabel 2 - 4 pendientes laminares 3 - Cabeza ornitomorfa 4 - cuenta esférica hueca 5 - 2 cuentas cilíndricas 6-Tubos	Consultar Guarch (1988; 1996).	(1 - 4) Oro, cobre y plata. (5) Oro (6) Latón	Microscopio electrónico de barrido. FRX Guarch (1996) Valcárcel (2002a) Martinón y asociados (2007).	Evidencias de contacto con los europeos. 360 ± 80 A.P., Beta-148955; restos óseos humanos. 870 ± 70 A.P., Beta- 48956; restos óseos humanos. 730 ± 60 A.P., Beta- 148957; madera carbonizada Valcárcel (2002).	Guarch (1996) Valcárcel (2002a) Valcárcel y Rodríguez (2005) Martinón y asociados (2007).
Alcalá. Provincia Holguín	1- 2 laminas 2- Tubos		(1) Oro, cobre y plata (2) Latón.	Microscopio electrónico de barrido. FRX Valcárcel (2002a) Martinón y asociados (2007)	Evidencias de contacto con los europeos.	Valcárcel (1997; 2002 a) Martinón y asociados (2007).
San Antonio del Sur. Provincia Guantánamo.	Lámina irregular con perforación en un extremo (pendiente)		Oro u oro, cobre y plata	No		Torres (2006).
El Yayal Provincia Holguín	Láminas con perforación	Consultar Domínguez (1995: 64).	Latón	No	Evidencias de contacto con los europeos.	Domínguez (1995: 64).

Tabla 2. Composición metálica de tubos encontrados en El Chorro de Maíta y Alcalá. Datos tomados de Valcárcel (2002a), estudios en el CEADEN y Martínón y asociados (2007), estudios en el Instituto de Arqueología (IoA), Londres.

Muestra	No. Esqueleto	Laboratorio	Fe (%)	Ni (%)	Cu (%)	Zn (%)	Ag (%)	Sn (%)	Au (%)	Pb (%)
M2E1	25	CEADEN		-	93.2	6.0	0.15	0.54	-	
M3	84	CEADEN			81.8	17.8	0.080	0.15		
M1E2	94	CEADEN	0.9	-	84.1	4.5	0.1	6.3	-	4.0
M4E2	69	CEADEN	0.7	-	89.0	4.9	0.1	1.8	-	3.5
M5	69	CEADEN	1.4	0.8	85.8	4.1	0.2	1.5	-	6.0
M6	25	CEADEN	0.6	0.1	93.6	2.3	0.2	0.1	-	2.9
M7*	57	CEADEN	0.4	-	81.7	14.9	0.05	0.03	-	2.8
CMP6*	57	(IoA)	0.3	0.3	72.0	26.1				1.3
M9*	101	CEADEN	0.5	-	83.3	11.7	0.06	0.04	-	4.4
CMP12*	101	(IoA)	0.3	0.4	80.1	18.8		-		0.5
M11		CEADEN	0.5	-	87.1	11.9	0.1	0.3	-	-
M12		CEADEN	0.8	0.2	75.3	15.8	0.1	1.4	-	6.3
M13		CEADEN	0.7	-	92.1	5.1	0.1	0.1	-	1.9
M18E3	94	CEADEN	1.24	-	85.0	2.6	4.5	3.8		2.3
M19		CEADEN	0.6	-	81.0	8.1	5.0	3.2		2.7
M20		CEADEN	0.5	0.1	82.0	10.7	3.8	2.2		1.0
M21	69	CEADEN	0.8	0.3	79.0	8.5	5.3	2.9		3.5
M22		CEADEN	0.7	-	89.0	9.7	-	-		0.6
M23	84	CEADEN	1.1	0.1	77.0	15.0	3.5	2.2		1.1
CMP4	69	(IoA)	0.2	0.7	82.8	15.6		0.7		Tr
CMP5	25	(IoA)	0.4	0.1	81.2	18.2		-		0.3
MA16		CEADEN	0.1	0.1	91.6	8.1				
MA17*		CEADEN	0.7	0.2	84.0	14.0				0.8
ALP13*		(IoA)	0.3	0.3	79.2	18.3		0.2		1.7

* la misma muestra estudiada en los dos laboratorios.

M, ME y CMP (muestras de El Chorro de Maíta); MA y ALP (muestras de Alcalá) Tr (Trazas del elemento)

razón permanecían en circulación y fueron accesibles en su mayor parte a los europeos.

Con los españoles arribaron nuevos metales que en algunos casos se incorporaron a la sociedad aborigen. Los hallazgos arqueológicos de metal europeo asociado a presencia aborigen y

manejado en forma de láminas como el oro y el *guanín*, en muchas ocasiones para ser usadas como adornos corporales, están relacionados básicamente con cobre, bronce y, en la mayoría de los casos, con latón (Vega 1987: 31-34).

Según Diego Álvarez Chanca (1977: 93), para los aborígenes los bienes europeos tienen similar valor que las imágenes de sus deidades y como estas entran en el ámbito de lo sagrado, en el mundo de *turey*. Este término puede designar diversos objetos europeos, sin embargo, algunos investigadores (Vega 1987: 35; Oliver 2000: 198) lo relacionan particularmente, siguiendo diversas referencias históricas, con el latón. Para Oliver (2000: 198) la traducción más apropiada del término *turey* es "la parte brillante del cie-

lo, excluyendo las nubes".

Bartolomé de Las Casas (1965: 281) citado por Vega (1987: 36), precisa que en el latón los aborígenes percibían un olor especial, de la misma manera que ocurría con el *guanín*. Tenía también un brillo y colorido similares, y lo remoto de su origen (España), y lo

peculiar de sus proveedores (los seres inmortales recién llegados), hacían de él un metal especial, cargado de valores sagrados. Estas circunstancias lo aproximan al *guanín* (Oliver 2000: 199) y determinan su rápida inserción en el simbolismo del poder, donde los metales eran tan importantes. Se abre así una demanda análoga a la del *guanín*, aprovechada por los europeos para cambiar latón por oro puro.

CUBA. DATOS ETNOHISTÓRICOS Y ARQUEOLÓGICOS

En Cuba las informaciones etnohistóricas sobre uso aborígen de metales son mínimas y en todos los casos se refieren a grupos agricultores con fuertes vínculos con la llamada cultura taína. Colón (1961: 78) menciona un aborígen con una nariguera que parecía de plata y Las Casas (1965: 215), citado por Vega (1987: 49), habla del uso de una pieza de oro con similar propósito. La referencia más completa la aporta Diego Velásquez (Pichardo 1971: 68), quien recoge la historia de dos mujeres españolas que viven un tiempo con los aborígenes de la provincia de la *Havana*, y que cuentan como estos martillaban granos de oro sobre piedras de río para hacer *guanines*. En este caso el término *guanín* parece funcionar como una denominación que generaliza el concepto de lámina. Las mujeres creían que el oro había sido obtenido por los aborígenes en ese mismo río.

El reporte arqueológico de objetos metálicos fabricados o usados por los aborígenes (figura 1, tabla 1) indica, sin embargo, una popularidad y representatividad territorial de tales prácticas, que dista mucho de la visión documental. Al menos 14 sitios arqueológicos ofrecen evidencias al respecto. La mayor parte de ellos se ubica en el oriente de Cuba, sin embargo, los hay también en el centro, e incluso en la parte occidental (figura 1).

Aunque solo se han realizado estudios adecuados de composición en cuatro sitios (Guarch 1996, Valcárcel 2002a, Torres 2006; Martín-Torres *et al.* 2007; ver tablas 2 y 3), valoraciones basadas en métodos menos precisos señalan una amplia presencia de objetos de oro (tabla 1). Ha podido comprobarse, al menos en una pieza, que las láminas usadas se obtuvieron martillando granos de este metal (Torres 2006: 58). Se trata generalmente de pendientes de pequeño tamaño (entre 12 y 20 mm de largo) con formas geométricas simples (circulares, rectangulares, petaloides), que en ocasiones muestran líneas repujadas (figura 2). Es notoria la escasa presencia de láminas que pudieran haber formado parte de incrustaciones.

En algunos casos estos pendientes han sido hallados en zonas de basurales aunque en el sitio El Martillo, se encontró una lamina de oro junto a un esqueleto (Yero *et al.* 2003: 24). Pese a que la cronología de estos objetos es poco precisa, el hecho de que uno de ellos se localice en el sitio agricultor más temprano de Cuba, El Paraíso (tabla 1), sugiere que la fabricación de estos artefactos pudo ser muy antigua y se mantuvo hasta el arribo europeo, como refiere la crónica.

En El Chorro de Maíta, relacionado con un conjunto de objetos que quizás formaban uno o varios collares, y que incluían *guanines*, cuentas de perlas y de cuarcita, aparecieron dos cuentas cilíndricas de oro (tabla 3, figura 4), de solo 2 mm de diámetro, probablemente elaboradas usando pepitas de origen aluvial (Martín-Torres *et al.* 2007: 196-97). Son las únicas piezas de oro que no mantienen el patrón laminar —se crearon con un alambre que fue doblado y martillado—, lo que posiblemente se deba a que siguen tipologías no antillanas, como los objetos metálicos con los cuales se relaciona.

Hasta el momento solo se ha probado la presencia de *guanines* (8 piezas) en tres sitios arqueológicos: El Boniato (Valcárcel 2002 a), El Chorro de Maíta y Alcalá (Guarch 1996, Valcárcel 2002a, Martín-Torres *et al.* 2007); ver tabla 3 y figura 3. Por su tipología los *guanines* de El Chorro de Maíta parecen ser de procedencia colombiana. La pieza principal de este conjunto, una cabeza ornitomorfa, resulta muy similar a cabezas relacionadas con pectorales taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta (figuras 5 y 6), según opinión de la especialista del Museo del Oro de Colombia, Juanita Saenz Samper (comunicación personal a Valcárcel 2005, Oliver 2000: 201, nota 37). Saenz Samper también ve similitudes del cascabel² y los pendientes laminares con materiales colombianos. Solo la cuenta esférica (figura 5a) no tiene hasta el momento una identificación precisa en este sentido.

El *guanín* de El Boniato es un pendiente laminar trapezoidal, con un repujado de líneas rectas y círculos concéntricos (figura 3a) mientras que la lamina de Alcalá, fragmentada en dos partes (figura 3c), pudiera haber pertenecido a una pieza mayor cuya función aún no se ha establecido.

Por su coloración es posible que los pendientes hallados en La Rosa de los Chinos (Ciego de Ávila) y en San Antonio del Sur (Guantánamo) también pudieran ser *guanines* (figura 2f y 3b). Otro objeto de gran interés, que sigue tipologías colombianas

Tabla 3. Composición metálica de láminas y cuentas de El Chorro de Maíta, Alcalá y El Boniato. Datos tomados de Valcárcel (2002a), estudios en el CEADEN y Martín y asociados (2007), estudios en el Instituto de Arqueología (IoA), Londres

Tipo de Objeto	Muestra	Laboratorio	Fe (%)	Ni (%)	Cu (%)	Zn (%)	Ag (%)	Sn (%)	Au (%)	Pb (%)
Microcuenta Esqueleto 57. El Chorro de Maíta	M2E2	CEADEN	5.2	5.2	7.3	-	7.0	0.7	74.5	-
Microcuenta Esqueleto 57 El Chorro de Maíta	CMP3	(IoA)			1.3		5.2		93.4	
Pendiente laminar Esqueleto 57. El Chorro de Maíta	CMP1	(IoA)			47.9		12.6		39.5	
Pendiente laminar Esqueleto 57. El Chorro de Maíta	CMP2	(IoA)			55.1		10.0		34.9	
Lámina con perforación. El Chorro de Maíta	M8	CEADEN	0.2		98.9	0.1	0.1			0.7
Lámina. Alcalá	ALP15	(IoA)			57.2		6.3		36.5	
Lámina. Alcalá	ALP14	(IoA)			56.8		6.6		36.7	
Pendiente laminar El Boniato	M1	CEADEN			x		x		x	

(x Presencia del elemento).

(Bray 1997: 50, Oliver 2000: 201) y parece entrar en el concepto de *guanín*, es una figura antropomorfa, posiblemente un pendiente, encontrada en el sitio Santana Sarmiento (figura 7). No conocemos que su composición haya sido estudiada con profundidad. Se ha considerado que fue fundida en oro de 10 kilates, y que pudiera ser una aleación compuesta por un 40 por ciento de oro y el resto de cobre (Miguel 1951, Patiño 1951: 188). Por su forma es muy similar a pendientes de *tumbaga* alta —aleación con predominio

del oro sobre el cobre (Falchetti 1995: 38)— citados por Falchetti (1995: 105, figuras 45c y e) como provenientes de las llanuras del Caribe colombiano y relacionados con la orfebrería zenú.

A diferencia de los objetos de oro, dispersos por todo el país, la mayoría de las piezas de *guanín* se hallan en el nororiente de la isla. Aquellas de clara tipología colombiana, se encontraron en sitios que están muy próximos, en el área de Yaguajay, Banes (figura 1). Santana Sarmiento se halla unos 3 kilómetros al este de El

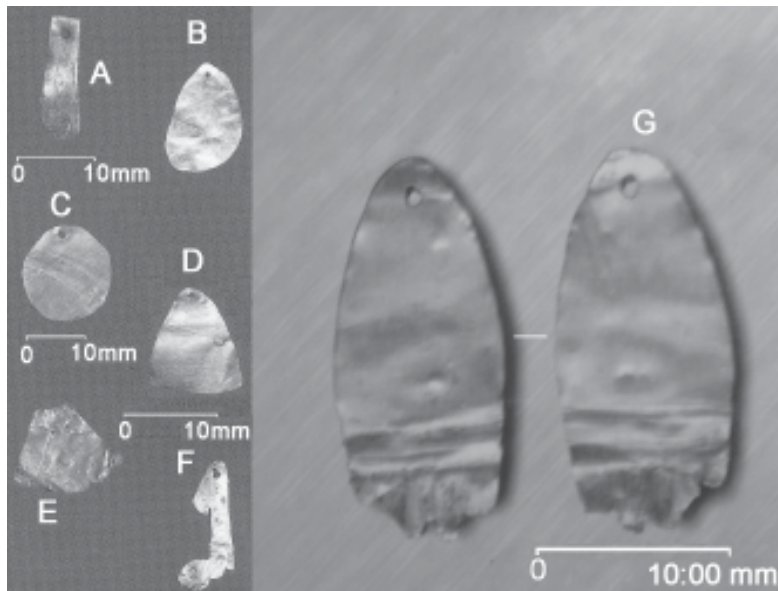


Figura 2. Fotos de objetos de oro. A- Esterito, B- El Morrillo, C- Loma del Aite, D- Toma del Agua, E-Laguna de Limones, F-San Antonio del Sur. Imágenes tomadas de Torres (2006: 57). G-El Paraíso. Imagen tomada de Ulloa (2000).

Chorro de Maíta y El Boniato solo 500 metros al norte. Aunque el esqueleto que portaba *guanines* en El Chorro de Maíta, también posee objetos europeos, por lo que pudiéramos estar ante una importación realizada por españoles, no se puede negar de manera definitiva la posibilidad de una entrada precolombina y un traspaso generacional de los objetos, ya que el sitio tiene áreas relacionadas con esa etapa. En el caso de El Boniato la fecha disponible remite a contextos usados en el siglo XIII d.n.e. (ver tabla 1) y no se relaciona con el estrato donde se obtuvo el *guanín*. Sin embargo, dada su proximidad a El Chorro de Maíta, no podemos descartar que este sitio pudiera tener un momento de ocupación poscolombina. Más allá de la cronología parece haber cierta unidad en el proceso de distribución de estos objetos y en los acontecimientos que la generan, la cual refiere vínculos entre los sitios y, considerando el manejo que de ellos hacia la elite aborigen, acciones desarrolladas por esta o para incidir sobre ella.

En El Chorro de Maíta, en un área de acumulación de desechos, se localizó una lámina de cobre con una perforación (figura 8, tabla 3) que pudo constituir un pendiente; hasta el momento

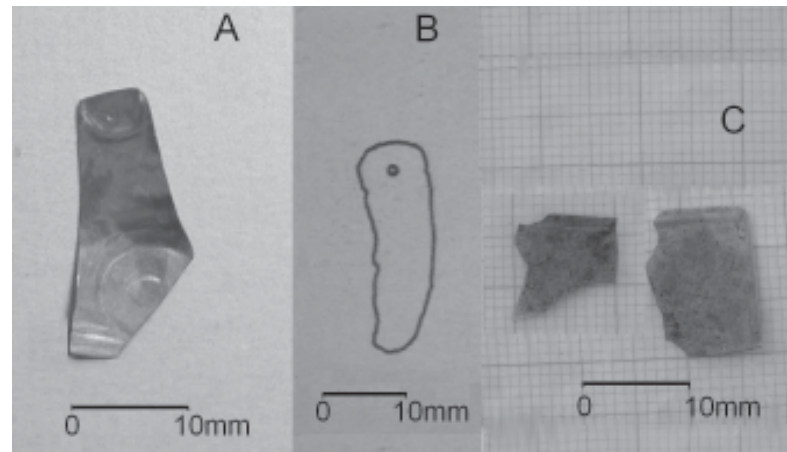


Figura 3. Fotos de *guanines*. A-El Boniato, B-Rosa de los Chinos. Dibujo tomado de Mesa (1989). C- Alcalá.

se desconoce la proveniencia del metal. En lo que se refiere a materiales europeos la información disponible señala el uso de latón en tres locaciones aborígenes de Cuba (tabla 3). Aunque no ha podido definirse el origen de las láminas usadas como pendientes en El Yayal, esto sí se ha logrado en el caso de los pequeños tubos hallados en Alcalá y El Chorro de Maíta (figura 9a). Su examen (Martín-Torres *et al.* 2007: 199-201) indica una composición similar a la de latones obtenidos por cementación y producidos y comerciados en Europa durante los siglos XV y XVI. En particular, la presencia de trazas de níquel en concentraciones relativamente altas, detectada en estos tubos, es característica del cobre producido en Alemania en ese momento y usado para hacer latón.

Una revisión de la literatura pertinente revela que estos tubos eran elementos empleados en la ropa europea durante el siglo XV y el XVI, conocidos como *agujetas*. Se colocaban en el extremo de los cordones empleados para ajustar las prendas o cerrarlas. Al comprimir la punta del cordón impedían que esta se deshilara y facilitaban su manipulación a la hora de atarlo o enhebrarlo. Según Deagan (2002: 174-175) el uso de cordones fue el método de cierre más común en las colonias españolas hasta la segunda mitad del siglo XVII. En el caso de América se han encontrado *agujetas* en La Isabela, un sitio del siglo XV en República Dominicana, y en sitios del siglo XVI como Santa Elena y San Agustín, en Estados Unidos (Deagan 2002: 174-175). También han sido halladas en el

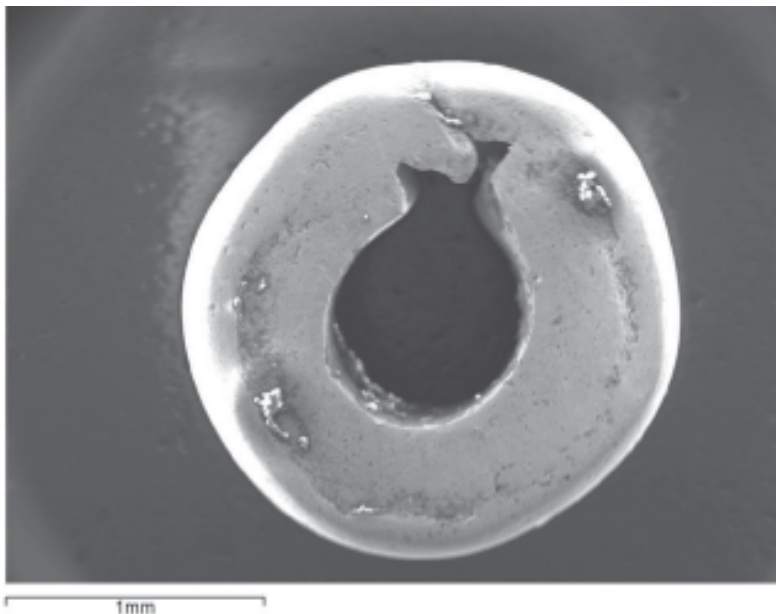


Figura 4. Foto de cuenta de oro. El Chorro de Maíta.

Fuerte San Juan, en Puerto Rico (Moore *et al.* 2004), en Jamestown, en Estados Unidos (Kelso y Straube 2004: 173-174), y en la Habana Vieja, Cuba (Arrazcaeta, comunicación personal a Valcárcel, 2005). Son raras después de 1650 y no han sido reportadas en contextos del siglo XVIII (Deagan 2002: 174-175). Deagan (2002: 175, figura 8) proporciona imágenes de agujetas halladas en San Agustín, con formas y dimensiones muy similares a las de El Chorro de Maíta y Alcalá.

En Alcalá los tubos aparecieron en zonas de basurales, pero en El Chorro de Maíta se hallaban junto a los entierros, al igual que los *guanines* y las cuentas de oro. Se trata tanto de una oportunidad excepcional para valorar elementos del manejo de metales, como de una situación en la que los metales ayudan a entender aspectos de la sociedad aborigen y su interacción con los europeos.

EL CHORRO DE MAÍTA

El sitio arqueológico El Chorro de Maíta se localiza a 4 kilómetros de la costa norte, en la ladera este del cerro de Yaguajay, cerca de numerosos asentamientos pertenecientes a la llamada Área Ar-



Figura 5. Fotos de guanines. El Chorro de Maíta. A-dibujo de esfera de *guanín*, tomado de Guarch (1994).

queológica de Banes (Valcárcel 2002: 26). Reporta (Rouse 1942: 103-106, Guarch 1994) abundante material arqueológico aborigen y numerosos objetos de uso ceremonial y adorno corporal, elaborados en piedra, hueso y concha. Entre 1986 y 1987 (Guarch 1988: 162) personal del Departamento de Arqueología de Holguín descubrió un espacio con enterramientos, de 2000 metros cuadrados, gran parte del cual se excavó. Por la elevada densidad de restos humanos y la especialización funeraria del lugar, esta zona ha sido considerada un cementerio (Guarch 1996: 20), el único reportado hasta el momento en sitios de aborígenes agricultores en Cuba.

La investigación del Departamento de Arqueología de Holguín y los posteriores trabajos relacionados con el material colectado, se han concentrado en el contexto funerario. Fuera de este solo se ejecutaron excavaciones limitadas. Al norte del cementerio, en la unidad de excavación No. 2, se ubicó un basural con restos de fauna y abundantes fragmentos de cerámica, establecido sobre lenticulas de ceniza y carbón pertenecientes a un fogón. Otro fogón, también vinculado a un pequeño basural, apareció en el borde este de la zona funeraria (Unidad No. 5). Por la abundancia de restos de fauna asociada a estos fogones y por el hallazgo en ellos de útiles culinarios como vasijas y burenes de barro, artefacto este último usado para cocer alimentos y elaborar tortas de casabe a partir de la masa de la yuca (*Manihot utilissima*), se puede considerar que constituían áreas de procesamiento de alimentos, las cuales Guarch (1996: 16) asume como parte de las zonas habitacionales de una aldea aborigen que debió rodear al cementerio.

Al oeste del cementerio, muy cerca de este, se excavó una unidad (No. 6) que también muestra una acumulación de desechos de fauna y cerámica aborígen. Aquí se encontró además la lámina de cobre que ya hemos referido (figura 8), y un fragmento de mayólica redondeado y perforado. Cerca de esta área se localizó una vasija de cerámica con caracteres muy similares a los de las piezas elaboradas en Concepción de la Vega, poblado fundado por Colón en La Española y que tuvo su época de mayor auge entre 1510 y 1526 (Guarch 1994: 37-38). Este espacio y el de la unidad 6 reportan restos de mayólica Columbia Plain verde sobre blanco y blanco uniforme, fragmentos de loza común vidriada de los tipos Melado y Bacín Verde, y abundantes restos de botijuela en su “tipo temprano”; también se hallaron numerosos huesos de cerdo doméstico (*Sus scrofa*). Los tipos de cerámica europea referidos para la Unidad 6 fueron hallados también en otras excavaciones y en diversas partes del sitio.

Del cementerio se extrajeron de manera controlada 106 esqueletos aborígenes.³ También se halló un entierro intrusivo contemporáneo, material óseo humano posiblemente aborígen, incompleto y disperso, además de un cráneo masculino al que algunos investigadores atribuyen rasgos europoides (Rivero *et al.* 1990: 85) y cuya situación estratigráfica permite relacionarlo cronológicamente con inhumaciones aborígenes (Guarch 1994: 28, 1996: 22). Hay información (Guarch *et al.* 1987: 25, 1996: 16) de que dos años antes de la excavación del Departamento Centro Oriental de Arqueología, vecinos del lugar habían encontrado en el área del cementerio alrededor de 17 esqueletos aborígenes.

No se ubicaron entierros secundarios y se determinó la existencia de una gran variedad de posiciones de entierro aunque predominan los cuerpos en decúbito supino, con las piernas flexadas (Guarch 1996: 18-19). El estudio de 106 esqueletos aborígenes colectados por el Departamento Centro Oriental de Arqueología (Valcárcel y Rodríguez 2005: 134) establece la presencia de 20 niños, 6 adolescentes, 35 adultos masculinos, 43 adultos femeninos y 2 adultos de sexo no definido. Rodríguez Arce (Guarch *et al.* 1987: 31-36, Guarch 1996: 17-20) reporta la existencia, en la mayoría de los cráneos conservados, de la deformación fronto-occipital tabular oblicua propia de los grupos agricultores. Guarch (1996: 21) señala que algunos cráneos de subadultos y el de un adulto (No. 45), no estaban deformados.



Figura 6. A-Foto de *guanín* de El Chorro de Maíta. B-Pieza colombiana similar. Foto cortesía de Juanita Saenz Samper.

MATERIALES RELACIONADOS CON LOS ENTIERROS

Cerca de algunos entierros aparecieron fragmentos, pequeños y aislados, de cerámica aborígen o europea y en ocasiones huesos de cerdo o conchas de moluscos marinos, sin embargo, en la mayoría de los casos este material parece intrusivo (Guarch 1988: 163).

En varios esqueletos se hallaron objetos de adorno corporal de gran valor en el mundo aborígen (Valcárcel y Rodríguez 2005: 139). Un esqueleto muestra orejeras de cuarcita y otro, orejeras de resina vegetal (Guarch 1996: 21). En uno se encontró una cuenta de vértebra de pescado en proceso de elaboración y en otros siete se ubicaron collares o brazaletes, elaborados con cuentas de piedra, en la mayoría de los casos de cuarcita, o con cuentas de resina vegetal y de un material que se cree sea coral (Guarch 1996: 22). En el esqueleto No. 57 aparecieron, en un notable despliegue suntuario, cuentas de cuarcita, coral y perla, además de las piezas de oro y *guanín* antes mencionadas (tabla 1, figuras 4 y 5).

En 17 esqueletos (Valcárcel y Rodríguez 2005: 137), incluidos algunos con otras piezas (No. 57 y No. 84), se localizaron agujetas de latón europeo, formadas por una lámina enroscada de unos 0,3 mm de espesor. Los ejemplares completos reportan dimensiones promedio de 29 mm de largo con un diámetro de 2 mm en su parte más estrecha y de 3 mm en su parte más ancha (Martín-Torres *et al.* 2007: 199-200). En el esqueleto No. 25, cinco de estos tubos están relacionados con un disco metálico recubierto de un tejido de algodón (Guarch 1996: 20); ver figura 9b. Además de estos materiales, se ubicaron algunos fragmentos de tela en el entierro No. 57 (Guarch 1996: 22), y parte de un hueso

humano con muescas, colocado cerca del entierro No. 31, junto al cual también se halló una *agujeta*.

El empleo de las *agujetas* no está claro en algunos sentidos. Su ubicación en los esqueletos indica que originalmente se hallaban en las muñecas, cerca del cuello y el pecho, o próximos a la cintura. Estos son sitios del cuerpo donde los aborígenes portaban ornamentos pero también son zonas donde la vestimenta europea del siglo XVI utilizaba cordones con *agujetas*.

Las *agujetas*, desvinculadas de las prendas de vestuario, fueron empleadas por los españoles para el trueque con los aborígenes. Hay numerosas menciones sobre *agujetas* en los datos del primer viaje colombino y en muchos casos se refieren como un material de intercambio muy popular entre los aborígenes junto a cuentas de vidrio, anillos de latón, cascabeles y vidrio y loza rota (Deagan y Cruxent 2002: 154-155). Chanca (1977: 92) también las señala para el segundo viaje y existe un ilustrativo comentario de Las Casas (1965: 281), citado por Vega (1987: 36), donde se precisa el sentido del interés aborigen por estas piezas: "Toda cosa de latón estimaban en más que otra ninguna, y por eso, por un cabo de agujeta, daban sin dificultad cuanto en las manos tenían, llamabanle turey, como a cosa del cielo, porque al cielo llamabanle turey".

Una situación que emerge independientemente de la presencia o no de ropa con *agujetas*, es la evidencia de reutilización de esos tubos que supone el adorno del esqueleto No. 25. Aquí las *agujetas* se desvinculan de la ropa y se unen a un disco metálico cubierto de tejido obteniéndose un objeto ubicado en una zona del cuerpo tradicionalmente ornamentada por los aborígenes y que parece seguir estructuralmente sus tipologías tradicionales. Bajo las rodillas los aborígenes usaban cuerdas de algodón que rodeaban la pierna formando una gruesa faja. Tubos de ámbar y oro suspendidos de cinturones de algodón (Alegría 1980: 22-23) son descritos en La Española donde también existían ornamentos formados por piezas de oro y *guanín*, en algunos casos discos, incrustados en una base de algodón (Alegría 1980: 12).

La reutilización de las *agujetas* para elaborar el adorno del esqueleto No. 25 sugiere un reconocimiento del valor del metal en el que están hechas. Esto va más allá del simple atesoramiento del objeto; parece haber una intencionalidad que remite al simbolismo del latón y determina el reconocimiento y uso del metal de *turey*, y la incorporación de las formas europeas a un diseño aborigen. Este



Figura 7. Foto de pieza de Santana Sarmiento.

adorno se halla junto a los restos de un hombre que en vida debió ser muy robusto y cuya estatura (172,3 cm) lo distinguía notablemente en una comunidad donde la altura promedio de los hombres parece no haber sobrepasado los 159 cm (Rodríguez 2003: 87, 90). Desde este dato posiblemente nos encontramos ante un ornamento destinado a una persona especial, detalle que de alguna manera indica también la importancia del adorno.

El hecho de que en otros esqueletos se hallen, además de las *agujetas*, ornamentos u objetos que singularizan o pudieran atribuir un estatus elevado a estas personas, apoya tal posibilidad. Junto al esqueleto No. 31 fue enterrado un hueso humano con marcas que, según Guarch (1996: 21), pudiera remitir a algún tipo de culto animista. El esqueleto No. 84 muestra un collar de cuentas de coral y el esqueleto No. 57, perteneciente a una mujer, porta *guanines* y otros elementos probablemente relacionados con la diversidad, colorido y brillo, propios del atuendo de los caciques.

METALES, SOCIEDAD ABORIGEN E INTERACCIÓN HISPANO-ABORIGEN EN EL CHORRO DE MAÍTA

La identificación de las *agujetas* amplía el universo de objetos europeos (*agujetas-ropas*) al que tuvieron o pudieron tener acceso los aborígenes enterrados en el cementerio y permite establecer procesos de reutilización de estos objetos según códigos simbólicos nativos. Proporciona, por otro lado, un valioso referente cronológico y cultural para reevaluar aspectos del uso del cementerio, que incluyen ciertas prácticas funerarias y la misma temporalidad de las inhumaciones.

El caso más evidente en este sentido es el de los entierros en posición extendida. En las Antillas Mayores esta posición es inusual entre aborígenes agricultores. Predomina la posición flexada que, dada su persistencia y frecuencia, debió estar fuertemente relacionada con las creencias religiosas de estas comunidades. En los establecimientos europeos tempranos, por el contrario, la posición extendida se usa incluso para los aborígenes, como ocurre en La Isabela, República Dominicana (Guerrero 1999: 108) y en Puerto Real, Haití (Marrinan 1995: 179). Se trata de una posición típicamente cristiana que considera, como en cierta medida ocurre en estos lugares, el siguiente esquema: cuerpo tendido boca arriba con las piernas extendidas, manos cruzadas sobre el pecho o el abdomen, y orientación de los cuerpos en la dirección oeste-este de manera que el individuo, al despertar en el día del Juicio Final, pueda ver el rostro de Dios en el Oriente (Parker Pearson 2003: 6).

En El Chorro de Maíta la mayoría de los 14 entierros extendidos reportados, se acercan bastante a los parámetros del ritual cristiano. Es significativo que en 6 de estos entierros aparezca latón. Esto supone un patrón bastante consistente que establece una definida relación entre la posición extendida y la influencia

européa. El reporte de latón en casi la mitad de los entierros extendidos da un referente cronológico y cultural importante y complementa un panorama donde, además de la incorporación de elementos materiales foráneos, se está verificando el abandono de prácticas de gran arraigo cultural y la incorporación de usos funerarios nuevos.

La validación de la relación entre la posición extendida y las influencias europeas, incrementa la cantidad de inhumaciones verificadas con posterioridad al arribo hispano. Si consideramos todos los entierros extendidos que no poseen latón y siguen dos o más de los elementos del patrón funerario cristiano (6), y los sumamos a todos los entierros con latón (17), tendríamos un total de 23 entierros poscolombinos.

En este contexto de fuerte manejo poscolombino del cementerio y de modificaciones en las prácticas funerarias locales, la ausencia de deformación craneana es un elemento que se hace más comprensible. Aunque solo dos individuos no deformados poseen latón, estando extendido solo uno de ellos, es poco probable que los otros siete casos sin deformar sean accidentales. La ausencia de deformación parece responder a cambios generados por la relación con los europeos y señala un número aun mayor de entierros poscolombinos. Se trata de una situación con implicaciones culturales serias pues la deformación funcionaba como un elemento de identificación étnica asociado a las creencias de estas comunidades y a sus concepciones de tipo estético y ritual (Crespo 2000: 227-230).

El cambio en el ritual funerario, el empleo de prácticas cristianas y el abandono de caracteres culturales como la deformación craneana, debieron estar relacionados, en alguna medida, con el fomento entre los aborígenes, de las creencias religiosas cristianas, actividad que constituía uno de los elementos básicos del proyecto de dominación hispano y que, desde el concepto de evangelización, daba apoyo al control sobre el aborígen y a mecanismos de explotación económica como la encomienda. No sabemos hasta qué punto estos cambios suponen modificaciones reales de la ideología de esas personas y de sus comunidades y la aceptación de las concepciones religiosas hispanas, de hecho muchos entierros pese a reportar latón y referir una inhumación poscolombina aparecen flexados, sin embargo, resulta claro que se produjeron transformaciones notables en el ordenamiento funerario y en las esferas de control de la vida religiosa y política, relacionadas con el vínculo con los europeos.



Figura 8. Foto de lámina de cobre con perforación. Posible pendiente. El Chorro de Maíta.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La existencia de latón en los entierros de El Chorro de Maíta pudiera remitir, entre otras situaciones, a procesos de intercambio de objetos, muy poco documentados para Cuba, o a circunstancias de manejo de vestuario por regalo, intercambio o pago de servicios a los europeos. Más allá de este aspecto, la presencia de latón da una visión nueva sobre la intensidad de la relación de esos individuos con los europeos y sobre el impacto que esa relación pudo tener sobre ellos y sus comunidades.

La ornamentación que portan ciertos entierros, marcada por el uso de adornos de diversos materiales entre los que se incluyen metales (oro, *guanín* y latón), sugiere la inhumación de individuos de alto rango (Valcárcel y Rodríguez 2005: 145). El consumo mortuario de objetos que eran de interés europeo, como las cuentas de oro o el mismo *guanín*, pudiera estar relacionado con el trato diferencial que los españoles dieron a los niveles de jefatura ya que el reconocimiento de la importancia política de las elites, caciques

y nitáinos, fue un elemento clave en el ordenamiento de la relación con los aborígenes (Moscoso 1986: 319-324, Deagan y Cruxent 1993: 70). No obstante, es probable que las prerrogativas que aquí parece tener la elite, alineadas con indicios de cierta autonomía, visibles en el mantenimiento de concepciones simbólicas y mortuorias (uso de metal europeo en ornamentos y posiciones de entierro aborígenes), estén también determinadas por una situación de interacción donde aún la presencia europea no ha generado una completa desatirculación de los esquemas sociales locales.

La información de El Chorro de Maíta da alguna luz sobre la existencia de estamentos elitarios donde se manejan metales y que, en el caso cubano, la crónica no trata. Cuando se valora la frecuencia y amplitud del uso de metales a lo largo de la isla este silencio se hace más significativo. Cabe preguntarse hasta qué punto hay un uso moderado de los metales, y El Chorro de Maíta es expresión de procesos de complejización limitados a ciertos espacios de Cuba, o en qué medida se pretende ofrecer una imagen de simplicidad de la sociedad aborígen y sus dirigentes, en un intento deliberado por distorsionar la realidad de la isla. Estudios críticos de las fuentes etnohistóricas europeas han destacado los sesgos de estos textos, que estratégicamente presentan una visión tergiversada y simplificada de las comunidades indígenas (Hulme 1998). Estas limitaciones ponen de relieve la necesidad de investigación arqueológica, que permita arrojar luz acerca de la diversidad interna de las comunidades taínas y su papel activo en el contacto con los europeos.

Más allá del dato documental queda claro que el empleo de metales fue una práctica bien establecida en Cuba y posiblemente muy antigua, que no debe restringirse a comunidades, como las del oriente de la isla, a las que se atribuye un mayor nivel de complejidad social. Es significativo, no obstante, que los patrones de empleo de oro y *guanín* sí tiendan a ser diferenciales.

Aunque potencialmente pudiera haber *guanín* en sitios de la parte central, los reportes bien establecidos son todos de la zona oriental. Es muy probable que los indicios de alta demografía aborígen y procesos de centralización y desarrollo ceremonial, relacionables con estructuras jerárquicas que se notan en Yaguajay y en otras partes de Banes (Valcárcel 1999, Valcárcel y Rodríguez 2005) determinaran la captación de estos objetos. Esta captación o direccionamiento de la entrada de los *guanines*, abre dos posi-

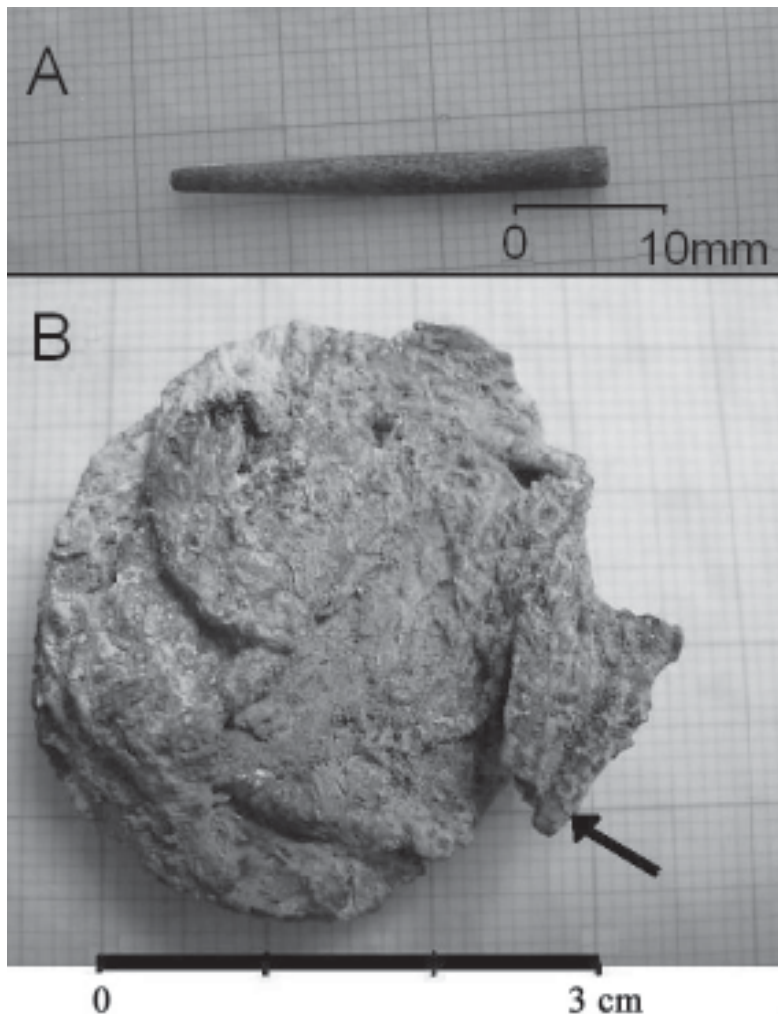


Figura 9. A-Foto de tubo de latón. El Chorro de Maíta. B- Pendiente que usa tubos de latón; esqueleto No. 25. El Chorro de Maíta.

bles explicaciones: la inserción de la élite local en redes precolombinas de intercambio o el interés europeo por incidir sobre esa élite con objetos de alto valor, de la misma forma que ocurrió en La Española y Tierra Firme.

El estudio de asentamientos aborígenes que entraron en contacto con los europeos está permitiendo revelar diferentes respues-

tas y modos de actuación, como la apropiación selectiva de ciertos materiales y comportamientos, y la transformación simbólica de elementos europeos. En esta perspectiva los metales ayudan a descubrir la diversidad interna de las sociedades locales y su papel activo en los procesos de interacción con los europeos.

Agradecimientos

Deseamos agradecer las sugerencias, comentarios e informaciones aportadas por José Oliver y John Merkel del Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres; Salvador Rovira del Museo Nacional de Arqueología, en Madrid; Juanita Saenz Samper y Roberto Lleras del Museo del Oro, en Colombia; Roger Arrazcaeta, Iosvany Hernández y Osvaldo Jiménez del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana; Antonio Curet de The Field Museum, Chicago; Alex Bayliss, de English Heritage, y Daniel Torres Etayo del Centro Nacional de Conservación y Museología, en La Habana. Ha sido muy valiosa la asistencia técnica de Simon Groom, Kevin Reeves, Stuart Laidlaw y Renata Peters del Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres y el apoyo de los especialistas del Laboratorio de Análisis Químico del Centro de Aplicaciones Tecnológicas y Desarrollo Nuclear del Ministerio de Ciencia Tecnología y Medioambiente en La Habana, de la dirección y el personal del museo El Chorro de Maíta y de la Comisión Provincial de Monumentos en Holguín, así como de la Vicepresidencia Nacional de Monumentos y de la Subcomisión Nacional de Arqueología, en Cuba. La investigación en los Laboratorios de Ciencias Arqueológicas Wolfson y el uso de otras facilidades del Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres fue posible gracias a los fondos aportados por una beca Marie Curie para Etapa Inicial de Formación de Investigadores, contrato MEST-CT-2004-2005-514509.

NOTAS

¹ No hay pruebas concluyentes de producción de esta aleación en Guyana y Venezuela por lo que estas parecen ser zonas receptoras de metal colombiano.

² Para Guarch (1996: 24 nota 11) el cascabel recuerda materiales centroamericanos. Como apoyo a la idea sobre la similitud de este objeto con piezas colombianas es útil consultar a Falchetti (1995 ver figura 84, p. 182). Otras referencias de Falchetti (1995 ver figura 66, p. 143) muestran objetos muy similares a los pendientes laminares de El Chorro de Maíta, aunque esta tipología también aparece en otros lugares de Centro y Suramérica.

³ Según Valcárcel y Rodríguez (2005: 134) la cifra podría llegar a 110 esqueletos aborígenes. Este número se basa en informaciones no confirmadas sobre esqueletos hallados durante las obras de construcción del museo que se estableció sobre el cementerio.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, R. (1980): *Cristóbal Colón y el tesoro de los indios de La Española*. Santo Domingo, Ediciones Fundación García Arévalo.
- Álvarez, D. (1977): "Carta de Diego Álvarez Chanca" en *El segundo viaje de descubrimiento*. Compilado por F. Portuondo, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

- Arrom, J. J. (1975): *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. México, Siglo XXI Editores.
- Bray, W. (1997): "Metallurgy and Anthropology: Two Studies from Prehispanic America" en *Boletín Museo del Oro*. No. 42.
- Casas, B. de Las (1965): *Historia de Las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Cassá, R. (1992): *Los indios de las Antillas*. Madrid, Editorial Mapfre.
- Colón, C. (1961): *Diario de Navegación*. La Habana, Publicación de la Comisión Cubana de la UNESCO, Tipografía Ponciano, S. A.
- Crespo, E. F. (2000): "Estudio comparativo biocultural entre dos poblaciones prehistóricas en la Isla de Puerto Rico: Punta Candellero y Paso del Indio". Disertación doctoral inédita, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Deagan, K. (2002): *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. Vol. 2, Portable Personal Possessions, Washington, Smithsonian Institution Press.
- Deagan, K. y J. M. Cruxent (2002): *Columbus's Outpost Among the Taínos. Spain and America at La Isabela, 1493-1498*. New Haven y Londres, Yale University Press.
- Domínguez, L. (1995): *Arqueología colonial cubana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Falchetti, Ana M. (1995): *El oro del gran Zenu. Metalurgia prehispánica en las llanuras del Caribe colombiano*. Bogotá, Banco de la República.
- Garrido, R. (2006): "Arqueología en la cuenca del Chorrillo" en *Ciencia y Cultura*. No. 29.
- Guarch, J. M. (1988): "Sitio arqueológico El Chorro de Maíta" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. No. 17.
- _____ (1994): *Yaguajay, Yucayeque, Turey*. Holguín, Publicigraf.
- _____ (1996): "La muerte en las Antillas: Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 1.
- Guarch, J. M., C. Rodríguez y R. Pedroso (1987): "Investigaciones preliminares en el sitio El Chorro de Maíta" en *Revista de Historia*. No. 3.
- Guerrero, J. (1999): "Contacto indohispánico temprano en Santo Domingo: una lectura histórica y arqueológica" en *El Caribe Arqueológico*. No. 3.
- Hulme, P. (1986): *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean 1492-1797*. Londres, Routledge.
- Kelso, W. M. y Straube, B. (2004): *Jamestown Rediscovery 1994-2004*. Virginia, The Association for the Preservation of Virginia Antiquities.
- Margeson, S. (1993): *Norwich Households: The Medieval and Post-Medieval Finds from Norwich Survey Excavations 1971-1978*. East Anglian Archaeology Report No. 58, Norwich, Norwich Survey/Norfolk Museums Service.
- Marrinan, R. A. (1995): "Archaeology in Puerto Real's. Public Sector: Building B", en Puerto Real: *The Archaeology of a Sixteenth-century Spanish town in Hispaniola*. K. Deagan, ed., Gainesville, University Press of Florida.
- Martinón-Torres, M., R. Valcárcel, J. Cooper y T. Rehren (2007): "Metal, microanalysis and meaning: a study of metal objects excavated from the indigenous cemetery of El Chorro de Maíta, Cuba" en *Journal of Archaeological Science*. No. 34.
- Mesa, I. (1988): *Carta Informativa*. No. 115, Época II La Habana, Departamento de Arqueología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Miguel, O. (1951): "El primer ídolo de oro precolombino encontrado en Cuba" en *Revista de Arqueología y Etnología*. Nos. 13-14.
- Moore, D. G., R. A. Beck Jr. y C. B. Rodning (2004): "Joara and Fort San Juan: Culture Contact at the Edge of the World" en *Antiquity*. Vol. 78, No. 299, Project Gallery [<http://antiquity.ac.uk/ProjGall/moore/index.html>] [accessed 01.06.2005]
- Moscoso, F. (1986): *Tribu y clases en el Caribe antiguo*. Santo Domingo, Ediciones de la Universidad Central del Este.
- Oliver, J. R. (1998): *El centro ceremonial de Caguana, Puerto Rico. Simbolismo iconográfico, cosmovisión y poder caciquil taíno en Borinquén*. BAR International Series 727, Oxford, British Archaeological Reports.
- _____ (2000): "Gold Symbolism among Caribbean Chiefdoms. Of Feathers, Cibas, and Guanín Power among Taíno Elites" en *Precolumbian Gold. Technology, Style and Iconography*. Colin McEwan, ed., Londres, Published for The Trustees of the British Museum by British Museum Press.
- Pané, R. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Parker Pearson, M. (2003): *The Archaeology of Death and Burial*. Phoenix Mill, Sutton Publishing.
- Pérez, R., Silva, S. y O. Álvarez (2004): "Elementos superestructurales aborígenes en el sitio Toma del Agua" en *Revista Siga La Marcha*. No. 17.
- Pichardo, H. (1971): *Documentos para la Historia de Cuba*. T. I, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Rivero, M., C. Rodríguez y M. Montero (1990): "Estudio de un cráneo europeo encontrado en el sitio aborígen de El Chorro de Maíta,

- Yaguajay, Banes, Provincia de Holguín, Cuba” en *Revista de Historia*. No. 1.
- Rivet, P. y H. Arsandoux (1946): *La Metallurgie en Amerique Precolombienne*. Musée de l'Homme.
- Rodríguez, C. (2003): “Estimación de la estatura de los esqueletos del cementerio aborigen de Chorro de Maíta, Holguín, Cuba” en *El Caribe Arqueológico*. No. 7.
- Rouse, I. (1942): *Archaeology of the Maniabón Hills, Cuba*. New Haven, Yale University Press.
- _____ (1992): *The Taínos. Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*. New Haven y Londres, Yale University Press.
- Siegel, P. E. y K. P. Severin (1993): “The First Documented Prehistoric Gold-copper Alloy Artefact from the West Indies” en *Journal of Archeological Science*. No. 20.
- Torres, D. (2006): *Táinos: Mitos y realidades de un pueblo sin rostro*. México, Editorial Asesor Pedagógico, S. A. de C. V.
- Ulloa, J. (2000): “El pie de oro de El Paraíso” en *El Caribe Arqueológico*. No. 4.
- Valcárcel, R. (1997): “Introducción a la arqueología del contacto indohispánico en la Provincia de Holguín, Cuba” en *El Caribe Arqueológico*. No. 2.
- _____ (1999): “Banes precolombino. Jerarquía y Sociedad” en *El Caribe Arqueológico*. No. 3.
- _____ (2002): *Banes precolombino. La ocupación agricultora*. Holguín, Ediciones Holguín.
- _____ (2002a): “Reporte de composición metálica de objetos asociados a entierros en el sitio arqueológico El Chorro de Maíta” (inédito). Departamento Centro Oriental de Arqueología, Holguín.
- Valcárcel, R. y C. Rodríguez (2005): “El Chorro de Maíta. Social Inequality and Mortuary Space” en *Dialogues in Cuban Archaeology*. L. A. Curet, S. Lee y G. La Rosa, eds., Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Vega, B. (1987): “Los metales y los aborígenes de La Hispaniola” en *Santos, shamanes y zemíes*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.
- Yero, J. y otros. (2003): *Catálogo de sitios arqueológicos aborígenes de Granma*. Bayamo, Ediciones Bayamo.



REGISTRO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA ABORIGEN DE CUBA: UNA DISCUSIÓN DE MÉTODOS Y PRÁCTICAS

JAGO COOPER



INTRODUCCIÓN

Geográficamente la nación cubana constituye el 47 % de la masa terrestre del Caribe. En términos arqueológicos este gran espacio reporta algunas de las evidencias más tempranas de colonización humana del área, pues se identifican ocupaciones muy antiguas, como las de los sitios Levisa y Canímar Abajo (Martínez Fuentes *et al.* 2003: 64, Wilson *et al.* 1998), aspecto que realza su importancia para el estudio de la ocupación precolombina en la región. Se ha generado una información de gran amplitud y valor durante más de cien años de investigación arqueológica en la isla (Dacal Moure 2006, Marichal García 1995, Núñez Jiménez 1992: 16), sin embargo, muchos de estos datos no son siempre de fácil acceso dentro de Cuba, ni tienen una adecuada divulgación internacional.

En este artículo se presentan dos acciones de ordenamiento de datos arqueológicos de Cuba, la creación de una base de datos nacional y la compilación de una nueva lista nacional de fechados radiocarbónicos y su calibración. Recurriendo al uso de los SIG y a la elaboración de mapas, se ilustran las posibilidades de análisis que estos ordenamientos ofrecen en la valoración de ciertos aspectos de los patrones de ocupación precolombina, e incluso en la consideración de algunas prácticas de trabajo arqueológico.

SITIOS NACIONALES Y SU REGISTRO

En el número 8 de la revista cubana *Catauro* (2003) el Departamento de Arqueología del Centro de Antropología en La Habana, hoy Instituto Cubano de Antropología, parte del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio ambiente, discute un proyecto en ejecución, para la creación de un Atlas Nacional sobre arqueología de Cuba. Este proyecto se levanta en parte, sobre trabajos anteriores de ordenamiento de la información arqueológica de la isla, que consideran su manejo dentro de un sistema computarizado centralizado. Los resultados de este proyecto que hasta 1996 consideraba 2 155 sitios (Departamento de Arqueología del Centro de Antropología 2003: 202), aún no han sido publicados.

La más reciente versión publicada de una base de datos nacional, se remite a 1995 (Febles Dueñas y Martínez 1995) y circuló en formato digital como parte del CD ROM *Taíno. Arqueología de Cuba* (CEDISAC 1995). Esta obra incluye un censo con datos de 975 sitios arqueológicos y sigue tempranos esfuerzos de investigadores cubanos, como J. Febles Dueñas y A. Rives Pantoja (Febles Dueñas *et al.* 1987, Rives Pantoja *et al.* 1991), para informatizar los datos arqueológicos en Cuba. Aunque este censo ha envejecido pues sus datos se refieren a la información disponible hasta 1990, aún constituye el más completo resumen publicado sobre sitios cubanos. El censo incluye categorías de información recogidas en modelos predefinidos. Es posible acceder a la información de cada sitio pero resulta limitada la posibilidad de obtener datos a partir de preguntas correlativas. La mayoría de los sitios dispone de coordenadas cartográficas pero es difícil tener acceso a muchos de los mapas que se refieren y la actual localización de algunos sitios no resulta suficientemente conocida.

Además del censo recogido en el CD ROM *Taíno...*, existe un cuerpo sustancial de datos en la literatura arqueológica (Dacal Moure 2006). Esto incluye información de nuevos sitios arqueológicos, excavados después de 1990, así como información suplementaria de aquellos referidos en el censo publicado en 1995. Usando los datos del censo de 1995 y agregando información tomada de la literatura disponible, hemos podido crear una base de datos de 1 061 sitios arqueológicos. Aunque en cantidad de sitios dista mucho de la cifra referida por el Departamento de Arqueología del Centro de Antropología (2003: 202), esta base de datos aporta referencias de gran utilidad que pueden ser manejadas con diferentes métodos y perspectivas.

DISEÑO DE LA BASE DE DATOS Y ORGANIZACIÓN DE LOS DATOS

Se diseñó una base de datos relacional con 41 tablas para la entrada de información referida a la evidencia arqueológica, geográfica y medioambiental. Las categorías de información para cada sitio son, en su mayor parte, dependientes de la misma naturaleza del dato existente. Esta es una limitación de la base de datos en tanto el nivel de detalle de la información disponible varía para cada sitio y los fundamentos usados por los arqueólogos para establecer sus conclusiones no son siempre claros o están bien referenciados.

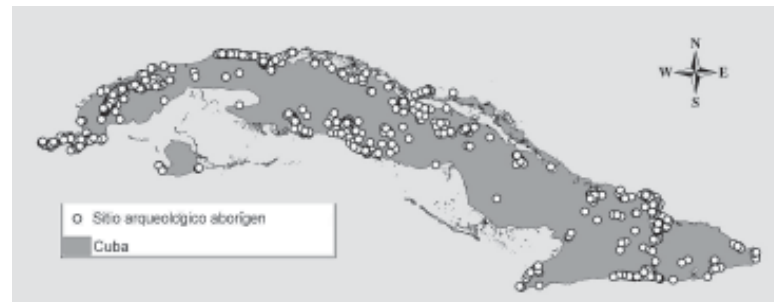


Figura 1. Mapa de distribución de sitios arqueológicos aborígenes en Cuba.

Varias categorías de información están basadas en las categorías preexistentes, establecidas durante el censo de 1995 (Febles Dueñas y Martínez 1995), a fin de disponer de una estructura regularizada que facilitara la comparación entre sitios. La tabla primaria de sitio incluye los siguientes elementos: nombre del sitio, coordenadas, elevación sobre el nivel del mar, provincia, municipio, topografía, tipo de suelo, geología, categorías de artefactos, detalles de los artefactos individuales, clasificación de la forma de subsistencia, economía, fase, período y cronología.

UBICACIÓN DE LOS SITIOS

Se generó un mapa de Cuba usando los datos disponibles, sobre líneas de costa globales, del Centro Nacional de Datos Geofísicos de la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica. Esta proyección proporciona una plantilla nacional sobre la que se realizó la ubicación de los sitios arqueológicos. Se usaron dos métodos para identificar y proyectar la ubicación de 998 sitios arqueológicos: re proyectando las coordenadas geográficas y digitalizando la ubicación de manera puntual (ver figura 1).

En el caso de los sitios con coordenadas conocidas, coordenadas cartográficas o coordenadas cartesianas (latitud y longitud), fue posible su localización usando mapas proyectados en NAD 1927 norte o sur y sus referencias de provincia y municipio, para posteriormente transferirlos al sistema de coordenadas Universal Transversa Mercator (UTM) Sistema Geodésico Mundial (WGS) —UTM WGS 84 17N— usando el programa ESRI ArcGIS.

El segundo método usado para identificar la ubicación del sitio fue producir imágenes escaneadas de alta resolución, de mapas publicados donde se señalan los sitios. Estas imágenes escaneadas fueron entonces georeferenciadas en el mapa ya disponible de

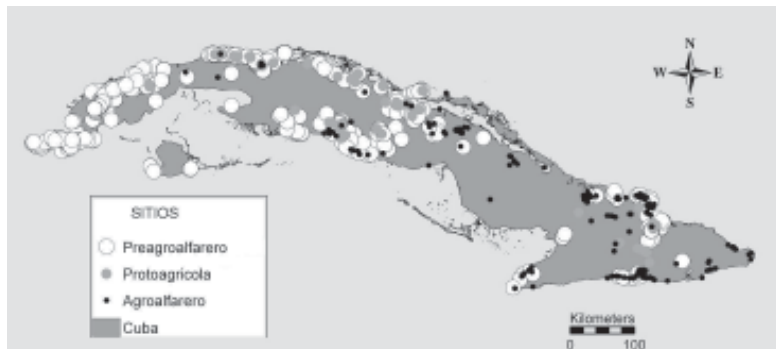


Figura 2. Mapa de distribución de sitios arqueológicos aborígenes según clasificación de Tabío (1984).

Cuba, y el punto de ubicación fue digitalizado manualmente para darle coordenadas x-y en UTM WGS 84. La exactitud de esta ubicación depende de la calidad de los mapas de sitios, por lo que los niveles de confianza en la precisión de la ubicación constituyen un parámetro que también fue recogido en la base de datos.

CLASIFICACIÓN DE LOS SITIOS

Los sistemas de clasificación de sitios arqueológicos en Cuba reflejan la influencia, a lo largo de los años, de diversos enfoques teóricos y metodológicos. Consideraciones importantes al respecto pueden encontrarse en varias publicaciones (Berman *et al.* 2005, Dacal Moure y Watters 2005, Davis 1996, Hernández Oliva y Arrazcaeta Delgado 2004, La Rosa Corzo 2003, Marichal García 1995, Trincado Fontán 2000). Hay dos sistemas de clasificación de sitios que han sido muy usados en las últimas décadas. El primero, establecido por Tabío (1984), se basa en la presencia o ausencia de evidencia arqueológica relacionada con la producción cerámica y la agricultura. Esta clasificación tiene tres categorías:

- Preagroalfarero
- Protoagrícola
- Agroalfarero

El segundo sistema, promovido por Guarch, adoptó un acercamiento económico basado en un análisis más integral de los conjuntos de evidencias de cada sitio (Guarch Delmonte 1990, Guarch Delmonte *et al.* 1995). Él categorizó estos conjuntos desde un enfoque económico, como indicadores de una subsistencia basada



Figura 3. Mapa de distribución de sitios arqueológicos aborígenes según clasificación de Guarch (1990).

en la apropiación o en la producción, estadios generales a los que llamó etapas. Guarch subdividió estas etapas económicas en fases: cazadores, pescadores-recolectores, protoagricultores, para el caso de la etapa de economía de apropiación, y agricultores para la etapa de economía productora. Las fases a su vez fueron subdivididas en variantes culturales según las particularidades siales y regionales, de comportamiento de la cultura material:

- Fase cazadores: variante cultural seboruco.
- Fase pescadores-recolectores: variante cultural Guanahacabibes y variante cultural Guacanayabo.
- Fase protoagricultores: variante cultural Canimar y variante cultural Arroyo del Palo.
- Fase agricultores: variante cultural Damajayabo, variante cultural Bayamo, variante cultural Cunagua, variante cultural Baní y variante cultural Maisí.

Se han discutido ambos sistemas de clasificación durante recientes debates dentro de la arqueología cubana (Godo 1997, La Rosa Corzo 2003, Torres Etayo 2004). Sin embargo, actualmente estos dos modelos siguen proporcionando una estructura de ordenamiento que realmente tiene alcance nacional y que fue usada para clasificar los sitios que nuestra base de datos considera en su gran mayoría.

La proyección espacial de los sitios basada en estos dos métodos de clasificación se ilustra en las figuras 2 y 3. La figura 2, que muestra 983 sitios, indica la ausencia de sitios agroalfareros en el oeste de Cuba. También revela una distribución extendida de sitios

preagroalfareros a lo largo del país con una amplia concentración en la más occidental de las provincias cubanas, Pinar del Río. La discusión sobre esta concentración de sitios preagroalfareros en el oeste de Cuba y su asociación con las referencias etnohistóricas sobre los grupos Guanahatabeyes ha generado un amplio debate en años recientes (Keegan 1994: 271, Keegan 1989). Otra popular hipótesis en la arqueología cubana es que las sociedades con agricultura intensiva y con tradiciones artísticas muy elaboradas se expandieron de oriente a occidente (Guarch Delmonte 1978, Valcárcel Rojas 2002), influenciadas por la interacción con comunidades de La Española. La distribución de sitios agroalfareros, ilustrada en la figura 3, parece apoyar esta hipótesis en tanto se observa un predominio de sitios agroalfareros en el este y en las áreas centrales de la isla.

Es posible que el dato etnohistórico, manejado por los anticuarios del siglo XIX y los arqueólogos del siglo XX, haya influido en esta hipótesis de sociedades agrícolas desarrolladas en el este y sociedades preagroalfareras en el oeste, y que esto se refleje en las perspectivas de exploración y de clasificación de sitios desarrolladas por los arqueólogos. Un ejemplo de esto parece darse en el municipio de Sandino, en Pinar del Río. El hecho de que 90 de los 103 sitios arqueológicos en este municipio estén en cuevas o en abrigos rocosos, levanta la inquietud sobre si este panorama se debe a que los antiguos pobladores del lugar tenían un interés particular en el uso de cuevas, o a que los arqueólogos enfocaron su investigación en este tipo de contexto. Además, queda por ver la relación entre el uso de cuevas y la clasificación de los sitios como preagroalfareros. Para profundizar en estos temas es posible observar la distribución espacial de los sitios y los caracteres de los materiales arqueológicos que estos reportan en lugar de aceptar de manera acrítica las clasificaciones culturales que se les adjudican.

EVIDENCIAS EN LOS SITIOS

Una lista regularizada de categorías de artefactos, que sigue y amplía en algunos aspectos la lista usada en el censo de 1995 (Febles Dueñas y Martínez 1995), se empleó para determinar la naturaleza de las colecciones de cada sitio y proporcionar una base para la comparación entre sitios. Las categorías de descripción de artefactos incluyeron cerámica (con las subcategorías de vasijas, burenes, decoración incisa, decoración aplicada, decoración pin-

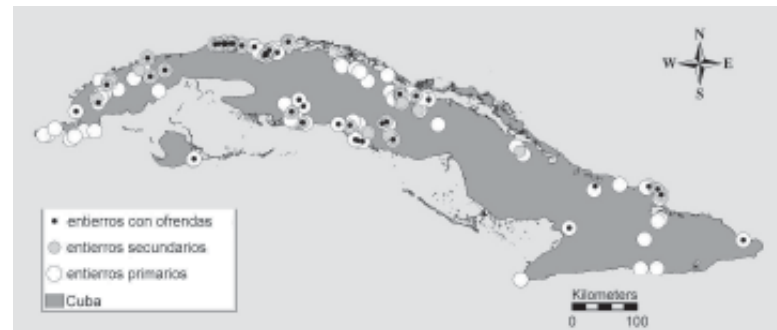


Figura 4. Mapa de tipos de entierro en sitios arqueológicos aborígenes de Cuba.

tada, asas decoradas, cerámica aborígen con influencia europea y cerámica europea), concha (con las subcategorías de restos de fauna, artefactos ornamentales, herramientas para raspar, herramientas cortantes, herramientas de percusión para fracturar y herramientas de percusión para martillar), entierros (con las subcategorías de entierro primario, entierro secundario y entierro con ofrendas), hueso (con las subcategorías de restos de fauna, artefactos ornamentales, hueso trabajado y hueso con marcas de corte), madera (no trabajada, trabajada y artefactos ornamentales), pinturas y materiales tintóreos, metales (aborígen, aborígen no-antillano, europeo), piedra (artefactos de piedra, piedras no trabajadas, artefactos ornamentales, artefactos de piedra pulida, implementos para molienda y martillado y artefactos de piedra tallada) y textil.

La distribución espacial de los sitios, según las diversas categorías mencionadas, muestra que se han encontrado restos humanos en 176 sitios a lo largo de toda la isla (ver figura 4), observándose una amplia distribución de entierros con ofrendas tanto en sitios clasificados como preagroalfareros, en el oeste, como en sitios agroalfareros en el este. Los artefactos de concha y piedra son las categorías de artefactos más comunes en sitios arqueológicos en Cuba y muestran una distribución relativamente uniforme en todo el país. Hay solo un número limitado de sitios donde se ha recuperado madera y textil y los patrones espaciales de distribución parecen reflejar más la influencia de condiciones medioambientales locales que modelos arqueológicamente significativos.

La distribución espacial de sitios con cerámica aborígen se ilustra en la figura 5. Este mapa muestra un modelo amplio de distribución cerámica, similar en los sitios agroalfareros, pero también

muestra un modelo más sutil, de distribución de estilos cerámicos. Parece haber una concentración de estilos con decoración elaborada en el centro y oriente de Cuba. Hay evidencia de hallazgos de fragmentos de burén en Pinar del Río en el sitio ubicado en el abrigo rocoso Solapa de Nora y en cuatro sitios en cuevas: Cueva del Chino, Cueva de Evaristo, Cueva de la Bibijagua y Cueva de la Pintura. Hay también fragmentos de vasijas en siete sitios en el municipio de Sandino, también en Pinar del Río: Cueva de Paulino, Cueva de Bolondrón, Cueva de la Viuda, Cueva del Resguardo, Cueva del Negro, Cueva de la Pintura y Cueva del Agua. Todos estos sitios en Pinar del Río, son clasificados como *preagroalfareros* o de la fase pescadores-recolectores, asociándoseles con el guanahatabey. Esta presencia cerámica sugiere la posibilidad de procesos culturales diversos relacionados con el uso de estos espacios, e incluso, hipotéticamente, pudiera contradecir las clasificaciones establecidas para esos sitios o al menos proponer otras alternativas de interpretación a la luz de la evidencia registrada.

CRONOLOGÍA RADIOCARBÓNICA

Las determinaciones radiocarbónicas existentes para sitios arqueológicos en Cuba son potencialmente útiles para entender el contexto temporal de la ocupación precolombina. Los fechados pueden servir para establecer cronologías de los sitios tanto absolutas como relativas, sin embargo, su manejo supone aspectos metodológicos que pueden limitar la validez de la asociación directa entre la fecha y el contexto arqueológico o la misma comparación entre diferentes fechas. Las determinaciones del sitio Vega del Palmar, en Cuba, se recogen en el primer volumen del *Journal Radiocarbon* en 1959 (Deevey *et al.* 1959) lo que ilustra el uso de este tipo de fechamiento durante más de 45 años en la arqueología cubana. Durante este período, pocas determinaciones parecen haber sido calibradas (Ulloa Hung y Valcárcel Rojas 2002, Wilson *et al.* 1998), siendo común que las fechas sean citadas desde fuentes bibliográficas secundarias o terciarias. Esta repeti-

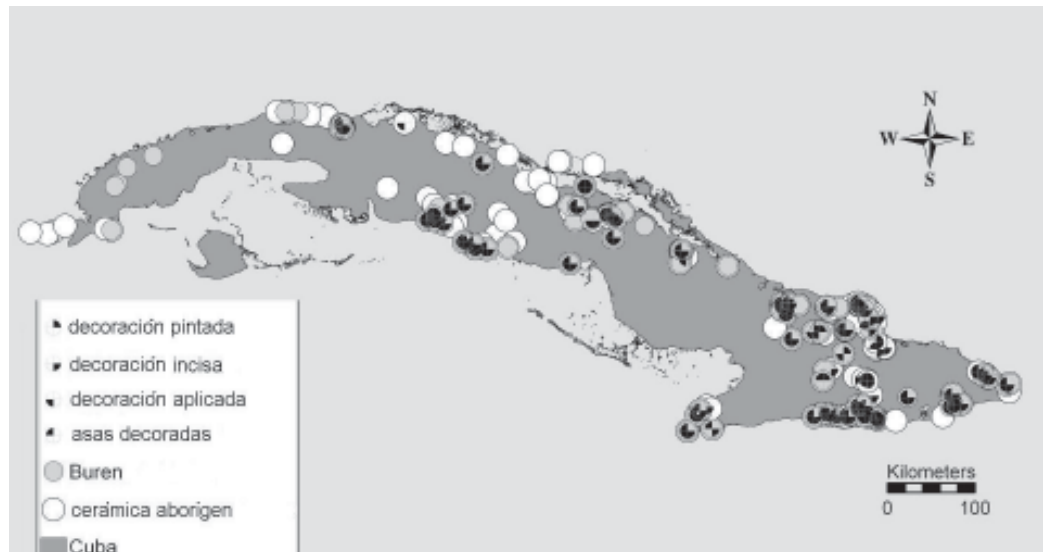


Figura 5. Mapa de presencia de cerámica en sitios arqueológicos aborígenes de Cuba.

ción no siempre es un hecho explícito y el significado atribuido a las fechas a menudo no queda claro. Por otro lado muchas de estas dataciones se refieren en la literatura arqueológica sin la información requerida para desarrollar una adecuada interpretación, es decir, carecen de referencias sobre procedencia arqueológica, tipo de material datado, dónde y cuándo fue datado, si fue calibrada la fecha, con que métodos, y cuáles son sus márgenes de error. Sin datos tan importantes como estos, muchas fechas no pueden usarse para proporcionar una indicación fiable de cronología del sitio.

Recientemente se han hecho esfuerzos por establecer algunas normas para el uso del fechamiento radiocarbónico en la arqueología caribeña (Fitzpatrick 2006), sin embargo, antes que estas normas puedan implementarse en Cuba es necesario disponer de listas actualizadas de los fechados radiocarbónicos de la isla. Con este fin se ha realizado una revisión de la literatura disponible en este sentido (Deevey *et al.* 1959, Godo Torres 1994, Jardines Macias y Calvera Roses 1999, Jouravleva y González 2000, Kozłowski 1974, Martínez Fuentes *et al.* 2003, Mielke y Long 1969, Navarrete Pujol 1990, Pazdur *et al.* 1982, Pendergast *et al.* 2002, Pino 1995, Rankin Santander 1994, Stuckenrath y Mielke 1973, Trincado

Fontán y Ulloa Hung 1996, Ulloa Hung y Valcárcel Rojas 2002, Valcárcel Rojas 2002, Vinogradov *et al.* 1968, Wilson *et al.* 1998), la cual permitió obtener datos sobre 140 fechamientos (ver tabla 1 en Anexos).

La tabla 1 muestra que 135 de las 140 determinaciones radiocarbónicas que hemos podido recopilar para Cuba tienen la información contextual necesaria para usarlas en la identificación de la cronología de sitios. Varios de los laboratorios donde se fecharon muestras arqueológicas de Cuba, como Gliwice (GD-624) en Polonia, Leningrado (LE-4290) y Vernadsky (MO-399) en Rusia, estaban en el antiguo campo socialista. La historia y los métodos de estos laboratorios son poco conocidos en Europa y América del Norte (Taylor 1987: 168), sin embargo, las publicaciones de determinaciones radiocarbónicas de estos laboratorios parecen indicar que usaron métodos fiables y que sus análisis estuvieron sujetos a los chequeos interlaboratorio, para verificar normas internacionales, iniciados en los años sesenta (Pazdur *et al.* 1982, Vinogradov *et al.* 1968).

El uso de determinaciones radiocarbónicas obtenidas en los momentos iniciales de desarrollo de esta técnica, impone ciertas consideraciones metodológicas. La muestra Y-465, de Vega del Palmar, fue obtenida en 1956 y datada antes de 1959. Este relativamente temprano fechamiento podría indicar que en su obtención se usó el rango de vida media de Libby y no el Cambridge. Tal situación supone un error potencial que se debe tener en cuenta al aumentar el error de laboratorio referido a la fecha en 3 %, basándose en la diferencia entre los dos cálculos de vida media (Higham 2005). Para 1970, los efectos del fraccionamiento isotópico en las determinaciones radiocarbónicas eran bien conocidos entre la comunidad científica pero se consideraba que estos habían sido bastante menores y los laboratorios aumentaron el margen del error solo en ± 80 años (Barker 1970: 39). Para 1977 los procedimientos para considerar el fraccionamiento isotópico, basado en el $\delta^{13}C$ de muestras individuales, fueron bien establecidos (Stuiver y Polach 1977: 356). Sin embargo, debe asumirse que los fechados anteriores a este año no consideran el fraccionamiento isotópico para aumentar los márgenes de error del laboratorio. Los estudios indican que el fraccionamiento isotópico de hecho puede llevar a errores aun más grandes que los que originalmente fueron estimados al fechar muestras de carbón (Taylor 1987: 122). Este amplio error potencial debe tomarse en cuenta

cuando se considera el uso de determinaciones radiocarbónicas anteriores a 1977.

El contexto arqueológico de las muestras tomadas para fechados radiocarbónicos, detallado en la tabla 1, aporta información útil para la interpretación de estas. Por ejemplo, el fechado más temprano de Cueva de la Lechuza, muestra LE-4283, no parece ser corroborado por las numerosas fechas obtenidas en niveles estratigráficos más profundos del sitio. Como se discutió anteriormente, numerosos errores potenciales pueden afectar la comparación directa de las fechas radiocarbónicas, sin embargo, es necesario calibrar tales fechas para disponer de una base más sólida sobre la cual establecer la discusión de la cronología del sitio. Las fechas calibradas, por ejemplo, proporcionan medios más precisos para comparar las determinaciones conseguidas a partir de muestras marinas y terrestres, y también ofrecen una cronología de mayor pertinencia para las comparaciones con fechas históricas tales como 1492 d.C.

DISCUSIÓN DE LA CRONOLOGÍA RADIOCARBÓNICA CALIBRADA

Las fechas fueron calibradas utilizando OxCal 3.8, programa de Oxford Radiocarbon Accelerator Unit. Las muestras terrestres fueron calibradas usando IntCal04. No se dispone de datos isotópicos para las muestras de hueso y el potencial para una dieta marina de los habitantes de El Chorro de Maíta, se consideraron a partir de la evaluación de la fiabilidad de las fechas Beta-148955 y Beta-148956, desarrollado por Bayliss y asociados (2004). Las muestras de origen marino fueron calibradas usando Marine04 (Hughen *et al.* 2004). Datos de los depósitos marinos locales no están disponibles para Cuba y aunque se investigó la información sobre los depósitos marinos regionales, tales referencias no fueron aplicadas a este estudio (Reimer 2005, Reimer *et al.* 2002). Es importante señalar que los problemas metodológicos que rodean el uso de la concha marina deben ser considerados antes de usar muestras de este tipo como evidencia directa de cronología de los sitios (Ascough; Cook y Dugmore 2005; Ascough, Cook, Dugmore *et al.* 2005; Rick *et al.* 2005; Stuiver y Braziunas 1993). Las fechas calibradas para las muestras fueron calculadas con 2 Sigmas y se recogen en la tabla 2.

Los datos calibrados permiten la identificación de varios patrones en la cronología radiocarbónica de la isla aunque aquí solo se

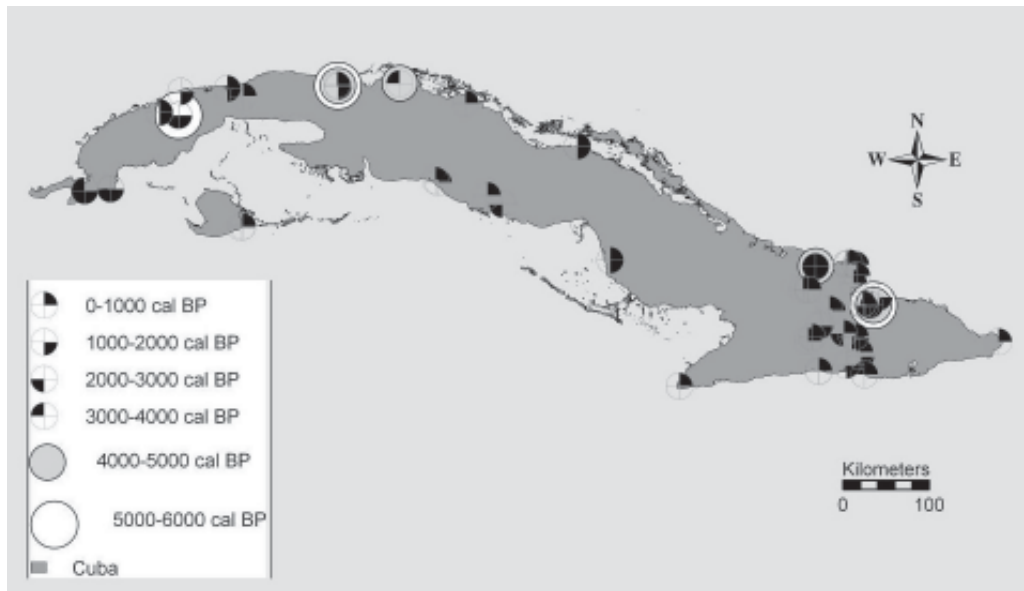


Figura 6. Mapa de distribución de sitios arqueológicos aborígenes en Cuba según su cronología (fechas por milenio según rango superior).

discuten algunos de ellos. La calibración de fechas sobre muestras de concha marina, provenientes de sitios ceramistas tempranos, se muestra temporalmente más cercanas a fechas de carbón terrestre de sitios similares discutidos por Ulloa Hung y Valcárcel (Ulloa Hung y Valcárcel Rojas 2002). Las determinaciones radiocarbónicas de contextos no arqueológicos, no son incluidas en este resumen aunque las calibraciones realizadas proporcionan medios para la comparación interdisciplinaria. Los estudios de cronología sobre la extinción de la megafauna y su relación con la colonización humana han sido un interesante tema de investigación durante muchos años (Koch y Barnosky 2006). Una observación que puede hacerse al respecto, a partir de las fechas calibradas de Cuba, es que las fechas más recientes sobre la supervivencia de dos especies de perezosos en la isla, provenientes de los sitios Cueva Beruvides, *Megalocnus rodens* 7 270-6 010 cal b. p., y Las Breas de San Felipe, *Parocnus Brownii* 6 350-4 950 cal a. p. (Steadman *et al.* 2005: 117), son potencialmente contemporáneas con la evidencia más temprana de colonización humana, fechada en los sitios arqueológicos Cueva de la Lechuza, 6 298-5 746 cal a. p., Levisa 1, 6 288-

5 584 cal a. p. y 5 590-5 300 cal a. p. en Canímar Abajo. Una investigación más extensa es necesaria para generar una muestra más grande de fechas tanto de contextos arqueológicos como paleozoológicos, antes de que puedan reconstruirse los posibles nexos entre el establecimiento humano en la isla y la extinción de la megafauna, de cualquier forma este ejemplo ilustra las ventajas de la calibración de las determinaciones radiocarbónicas.

Al llevar a los mapas la información radiocarbónica calibrada, agrupada por milenios a. p. (ver figura 6), pueden hacerse algunas observaciones interesantes. Las siete fechas más tempranas vienen de cuatro sitios que están localizados en la costa norte de Cuba. Estos fechados están en un rango entre 6 298 y 4 446 cal a. p. Los primeros fechados en aparecer cerca de la costa sur, son los sitios Cueva Funche 4 854-3 994 cal a. p. y

Damayyabo 3 697-3 262 cal a. p., en el oeste y en el este de la isla, respectivamente. El fechado más temprano de un sitio costero se obtuvo en Cueva 4, 1 292-735 cal a. p., y en Cueva 1, 969-675 cal a. p., ambas en Punta del Este, Isla de la Juventud. La distribución de los sitios con determinaciones radiocarbónicas referidas a los últimos 1 000 años, aparecen a lo largo del oriente y centro de Cuba. No hay ninguna determinación para este período en el occidente. Esta distribución parece similar a la distribución de los sitios con cerámica, clasificados como agroalfareros. No obstante se necesitan más fechamientos para definir si solo estamos ante un panorama determinado por lo limitado de la cantidad de dataciones, o si esta situación es arqueológicamente significativa.

Organizar toda la información disponible sobre determinaciones radiocarbónicas en Cuba y ofrecer una plataforma para proyectar estos datos en términos espaciales, puede facilitar la discusión del establecimiento precolombino en Cuba. Ciento cuarenta fechas para un país tan grande como Cuba y con un período tan largo de ocupación humana es una muestra muy pequeña. Los problemas metodológicos acerca de la comparación entre fechas, discutidos anteriormente, también deben ser tenidos en cuenta

antes de interpretar el significado arqueológico de la comparación entre fechas calibradas.

CONCLUSIONES

La creación de esta base de datos de sitios arqueológicos nacional, que puede ser proyectada sobre un SIG, ofrece una estructura útil para los estudios de arqueología de Cuba. Una revisión de los fechados radiocarbónicos de la isla revela una muestra relativamente pequeña de fechas, sin embargo, esta muestra de fechas calibradas indica una cronología potencial que se extiende entre 6 298-5 746 cal a. p. y la llegada de Colón en 1492 d. C. Esto indica una larga ocupación precolombina y patrones espaciales de distribución de la evidencia arqueológica que cambiaron a través del tiempo. Entender si los cambios en la cultura material reflejan cambios de habitantes o meramente cambios de estilo de vida en las poblaciones preexistentes, requiere un acercamiento comparativo tanto desde el punto de vista arqueológico como biológico. Por otro lado el manejo de estos datos indica la necesidad de reflexionar sobre el hecho de cuánto las estrategias de exploración usadas en el pasado pueden haber influido en las distribuciones de sitios arqueológicos que se pueden observar.

BIBLIOGRAFÍA

- Ascough, P. L., G. T. Cook y A. J. Dugmore (2005): "Methodological approaches to determining the marine radiocarbon reservoir effect" en *Progress in Physical Geography*. Vol. 29, No. 4.
- Ascough, P. L., G. T. Cook, A. J. Dugmore, E. M. Scott y S. P. H. T. Freeman (2005): "Influence of Mollusk Species on Marine Δ Determinations" en *Radiocarbon*. Vol. 47, No. 3.
- Barker, H. (1970): "Critical Assessment of Radiocarbon Dating" en *Philosophical Transactions of the Royal Society of London. Series A, Mathematical and Physical Sciences*. Vol. 269, No. 1193.
- Bayliss, A., P. Marshall y J. Sidell (2004): "A Puzzling Body from the River Thames in London" en *Radiocarbon*. Vol. 46, No. 1.
- Berman, M. J., J. Febles y P. L. Gnivecki (2005): "The Organisation of Cuban Archaeology: Context and Brief History" en *Dialogues in Cuban Archaeology*. L. A. Curet, S. L. Dawdy y G. La Rosa, eds., Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Cooper, J., R. Valcárcel Rojas y P. Cruz Ramírez (2006): "Gente en los cayos. Los Buchillones y sus vínculos marítimos" en *El Caribe Arqueológico*. No. 9.
- Dacal Moure, R. (2006): *Historiografía arqueológica de Cuba*. México, Editorial Asesor Pedagógico.
- Dacal Moure, R. y D. R. Watters (2005): "Three Stages in the History of Cuban Archaeology" en *Dialogues in Cuban Archaeology*. A. L. Curet, S. L. Dawdy y G. La Rosa, eds., Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Davis, D. D. (1996): "Revolutionary Archaeology in Cuba" en *Journal of Archaeological Method and Theory*. Vol. 3, No. 3.
- Deevey, E. S., L. J. Gralenski and V. Hoffren (1959): "Yale Natural Radiocarbon Measurements IV" en *Radiocarbon*. Vol. 1, No. 1.
- Departamento de Arqueología de Centro de Antropología (2003): "Atlas arqueológico de Cuba: una estrategia científica para la investigación y la Conservación del patrimonio histórico aborigen" en *Catauro: Revista Cubana de Antropología*. Vol. 5, No. 8.
- Febles Dueñas, J., J. M. Guarch Delmonte, A. Rives, R. Sánchez y M. Monteagudo (1987): *Censo arqueológico de Cuba por tratamiento computarizado*. La Habana, Folleto, Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Febles Dueñas, J. y A. R. Martínez (1995): "Información censal arqueológica de Cuba" en CD ROM. *Táino: Arqueología de Cuba*. Centro de Antropología y CEDISAC, Colima.
- Fitzpatrick, S. M. (2006): "A Critical Approach to 14C Dating in the Caribbean: using chronometric hygiene to evaluate chronological control and prehistoric settlement" en *Latin American Antiquity*. Vol. 17, No. 4.
- Godo Torres, P.P. (1994): "Industrias de la concha y de la piedra no lascada del sitio arqueológico mesolítico Victoria I, provincia de Camaguey" en *Estudios Arqueológicos*. J. Febles, L. Domínguez, F. Ortega, G. La Rosa, A. Martínez y A. Rives, eds., La Habana, Editorial Academia.
- _____ (1997): "El problema del protoagrícola de Cuba: discusión y Perspectivas" en *El Caribe Arqueológico*. No. 2.
- Guarch Delmonte, J. M. (1978): *El taíno de Cuba: Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- _____ (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Ediciones Holguín.
- Guarch Delmonte, J. M., E. E. Rey Betancourt y J. Febles Dueñas (1995): "Historia aborigen de Cuba" en CD ROM. *Táino: Arqueología de Cuba*. Centro de Antropología y CEDISAC, Colima.
- Hernández Oliva, C. A. y R. Arrazcaeta Delgado (2004): "Prehistoria de Cuba: una propuesta de análisis teórica y metodológico" en *El Caribe Arqueológico*. No. 8.

- Higham, T. (2007): Radiocarbon Web-Info: The Method Accessed 08/05/07. <http://www.c14dating.com/>
- Hughen, K. A., M. G. L. Baillie, E. Bard, J. W. Beck, C. J. H. Bertrand, P. G. Blackwell, C. E. Buck, G. S. Burr, K. B. Cutler, P. E. Damon, R. L. Edwards, R. G. Fairbanks, M. Friedrich, T. P. Guilderson, B. Kromer, G. McCormac, S. Manning, C. B. Ramsey, P. J. Reimer, R. W. Reimer, S. Remmele, J. R. Southon, M. Stuiver, S. Talamo, F. W. Taylor, J. van der Plicht y C. E. Weyhenmeyer (2004): "Marine04 Marine Radiocarbon Age Calibration, 0–26 Cal Kyr BP" en *Radiocarbon*. Vol. 46, No. 3.
- Jardines Macías, J. y J. Calvera Roses (1999): "Estructuras de viviendas aborígenes en Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*. No. 3.
- Jouravleva, I. y N. González (2000): "Las variaciones climáticas y la reutilización del espacio habitacional a través de la alfarería aborígen" en *El Caribe Arqueológico*. No. 4.
- Keegan, W. F. (1989): "Creating the Guanahatabey (Ciboney): the modern genesis of an extinct culture" en *Antiquity*. Vol. 63, No. 239.
- _____ (1994): "West Indian Archaeology. 1. Overview and Foragers" en *Journal of Archaeological Research*. Vol. 2, No. 3.
- Koch, P. L. y A. D. Barnosky (2006): "Late quaternary extinctions: State of the Debate" en *Annual Review of Ecology Evolution and Systematics*. No. 37.
- Kozłowski, J. K. (1974): *Preceramic Cultures in the Caribbean*. Cracovia, Prace Archeologiczne.
- La Rosa Corzo, G. (2003): "La ciencia arqueológica en Cuba: retos y perspectivas en los umbrales del siglo XXI" en *Catauro: Revista Cubana de Antropología*. Vol. 5, No. 8.
- Marichal García, L. (1995): "Bibliografía arqueológica cubana" en CD ROM. *Taino: Arqueología de Cuba*. Centro de Antropología y CEDISAC, Colima.
- Martínez Fuentes, A., C. Lalueza Fox, T. P. Gilbert, A. Lazo Valdivia, F. Callafell y J. Bertranpetit (2003): "El poblamiento antiguo del Caribe. Análisis del ADN mitocondrial en preagroalfareros de la región occidental de Cuba" en *Catauro: Revista Cubana de Antropología*. Vol. 5, No. 8.
- Mielke, J. E. y A. Long (1969): "Smithsonian Institution Radiocarbon Measurements" en *Radiocarbon*. Vol. 11, No. 1.
- Navarrete Pujol, R. (1990): *Caimanes III: arqueología*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Núñez Jiménez, A. (1992): "A 499 años de la llegada de Colón" en *El V Centenario visto desde Cuba*. A. Hart Dávalos, A. Núñez Jiménez y S. Vilaseca Forné, eds., Holguín, Ediciones Holguín.
- Pazdur, A., R. Awwsiuk, A. Bluszcz, M. F. Pazdur, A. Walanus y A. Zastawny (1982): "Gliwice Radiocarbon Dates VII" en *Radiocarbon*. Vol. 24, No. 2.
- Pendergast, D., E. Graham, J. Calvera y J. Jardines (2002): "The houses in which they dwelt: the excavation and dating of Taino wooden structures at Los Buchillones, Cuba" en *Journal of Wetland Archaeology*. Vol. 2, No. 61.
- Pino, M. (1995): *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba hasta diciembre de 1993*. La Habana, Editorial Academia.
- Rankin Santander, A. F. (1994): Estudio del sitio arqueológico de 'Cabagán', circuito sur, provincia de Sancti Spiritus" en *Estudios Arqueológicos*. J. Febles, L. Domínguez, F. Ortega, G. La Rosa, A. Martínez y A. Rives, eds., La Habana, Editorial Academia.
- Reimer, P. (2005): Marine Reservoir Correction Database Accessed 14/04/05. Last updated 17/02/05. <http://radiocarbon.pa.qub.ac.uk/marine/>
- Reimer, P., McCormac F.G., Moore J., McCormick F. y Murray E. V. (2002): "Marine radiocarbon reservoir corrections for the mid-to late Holocene in the eastern subpolar North Atlantic" en *The Holocene*. Vol. 12, No. 2.
- Rick, T. C., R. L. Vellanoweth y J. Erlandson, M. (2005): "Radiocarbon dating and the old shell problem: direct dating of artifacts and cultural chronologies in coastal and other aquatic regions" en *Journal of Archaeological Science*. No. 32.
- Rives Pantoja, A. V., J. Febles Dueñas, M. E. Durán, A. Martínez y L. Domínguez (1991): *Los sitios arqueológicos de Cuba hasta 1990. Aplicaciones de la computación electrónica*. La Habana, Centro de Antropología y Centro de Diseños de Sistema Automatizado, Academia de Ciencias de Cuba.
- Steadman, D. W., P. S. Martin, R. D. E. MacPhee, A. J. T. Jull, G. McDonald, C. A. Woods, M. Iturralde-Vinent y G. W. L. Hodgins (2005): "Asynchronous extinction of late Quaternary sloths on continents and islands". Paper presented at the Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America.
- Stuckenrath, R. y J. E. Mielke (1973): "Smithsonian Institution Radiocarbon Measurements VIII" en *Radiocarbon*. Vol. 15, No. 2.
- Stuiver, M. y T. F. Braziunas (1993): "Modeling Atmospheric 14C Influences and 14C Ages of Marine Samples to 10,000BC" en *Radiocarbon*. Vol. 35, No. 1.
- Stuiver, M. y H. A. Polach (1977): "Reporting of C-14 Data-Discussion" en *Radiocarbon*. Vol. 19, No. 3.
- Tabío, E. (1974): "La comunidad primitiva" en *Revolución y Cultura*. No. 1, Septiembre.

- _____ (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba" en *Islas*. No. 78.
- Tabío, E. y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____ (1995): *Introducción a la arqueología de las Antillas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Tabío, E. E. y José Manuel Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de la República de Cuba.
- Taylor, R. E. (1987): *Radiocarbon Dating: An Archaeological Perspective*. Londres, Academic Press, INC.
- Torres Etayo, D. (2004): "La arqueología cubana en la encrucijada: la teoría o la empiria" en *El Caribe Arqueológico*. No. 8.
- Trincado Fontán, M. N. (2000): "El aborigen, la historiografía y la nacionalidad cubanas" en *El Caribe Arqueológico*. No. 4.
- Trincado Fontán, M. N. y J. Ulloa Hung (1996): "Las comunidades meillacoides del litoral sudoriental de Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 1.
- Ulloa Hung, J. y R. Valcárcel Rojas (2002): *Cerámica temprana en el centro del oriente de Cuba*. Santo Domingo, View Graph Impresos.
- Valcárcel Rojas, R. (2002): *Banes precolombino: La ocupación agrícola*. Holguín, Ediciones Holguín.
- Valcárcel Rojas, R., J. Cooper, J. Calvera Rosés, O. Brito y M. Labrada (2006): "Postes en el mar: Excavación de una estructura constructiva aborigen en Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*. No. 9.
- Vinogradov, A. P., A. L. Devirts, E. I. Dobkina y N. G. Markova (1968): "Radiocarbon Dating in the Vernadsky Institute, Institute of Geochemistry and Analytical chemistry, Academy of Sciences, USSR, Moscow" en *Radiocarbon*. Vol. 10, No. 2.
- Wilson, S. M., H. B. Iceland y T. R. Hester (1998): "Preceramic connections between Yucatan and the Caribbean" en *Latin American Antiquity*. Vol. 9, No. 4.



ANEXOS

TABLA 1. DATOS RADIOCARBÓNICOS DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE CUBA

NOMBRE DEL SITIO	CÓDIGO DEL LABORATORIO	FECHA ANTES DEL PRESENTE (AP)	+/-	CONTEXTO ESTRATIGRÁFICO
Abra del Cacoyugúin I	BETA-133948	1640	130	Excavación 1, ampliación 1, nivel 30-40 cm
Abra del Cacoyugúin I	BETA-133947	1210	60	Excavación 1, ampliación 1, nivel 10-20 cm
Abra Río Cacoyugúin II	BETA-133950	2780	40	Excavación 2, escaque 1, nivel 40-50 cm
Abra Río Cacoyugúin II	BETA-133951	3720	70	Excavación 2, escaque 1, nivel 50-60 cm
Abra Río Cacoyugúin IV	BETA-140079	4180	80	Corte 1, nivel 30-40 cm
Aguas Gordas	GD-1054	485	50	Montículo 2, pozo 1, nivel 75-100 cm
Aguas Gordas	GD-621	705	65	Montículo 2, pozo 1, nivel 1,25-1.50 m.
Aguas Gordas	GD-620	165	60	Montículo 2, pozo 1, nivel 50-75 cm.
Aguas Gordas	GD-1055	575	60	Montículo 2, pozo 1, nivel 1-1,25 m
Aguas Gordas	MO-399	1000	105	Montículo 1, muestra a 1,75 m
Arroyo del Palo (Mayari)	Y-1556	970	80	Cueva 1, muestra a 25 cm
Arroyo del Palo (Mayari)	Y-1555	760	60	Trinchera 2b, nivel 75-100 cm, muestra a 75 cm
Belleza	desconocida-4	1120	60	Trinchera 1, nivel 40 cm
Birama	desconocida-5	820	40	No información
Cabagán	desconocida-6	1080	20	No información
Caimanes III	UM-1953	1745	175	Pozo de prueba 4, muestra a 38 cm
Canimar I	GD-203	1010	110	Muestra a 70-80 cm. Estratigrafía no segura
Canimar Abajo	UBAR-170	4270	70	Muestra entre 30 y 60 cm
Canimar Abajo	UBAR-171	4700	70	Muestra a 1,65 m
Catunda	BETA-93862	1890	60	Trinchera 2, nivel 40 cm
Catunda	BETA-93866	1850	50	Trinchera 1, nivel 30 cm
Catunda	BETA-140078	1280	60	Trinchera 5, nivel 20-30 cm
Chorro de Maíta	BETA-148955	360	80	Esqueleto 39, a 79 cm
Chorro de Maíta	BETA-148957	730	60	Unidad 5, escaque 2, capa natural 1, 30-50 cm de profundidad
Chorro de Maíta	BETA-148956	870	70	Esqueleto 25, a 88 cm
Corinthia III	BETA-133953	2220	70	Excavación 3, escaque 3, nivel 10-20 cm
Corinthia III	BETA-133952	2300	60	Excavación 4, escaque 2, nivel I
Corinthia III	BETA-140080	1700	70	Unidad III, nivel 0-10 cm
Cueva 4 Punta del Este	LC-H 1106	1100	130	Pozo de prueba, 1x0,5 m, a 38 cm

Continuación de la tabla 1.

Cueva de La Lechuza	LE-4281	2610	120	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 2,15 m
Cueva de La Lechuza	LE-4290	2610	120	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 2,05 m
Cueva de La Lechuza	LE-4283	5270	120	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 1,95 m
Cueva de La Lechuza	LE-4269	1470	110	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 25 cm
Cueva de La Lechuza	LE-4287	3030	180	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 1,65 m
Cueva de La Lechuza	LE-4275	2580	90	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 2,35 m
Cueva de La Lechuza	LE-4288	3030	180	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 1,55 m
Cueva de La Lechuza	LE-4271	2380	80	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 75 cm
Cueva de La Lechuza	LE-4272	2750	160	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 65 cm
Cueva de La Lechuza	LE-4267	2220	160	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 35 cm
Cueva de La Lechuza	LE-4274	2030	160	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 45 cm
Cueva de La Lechuza	LE-4282	2930	300	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 1,25 m
Cueva de La Lechuza	LE-4276	2250	150	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 55 cm
Cueva de La Lechuza	LE-4270	3110	180	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 1,05 m
Cueva de La Lechuza	LE-4273	2420	100	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 95 cm
Cueva de La Lechuza	LE-4279	2390	170	Pozo de prueba 1, bloque 1, nivel 85 cm
Cueva de La Pintura	GD-1046	2840	60	Unidad de Excavación 2, bloque 5, sec. D, nivel 1,25-1,5 m. Asociado con concha y artefactos de piedra
Cueva de La Pintura	GD-613	2880	70	Unidad de Excavación 2, bloque 5, sec. D, nivel 1,5-1,75 m. Asociado con concha y artefactos de piedra
Cueva de La Pintura	GD-591	2930	80	Unidad de Excavación 1, bloque 1-i, sec. D, nivel 1,5-1,8 m. Asociado con concha y artefactos de piedra
Cueva de La Pintura	GD-1039	2160	55	Unidad de Excavación 1, bloque 1-i, sec. D, nivel 50-75 cm. Asociado con concha y artefactos de piedra
Cueva de La Pintura	GD-614	2720	65	Unidad de Excavación 2, bloque 5, sec. D, nivel 1-1,25 m. Asociado con concha y artefactos de piedra
Cueva de La Pintura	GD-601	2805	60	Unidad de Excavación 1, bloque 1-i, sec. D, nivel 1-1,25 m. Asociado con concha y artefactos de piedra
Cueva del Perico I	GD-616	1350	70	Trinchera 2, sección 2, nivel 1,5-1,75 m. Asociación con entierros humanos y artefactos de piedra y concha
Cueva del Perico I	GD-1051	1990	80	Trinchera 1, sección 1, nivel 1,3-1,4 m
Cueva del Perico I	GD-617	1495	60	Trinchera 1, sección 1, nivel 1-1,2 m. Asociación con entierros humanos y artefactos de piedra y concha
Cueva Funche	SI-426	2070	150	Bloque II, sección A. muestra a 50 cm
Cueva Funche	SI-429	4000	150	Bloque III, sección A. muestra a 1,72 m
Cueva Funche	SI-428	3110	200	Bloque III, sección A. muestra a 1,40 m

Continuación de la tabla 1.

Cueva Funche	SI-427	2510	200	Bloque II, sección D. muestra a 55 cm
Cueva No. 1 de Punta del Este	GD-618	910	85	Bloque I, sección A., nivel 50-75 cm. muestra a 57 cm Asociación con conchas y artefactos de piedras
Damayajabo	Y-1764	3250	100	Trinchera 51, nivel 134 cm
Damayajabo	Y-1994	1120	160	Muestra hallada en asociación con cerámica
El Boniato (El Palmar)	BETA-148958	670	70	Unidad 2, escaque 9, capa natural 2, a 40-50 cm de profundidad
El Convento	GD-1053	665	50	Pozo 2, nivel 25-50 cm. Muestra a 45 cm
El Convento	desconocida-7	400	20	No información
El Guafe I	FS AC 2419	690	50	Bloque 2, capa natural 2, muestra a 30 cm
El Guafe I	FS AC 2420	450	35	Bloque 1, sección 2 y 4, nivel 3, muestra a 50 cm
El Morrillo	SI-353	590	90	Bloque 9-q, sección E, muestra a 45 cm, asociado con artefactos de cerámica, concha y piedra
El Paraíso	desconocida-8	1130	150	Pozo de prueba 1, 1x1 m. nivel 20-30 cm
El Porvenir	BETA-148960	500	50	Unidad 5, escaque b, capa natural 1, a 40-50 cm profundidad
El Purial	UBAR-169	3060	180	Nivel 40 cm (aproximadamente.)
Esterito	SI-350	500	100	Montículo 1, trinchera 1, sección D, muestra a 1,15 m profundidad, asociada con artefactos de piedra, concha y cerámica
Esterito	SI-349	550	150	Montículo 1, trinchera 1, sección C, muestra a 45 cm profundidad, asociada con artefactos de piedra, concha y cerámica
Herradura 1	BETA-140075	2050	70	Corte 5, nivel 0-10 cm
Jorajuría	LE-1783	4110	50	Pozo 1, 1x1 m, Nivel 80-90 cm
Jorajuría	LE-1784	3870	40	Pozo 1, 1x1 m, Nivel 40-50 cm
Jorajuría	LE-1782	3760	40	Pozo 1, 1x1 m, Nivel 60-70 cm
Júcaro	BETA-148949	690	60	Corte A, capa natural 1, profundidad 20-40 cm
La Escondida de Bucuey	desconocida-9	1060	150	Pozo de prueba 3 y 4, 1x1 m, Nivel 2-3 m
La Güira	BETA-140077	1390	70	Trinchera 1, nivel 19 cm
La Güira de Barajagua	SI-351	590	100	Montículo 1, trinchera 1, sección B, profundidad de la muestra 90 cm. Asociado con artefactos de cerámica, concha y piedra
La Luz	BETA-93863	1350	50	Pozo de prueba 3, Nivel 1,20 m
Laguna de Limones	SI-348	640	120	Montículo 1, trinchera 2, sección D, profundidad de la muestra 40 cm
Levisa 1 (Far. De Lev.)	MC-860	4420	100	Sección i-i, nivel 55-60 cm, capa 6

Continuación de la tabla 1.

Levisa 1 (Far. De Lev.)	GD-250	5140	170	Sección i-i, 85-90 cm
Levisa 1 (Far. De Lev.)	MC-859	4240	100	Sección i-i, nivel 55-60 cm, capa 6
Levisa 1 (Far. De Lev.)	GD-204	3460	160	Sección i-i, capa v, 50-55 cm
Levisa 8 (Cueva S.Rita)	LE-2720	2680	40	Unidad 3, sección 23 a, 40-50 cm, capa 1
Levisa 8 (Cueva S.Rita)	LE-2718	2610	40	Unidad 3, sección 45, 20-22 cm, capa 1
Levisa 8 (Cueva S.Rita)	LE-2719	2160	40	Unidad 2, sección 25, 20-40 cm, capa 3
Levisa 8 (Cueva S.Rita)	LE-2717	2010	40	Unidad 3, sección 35 a, 20-30 cm, capa 2/3
Loma de La Campana	GD-1057	490	45	Montículo 2, bloque i, sección C, nivel 50-75 cm. Asociado con artefactos de cerámica, concha y piedra
Loma de La Campana	GD-624	505	40	Montículo 2, bloque i i, sección D, nivel 75-100 cm. Asociado con artefactos de cerámica, concha y piedra
Loma de La Campana	GD-1056	600	55	Montículo 2, bloque i i, sección D, nivel 1-1,50 m. Asociado con artefactos de cerámica, concha y piedra
Loma de La Forestal	SI-352	970	100	Montículo 9, trinchera 1, sección A, muestra a 70 cm de profundidad. Asociado con artefactos de cerámica, concha y piedra
Loma de Ochile	FS AC 2414	770	35	Bloque 2, sección 3, capa natural 1, muestra a 10-30 cm
Loma de Ochile	FS AC 2415	690	50	Bloque 2, sección 1,2 y 3, capa natural 2, muestra a 30-40 cm
Loma de Ochile	FS AC 2416	660	35	Bloque 1, sección 1-2, capa natural 2, muestra a 30-60 cm
Loma de Ochile	FS AC 2417	620	30	Bloque 1, sección 2, capa natural 3, muestra a 60-80 cm
Loma de Ochile	FS AC 2418	880	40	Bloque 1, sección 2, capa natural 4, muestra a 80-90 cm
Los Buchillones	TO-8070	280	60	Poste 4, estructura f1-1
Los Buchillones	TO-7627	460	50	Poste principal 1, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7628	560	50	Poste principal 2, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-8067	240	60	Poste 1, estructura f1-1
Los Buchillones	TO-7624	1320	60	Viga 3, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7623	390	50	Viga 2, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7622	320	40	Poste 13, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7621	1404	60	Poste 12, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7620	430	50	Poste 7 sur, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7619	300	50	Poste 7, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7618	510	50	Poste 2 estructura d2-1
Los Buchillones	TO-8069	230	70	Poste 3, estructura f1-1
Los Buchillones	TO-8071	250	60	Poste 5, estructura f1-1
Los Buchillones	TO-8072	430	60	Poste 6 estructura f1-1
Los Buchillones	TO-7626	540	50	Viga 5, estructura d2-1

Continuación de la tabla 1.

Los Buchillones	TO-8068	480	60	Poste 2, estructura f1-1
Los Buchillones	TO-7617	330	50	Poste 1, estructura d2-1
Los Buchillones	TO-7625	340	50	Viga 4, estructura d2-1
Los Chivos	BETA-140074	1150	60	Trinchera 1, nivel 10-20 cm
Los Chivos	BETA-140076	2710	80	Trinchera 1, nivel 45 cm
Los Pedregales	GD-619	1170	90	Trinchera 2, sección B, nivel 2-2,25 m. Muestra a 2 m de profundidad. Asociado con artefactos de piedra, cerámica y concha
Marien 2	LV-2063	2020	80	Escaque excavatorio m-07, nivel 20-30 cm
Marien 2	LV-2062	780	100	Escaque excavatorio ll-10, nivel 10 - 20 cm
Mejías	SI-347	1020	100	Trinchera 1, sección B, muestra a 45 cm
Mogote de La Cueva	desconocida-3	960	50	No información
Mogote de La Cueva	SI-424	1620	150	Trinchera 1, nivel 1. Muestra a 35 cm. Estratigrafía insegura
Mogote de La Cueva	SI-425	650	200	Trinchera 1, nivel 1. Muestra a 1,25 m
Playita (Villa Clara)	desconocida-2	1280	20	Sin información
Potrero del Mango	Y-206	810	80	Montículo 1, sección y-5, nivel 75-100 cm
Potrero del Mango	BETA-148961	880	80	Unidad 1, escaque a, 80-90 cm de profundidad
Potrero del Mango	BETA-148962	620	60	Unidad 2, escaque a, 1-1,1 m de profundidad
Punta de Peque	BETA-93860	1400	60	Trinchera 1, nivel 50 cm
San Benito	BETA-93851	2020	60	Trinchera 2, nivel 40-50 cm
Vega del Palmar	Y-465	960	60	Montículo de 150 cm de acumulación, muestra tomada a 105-120 cm. Cerámica en la cima, primeros 15 cm
Ventas de Casanova	FS AC 2421	375	25	Trinchera de prueba, sección 4, nivel 1 y 2, muestra entre 0-23 cm de profundidad
Ventas de Casanova	FS AC 2424	475	35	Bloque 1, sección 1, capa 4, muestra a 60-80 cm de profundidad
Ventas de Casanova	FS AC 2422	420	45	Bloque 1, sección 1 y 2, capa 3, muestra a 30-50 cm
Ventas de Casanova	FS AC 2423	315	45	Bloque 1, sección 1 y 2, capa 4, muestra a 50-60 cm de profundidad
Victoria I	LC-H 565	960	50	Bloque, sección B, nivel 2-2,25 m
Victoria I	LC-H 1034	2070	110	Bloque 1, sección b, nivel 6, 0,25-6,50 m
Victoria I	LC-H 1035	1450	70	Bloque 1, sección b, nivel 2-2,25 m

TABLA 2. CALIBRACIÓN DE FECHAS RADIOCARBÓNICAS DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE CUBA

Nombre del sitio	Código del Laboratorio	Muestra	Calibración 2 σ Antes del presente (AP) Rango inferior	Calibración 2 σ Antes del presente (AP) Rango superior	Fecha realizados antes de 1977
Abra del Cacoyugüín I	BETA-133948	Carbón	1866	1296	
Abra del Cacoyugüín I	BETA-133947	Carbón	1283	974	
Abra Río Cacoyugüín II	BETA-133950	Carbón	2964	2779	
Abra Río Cacoyugüín II	BETA-133951	Carbón	4256	3873	
Abra Río Cacoyugüín IV	BETA-140079	Carbón	4867	4446	
Aguas Gordas	GD-1054	Carbón	624	480	1971
Aguas Gordas	GD-621	Carbón	734	550	1971
Aguas Gordas	GD-620	Carbón	307	1	1971
Aguas Gordas	GD-1055	Carbón	666	508	1971
Aguas Gordas	MO-399	Carbón	1149	692	1963
Arroyo del Palo (Mayari)	Y-1556	Carbón	1055	727	1965
Arroyo del Palo (Mayari)	Y-1555	Carbón	787	568	1965
Belleza	desconocido-4	Carbón	1176	927	
Birama	desconocido-5	Carbón ?	793	674	
Cabagán	desconocido-6	Hueso	1054	934	
Caimanes III	UM-1953	Carbón	2060	1300	
Canimar I	GD-203	Carbón	1174	692	1973
Canimar Abajo	UBAR-170	Carbón	5030	4622	
Canimar Abajo	UBAR-171	Carbón	5590	5300	
Catunda	BETA-93862	Carbón	1950	1700	
Catunda	BETA-93866	Carbón	1894	1631	
Catunda	BETA-140078	Carbón	1302	1062	
Chorro de Maita	BETA-148955	Hueso humano	533	154	
Chorro de Maita	BETA-148957	Carbón	740	561	
Chorro de Maita	BETA-148956	Hueso humano	930	673	
Corinthia III	BETA-133953	Concha marina	1986	1650	
Corinthia III	BETA-133952	Concha marina	2078	1770	
Corinthia III	BETA-140080	Concha marina	1380	1114	
Cueva 4 Punta del Este	LC-H 1106	Carbón	1292	735	
Cueva de La Lechuza	LE-4281	Carbón	2958	2352	

Continuación de la tabla 2.

Cueva de La Lechuza	LE-4290	Carbón	2958	2352	
Cueva de La Lechuza	LE-4283	Carbón	6298	5746	
Cueva de La Lechuza	LE-4269	Carbón	1568	1178	
Cueva de La Lechuza	LE-4287	Carbón	3638	2762	
Cueva de La Lechuza	LE-4275	Carbón	2856	2358	
Cueva de La Lechuza	LE-4288	Carbón	3638	2762	
Cueva de La Lechuza	LE-4271	Carbón	2720	2181	
Cueva de La Lechuza	LE-4272	Carbón	3328	2460	
Cueva de La Lechuza	LE-4267	Carbón	2719	1864	
Cueva de La Lechuza	LE-4274	Carbón	2349	1610	
Cueva de La Lechuza	LE-4282	Carbón	3834	2346	
Cueva de La Lechuza	LE-4276	Carbón	2724	1890	
Cueva de La Lechuza	LE-4270	Carbón	3718	2850	
Cueva de La Lechuza	LE-4273	Carbón	2749	2181	
Cueva de La Lechuza	LE-4279	Carbón	2796	1996	
Cueva de La Pintura	GD-1046	Carbón	3158	2789	1973
Cueva de La Pintura	GD-613	Carbón	3242	2845	1973
Cueva de La Pintura	GD-591	Carbón	3341	2858	1973
Cueva de La Pintura	GD-1039	Carbón	2332	1996	1973
Cueva de La Pintura	GD-614	Carbon	2959	2742	1973
Cueva de La Pintura	GD-601	Carbon	3075	2770	1973
Cueva del Perico I	GD-616	Carbón	1376	1146	1972
Cueva del Perico I	GD-1051	Carbón	2146	1734	1972
Cueva del Perico I	GD-617	Carbón	1526	1294	1972
Cueva Funche	SI-426	Carbón	2352	1702	1966
Cueva Funche	SI-429	Carbón	4854	3994	1966
Cueva Funche	SI-428	Carbón	3828	2785	1966
Cueva Funche	SI-427	Carbón	3066	2112	1966
Cueva No. 1 de Punta del Este	GD-618	Carbón	969	675	1967
Damayajabo	Y-1764	Carbón	3697	3262	
Damayajabo	Y-1994	Carbón	1332	697	
El Boniato (El Palmar)	BETA-148958	Carbón	728	536	
El Convento	GD-1053	Carbón	686	546	1974
El Convento	desconocido-7	Carbón	507	338	
El Guafe I	FS AC 2419	Carbón	693	556	

Continuación de la tabla 2.

El Guafe I	FS AC 2420	Carbón	534	476	
El Morrillo	SI-353	Carbón	686	498	1966
El Paraíso	desconocido-8	Carbón	1312	732	
El Porvenir	BETA-148960	Carbón	630	495	
El Purial	UBAR-169	Carbón	3644	2780	
Esterito	SI-350	Carbón	667	310	1965
Esterito	SI-349	Carbón	739	299	1965
Herradura I	BETA-140075	Concha marina	1808	1438	
Jorajuría	LE-1783	Carbón	4827	4442	
Jorajuría	LE-1784	Carbón	4419	4152	
Jorajuría	LE-1782	Carbón	4241	3984	
Júcaro	BETA-148949	Carbón	728	548	
La Escondida de Bucuey	desconocido-9	Carbón	1292	682	
La Güira	BETA-140077	Concha terrestre	1407	1178	
La Güira de Barajagua	SI-351	Carbón	692	484	1965
La Luz	BETA-93863	Carbón	1342	1178	
Laguna de Limones	SI-348	Carbón	786	495	1964
Levisa 1 (Far. De Lev.)	MC-860	Carbón	5318	4828	
Levisa 1 (Far. De Lev.)	GD-250	Carbón	6288	5584	1973
Levisa 1 (Far. De Lev.)	MC-859	Carbón	5041	4520	
Levisa 1 (Far. De Lev.)	GD-204	Carbón	4150	3367	
Levisa 8 (Cueva S. Rita)	LE-2720	Carbón	2858	2744	
Levisa 8 (Cueva S. Rita)	LE-2718	Carbón	2778	2623	
Levisa 8 (Cueva S. Rita)	LE-2719	Carbón	2313	2007	
Levisa 8 (Cueva S. Rita)	LE-2717	Carbón	2059	1876	
Loma de La Campana	GD-1057	Carbón	622	494	1972
Loma de La Campana	GD-624	Carbón	624	502	1972
Loma de La Campana	GD-1056	Carbón	670	518	1972
Loma de La Forestal	SI-352	Carbón	1066	686	1965
Loma de Ochile	FS AC 2414	Carbón	736	666	
Loma de Ochile	FS AC 2415	Carbón	693	556	
Loma de Ochile	FS AC 2416	Carbón	674	556	
Loma de Ochile	FS AC 2417	Carbón	663	544	
Loma de Ochile	FS AC 2418	Carbón	917	694	
Los Buchillones	TO-8070	Madera	496	1	

Continuación de la tabla 2.

Los Buchillones	TO-7627	Madera	546	340	
Los Buchillones	TO-7628	Madera	656	510	
Los Buchillones	TO-8067	Madera	462	1	
Los Buchillones	TO-7624	Madera	1334	1091	
Los Buchillones	TO-7623	Madera	520	308	
Los Buchillones	TO-7622	Madera	496	294	
Los Buchillones	TO-7621	Madera	1404	1188	
Los Buchillones	TO-7620	Madera	536	320	
Los Buchillones	TO-7619	Madera	496	154	
Los Buchillones	TO-7618	Madera	635	498	
Los Buchillones	TO-8069	Madera	471	1	
Los Buchillones	TO-8071	Madera	472	1	
Los Buchillones	TO-8072	Madera	542	316	
Los Buchillones	TO-7626	Madera	650	504	
Los Buchillones	TO-8068	Madera	631	349	
Los Buchillones	TO-7617	Madera	504	288	
Los Buchillones	TO-7625	Madera	506	294	
Los Chivos	BETA-140074	Concha terrestre	1242	933	
Los Chivos	BETA-140076	Concha terrestre	2988	2722	
Los Pedregales	GD-619	Carbón	1286	927	1976
Marien 2	LV-2063	Carbón	2293	1819	
Marien 2	LV-2062	Carbón	924	553	
Mejías	SI-347	Carbón	1172	730	1965
Mogote de La Cueva	desconocido-3	Carbón ?	961	742	
Mogote de La Cueva	SI-424	Carbón	1874	1278	1966
Mogote de La Cueva	SI-425	Carbón	957	299	1966
Playita (Villa Clara)	desconocido-2	Carbón	1282	1174	
Potrero del Mango	Y-206	Madera	920	652	
Potrero del Mango	BETA-148961	Carbón	936	670	
Potrero del Mango	BETA-148962	Carbón	676	522	
Punta de Peque	BETA-93860	Concha terrestre	1402	1187	
San Benito	BETA-93851	Concha terrestre	2140	1830	
Vega del Palmar	Y-465	Carbón	970	734	Pre-1959
Ventas de Casanova	FS AC 2421	Carbón	503	310	
Ventas de Casanova	FS AC 2424	Carbón	542	496	
Ventas de Casanova	FS AC 2422	Carbón	530	321	
Ventas de Casanova	FS AC 2423	Carbón	498	288	
Victoria I	LC-H 565	Carbón	961	742	
Victoria I	LC-H 1034	Carbón	2338	1816	
Victoria I	LC-H 1035	Carbón	1518	1272	

ABORÍGENES EN SAN CRISTÓBAL DE LA HABANA

**LISSETTE ROURA ÁLVAREZ
IOSVANY HERNÁNDEZ MORA**



RESUMEN

Durante la segunda mitad del siglo XX, los aborígenes que habitaron el archipiélago cubano fueron objeto de profundos estudios arqueológicos; no obstante, mucho queda por andar, pues tras cada nueva excavación e interpretación acertada de la estratigrafía de los yacimientos y de los artefactos, se abre una nueva página en la historia de los primeros moradores insulares. La Habana no es la excepción, puesto que fue un territorio donde residieron un buen número de ellos; y a pesar de que fueron concentrados en zonas que otrora conformaban los exteriores de la villa, los contextos intervenidos en la Habana Vieja demuestran la convivencia entre europeos, africanos y aborígenes, y la pervivencia del menaje cultural autóctono cubano, a pesar de las nuevas tecnologías importadas desde el Viejo Continente.

Se calcula que al inicio de la conquista de Cuba, el monto demográfico haya sido de unos 112 000 individuos.¹ La violencia y la sed de riquezas que arribó con el hombre blanco propiciaron que, a partir de 1503, se dictara la legítima esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo, truncando definitivamente el desarrollo de estos grupos. La pérdida de la libertad, el agotamiento físico, la imposición de la servidumbre y el adoctrinamiento forzado en la fe católica, les causarían un trastorno físico y psicológico terrible. Se desencadenaron entonces fugas, alzamientos y suicidios en masa, que junto a las enfermedades importadas desde Europa, contribuyeron a la paulatina extinción cultural de estos grupos en las regiones conquistadas (colonizadas).

SAN CRISTÓBAL DE LA HABANA: VILLA DE EUROPEOS E INDIOS

Diego Velázquez, gobernador de Cuba desde su conquista hasta 1524, fue nombrado repartidor de indios en la isla por Real Cédula del 8 de marzo de 1513.² A partir de entonces, a los oficiales reales, a los pobladores y descubridores, a los que recibiesen cédulas reales para que se les diesen y a los que el repartidor mejor

pareciese, se les entregó un pueblo de indios. Este era mayor o menor según fuera la categoría del favorecido, y a los que no les daba pueblos enteros les asignaba familias. Gonzalo de Guzmán, uno de los primeros gobernadores de la isla, fue el principal promotor de estos repartimientos en la primera etapa de su gobierno,³ realizando muchísimos de ellos. Los más beneficiados, en su mayoría, fueron siempre hombres principales de la vida política y económica de las villas. Se tiene evidencia documental de que, desde 1526, estos repartimientos se venían realizando en San Cristóbal de La Habana:

“En la Havana”

- Deposytáronse en Juan García de Lemos, vecino de dicha villa, dos naburias.
- Deposytáronse en Rodrigo de Sigura e Domingo de Quexo los yndios e naburias que heran de Diego Martín, vecino que fué dela dicha villa, que se fué della.
- Deposytaron en el dicho Domingo de Quejo dos naburias.
- Deposytaronse en Juan Bono de Quexo tres naburias.
- Deposytaronse en el dicho Juan Bono de Quexo, vecino dela dicha villa, la mitad de los yndios del cacique Guruyguanico, que heran del adelantado Diego Velázquez, que aya gloria; la otra mitad tiene Juan de Rojas, vecino de la dicha villa.
- Deposytaron en Francisco de Madra, vecino dela dicha villa dos yndios.
- Deposytáronse en Domingo de Quexo los yndios y naburias que fueron de Pedro Villaroel, vecino dela dicha villa, que se fue della.
- Deposytáronse en Martín Vizcaíno los yndios que fueron de Diego Gomez.
- Deposytose en doña María de Lobera, mujer de Juan de Rojas, vecino dela dicha villa, una naburia.
- Deposytáronse en Coronel de Flandes, de la dicha villa, dos naburias.
- Deposytáronse en Antón Ruiz, vecino dela dicha villa, dos naburias.⁴

Como La Habana no era territorio donde se pudiera encontrar oro ni plata, los “naturales” fueron destinados a realizar dos labores fundamentales: la servidumbre y la agricultura. Estos eran los ideales para realizar los trabajos de labranza que los europeos se negaban a hacer y que eran tan importantes para la subsistencia de los vecinos; fue así que la agricultura indígena sirvió de base a la de los colonos españoles. El cultivo de la yuca, del boniato y del maíz recibieron atención inmediata, por tratarse de recursos alimenticios importantes; la yuca, de mayor durabilidad que el boniato y el maíz, se sembró a mayor escala con la finalidad de elaborar el casabe, principal sustituto del pan en las villas y a bordo de los navíos.

A pesar de que desde 1542, por Real Cédula de Carlos V, se dicta la abolición de las encomiendas y la libertad de los indios esclavos cuyos dueños no tuviesen títulos legales que les garantizaran la propiedad de los mismos, no es hasta 1553 que Pérez de Angulo pone en vigor dichas ordenanzas, fijando plazos para que los propietarios presentasen los documentos que acreditasen el derecho a la tenencia de los indios. Pero ningún vecino poseía dicho documento, de manera que el 8 de febrero de 1553 “fueron declarados e pronunciados por personas libres, muchos indios, así como mujeres y fueron puestos en libertad [...]”⁵ Por esa época quedaban solamente en el país unos 5 000 aborígenes,⁶ y en La Habana “[...] 40 vecinos casados y por casar [e] indios naborias naturales de la isla 120 [...]”;⁷ los cuales fueron agrupados en Guanabacoa, según Cabildo del 12 de junio de 1554, por andar “[...] derramados y vagamundos de unas partes a otras de cuya causa no se puede tener en cuenta ni razón con ellos ansi para lo que toca a las cosas de la doctrina cristiana como para que vivan en orden y buena policía”.⁸ La elección de este territorio como pueblo de indios no fue azarosa, pues era conocido que “Sitio de Aguas”⁹ estaba habitado por indios desde 1525, dato este que influyó grandemente en el emplazamiento de dicha comunidad. Una vez allí, la población indígena tiende al crecimiento, pues el 5 de enero de 1575, fecha en que se ponen en vigor las Ordenanzas Municipales a todo lo largo de la isla, se hace referencia a Guanabacoa, “[...] pueblo habitado entonces por más de trescientos indios”.¹⁰ Sin embargo, en fechas posteriores aparecen cifras donde se refleja un número considerablemente menor de naturales, en las cuales no deben haberse contemplado sus descendientes.

Muchos de estos indios eran contratados por estancieros para que trabajasen en la agricultura, pero no todos permanecieron en las afueras de la ciudad. Se asientan en las Actas del Cabildo peticiones y concesiones de mercedes de solares dentro del núcleo poblacional, por ejemplo: “pidió Juan Castilla indio que le reciban por vecino é le hagan merced de un solar para edificar una casa para vivir con su mujer é hijos el cual es en esta villa linde con solar de Juan de Rojas indio [...]”¹¹ Estos, al igual que Joán Alonso, Isabel de Mansilla, Juan Vázquez, Hernando de Soto, Juan de Soto, Andrés Sánchez, Pedro Vanderas, Domingo Sánchez¹² y muchos otros, se integraron a la dinámica habanera, conviviendo incluso con los indios yucatecos que habían ocupado la zona que devino en Barrio de Campeche desde mediados del siglo XVI.

Además de dedicarse fundamentalmente a la agricultura —labor en la que se desempeñaban perfectamente—, se interesaron por los oficios, como por ejemplo por la carpintería. No obstante, muchos continuaron arraigados a sus costumbres y se mantuvieron durante largo tiempo trabajando el barro, con el objetivo de fabricar ceramios destinados a la cocción de alimentos. Muchas propiedades y artículos se vendían entre indios, blancos y negros horros, los que incluían “mil y quinientos montones de yuca de comer y un pedaço de maizal [...] una canoa grande de tres lebisas y un burén”.¹³ La escasez de artículos y productos europeos que llegaban a bordo de los navíos que arribaban con las flotas, luego de una larga travesía, hacía que los vecinos se adaptasen a utilizar las producciones nativas, provocando que parte del menaje autóctono se interdigitara y penetrara dentro de las viviendas habaneras; en lo que pudo influir quizás la permanencia de la servidumbre doméstica aborígen, aun después de haberse establecido su “libertad”.

Hasta 1679, los nombres de nuestros naturales y sus descendientes pueden encontrarse compartiendo los Libros Parroquiales de Bautizos, Matrimonios y Defunciones junto a los blancos. Sin embargo, a partir de esa fecha y hasta la segunda mitad del siglo XVIII, los nombres de los indios fueron asentados junto a los de los pardos y morenos. Estos individuos poseían la tradición alfarera de sus antepasados, que por ser la cerámica el único elemento aborígen culturalmente similar encontrado por los españoles a su llegada a Cuba, tuvo una mayor aceptación y asimilación, propiciando su perdurabilidad durante varios siglos.¹⁴ Por supuesto, esta tradición se desarrolló en el sitio donde mayor número de aboríge-

nes se agruparon: Guanabacoa. Fue allí donde, en 1841, José María Andueza reportaba la existencia aún de “una reducida familia descendiente de aquella raza, cuyos individuos se dedicaban a la alfarería; las cazuelas, búcaros y jarras que fabrican tienen un cierto aspecto de antigüedad”.¹⁵ Por lo tanto, la descendencia de los primeros pobladores insulares parece haber llegado hasta la primera mitad del siglo XIX, apareciendo la cerámica que los identifica dentro de los contextos primarios correspondientes cronológicamente con esa época.

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS

A los largo de varias décadas, múltiples excavaciones arqueológicas en el Centro Histórico de la Habana Vieja han contribuido a la profundización del conocimiento sobre la fundación y progresos de nuestra capital. Dichas investigaciones comenzaron en la década del cincuenta de la pasada centuria, dando comienzo al ascenso paulatino del número de estas y al desarrollo de la arqueología histórica en la ciudad de La Habana. En un principio, las excavaciones se clasificaron de dos maneras: de rescate y estratigráficas (estratigrafía artificial), y la tendencia era a delimitar y abrir trincheras en las áreas donde se suponía se encontraba el mayor potencial arqueológico de la edificación, no a realizar excavaciones extensivas. Si bien es cierto que si estos precursores de la arqueología histórica hubiesen dominado la metodología actual, un mayor nivel de información se hubiera podido obtener en los yacimientos, es indiscutible que a ellos debemos muchos de los conocimientos que hoy poseemos sobre los primeros siglos de nuestra ciudad.

Entre los años 1969 y 1974 se intervinieron arqueológicamente varias zonas del otrora Palacio de los Capitanes Generales (actualmente Museo de la Ciudad), y fue uno de los objetivos fundamentales la localización de evidencias muebles e inmuebles pertenecientes a la antigua Parroquial Mayor, edificación que fue demolida en el año 1776, quedando sus restos embebidos dentro del nuevo palacio. En dichas excavaciones se definieron las áreas correspondientes a las habitaciones, cementerio y templo pero, en las practicadas hacia los portales del edificio, coincidiendo con el área navicular de la parroquial, se rescataron escudillas, cuencos y ollas acordeladas¹⁶ que no presentaban decoración alguna. Estas vasijas fueron sometidas a análisis químicos y que se halló dentro de ellas restos de alimentos que contenían albúminas y

ácidos grasos lo que, junto a la gran concentración de hollín en las paredes exteriores de estas vasijas, constituye el elemento definitorio que nos permite afirmar que dichas vasijas fueron utilizadas en el proceso de cocción de los alimentos.¹⁷

Por su parte, entre los años 1968 y 1970 se intervino arqueológicamente la Casa de la Obrapía, y es en el área de la caballeriza donde se van a exhumar los artefactos de nuestro interés. Aparecieron más de cinco fragmentos de burenes (Lourdes Domínguez, com. per.) y una amplia gama de tiestos de cerámica acordelada, en algunas de las cuales se podían observar decoraciones incisas hacia el borde y, en otras, asas de barbotina, lazo o cornamusa.¹⁸ Este inmueble fue edificado en la primera mitad del siglo XVII y la zona de la caballeriza se ubicó sobre los terrenos donde, presumiblemente, existía un basurero en el que se encontraba depositado el conjunto de artefactos descritos. Estos se hallaban asociados a materiales fechados hacia el siglo XVI y primera mitad del XVII,¹⁹ cronológicamente correspondientes con la época en que continuaba en uso dicho basurero.

Conceptualizada como una excavación de rescate, en 1976 se extraen materiales del sitio identificado como Mercaderes No. 15, sede actual del Gabinete de Arqueología. En este caso fueron rescatados 49 fragmentos de burenes, asociados con mayólicas españolas que datan del siglo XVI. Como desconocemos la naturaleza de la unidad o unidades estratigráficas donde fue hallado este lote cerámico, no podemos asegurar que sean primarias, sin embargo, este fue considerado en su momento como el conjunto aislado más antiguo dentro del Centro Histórico, y “una de las más puras muestras del ajuar cerámico de este siglo”.²⁰

Las fuentes bibliográficas reportan el hallazgo de majaderos y morteros de piedra y moluscos que, por los cortes que presentan, pueden haberse utilizado como materia prima en la elaboración de instrumentos de trabajo, y vértebras de pescado usadas como cuentas de collar.²¹ Sin embargo, desafortunadamente estas evidencias nunca fueron depositadas en nuestras colecciones y, por otra parte, los reportes de las excavaciones donde fueron extraídas no han llegado a nosotros, por lo que nos limitamos a nombrarlas sin la completa certeza de su existencia. En este mismo caso se encuentran las presuntas gubias, confeccionadas en huesos de ganado vacuno, de las que no tenemos dato alguno, excepto la imagen que aparece publicada en *La Habana arqueológica y otros ensayos*, de Leandro Romero Estébanez. No descartamos la posi-

bilidad de que estos artefactos hayan sido clasificados incorrectamente, porque siendo el hueso un material mucho menos duradero y de menor dureza que la concha, dudamos que los naturales habaneros se hayan decidido a confeccionar este tipo de herramienta utilizando este material, considerándose además la región costera de la ciudad muy rica en moluscos marinos. No obstante, la aplicación de estudios traceológicos sería imprescindible pues, en muchas ocasiones, los cortes practicados con el objetivo de seccionar los huesos destinados a la preparación de alimentos pueden dar a los artefactos una apariencia biselada.

Luego de algunos años, en los que se institucionaliza y sistematiza la arqueología histórica en la Habana Vieja con la creación del Gabinete de Arqueología en 1987, se empieza a prestar más atención a la naturaleza de los contextos y se intervienen sitios de gran valor patrimonial, como lo es el Convento de San Francisco de Asís. Entre los años 1991 y 1992, se investiga profundamente el claustro norte de dicho convento y se halla un importante lote de cerámica que se sitúa cronológicamente dentro de los siglos XVI y VII, como parte de los contextos primarios que rellenaban los espacios pertenecientes al primitivo convento,²² fundado a fines el siglo XVI. En esta ocasión, dos importantes piezas de filiación aborígen fueron rescatadas: una vasija con el borde inciso a manera de decoración y un fragmento de burén. La primera constituye la vasija acordelada incisa mejor conservada y de mayor tamaño, lo que la hace un exponente de gran valor histórico-arqueológico; el fragmento de burén extraído es el mayor hasta este momento recuperado. Por lo tanto, ambas piezas constituyen artefactos sui géneris dentro de los hallazgos pertenecientes a la etnia aruaca dentro de la ciudad.

Hacia 1993 comienzan los trabajos en el Palacio de los Marqueses de Arcos, recinto ubicado en el contexto de la Plaza de la Catedral, antiguamente conocida como Plazuela de la Ciénaga. Este inmueble fue construido a mediados del siglo XVIII, aprovechando los terrenos que ocupaba la vivienda de Francisco Teneza, primer protomédico de la ciudad, y la casa contigua. Estos trabajos cumplían varios propósitos: hallar evidencias de los cambios espaciales que sufrió la zona a lo largo de su historia, excavar contextos primarios y secundarios depositados en subsuelo, rescatar los artefactos contenidos dentro de estos, y tratar de ubicar los antiguos límites de la ciénaga que allí existía. Las primeras y únicas evidencias de factura aborígen exhumadas, aparecieron en una de

las galerías del patio central de la vivienda (excavación No. 1), y al fondo de la unidad estratigráfica No. 6. Estos artefactos se clasificaron como:

Raspador: Confeccionado en una de las valvas de *Codakia orbicularis*.

Gubia: Hecha sobre el manto de un ejemplar de *Strombus* sp.

Pico de mano: columela de un *Strombus* sp.

Martillo: Elaborado en el manto de un *Strombus* sp.

Fragmento de burén.

Estas piezas fueron localizadas en un contexto primario, junto a un trébede de hierro muy fracturado y este, a su vez, sobre una extensa zona de cenizas, lo cual nos indicó la probable presencia de un área de fogón. Este conjunto de evidencias nos habla de la ocupación temprana de la región por parte de la población indígena, en momentos en que la villa se ubicaba en un territorio bastante reducido. Este estrato era contentivo de numerosas evidencias pertenecientes a los siglos XVI y XVII, pero si tenemos en cuenta que la unidad estratigráfica No. 7 (sobre la que fue localizado el conjunto) fue identificada como parte componente de la superficie de la ciénaga, entonces, es posible que las piezas descritas hayan sido utilizadas en fechas muy tempranas de la ocupación de esta área. Es muy probable que el momento del que hablamos corresponda con la primera mitad del siglo XVI, pues con posterioridad a 1550 se recoge documentalmente un notable movimiento humano hacia este paraje, asentándose desde entonces vecinos de la villa y religiosos. La ciénaga constituía una especie de elipse, alargada en dirección a la catedral, y desaguaba hacia la calle Empeдрado.²³ Esta se comenzó a poblar y paralelamente a rellenar, esfuerzos que al parecer fueron infructuosos pues hacia 1636 la zona aún se anegaba, y se utilizaba también como muladar y basurero, encontrándose, para ese entonces, todavía desierta.²⁴ Es de suponer que los que se aventuraron a habitar en este paraje abandonaron sus solares, pues se vieron afectados por las duras condiciones a que fueron sometidos.

En el interior de la casa ubicada en la esquina de las calles Teniente Rey y Aguiar, edificación insigne de la arquitectura prebarroca cubana, se halló recientemente un fragmento de burén. Este apareció contenido en los rellenos extraídos de un orificio excavado por los obreros restauradores, y no tiene relación alguna con las evidencias que fueron rescatadas como parte de las labores arqueológicas practicadas en este inmueble. De igual manera,

un ejemplar similar fue rescatado en la casa de los Marqueses de Prado Ameno, inmueble situado en la calle Aguiar No. 253 (Antonio Quevedo, com. per.). Desafortunadamente, la descontextualización imposibilitó ubicarlos cronológicamente, solamente se pudo comprobar que ambos se encontraban contenidos en unidades estratigráficas secundarias.

Ubicado en la zona fundacional de la villa, el inmueble sito en la calle Obrapía No. 55 ocupó el solar donde existían varias casas pequeñas y una antigua carnicería. Fue edificado en 1781 y rehabilitado como hostel El Comendador en el año 2000, ya que durante el siglo XIX fue propiedad de dos comendadores. El emplazamiento de esta vivienda en áreas del primitivo asentamiento de la villa, fue una de las razones que nos llevó a investigarla arqueológicamente, pues era muy probable que aparecieran contextos correspondientes a los siglos XVI y XVII. A pesar del poco espacio que fue posible intervenir, nuestra curiosidad fue saciada, pues tuvimos la suerte de encontrar los restos de un pozo, que quedó atrapado bajo la zona que ocupó la letrina del inmueble construido en el siglo XVIII. Este pozo, labrado en la roca natural del terreno, tuvo una profundidad inicial de 2,37 m desde la superficie de la misma, siendo cortado transversalmente cuando, en la zona donde estaba ubicado, se realizó una gran excavación (4 x 5 m) con el objetivo de ubicar allí el colector sanitario del inmueble. Por lo tanto, del pozo solamente se conservó la porción más profunda (0,47 m), sellado con un apisonado de cal bastante compacto. A pesar de estar ubicado este en las cercanías de la línea costera habanera, parece estar conectado con el nivel freático, pues el agua que aún hoy lo llena y desborda en temporada de lluvias, es dulce. Es probable que, en un principio, este pozo haya sido abierto con el objetivo de que sirviera como fuente de abasto de agua potable pero, a partir de 1580, su función cambió, convirtiéndose en pozo séptico, contentivo de materiales con cronologías bastante tempranas para la ciudad. Dentro de esos escasos centímetros se exhumaron una gran cantidad de fragmentos de cerámica utilitaria acordelada, un pedazo de burén, un perforador de sílex con huellas de uso y una punta de concha intermedia.²⁵ Los fechados obtenidos a partir del estudio de los artefactos, nos permiten definir que, hacia 1580 se comenzó a verter desperdicios en este pozo, y solamente las piezas que suprayacían a estos en la porción del colector inexistente, nos darían la fecha aproximada en que este dejó de utilizarse como contenedor de basuras.

Es bastante conocida la deplorable situación sanitaria imperante en la urbe durante sus primeras cuatro centurias de existencia. La ausencia de sistemas efectivos de drenajes, así como de empedrados en los siglos XVI, XVII y XVIII, hacía que se inundaran los terrenos anegadizos. Los desperdicios de las bestias y los animales muertos que podían encontrarse en las vías públicas producían un olor nauseabundo que, conjuntamente con los múltiples vertederos existentes y las basuras que eran botadas hacia las calles, dejaban mucho que desear de la ciudad; contrastando considerablemente con el lujo y las riquezas que podían encontrarse dentro de muchos inmuebles habaneros. La constante generación de desperdicios dentro de las viviendas y comercios provocaba que la actividad de verterlos fuera una acción bastante recurrente, lo que dio lugar a la apertura de pequeños pozos sépticos. Pocos de los exponentes más antiguos han podido ser localizados, influyendo en ello el alto grado de antropización del subsuelo en nuestra ciudad. Es probable que una gran cantidad de piezas de factura aborigen se hayan perdido irremediabilmente dentro de estos contextos, los que no podrán ya ser estudiadas.

Un basurero, perteneciente al siglo XVI, ha sido localizado recientemente en la esquina de las calles Mercaderes y Lamparilla,²⁶ sitio donde se han exhumado numerosos fragmentos de cerámica acordelada, algunos de ellos con decoración incisa en el borde, además de un fragmento de burén. Sin dudas, la cerámica constituye el elemento de tradición aborigen más representativo en las excavaciones arqueológicas —en contextos de una gran diversidad—, utilizado en las cocinas pertenecientes a personas de condición humilde, como en las de las casas de personajes adinerados. Estas piezas se han encontrado en edificaciones tan significativas como la Garita de la Maestraza de Artillería, la casa del Conde de Villanueva y la casa del Conde de Casa Calderón, así como en muchas otras; demostrando que estos tiestos fueron regularmente utilizados en la mayoría de las cocinas habaneras.

REFLEXIONES FINALES

La aparición de estos artefactos, conjuntamente con los ítems de factura europea en contextos primarios como los anteriormente descritos, apoya la hipótesis que sustenta la coexistencia de europeos e indios en el área de mayor desarrollo urbanístico de la ciudad, independientemente de la concentración de los naturales hacia Guanabacoa. Teniendo en cuenta el rango cronológico apor-

tado por los contextos donde se han extraído las evidencias mencionadas, hemos podido verificar la pervivencia del menaje utilitario indígena durante todo el siglo XVI, período en que las relaciones interculturales trajeron consigo la puesta en marcha de diversos procesos, que se van a manifestar en las unidades estratigráficas arqueológicas subyacentes en nuestra ciudad. La presencia de rasgos culturales aruacos en nuestro territorio norteño, con posterioridad a la época de la conquista, se hace latente a partir de la continuidad tradicional, manifestada a través del instrumental que continúa facturándose y utilizándose.

Mucho se ha tratado y especulado sobre las transformaciones culturales que sufrieron los indígenas que entraron en contacto con los europeos y que, posteriormente, convivieron con ellos dentro de las ciudades. Sin embargo, los análisis realizados generalmente pecan de simplistas,²⁷ pues no toman en cuenta el hecho de que cada individuo o grupo de individuos pudo haber aceptado el proceso “civilizador” de diferentes maneras. A partir de la propia categoría de transculturación y asumiendo que la imposición de costumbres e ideologías no debió haber sido bienvenida, sino más bien rechazada —al menos, en los primeros tiempos de la conquista y colonización de la isla—, se puede argüir que el resultado liminal conllevó al arraigo de estos a su cultura material. Como consecuencia, se hizo mucho más lento el proceso de apropiación de los nuevos elementos creando, a largo plazo, cambios o reajustes. Algunos pueden apreciarse fenoménicamente en los exponentes cerámicos con asas de tipologías no indígenas, confeccionadas quizás con el propósito de alcanzar una aceptación en el mercado y de esa manera lograr la venta de este producto, el cual debe haberles proporcionado algunos ingresos para subsistir. Pero una actitud consciente de esta índole, no puede estar separada del resultado sociocultural concreto del mestizaje que se plantea, puesto que la posibilidad es real, en cuanto a que estos asimilaron de forma inconsciente elementos europeos —en el caso de la cerámica—, creándose un nuevo producto, y que por medio de la transmisión tradicional llegara a las nuevas generaciones.

A pesar de que algunos elementos indígenas —como por ejemplo los cultivos— fueron aprovechados por los colonizadores en su establecimiento, estos no dieron como resultado cambios esenciales a nivel cultural, de manera inmediata para quienes por la circunstancia los asimilaron. Esta apropiación fue forzosa, pues estos garantizarían a los europeos mejoras en las condiciones de vida, hasta

que el desarrollo comercial propició progresos y el casabe, por solo citar un ejemplo, dejó de ser el principal sustituto del pan.

Todo parece indicar que el proceso que caracterizó a los indígenas habaneros durante el siglo XVI fue la aculturación, entrañando un contacto masivo que conllevó a situaciones de superordinación-subordinación, donde la cultura española mantuvo su posición dominante debido al empleo de la fuerza, a la superioridad tecnológica y a la posesión de mayor extensión territorial. Se hacen también evidentes los procesos deculturales que trajeron pérdidas parciales de la cultura autóctona, acarrearón sustituciones de manufacturas y ocasionaron pérdidas de tecnologías e imposiciones autoritarias que causaron la anulación de las instituciones y sus funciones existentes. Las consecuencias de toda esta complicadísima situación parecen haber sido diversas, y una de las más importantes es la pérdida de la independencia de los grupos indígenas desde el momento en que estos fueron subyugados. Sin embargo, la cultura aruaca persistió como cultura oprimida (subcultura) en los primeros dos siglos de dominación colonial, conviviendo e interdigitándose hasta donde le fue posible. A medida que avanza el siglo XVII, se hace evidente la disminución de información documental y artefactual aborígen, síntoma inequívoco de la extinción de estos como grupo cultural identitario homogéneo en dicha época.

NOTAS

- ¹ Jesús Guanche: *Componentes étnicos de la nación cubana*, p. 13.
- ² Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, tomo I, p. 61-62.
- ³ Gonzalo de Guzmán fue gobernador de Cuba en dos ocasiones: 1526-1531, 1534-1537.
- ⁴ Real Academia de la Historia: *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de antiguas posesiones españolas de Ultramar*, tomo IV, p. 124-125.
- ⁵ Real Academia de la Historia: *Colección de documentos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas posesiones en América y Oceanía*, tomo III, p. 336.
- ⁶ Fernando Portuondo: *Historia de Cuba 1492-1898*, p. 96.
- ⁷ Carta del Obispo al Rey, dando cuentas de la visita realizada a las villas e iglesias y del estado en que se hallan, 25 de julio de 1544 en Hortensia Pichardo: *Op. cit.*, p. 101.
- ⁸ *Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana*. tomo I, f. 95.
- ⁹ Según Ricardo Rousset en *Historial de Cuba*, tomo I, p. 191, el término Arauco Guanabacoa se traduce al español como Sitio de Aguas.
- ¹⁰ Ricardo Rousset: *Op. cit.*, p. 192.
- ¹¹ *Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana*. tomo I, f. 146 v.
- ¹² Estos nombres fueron tomados de los protocolos correspondientes al 24 de enero de 1578, 2(¿) de mayo de 1578, 13 de enero y 8 de mayo de 1579; aparecen en

María Teresa de Rojas: *Índices y extractos del Archivo de Protocolos de La Habana*. Tomos I y III.

- ¹³ María Teresa de Rojas: *Op. cit.*, tomo III, p. 532.
- ¹⁴ La cerámica de tradición aborígen será objeto de una investigación independiente más extensa.
- ¹⁵ José María Andueza: *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial*, p. 159.
- ¹⁶ Levantadas utilizando cordeles o rolletes.
- ¹⁷ Leandro Romero: *La Habana arqueológica y otros ensayos*, p. 157.
- ¹⁸ Lourdes S. Domínguez: "Cerámica transcultural en el sitio colonial Casa de la Obrapía" en *Cuba Arqueológica*, tomo II, p. 17 y 18.
- ¹⁹ Lourdes S. Domínguez: *Arqueología colonial cubana: dos estudios*, p. 4-21.
- ²⁰ Leandro Romero: *Op. cit.*, p. 128 y 156.
- ²¹ *Ibidem*, p. 156.
- ²² Daniel Vasconcellos Portuondo, com. per., 2005.
- ²³ Carlos A. Hernández: *Intervención arqueológica en la casa de los Marqueses de Arcos*, s/p.
- ²⁴ Petición de terrenos por parte de un vecino de la ciudad, recogida por Emilio Roig en "La Habana. Apuntes históricos" *apud*, Karen M. Lugo y Sonia Menéndez: "La inmundicia en La Habana: legado colonial" en *El Caribe Arqueológico*, No. 7, p. 101.
- ²⁵ Lisette Roura: "Enterramientos humanos en la casa de Obrapía No. 55" en *Boletín del Gabinete de Arqueología*, No. 2, p. 7 y 8.
- ²⁶ Roger Arrazcaeta, com. per., 2005.
- ²⁷ La mayoría de estos argumentan la transculturación como solución a todos los cambios culturales.

BIBLIOGRAFÍA

- Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana*. tomo I.
- Andueza, J. M. (1841): *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial*. Madrid, Boix Editores.
- Domínguez, L. S. (1995): *Arqueología colonial cubana: dos estudios*. Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____ (1980): "Cerámica transcultural en el sitio colonial Casa de la Obrapía" en *Cuba arqueológica*. Tomo II, Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Guanche, J. (1996): *Componentes étnicos de la nación cubana*. La Habana, Fundación Fernando Ortiz y Ediciones Unión.
- Hernández, C. A. (1997): "Intervención arqueológica en la casa de los Marqueses de Arcos" (Informe de excavación). Gabinete de Arqueología, Ciudad de La Habana.
- Lugo, K. M. y S. Menéndez (2003): "La inmundicia en La Habana: legado colonial" en *El Caribe Arqueológico*. No. 7, Santiago de Cuba, Publicación de La Casa del Caribe.
- Pichardo, H. (1984): *Documentos para la historia de Cuba*. Tomo I, La Habana, Editorial Pueblo y Educación.

- Portuondo, F. (1965): *Historia de Cuba 1492-1898*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- Pupo, R. (1990): *La actividad como categoría científica*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Real Academia de la Historia (1984): *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de antiguas posesiones españolas en América y Oceanía del Archivo de Indias*. Segunda Serie, Tomo III, Madrid, Editorial Sucesores de Rivadeneira.
- _____ (1988): *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de antiguas posesiones españolas de Ultramar*. Segunda Serie, Tomo IV, II de la Isla de Cuba, Madrid, Editorial Sucesores de Rivadeneira.
- Rojas, M. T. de (1947): *Índices y extractos del Archivo de Protocolos de la Habana*. 3 tomos, Imprenta Úcar, García y Cía., La Habana.
- Romero, L. (1995): *La Habana arqueológica y otros ensayos*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Roura, L. (1998): "Supervivencia aborigen en La Habana" en 1861": *Revista de Arqueología y Espeleología*. Año 2, No. 1, Matanzas.
- _____ (2002): "Excavaciones arqueológicas en Obrapía No. 55, Habana Vieja" en *Boletín del Gabinete de Arqueología*. Año 2, No. 2, Ciudad de La Habana, Editorial Boloña.
- Rousset, R. (1918): *Historial de Cuba*. Tomo I, La Habana, Librería Cervantes.
- Velas, R. L. y H. Hoijer (1969): *Introducción a la antropología*. Madrid, Ediciones Aguilar.



ACERCA DE LA FUNDACIÓN DEL PUEBLO INDIO DE SAN LUIS DE LOS CANEYES. ANTECEDENTES

JUAN MANUEL REYES CARDERO



Sobre la fundación de San Luis de los Caneyes se han hecho muchas especulaciones, desde algunas tan inverosímiles como aquellas que plantean su materialización antes de 1527, hasta otras que erróneamente calculan dicho acontecimiento en un momento tan tardío como 1618.¹ El tema últimamente ha cobrado interés debido a la salida a la luz pública de dos documentos mecanoscritos, pertenecientes al Archivo del Arzobispado de Santiago de Cuba, los cuales refrendan y argumentan en buena medida lo expresado por el único escrito que con anterioridad había detallado aspectos de ese proceso fundacional.² Se puntualiza además por una de las nuevas fuentes que la conformación del pueblo indio se produjo en 1539.

Antes de entrar a valorar este último aspecto analicemos las cuestiones medulares expresadas en los referidos escritos, comenzando por el texto “Apuntes históricos del pueblo indio de San Luis de los Caneyes”, elaborado por Luis A. Baralt en el año 1847, y que fuera recogido por Emilio Bacardí en sus *Crónicas de Santiago de Cuba*. Se desmiente en dichos apuntes, a través de un supuesto memorando enviado por los naturales a los soberanos, que el Caney fuera uno de los pueblos primitivos hallados por los conquistadores, aduciéndose que “[...] por varias razones de congruencia[...] les destinaron los españoles el paraje donde hoy se halla el pueblo, formándose allí un burgo o villaje, donde asistiendo solo los de la estirpe mantuviesen sus labranzas y tal cual crianza capaz de subsidiarles el diario sustento, alcanzando su extensión a más de veinte leguas de largo y diez de ancho”.³

En otra parte se relata como al llegar los primeros conquistadores al lugar encontraron aborígenes, los cuales huyeron y se dispersaron por los ásperos montes, quedándose a vivir unos pocos entre los nuevos señores de la tierra.⁴ Las informaciones suministradas permiten definir tres cuestiones: una la constituye el hecho de que en el área en referencia habitaban indocubanos dentro de un tipo de sociedad o comunidad que no implicaba la existencia de una reducción india a la usanza metropolitana; otra estriba en que

se produce la residencia conjunta (convivencia) entre vencedores y vencidos cuya génesis primaria debió ser la encomienda; y por último que se dan las condiciones para crear allí con posterioridad un burgo o villaje solo con los de la estirpe aborigen.

Tratemos de explicar cómo pudo ocurrir esto. Es evidente que existió un primario proceso de colonización acaecido en territorios cercanos o más inmediatos a la zona de la bahía de Santiago de Cuba, que contribuyó a la materialización de la fundación de la séptima villa cubana; consolidado el mismo se estructuran los mecanismos tendientes a distribuir las propiedades de cada vecino conquistador o lo que es lo mismo, asignar a ellos los espacios territoriales y su correspondiente fuerza de trabajo para lograr explotarlos. Como ha quedado demostrado, tanto en otras zonas como en Santiago, esas encomiendas se hicieron en los lugares más inmediatos a las villas en que pernoctaba el indio.

Las condiciones sociohistóricas y fisiográficas existentes entonces en ese espacio territorial que hoy conocemos como El Caney, permitían materializar bajo esos presupuestos una cadena vivencial aborigen; a la presencia de los naturales en un territorio resguardado, con suelos muy fértiles, se sumó una condición especial que pudo contribuir a aunar desde los primeros momentos la fuerza de trabajo necesaria a utilizar por los nuevos dueños del territorio: el cacique de Cuba, bautizado como Alonso Rodríguez, fue de los que no huyó ante la irrupción conquistadora inicial y se quedó a vivir junto a otros con los españoles.⁵ Ese recurso de encomendar indios bajo la tutela de su cacique fue un medio eficaz utilizado por el español, según muestran los documentos de época,⁶ y fue la causa de que empezaran a reconocerse, con el tiempo, las grandes encomiendas como pueblo de indios, por ejemplo en 1538 Hernando de Soto daría parte de su visita a los pueblos de indios ubicados en las cercanías de Santiago de Cuba, un año más tarde el Lic. Bartolomé Ortiz reclamaría la tutela de tres pueblos de indios que pertenecían al finado Gonzalo de Guzmán y en 1541 una real cédula imponía al obispo visitar en persona a dichos pueblos.⁷

Las “razones de congruencias” que existieron para fundar el pueblo del Caney seguramente estuvieron dadas por el cambio socioeconómico y político gestado entonces. Después de promulgadas las leyes nuevas, la escasez de vecinos españoles, de indios, y el alzamiento de estos últimos, provocaron que la antigua

dispersión de colonos hacia territorio de los naturales cediera paso a la ubicación de las haciendas en las cercanías de las villas. Es el período en que muchos de los dueños se contentaban con que los indios les cuidaran sus labranzas y monterías.⁸

Estas aclaraciones nos sirven a la vez de punto de partida para argumentar nuestra oposición al reconocimiento de la fundación del Caney en 1539, mucho más si se considera que la misma se efectuó por real orden de Carlos I. Dicha ordenanza en realidad constituía una viabilidad para que el suceso fuera posible, pero no significaba una directiva que especificara la erección de este pueblo ni de ningún otro en específico. Las órdenes del monarca se establecieron en 1523 con vista a propulsar el fomento de nuevas poblaciones y rigieron hasta para siglos siguientes, con modificaciones o variantes de acuerdo con el tiempo transcurrido y a las modificaciones del medio geográfico.⁹

Con independencia de que El Caney pudiera haber sido considerado como pueblo de indios, al igual que otros asentamientos de la región, no lo podía ser para esa época a manera de una reducción desarraigada de la encomienda. Es cierto que desde la segunda década del siglo XVI los monarcas españoles, a través de continuas reales cédulas, habían intentado reducir a los indios en comarcas e incluso a través del plan de experiencia, consistente en entregar en usufructo las tierras a los aborígenes en favor propio y de los reyes, pero eso tuvo un efecto bastante efímero para la zona de Bayamo, y aquí en Santiago nada de ello se consumó.¹⁰

La coyuntura histórica entonces vivida por esta villa en ese lapso de tiempo jamás pudo contribuir a la fundación de un pueblo “autogobernado” por aborígenes en zona tan inmediata a la misma, máximo en circunstancias en que la mayor preocupación de las autoridades y vecinos de Santiago de Cuba era defenderse de los crecientes alzamientos de indios, arreciados entre los años 1638 y 1640, y que incluso amenazaron con la supervivencia de los principales centros poblacionales de la región oriental.

A ello habría que agregar que en el período los continuos partes enviados a la metrópoli también se hacían eco del despoblamiento a que estuvo sometida la ciudad luego de la partida de Hernando de Soto hacia la Florida: el regidor López de Hurtado comunicaba en 1538 a la realeza que esta ciudad era una aldea de veinte vecinos¹¹ y un año más tarde se informaba al monarca que la isla estaba perdida, que muchos indios se habían alzado y que el temor de la gente impedía atender minas y granjerías.¹²

Por otro lado, para lograr concretarse la fundación se hacía necesario la existencia de un condicionamiento de libertad masiva para los indios, no de libertad casuística y aislada como entonces acontecía. De forma general las autoridades de la colonia en la isla, dígase su mayor gobernatura, el Cabildo, y hasta dignidades eclesiásticas, como el obispo Sarmiento, comprometidos con el sistema de encomiendas, se impusieron festinadamente a la libertad promulgada por los soberanos, hasta tal punto que de 1542 a 1550, durante los gobiernos de Juanes de Ávila y Antonio de Chávez, se pasó por alto esa disposición y solo en los años 1552 y 1553, estando de gobernador Pérez de Angulo, se le dio la libertad a todos los aborígenes, incluidos los esclavos.

Solo en ese contexto fue posible aunar los reductos aborígenes que quedaban en Cuba y crear reservas indígenas, precisamente cuando el mal era como una neoplasia avanzada. El sólido argumento destacado por Hortensia Pichardo es concluyente en ese sentido: “Los indios que quedaron libres entonces fueron recogidos en comunidades como la de Guanabacoa en La Habana y la de El Caney en Santiago de Cuba, de acuerdo a la cédula de 21 de marzo de 1551”.¹³ Agrega la investigadora que otras reales cédulas dispusieron, entre otras cuestiones, la creación de una iglesia en las reducciones, su adecuación a lugares buenos para tener labranzas, tierras y ganado, además de la posibilidad de elegir alcaldes y regidores indios, más tarde se ordenó la existencia de un protector comunal.

El doctor Leví Marrero, que tuvo acceso a infinidad de documentos de Indias del siglo XVI, plasmó cómo comenzaron a aplicarse esas órdenes en Cuba:

[...] al quedar libres, los indios se dispersaron y se estimó por los vecinos españoles que su concentración en pueblos era una solución razonable, justificada por el modo de vivir original de los indocubanos como por las leyes dictadas para protegerlos. Contaban, además, con la ventaja adicional de tenerlos cerca de sus villas, como mano de obra utilizable.¹⁴

Puntualizó Leví Marrero, además, la consumación de dicha estrategia en la zona de Guanabacoa, cercana a La Habana, dentro de un tiempo oscilante entre junio de 1554, en que el cabildo haba-

nero hace la propuesta de la reducción, y el mes de diciembre del año siguiente, cuando dicho cabildo se reunía ya en el creado pueblo de indios. Define también lo que resulta ahora de más interés para nosotros: “En ese período, además de Guanabacoa, se construyeron pueblos indios próximos a Santiago de Cuba: El Caney y la Trinidad, por orden del gobernador”.¹⁵

Aunque no se precisa la fecha exacta de la inauguración del pueblo del Caney, consideramos que debió producirse ese acto hacia los finales de esa quinta década o con más propiedad luego de 1661, cuando ante la escasez de esclavos los vecinos de Santiago de Cuba, Bayamo y Puerto Príncipe se quejaban a la corona sobre los núcleos de indígenas que se negaban a aproximarse a sus villas y se mantenían aislados en palenques, acompañados de negros esclavos fugitivos, en lugares inaccesibles.¹⁶

Lo cierto es que para 1563 una real cédula autorizó a usar la fuerza para reducir a estos núcleos de resistencia y que la primera referencia documental que poseemos acerca de lo que se conoció posteriormente como San Luis de los Caneyes data de 1669 o 1670. Se deben los datos a la visita pastoral realizada por el obispo Juan del Castillo, quien entonces aseguraba que “[...] Santiago de Cuba solo poseía 32 vecinos y 20 indios en el caserío de Los Caneyes, porque muchos de sus habitantes habían emigrado hacia Bayazo”.¹⁷

Esa cantidad de habitantes y el proceso migratorio descrito, que también se suscitó desde finales del siglo XVI hacia Tiguabos, otras zonas de Guantánamo y Jiguaní, nos hacen pensar en una comunidad poco numerosa, poco atendida, con muy pocas condiciones de subsistencia.¹⁸ Observemos que se nos habla por un obispo del caserío de los Caneyes y no de San Luis de los Caneyes, quizás esta denominación emergió a partir de de 1618 cuando se dictan las normas de organización de los pueblos de indios, los cuales a partir de entonces tendrían un alcalde entre los vecinos y de uno a cuatro regidores según el número de indios. Además, “[...] los pueblos debían tener comunidades de aguas, tierras y montes, entradas y salidas y labranzas y un ejido de una legua de largo, donde los indios puedan tener sus ganados, sin que se revuelvan con otros españoles”.¹⁹

Leví Marrero nos refiere que se ha señalado el propio año 1618 como el de la fundación del Cabildo del Caney, pero otros autores estiman que ocurrió el hecho en la segunda década de ese siglo o posteriormente.

¿CONVIVIERON ABORÍGENES EN LA ZONA DE EL CANEY ANTES DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES?

Las aludidas referencias de Luis A. Baralt, así como las confusas reflexiones del historiador Ernesto Buch López, que exponen cómo los séquitos de Velázquez, entre ellos Juan de Grijalva, se internaban por los caseríos indígenas de Jiguaní, El Caney y Yarayabo,²⁰ permiten inferir una convivencia en la zona del Caney previa a la llegada del español que resulta verificable por vía arqueológica.

En el espacio donde se ubican las ruinas del otrora fuerte español El Viso, aldeaño al actual poblado de El Caney, fueron encontrados restos de una comunidad aborigen, adjudicada temporalmente, según cronología relativa, a mediados del siglo XV, y que se considera pudo extender su convivencia hasta tiempos de la conquista.²¹ El descubridor y estudioso del sitio definió así a esa sociedad:

[...] los habitantes del gran residuario de El Viso, fueron amerindios aruacos agroalfareros, que llamamos subtaínos de Cuba. Que vivieron en un ámbito hermoso y providente, en un poblado de más que medianas proporciones, dedicados a la agricultura, a la caza, a la recolección y a la pesca, bien en expediciones al litoral marino o bien intercambiando productos del mar con las tribus marineras [...]²²

Con independencia de requerirse de un mayor examen tecnológico de los materiales allí encontrados, fundamentalmente de su cerámica, en correlación con la de otros asentamientos, consideramos que muy bien pudieron corresponder aquellos pobladores con los que tuvieron vínculos con el colonizador. Es sintomático que el arqueólogo Felipe Martínez Arango, arraigado a una cronología relativa que reconocía como subtaínos tempranos (siglos del IX al XI d.n.e.), a la mayoría de los sitios agroalfareros del este de la bahía de Santiago de Cuba, admitiera la posibilidad del contacto, aún cuando pesara el no encontrar huella hispana.

La irrupción de los llamados indios por aquellos lares tuvo una existencia milenaria. Todo ese gran territorio, que no abarca solo donde se enclava el actual poblado sino las laderas más inmediatas a la Sierra Maestra y áreas del litoral levantino, fue habitado por comunidades de diferentes status socioeconómicos.

Los trabajos arqueológicos destacan sitios ubicados preferentemente en las márgenes de la desembocaduras de los ríos y en

radas del litoral este de la bahía santiaguera cuya distancia en línea recta hacia El Caney es de aproximadamente siete kilómetros. Allí se asentaron culturas preagroalfareras cuya mayor especialización en actividades predatoras (caza, pesca y recolección) parece haber ocurrido para asentamientos como Damajayabo que tiene fechado de 1250 a.n.e.: la variedad y complejidad de tecnologías en función de explotar el medio ambiente costero y mediterráneo destacan a esta sociedad por encima de otras con ajuares unilaterales de concha o piedra.

En la propia área geográfica donde se produjo la fundación de San Luis de los Caneyes, en lugares muy cercanos al actual pueblo, arqueólogos de la antigua Academia de Ciencias en la provincia de Santiago de Cuba, hoy CITMA, descubrieron e investigaron tres sitios arqueológicos, nominados como San Fernando del Pozo, Los Pinos y La Batea que congeniaron en afiliar a los grupos preagroalfareros más antiguos de Cuba, los llamados protoarcaicos, cuya antigüedad se ha estimado en más de 3 190 años.²³ Esos grupos culturales se reconocen como sociedades con un modo de vida predator, dependiente fundamentalmente de la gran caza, inderida en mayor medida por el encuentro en los contextos de grandes láminas pétreas, preferentemente de sílex.

Los estudiosos de los sitios del Caney destacaron que en ellos se manifestaba una expresión económica diferente a la practicada tradicionalmente, durante los dos primeros milenios antes de nuestra era, por los recolectores marinos especializados que convivieron en áreas de la actual región de Santiago de Cuba: la dependencia mayoritaria de los recursos de bosque interior, o sea de la recolección y caza terrestre constituía a partir de entonces la novedad.

Los propios resultados investigativos contradicen en alguna medida la conceptualización de esos aborígenes como protoarcaicos, no se ha encontrado una megafauna que justifique un modo de vida cazador nomádico, así como tampoco herramientas macrolíticas que dignifiquen una manera "paleolítica" de realizar las actividades cinegéticas. Lo que realmente se hace notorio es la presencia de un recolector y cazador de especies menores en tierra adentro, no desligado de cierta explotación de especies marinas, que parece tener algún tipo de vida sedentaria según la imprevista dejada en los sitios de habitación.²⁴

Investigadores al reevaluar los resultados obtenidos empiezan a conjeturar sobre una fuerte tendencia a disminuir las herramientas y a utilizar materia prima diversa por parte de estas bandas huma-

nas, lo cual interpretan como procesos de ajuste de trabajo, propios de grupos aborígenes cazadores pescadores recolectores en una fase bastante tardía que pueden llegar a estar en franco proceso de neolitización.²⁵ No consideramos que estos pobladores llegaran a esa fase tan tardía, previa al sistema productivo, pues los medios de producción encontrados, junto a la ausencia de cerámica, no validan esa presunción.

Como se ha observado hasta aquí el área que comprende el territorio donde se fundó el pueblo San Luis de los Caneyes fue habitada desde milenios antes de nuestra era por sociedades con diferentes modos de vida: apropiador y productor. Este último comenzó a manifestarse a partir del siglo IX d.n.e en la región donde queda enclavado El Caney y se desarrolló, con posibles interrupciones, hasta el siglo XV o XVI en que llega el conquistador, así lo corroboran las evidencias encontradas en El Viso. El lugar de estudio parece haber sido testigo de la articulación de la encomienda, de acuerdo con los testimonios que dan crédito a la convivencia español-aborígen. Con posterioridad se sentaron las bases para la fundación de San Luis de los Caneyes, según se ha considerado aquí a partir de la aplicación de las Leyes Nuevas en 1552.

NOTAS

¹ En el libro de Ricardo V. Rousset: *Historial de Cuba*, t. III, p. 175, se dice que hay quien asegura se fundó San Luis de los Caneyes en 1510. En relativa correspondencia con ello el Dr. Manuel Rivero de la Calle en su trabajo "Supervivencia de indoamericanos en la zona de Yateras", aparecido en *Cuba arqueológica*, No. 1, 1978, p. 156 da la posibilidad de la fundación para antes de 1527, al hacer coincidir equivocadamente al Caney de Santiago con los caneyes de la cauvana de Vasco de Porcallo. Por otro lado, el escritor alemán Wolker Mollin en su obra *Guerra pequeña, guerra olvidada*, p. 327, interpreta mal lo expresado por Leví Marrero en Cuba: *Economía y sociedad*, t III, p. 21, establece como fecha de materialización del acontecimiento 1618.

² Los documentos en cuestión pueden verse en: Emilio Bacardí: *Crónicas de Santiago de Cuba*, p. 7-11; Archivo Arzobispado de Santiago de Cuba (AASC): *Archivo de Parroquia, Parroquia San Luis de los Caneyes*, No. 15 (aquí se hacen constar nuevos datos históricos: que el cacique fundador del pueblo Alonso Rodríguez se llamó antes Jagüey Moreno, que se erigió la primera ermita en 1654, cuatro años antes de que muriera el cacique Marcos Rodríguez, nieto del primero y que el Ayuntamiento se creó en 1629; AASC: *Archivo de Parroquia, Parroquia San Luis de los Caneyes*, No. 16. El hago constar lo avala el archivero general del Arzobispado de Santiago de Cuba, Mariano Meurice Estiú, quien sustenta las afirmaciones respecto a la fundación del pueblo e iglesia del Caney por medio de la constancia de la Sección de Títulos y dominio de documentos históricos de templos y bienes propiedad de Iglesia Católica. Refrenda el hago constar Mons. Higinio Seoane Pliego (este documento es el que plantea la creación de San Luis de los Caneyes en 1539 por Real Cédula de Carlos I).

³ Emilio Bacardí: *Crónicas de Santiago de Cuba*, p. 9.

⁴ *Idem*.

⁵ *Idem*.

⁶ En 1529 el tesorero López de Hurtado al dar cuenta al rey del mal repartimiento hecho por el gobernador Gónzalo de Guzmán, lo hace aludiendo que este entregaba a sus familiares y amigos una determinada cantidad de indios con su cacique. Ver: Archivo de Indias: *Colección de documentos inéditos* [Luis Torres de Mendoza], primera serie, t. 12, p. 220.

⁷ Real Academia de la Historia: *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de ultramar*, Segunda Serie, t. I, No. 352, p. 86-87 (8 de noviembre de 1839); del mismo fondo, colección y serie t. VI, No. 381, p. 381 (14 de marzo de 1541).

⁸ Julio Le Riverend: *Problemas de la formación agraria de Cuba. Siglos XVI-XVII*, p. 74.

⁹ *Recopilación de Leyes de Indias mandadas a imprimir y publicar por la majestad católica del Rey Don Carlos II nuestro señor*, 1681, Libro 4, Título 7, Ley 1. Ver también Gustavo Placer Cervera: "La participación del ejército español en la fundación de las ciudades de Cuba. Siglos XVIII y XIX en *Revista Universidad de la Habana*, No. 257, p. 150.

¹⁰ Una carta de los oficiales reales Castro y Agramante, fechada en 26 de abril de 1540, daba a conocer que de los indios que se pusieron en experiencia en Bayamo ya no quedaban más de diez a cargo de un vecino que se sirve de ellos, quien los amenazaba y alquilaba a diversos precios. (Ver: Real Academia de la Historia: *Op. cit.*, t. 6, No. 364, p.139.

¹¹ Real Academia de la Historia: *Op. cit.*, Segunda Serie, T. 1, Cédula No. 327, p. 27 (17 de julio de 1538).

¹² Real Academia de la Historia: *Op. cit.*, Segunda Serie. t. VI, p. 61. El historiador Jorge Ibarra en su trabajo "La gran sublevación india de Cuba de 1520 a 1540 y la abolición de las encomiendas", p. 61-86 en revista *Santiago*, No. 22, junio 1976, hace un gran balance de las sublevaciones producidas en el oriente cubano durante los referidos años.

¹³ Hortensia Pichardo: "Los orígenes de Jiguani" en *Op. cit.*, p. 81.

¹⁴ Leví Marrero: *Cuba, economía y sociedad*, t. 2, p. 352-353.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ *Ibidem*, p. 354

¹⁷ Real Sociedad Patriótica de la Habana: *Memorias*, No. 28, t. V, p. 340-342, *apud*: Olga Portuondo, "Las minas de Santiago del Prado y el pueblo del Caney" en *Santiago de Cuba desde su fundación hasta la Guerra de los Diez Años*, p. 28.

¹⁸ Regino Boti: *Breves apuntes acerca de los orígenes de la ciudad apud*: Hortensia Pichardo, "Esbozo histórico de Guantánamo" en *Facetas de nuestra historia*, p. 106.

¹⁹ Leví Marrero: *Op. cit.*, t. III, p. 21.

²⁰ Las declaraciones de Buch las tomamos con reserva debido a su inadecuada inserción dentro del contexto histórico epocal: no podían penetrar tan tempranamente los conquistadores en poblados que todavía no se habían fundado, sino más bien en territorios poblados por aborígenes entre los que pudieron estar los reconocidos, al pasar el tiempo, con tales denominaciones. (Ver: Ernesto Buch López: *Historia de Santiago de Cuba*, p. 18.)

²¹ El doctor Felipe Martínez Arango ha considerado indistintamente la temporalidad de esos aborígenes. En su trabajo, *Los aborígenes de la cuenca de Santiago de Cuba*, p. 145 dice que la aldea debió durar cerca de un siglo y que de acuerdo con la frecuencia, presencia y ausencia de rasgos alfareros ese siglo probablemente halla sido el XIV en su segunda mitad hasta mediar el siglo XV. Por otro lado, este mismo

autor en *Registro de todos los sitios arqueológicos investigados por la sección de arqueología aborigen de la Universidad de Oriente*, p. 8, reconoce que los restos inferiores excavados corresponden a etapa anterior a la llegada de los españoles y que las evidencias exhumadas en el último nivel de arriba quizás sean contemporáneas con la entrada de los conquistadores.

²² Felipe Martínez Arango: *Los aborígenes de la cuenca de Santiago de Cuba*, p. 144.

²³ El arqueólogo Ramón Navarrete y sus allegados, desde finales de la década de 1980 estudiaron estos sitios del sur oriente cubano y realizaron la primera información sistematizada de los mismos en el siguiente trabajo: Ramón Navarrete y Jorge Trapero (s/f): "Nuevos elementos para el estudio del poblamiento protoarcaico en la provincia de Santiago de Cuba", CITMA, Santiago de Cuba, inédito. Además existe la investigación de Ramón Navarrete: "Tras las huellas del protoarcaico en Santiago de Cuba". Delegación de la Academia de Ciencias en Santiago de Cuba, Santiago de Cuba, 1990. Otro estudio realizado es el de Jorge Trapero: "San Fernando del Pozo. Sitio protoarcaico de Santiago de Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 3, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, 1999.

²⁴ Algunos estudiosos en Cuba empiezan ahora a conjeturar sobre estos aspectos, acerca de los cuales había llamado la atención hace mucho tiempo el arqueólogo dominicano Marcio Veloz, al hablarnos de una reutilización del instrumental de tradición paleolítica en función de objetivos de trabajo como la madera (ver para el caso del Caney el estudio de Gerardo Izquierdo, Ulises M González y José Jiménez Santander: "Tras las huellas del protoarcaico en la provincia de Santiago de Cuba. Estudios y realidades", inédito, Centro de Antropología, La Habana, 2005).

²⁵ Gerardo Izquierdo, Ulises M González y José Jiménez Santander: *Op. cit.*, p. 4-6. Otras consideraciones similares se han realizado para grupos aborígenes, otrora considerados protoarcaicos, del norte de las provincias centrales de Cuba. (Ver: Gerardo Izquierdo, Ricardo Sanpedro y Raúl Villavicencio: "Oquedades cársicas: fauna pleistocénica y evidencias arqueológicas. Provincia de Villa Clara, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 7, p. 50-58, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, 2003.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo General de Indias (1869): *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* [Luis Torres de Mendoza], Madrid, Imprenta de José María Pérez.

Bacardí, Emilio (1909): *Crónicas de Santiago de Cuba*. T. II, Barcelona, Tipografía de Carbonell y Esteva.

Boti, Regino (1985): *Guantánamo, breves apuntes acerca de los orígenes de esta ciudad*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

Buch López, Ernesto (1947): *Historia de Santiago de Cuba*. La Habana, Editorial Lex.

Izquierdo, Gerardo, Ricardo Sanpedro y Raúl Villavicencio (2003): "Oquedades cársicas: fauna pleistocénica y evidencias arqueológicas. Provincia de Villa Clara, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 7, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.

Izquierdo Gerardo, Ulises M. González y José Jiménez Santander (2005): "Tras las huellas del protoarcaico en la provincia Santiago de Cuba. Estudios y Realidades". Inédito, La Habana, Centro de Antropología.

Le Riverend, Julio (1992): *Problemas de la formación agraria de Cuba, siglo XVI-XVII*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Marrero, Levi (1974): *Economía y sociedad, siglo XVI*. T. II y III, Madrid, Editorial Playor, S. A.

Martínez Arango, Felipe (1997): *Los aborígenes de la cuenca Santiago de Cuba*. Miami, Florida, Ediciones Universal.

_____ (1982): *Registro de todos los sitios arqueológicos investigados por la sección de Arqueología Aborigen de la Universidad de Oriente*. México, DF, Editorial LIMSA, S. A.

Mollin, Wolker (2002): *Guerra pequeña guerra olvidada*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

Navarrete, Ramón (1990): "Tras las huellas del protoarcaico en Santiago de Cuba". Inédito. Delegación de la Academia de Ciencias en Santiago de Cuba.

Navarrete, Ramón y Jorge Trapero (s/f): "Nuevos elementos para el estudio del poblamiento protoarcaico en la provincia de Santiago de Cuba". Inédito. Delegación provincial del CITMA, Santiago de Cuba.

Pichardo, Hortensia (1989): "Esbozo histórico de Guantánamo" en *Facetas de nuestra historia*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

_____ (1989): "Los orígenes de Jiguaní" en *Facetas de nuestra historia*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

Placer Cervera, Gustavo (2003): "La participación del Ejército español en la fundación de las ciudades de Cuba" en *Revista de la Universidad de La Habana*. No. 257, Ciudad Habana, Dirección de información Científico Técnica.

Portuondo, Olga (1996): *Santiago de Cuba desde su fundación hasta la Guerra de los Diez Años*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

Real Academia de la Historia (1885): *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las antiguas colonias de Ultramar*, Segunda serie, t. I, III y VI, Madrid, Imprenta de la Real Casa.

Rivero de la Calle, Manuel (1978): "Supervivencia de descendientes de indioamericanos en la zona de Yateras, Oriente de Cuba" en *Cuba arqueológica*. No. 1, Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

Recopilación de las Leyes de Indias (1681). Recopilación de Leyes mandadas a imprimir por su Majestad Católica el Rey Don Carlos II. Madrid.

Rousset, Ricardo (1918): *Historial de Cuba*. T. III, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Trapero, Jorge (1999): "San Fernando del Pozo. Sitio protoarcaico de Santiago de Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 3, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.

CAIZCIMU: EL CACICAZGO ORIENTAL ESCENARIO DE LA TRISTEMENTE CÉLEBRE BAHÍA DE LAS FLECHAS Y DE LAS FEROCES GUERRAS DE HIGÜEY

ADRIANA CHURAMPI RAMÍREZ

*Even if the narrative is ornate, elegant and copious of words
Even if persons, places and times are conveniently displayed
Even if the shape of towns and the site and order of battles are fully described
Even if the mind of the reader is artfully attracted to the material
If the truth is missing it can never be called history.*

UBERTO FOGLIETT
De Ratio Scribendae Historiae (Rome, 1574)

Esta ponencia intenta demostrar que la aproximación mediante la lectura literal a las tradicionales Crónicas de Indias, no nos ofrecerá una imagen unívoca sobre los taínos de la zona de Higüey. Será necesario, a lo largo de constantes lecturas, ubicar, cada vez entre líneas, ciertas descripciones que —de ser posible— se mantengan ajenas a las estratégicas polémicas de esos tiempos o a los intereses políticos en juego. Serán estos fragmentos los que nos reportarán mayor información sobre la vida diaria de los taínos.

Las iniciales descripciones de Colón sobre los taínos, originales habitantes de La Española, caracterizados como una población pacífica, inocente y temerosa, resultan rudamente alteradas tras su visita a la zona oriental de la isla, específicamente a la actual Bahía de Samaná. Nos referimos al conocido incidente de la Bahía de las Flechas, nombre con que Colón bautiza al lugar precisamente después de sobrevivir la que se considera la primera confrontación belicosa entre indígenas y conquistadores en La Española. Este incidente atrae nuestra atención precisamente porque la Bahía de las Flechas formaba parte del llamado cacicazgo de Higüey, escenario de las excavaciones del proyecto multidisciplinario *Houses for the Living and the Dead*¹ dentro del cual nos ocupamos del estudio de las fuentes coloniales.

El 13 de enero de 1493, luego de dejar instalada la primera guarnición, La Navidad, ya de regreso a España, Colón bordea la costa de La Española y toma tierra en una playa, más allá de Monte Christi y Puerto Plata, donde “[...] hallaron ciertos hombres con arcos y flechas, con los cuales se pararon a hablar, y les compraron

dos arcos y muchas flechas [...]” (Colón 1990: 242). Describiendo a uno de los indígenas que aborda su nave, Colón relata:

El cual diz que era muy disforme en el acatadura más que otros que oviese visto: tenía el rostro todo tizado de carbón, puesto que en todas partes acostumbran de se teñir de diversas colores; traía todos los cabellos muy largos y encogidos y atados atrás, y después puestos en una redzilla de plumas de papagayos, y él así desnudo como los otros (Colón 1990: 242).

A continuación el acostumbrado intercambio de bienes se lleva a cabo: “Descendió el indio en tierra y hizo que los otros dexasen sus arcos y flechas y un pedazo de palo que es como un [laguna en el manuscrito] muy pesado que traen en lugar de espada; [...] y la gente de la barca salió a tierra y comenzáronles a comprar los arcos y flechas y las otras armas [...] (Colón 1990: 244) Pero repentinamente y de modo incomprensible para los españoles, la actitud de los indígenas se transforma en abierta agresión que escala rápidamente hasta convertirse en enfrentamiento.

Vendidos dos arcos no quisieron dar más, antes se aparejaron de arremeter a los cristianos y prendellos. Fueron corriendo a tomar sus arcos y flechas donde los tenían apartados y tornaron con cuerdas en las manos para diz que atar los cristianos. [...] estando los cristianos apercebidos, porque siempre los avisava d’ esto el Almirante, arremetieron los cristianos a ellos, y dieron a un indio una gran cuchillada en las nalgas, y a otro por los pechos hirieron con una saetada; lo qual, visto que podían ganar poco, aunque no eran los cristianos sino siete y ellos cinquenta y tantos, dieron a huir que no quedó ninguno, dexando uno aquí las flechas y otro allí los arcos (Colón 1990: 244 y 246).

Esta será una de las primeras impresiones que quedará consignada en la historiografía colonial cuando se describa la zona oriental de La Española, como resultado de esta primera confrontación la imagen de los indígenas de esta zona quedará vinculada a la noción de agresividad. Tal fue el impacto producido por el ataque, que el almirante en su esfuerzo por encontrarle una explicación recurre a otro de los estereotipos en desarrollo:

[...] porque sin duda, dize él [Colón], la gente de allí es diz que de mal hazer y que creía que eran los de Carib y que comiesen los hombres [...] y que si no son de los caribes, al menos deven ser fronteros y de las mismas costumbres y gente sin miedo, no como los otros de las otras islas, que son cobardes y sin armas fuera de razón (Colón 1990: 246).

Esta observación, plagada de generalizaciones, procede a adjudicar características distintivas al habitante taíno del oriente² y será posteriormente retomada por otros cronistas como Fernández de Oviedo e incluso por Charlevoix, en una fecha tan alejada como 1730:

Los pueblos de esta división [de Higüey] eran un poco más aguerridos que los otros, por tener a menudo que defenderse de los caribes, constantes invasores de sus costas, ávidos de llevarse prisioneros [...]. Los pueblos de Higüey estaban armados de flechas a ejemplo de sus enemigos, pero distaban mucho de utilizarlas tan bien como ellos, no defendiéndose de ordinario sino con la fuga (Charlevoix 1977: 51).

De esta manera se empieza a construir, en el imaginario colonial, importantes aspectos distintivos relacionados con la región. La imagen que de esta manera se va sembrando, tan solo se irá reforzando al surgir noticias de posteriores confrontaciones.

Las Crónicas también evidencian que no fueron solo las características bélicas las que llamaron la atención de los conquistadores. Colón cuando nos describe lo que él llama “la provincia grande de Higüey” (298) menciona los llanos y las campiñas pero se detiene, sobre todo, admirado cuando:

[...] al cabo de las zabanos o campiñas dichas comienzan unas peñas cuasi cortadas o tajadas, que apenas se puede subir a gatas asiéndose el hombre a las ramas que allí hay por ellas, y esta altura terná cinquenta y cinco estados y en partes más. Todo lo de arriba, diez y quince y veinte leguas, es tan llano como una mesa muy llana, y en algunas partes hay otras muy llanas, pero levantan de sí infinitas puntas como de diamantes [...] tan espesas y tan duras que vamos por ellas como si fuéramos encima de alesnas, y habemos de ir bien herrados de alpargates, porque no duran unos alpargates

por allí [...] cuatro o cinco o pocos más días (Las Casas 1992, Cap. II: 298-299).

A los agrestes suelos del oriente de La Española, se le agregaba un detalle de fundamental importancia que era la manera en que los indígenas no solo habían sido capaces de sobrevivir en una superficie tan rocosa, sino que incluso habían prosperado logrando mantenerse de manera eficiente. Para el conquistador español, un suelo compuesto de piedra caliza equivalía a improductividad, por eso su sorpresa era evidente al contemplar los variados cultivos de yucas, melones y ajos, resultado de la aplicación de un peculiar sistema de sembrado indígena:

Tienen muchos hoyos de dos o tres palmos de hondo y en contorno otro tanto y más, y en este hondo hay una tierra muy colorada o bermeja como almagra. Esta tierra es de tanta virtud y fertilidad que las cosas que en ella se siembran de las labranzas de los indios [...] que si echan en las otras tierras o partes desta isla las dichas raíces tan gruesas como la pierna o como el brazo, se hacen allí tan gruesas cuanto es todo el hoyo, y son tan gruesas que partidas por medio tiene un indio que llevar a cuestras la mitad, no chica carga (Las Casas 1992, Cap. III: 299).

Basándose en muchas de las descripciones tecnológicas proporcionadas por Bartolomé de las Casas, posteriores investigadores, como Veloz Maggiolo, han sustentado la tesis de la existencia de un sistema agrícola de subsistencia garantizada. La torta de guáyira agusanada, proveniente de Higüey, se consumía en toda la región, que se extendía desde la actual capital Santo Domingo hasta la Punta de Cabo Engaño. Por otro lado, las características del cultivo de la guáyira, podrían haber tenido consecuencias ecológicas que ni la yuca ni el maíz lograron: el abandono del sistema de quema y tala así como la lateralización de los suelos. Los argumentos mencionados hacen que Maggiolo conciba que “[...] este modelo alimenticio [...] hizo del este de la isla de Santo Domingo la zona cultural más relevante, base de la cultura Taína” (Veloz 1993: 92).

La estructura política de La Española es otro de los temas que ha sido abordado con énfasis en las Crónicas. Tradicionalmente la historiografía oficial aceptó y divulgó la existencia de cinco

cacicazgos, cada uno de los cuales se hallaba presidido por un “gran señor”. Así lo señala, por ejemplo, Fernández de Oviedo:

Mas porque, para lo que se espera proseguir adelante en la historia, conviene que se diga qué reyes o príncipes tenían el señorío desta isla de Haytí, que agora llamamos Española, digo que aquí hobo (segund yo supe de los testigos que tengo alegado, e por las memorias que yo he copilado desde que en Barcelona, año de mill y cuatrocientos e noventa y tres, vi los primeros indios e a Colom en la corte de los Reyes Católicos), cinco prefetos o reyes, que los indios llaman caciques, que mandaban y señoreaban toda la isla. [...] Los nombres de los cinco eran éstos: Guarionex, Caonabo, Behechio, Goacanagarí, Cayacoa [...]. Cayacoa tenía la parte del Oriente desta isla, hasta esta cibdad e fasta el río de Haina, e hasta donde el río Yuna entra en la mar, o muy poco menos; y, en fin, era uno de los mayores señores de toda esta isla, e su gente era la más animosa por la vecindad que tenía de los caribes (Fernández de Oviedo 1851, Cap. IV Libro III, 183).

Esta distribución —que probaría estar muy lejos de ser definitiva o acertada— obedecía a una precaria intuición de los cronistas acerca de los procesos desarrollados en La Española y sobre todo a un exigente afán clasificatorio impuesto por la burocracia colonial con fines administrativos y económicos.

A lo largo del tiempo, un entramado de controversias se irá desarrollando alrededor del relato histórico sobre La Española en general, pero nos detendremos en los aspectos relativos a la región que estudiamos en particular, empezando con la noción de cacicazgo. Roberto Cassá es uno de los autores que encarna una posición extrema al cuestionar la esencia misma del concepto.³ Él opina que las aldeas taínas se hallaban políticamente organizadas entre ellas según lazos de dependencia, de menor a mayor, pero que sus estructuras tribales se hallaban aún lejos de un desarrollo lo suficientemente amplio como para justificar los cinco cacicazgos tradicionales⁴ (Cassá 1974: 123-124). Probablemente Xaraguá y Magua podrían llegar a considerarse como confederaciones en vista de la cantidad de aldeas que mantenían y la participación del núcleo central en sus asuntos internos, así como la obligación de obediencia debida a dicho centro, pero por lo demás, Cassá se inclina a definir las estructuras políticas taínas como despóticas

incipientes, apoyándose en la descripción, encontrada en las Crónicas, del alto grado de obediencia que los caciques subordinados prestaban a sus jefes (Cassá 1974: 124 y 127).

La definición de caciques presenta un segundo problema. Los cronistas los asimilan, sucesivamente, con prefectos, reyes o señores feudales.⁵ Las Casas, en su afán de clarificar el contenido de las funciones, recurre incluso a una “traducción” de las expresiones formales taínas equiparándolas al protocolo hispano de la época: “Guaoxerí, el cual al ser el menor de los tres grados sería como nosotros decimos a los caballeros ‘vuestra merced.’ El segundo era Baharí como cuando nosotros decimos ‘señoría’ y el tercero o supremo Matunherí, como nosotros a los reyes decimos Vuestra Alteza” (Las Casas 1992, Lib. III, Cap. CXCVII). Si en un comienzo la inaccesibilidad lingüística de los cronistas al universo de Hispaniola, dificultó su comprensión de la compleja estructura sociopolítica, con el paso del tiempo la confusión solo fue en aumento. Las autoridades regionales eran evaluadas principalmente según su voluntad de colaboración o su capacidad de resistencia. Una cédula real, emitida el 26 febrero de 1538, en su afán de prevenir nuevos conflictos que pudieran resultar de un ejercicio independiente del poder y que condujera a rebelarse contra la corona, estableció:

Prohibimos a los Caciques, que se puedan llamar, ó intitular Señores de los Pueblos, porque así conviene a nuestro servicio, y preeminencia Real. Y mandamos a los Virreyes, Audiencias, y Gobernadores, que no lo consientan, ni permitan, y solamente puedan llamarse Caciques, ó Principales, y si alguno contra el tenor, y forma de esta ley se lo llamare, ó intitulare, executen en su persona las penas, que les parecieren convenientes (Leyes de Indias, Libro VI, Título 7, Ley 5).

El resultado de tal disposición fue la generalización de un término, de por sí de borrosa definición, a fin de cumplir con las exigencias de la administración colonial. De esa manera, se abandonaba una tarea que apenas había comenzado, la profundización en el estudio de la naturaleza de las funciones de dichos representantes, la manera en que eran elegidos, la duración de sus cargos, etc., imponiéndose un estereotipo hereditario y unipersonal, acorde a la dinámica de la sociedad colonizadora, que es lo que ha llegado hasta nuestros días.

Finalmente la clasificación en cinco cacicazgos (Marién, Maguana, Xaraguá, Maguá e Higüey) también presenta serias dificultades.⁶ En 1980 Bernardo Vega presentó una postulación diferente basándose en los diagramas del piloto Andrés Morales publicados por Pedro Mártir en 1516. Las nuevas delimitaciones provinciales eran: Caizcimú, desde el extremo este hasta el río Ozama y las montañas llamadas Haitises; Caiabo que limitaba por el sur con Santo Domingo y Azúa, por el norte con el río Yásica y por el oeste con las montañas del Macizo de la Cordillera Central; Hyabo o Huhabo se extendía por el norte hasta la desembocadura del Yásica, por el sur tocaba a los Haitises y habría incluido toda la península de Samaná; Bainoa limitaba con Azúa por el sur, la península de Tiburón por el oeste, la Península de St. Nicolás al noreste, la desembocadura del Yaque al norte y al este el macizo de la Cordillera Central, incluía lo que hoy es Haití pero sin el departamento del sur; Guacciarima era, finalmente, la parte extrema de la isla, situada en la península de Tiburón, actual Haití (Vega 1990: 23-41).

Según esta distribución, la zona de El Cabo, escenario de las excavaciones de nuestro proyecto, se ubicaría en Caizcimú.

Retomando nuestra línea de controversias, el liderazgo, precisamente de Caizcimú, también va a presentarnos dificultades. Fernández de Oviedo al enumerar a los líderes menciona:

Cayacoa tenía la parte del oriente desta isla, hasta esta cibdad e fasta el río de Hayna, e hasta donde el río Yuna entra en la mar o muy poco menos; y en fin, era uno de los mayores señores de toda esta isla, e su gente era la más animosa por la vecindad que tenía de los caribes. Y aqueste murió desde a poco que los chripstianos comengaron a le hacer la guerra; e su muger quedó en el Estado, e fué después chripstiana y se llamó Ines de Cayacoa⁷ (Fernández de Oviedo 1851, Libro III, Cap. IV; 65).

Si recurrimos a Bartolomé de Las Casas para ampliar la información encontramos:

El quinto rey o reino fue del todo oriental y cuya tierra se nos ofrece primero cuando a esta isla venimos de Castilla que llamaban los indios Higüey, la letra e luenga y el nombre del rey era Higuamamá, la última luenga también y en nuestro tiempo reinaba una mujer vieja, muy vieja, puesto que no supe,

cuando lo pudiera saber, si este nombre de Higuanamá fue propio de aquella reina o común de los reyes de aquel reino (Las Casas 1992).

Pero a continuación en otro de sus textos el mismo autor, reelabora la descripción:

“El quinto reino se llamaba Higüey e señoreábalo una reina vieja que se llamó Higuanama. A esta ahorcaron y fueron infinitas las gentes que yo vide quemar vivas y despedazar e atormentar por diversas y nuevas maneras de muertes y tormentos, y hacer esclavos todos los que a vida tomaron” (Las Casas 1552).

La presencia de tal variedad de versiones ha ocasionado que incluso se ponga en duda la existencia de Cayacoa, basándose tan solo en su sospechosa ausencia textual durante las descripciones de momentos decisivos relacionados con el cacicazgo.

Iniciada, con fuerza, la fase de activa colonización, los españoles concentraron sus esfuerzos en la explotación del oro en Haina y a fin de aprovechar la capacidad productiva de la región, llegaron a un acuerdo con el cacique de la zona, él se encargaría de proveerles el pan de casabe. Esta convivencia duró hasta 1502. Durante una de las jornadas de cargamento de casabe a los barcos, en la isla Saona, se produjo el episodio desencadenante de la primera guerra de Higüey. Las Casas narra con horrenda profusión de detalles la escena en que un español azuza a su mastín que se lanza, con tal fiereza, al ataque de un jefe taíno que le arranca los intestinos, ante el estupor de sus compañeros. Una vez producido el enfrentamiento, la represalia no se hace esperar y llega desde Santo Domingo en la forma del ejército español. Ellos arrasarán con los rebeldes produciéndose episodios dramáticos consignados en las Crónicas, como la confinación de casi 700 indígenas en una casa que luego será incendiada. Numerosos indígenas fueron hechos esclavos, otros huyeron y un gran número solicitó clemencia. El capitán Juan de Esquivel les prometió respetar sus vidas si continuaban dedicándose a producir alimentos. Hay que tener presente que los recientes asentamientos españoles atravesaban por un período de hambruna y escasez, de modo que las provisiones de Caizcimú no eran bienes de los cuales pudieran fácilmente prescindir. Se sella un pacto formal entre Juan de Esquivel y el cacique Cotubanamá, el conocido intercambio de nombres: el *guaitiao*.⁸ Este no duraría mucho tiempo, los españoles asentados en la fortaleza de Yuma violan pronto los acuerdos establecidos: menudean los

abusos, la explotación indígena se intensifica, y todo ello termina con el incendio del fuerte y el asesinato de los españoles. En 1504 parte una segunda expedición punitiva hacia Higüey. Las Casas menciona un ejército mixto de 300 a 400 españoles, reforzados por indios esclavos, que avanzaban eliminando a cuanto indígena encontraban a su paso. El desigual enfrentamiento de ballestas, espadas y caballería contra las flechas y piedras duró casi diez meses, hasta culminar con la captura de Cotubanamá en la isla Saona. Las Casas describe la debacle posterior: “Preso y muerto este señor Cotubano y hechas las crueldades que por ocho o diez meses que esta guerra duró en ella se perpetraron, cayeron todas las fuerzas de todas las gentes desta isla, que todas juntas eran harto pocas, y los pensamientos y esperanza de nunca tener remedio [...]”⁹ (Las Casas 1985, Lib. II, Cap. XVIII: 269).

Las medidas adoptadas para prevenir posteriores enfrentamientos fueron determinantes, contingentes españoles e indígenas fueron distribuidos a lo largo de toda la isla entre las cerca de 13 villas que el gobernador Ovando había fundado con ese objetivo. Dos centros quedaron establecidos en lo que fuera el cacicazgo de Caizcimú: Salvaleón y Santa Cruz de Aicayagua.

Un poco más adelante, ya en setiembre de 1504, Fernández de Oviedo describe un acontecimiento que resulta de importancia para nuestra investigación:

[...] después que ahí llegó Colom venido de Jamaica, hobo una tormenta (que los indios llaman huracán), a los doce días del mes de setiembre, que derribó todas las casas e buhíos desta ciudad o la mayor parte de ellas. Más porque después, pasados algunos años, hobo otras dos tormentas o huracanes mayores [...] E de allí adelante se comenzaron a edificar e labrar casas de piedra e de buenas paredes, y edificios (Cap. X).

Las destructivas guerras de Higüey, unidas a los fenómenos naturales de la región (huracanes) y a la nueva política de edificaciones, constituyen suficientes elementos para determinar los límites cronológicos dentro de los cuales localizar la consulta de fuentes bibliográficas en nuestra investigación: desde la llegada de los conquistadores a La Española hasta 1500 o 1505.

La visión emergente, hasta este momento, sobre la región oriental de La Española nos confronta con una imagen cuyas

características responden en grandes líneas a inquietudes y programas colonizadores, más que a una enfática y profunda tarea de observación que se detenga precisamente en las particularidades que distinguieron a los habitantes originales de los conquistadores. No en vano investigadores, como Ricardo Alegría, señalan:

Estos escritores del s. XVI fueron principalmente exploradores, misioneros y colonizadores, difícilmente entrenados en la observación etnográfica. Pero antes de juzgar con excesiva severidad su carencia de habilidades etnográficas, debemos tener en cuenta que para ellos la etnografía ocupaba un lugar secundario comparada con los objetivos fundamentales: la descripción de la heroicidad de los conquistadores y la condena de la herejía de los naturales [traducción mía] (Alegría 1997: 12).

Evidentemente el grado de capacidad bélica, la organización política base del poderío militar, así como las posibilidades de explotación económica de los recursos, resultaron prioritarias para los primeros colonizadores. Para hallar información sobre el tema de la vivienda taína, será necesario recurrir a una lectura entre líneas de las descripciones de episodios de la vida diaria.

Si bien las referencias de los primeros cronistas respecto a las viviendas son numerosas, es necesario tener en cuenta que en su afán descriptivo incluyeron conceptos culturales propios para conseguir recrear ante el lector europeo el panorama que ellos mismos presenciaban. Las Casas, por ejemplo, nos relata la existencia de las “aldeas” pero omite proporcionarnos dimensiones específicas, su explicación es más o menos la siguiente: “[...] estaban conformadas por un barrio, pero sin llegar a ser una ciudad porque ésta era aquella conformada por varios barrios”. En otro momento señala “En esta Española, en la de Cuba, y en la de San Juan y Jamaica y las de los Lucayos, había infinitos pueblos, juntas las casas, y de muchos vecinos juntos de diversos linajes, puesto que de uno se pudieron haber muchas casas y barrios multiplicados” (Las Casas, 1992, Lib. III, Cap. XLVI). Esta vez su observación vincula el tema de la disposición de viviendas con el de la estructura social. “[...] bastábales vivir con congregación muchos vecinos o pocos con que sean si alguna buena cantidad para que tengan forma de lugar, villa o ciudad, conviene a saber, algún número de barrios y de parentelas o linajes que se hacen de casas juntas [...]” (Las Casas 1992, Lib. II, Cap. XLV).

Detalles como los citados, le han permitido a Roberto Cassá concluir que la residencia taína se podía clasificar de acuerdo con el tamaño, en linajes, clanes y barrios donde linaje sería la unidad menor habitada por individuos con lazos de consanguinidad. ¿Pero cómo determinar, por ejemplo, la cantidad de habitantes de una residencia? Al respecto, será Pané quien nos brinde mayores detalles al referirse a un cacique del fuerte Magdalena:

[...] una casa de la gente principal de la sobredicha provincia de la Magdalena, cuya provincia se llamaba ya Macorís, y el señor de ella se llama Guanáoboconel, que quiere decir hijo de Guanáobocon. En dicha casa estaban sus servidores y favoritos, que son llamados naborías, y eran en total dieciséis personas, todos parientes, entre los cuales había cinco hermanos varones (Pané 2001, Cap. XXV: 41).

Esta interesante afirmación propone sin embargo una nueva interrogante esencial: ¿quiere decir que personas, sin vinculación sanguínea con el cacique, podían habitar en su casa?

Colón, por su parte, aleja la discusión del terreno exclusivamente materialista al señalar como uno de los argumentos de la bondad natural y mansedumbre del indígena, precisamente, esta capacidad de vivir en poblaciones no muy grandes.

[...] había pueblos de cien y doscientos y quinientos vecinos, digo casas, en cada una de las cuales diez y quince vecinos con sus mujeres moraban. Y esto es harto notable [...] que en una casa de paja que tendrá comúnmente treinta y cuarenta pies de hueco, aunque redonda, y que no tiene retretes ni apartados puedan vivir diez y quince vecinos toda la vida [...] sin tener reyertas ni contenciones” (Las Casas 1992, Cap. 46: 524).

En el caso específico de la distribución de viviendas en la rocosa región de Higüey dice Colón al describir la admirable fertilidad:

[...] en medio destos montes hacían los indios sus pueblos, talados los árboles tanto cuanto era menester quedar de raso para el tamaño del pueblo y cuatro calles en cruz (quedando el pueblo en medio) de cincuenta pasos en ancho y de luengo un tiro de ballesta. Estas calles hacían para pelear, a las cua-

les se recogían los hombres de Guerra cuando eran acometidos (Las Casas 1992, Cap. III: 299).

La estructura general de las casas de La Española ha sido descrita por la mayoría de cronistas en los siguientes términos:

[...] hacían sus casas de madera y de paja, de la forma de una campana. Estas eran muy altas y muy capaces, que moraban en cada una de ellas diez y más vecinos. Hincaban los palos, gruesos como la pierna y aún el muslo en rededor, medio estado en el suelo y espesos y todos ellos veníanse a juntar en lo alto, donde los ataban con ciertas correas como raíces [...] llamados bejucos. Sobre aquellos primeros palos ponían al travéz y cruzados otros muchos delgados y muy atados con aquellas raíces [...]. Por de fuera cobríanlas de paja muy delgada y muy hermosa y odorífera que la había en esta isla (Las Casas 1992, Cap. 43, 480-481).

El Dr. Chanca, médico presente en el segundo viaje de Colón, al describir la aldea de Guacanagarí, uno de los más importantes asentamientos al norte de La Española, menciona la modesta suma de 50 casas que conformaban la villa.

¿Fueron los habitantes del cacicazgo de Higüey o Caizcimú de una ferocidad ajena a la de sus nobles hermanos taínos, quizás por vivir en conflicto constante con los caribes? ¿Fue la gran capacidad productiva la que hizo notable al cacicazgo o fue la rebeldía traducida en las dos guerras con que enfrentaron al invasor? ¿Habitaron en armónicos asentamientos de 10 a 15 familias, o contaron con palacios, iglesias y grandes urbes como algunos textos sugieren?¹⁰

Una de las características fundamentales de un relato es la incertidumbre, sea sobre la verdad de los eventos narrados o sobre la realidad de los sujetos-actores de dichos eventos. Los etnohistoriadores de la escuela tradicional, recomendarían ejercitar el rigor científico al analizar el texto y establecer una definida separación entre relato e historia. Sin embargo, los etnohistoriadores modernos confesarán que aún semejante práctica resulta insuficiente para combatir la incertidumbre.

Hemos puesto en evidencia algunas de las contradicciones presentes en las fuentes documentales, hemos planteado un par de interrogaciones necesarias, hemos complicado un poco más la lectura de los textos al revelarlos como un campo de batalla.

Pero al final el investigador de textos cuenta con una sola arma: la lectura, tras lectura, tras lectura, que le permita arribar a los límites de la certeza.

A partir de ese momento, si se quiere completar la imagen del pasado, se requerirá la contribución de otras disciplinas, para de esa manera, en forma conjunta, convertir la gran ilusión de la verdad en algo ligeramente más accesible.

NOTAS

¹ El proyecto "Houses for the Living and the Dead. Organisation of settlement, space and residence rules among the Taino, the indigenous people of the Caribbean encountered by Columbus", es llevado adelante por un equipo internacional de investigadores procedentes de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda; el Instituto de Arqueología, University College-London; el CNR/UMR des Amériques, Universidad de París X-Nanterre y el Museo del Hombre de la República Dominicana. La dirección del programa se halla a cargo de la Prof. Dr. Corinne Hofman y el Dr. Menno Hoogland.

² Este grupo indígena era el de los ciguayos de las montañas y la costa norte de Hispaniola, actualmente las últimas ediciones del Diario ya consignan esta aclaración. Incluso Las Casas en *Apologética historia sumaria* al describir la 7ª provincia de La Española indica: "[...] la de los Ciguayos, [...] que se extiende más de 30 leguas, porque llega junto a las sierras de la provincia del Macao por la tierra dentro por la parte de la Vega Grande y por la mar hasta la provincia de Higüey. [...] Y creo que pertenece a esta provincia de los Ciguayos el golfo que el Almirante llamó de las Flechas" (Las Casas 1992, Cap. III: 298).

³ "Los cronistas han originado un mito que hasta el momento no ha sido totalmente superado en la historiografía. Se trata de la supuesta distribución de La Española en todo su territorio en cinco grandes agrupaciones o cacicazgos que serían Marién, Xaraguá, Maguana, Magua e Higüey o Cayacoa según Oviedo y Las Casas. Mártir da también una división en cinco grandes provincias, pero totalmente diferente a la de los otros cronistas" (Cassa 1974: 124).

⁴ También Veloz Maggiolo sostiene "[...] la crónica, diversas investigaciones hechas por autores dominicanos, y hallazgos arqueológicos, revelan que existían numerosos caciques, aunque en algunos momentos estos se aunasen en torno a un cacique principal, esto casi siempre de manera eventual y no definitiva. Las crónicas de repartición de encomiendas, s. XVI, revelan que los caciques, eran, realmente, jefes clánicos, representantes de linajes. La división regional era por lo tanto una división de actividades tribales establecida por el modus operandi de la cultura y por acuerdos intertribales" (Veloz 1993: 112).

⁵ El 23 de diciembre Las Casas, comentando el Diario de Colón señala: "Y como las canoas andan mucho de remos, fuéronse delante a hazer saber al cacique, qu'ellos llamaban allí. Hasta entonces no avía podido entender el Almirante si lo dizen por rey o por gobernador. También dicen otro nombre por grande que llaman "nitaino"; no sabía si lo dezían por hidalgo o gobernador o juez" (Colón 1990: 198).

⁶ Sven Loven resumió ya en 1935 la magnitud de la polémica: "The names and approximate position of the cacicazgos have been cited many times in the sources, without an exact localization of their geographical limits" [*sic*] (Loven 1935: 73).

⁷ En la *Apologética historia sumaria* leemos: "Yendo por esta costa del sur al poniente, ocurre luego, después desta de Higüey, otra provincia que se llamaba Cayacoa o

Agueibana y llega a Sancto Domingo, que serán treinta leguas la ribera de la mar". (Las Casas 1992: 302).

⁸ "Este trueque de nombres en la lengua común desta isla se llamaba ser yo y fulano, que trocamos los nombres, guatíaos, y así se llama el uno al otro guatiao; teniase por gran parentesco y como liga de perpetua amistad y confederación, y así el capitán general y aquel señor quedaron guatíaos, como perpetuos amigos y hermanos en armas" (Las Casas 1985: 234).

⁹ Sobre la ferocidad de estas guerras higüeyanas existe también el testimonio redactado por los padres de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco en 1517: "[...] y fueron tantas las crueldades que pasaron, que solo el día del Juicio se podrán conocer: tomar de noche en un buhío, ques una casa de paja, quinientos y mil dellos, e guardar las puertas, e ponerles luego de día a cuchinadas, como estaban, desnudos, acuchillarlos e irse; a los que tomaban por el camino, cortaban a más las manos, e labrábanlos, e enviábanlos diciéndoles: "Id con cartas a los otros" (Guerrero 2001: 34).

¹⁰ Peguero en su *Historia de la conquista de la isla Española de Santo Domingo* describe la corte de Guacanajari en los siguientes términos: "[...] divisamos en una amena campana una numerosa población cuyos confines no termina la bista su espacio; tendrá ocho mil casas, de madera y pajas, a la que servían de muralla muchas labranzas a manera de granjas que forman todas un laberinto para dificultar la entrada a la población [...]" (Peguero 1975: 38-40). Igual de sorprendente es su descripción de un "templo" taíno: "[...] llegamos al inmundo templo en cuya puerta estaban sobre abiso los diabólicos sacerdotes, diremos cómo es. Es el templo (si es lícito darle ese nombre) de madera, de dos estados y medio de alto, del simiento al techo; en figura quadrada, dando a cada qadro beinte barras castellanas; con quarto puertas grandes a los quarto vientos principales; subiendo su techo en cuadro piramidal a rematar en un punto, en donde está colocado un ídolo; que disen Dios de los truénos; está soldado con ladrillo chico negro, y con algún dibujo" (Peguero 1975: 41). Las descripciones de Peguero se distancian de la generalidad de las Crónicas tradicionales.

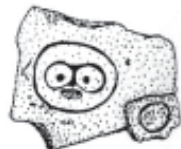
BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Ricardo (1997): "The study of Aboriginal Peoples: Múltiple Ways of Knowing" en Samuel M. Wilson, ed., *The Indigenous People of the Caribbean*. Gainesville, University Press of Florida.
- Casas, Bartolomé de Las (1552): *Brevíssima relación de la destruycción de las Indias. Colegida por el Obispo don Bartolomé de las Casas o Casaus de la orden de Santo Domingo*. Edición digital a cargo de José Luis Gómez-Martínez. <http://www.ensayistas.org/antologia/XVI/lascasas/5.htm>
- _____ (1985): *Historia de las Indias II*. Florida, Ediciones del Continente S. A.
- _____ (1992): *Apologética historia sumaria I*. Obras Completas, Vidal Abril Castelló, Jesús A. Barreda, Berta Ares Queija y Miguel J. Abril Stoffels, eds., Madrid, Alianza Editorial.
- Cassá, Roberto. (1974): *Los taínos de la Española*. Vol. CLXV, República Dominicana, Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Columbus, Christopher (1990): *The Journal. Account of the First Voyage and Discovery of the Indies*. Vol. 1, Part 1. Roma, Instituto Poligrafico e Zecca Dello Stato, V Libreria Dello Stato.
- De Charlevoix, Pedro Francisco Javier de (1977): *Historia de la isla Española o de Santo Domingo*. Tomo I. MDCCXXX, Escrita particularmente sobre las memorias manuscritas del padre Jean Bautista Le Pers, jesuita misionero en Santo Domingo y sobre los documentos originales que se conservan en el depósito de la Marina, Santo Domingo, Editora de Santo Domingo S. A.
- Fernández de Oviedo y Valdez, Gonzalo (1851): *Historia general y natural de las Indias*. Part I, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia.
- Guerrero Castro, Francisco (2001): *Historia de Salvaleón de Higüey*. Higüey, República Dominicana, Impresora Juan XXIII.
- Loven, Sven (1935): *Origins of the Tainan Culture, West Indies*. Goteborg, Elanders Bokfryckeri Aktiebolag.
- Pané, Ramón fray (2001): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. México D. F., Siglo Veintiuno Editores.
- Peguero, Luis Joseph (1975): *Historia de la conquista de la isla Española de Santo Domingo*. Trasmptada el año de 1762. Traducida de la Historia General de las Indias escrita por Antonio de Herrera cronista mayor de su Majestad de las Indias y de Castilla y de otros autores que han escrito sobre el particular. T. I, Santo Domingo, Publicaciones del Museo de las Casas Reales.
- (2002): "Recopilación General de las Leyes de los Reynos de Indias de 1680. Libro VI, Título 7, Ley 5" en María Teresa Condés Palacio: "Capacidad jurídica de la mujer en el derecho indiano". Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia de América.
- Vega de Boyrie, Bernardo (1990): *Los cacicazgos de la Hispaniola*. 3ra ed., Santo Domingo, República Dominicana, Fundación Cultural Dominicana.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1993): *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. República Dominicana, Banco Central de la República Dominicana, Editorial Corrupio.

LA HERENCIA INDÍGENA EN EL BARRIO LOS ZALDÍVAR DEL MUNICIPIO FRAY BENITO, PROVINCIA DE HOLGUÍN, CUBA

JOSÉ ANTONIO GARCÍA MOLINA

**Con la colaboración especial del historiador
de Fray Benito, Benedicto Paz Sánchez**



“Mi abuelita decía que nosotros no éramos blancos ni negros, sino de la generación de los indios”. Así declaraba Luis Zaldívar Rojas en 1995, a sus 86 años de edad, descendiente de indígenas cubanos, al hablar sobre su abuela, mestiza como él pero nacida a mediados del siglo XIX.

En la raza de los indios —continuaba afirmando nuestro entrevistado— se acostumbra a nacer los niños bien peluditos y con el pelo negro... y con jagua, a veces en el medio de la rabadilla o en las nalgas... [se refiere a cierta mancha en la piel, de origen mongol, y por tanto propia de los descendientes de asiáticos, como los indígenas de América] y los *granitos* negros” —decía aludiendo al color del escroto en los varones. “El que no nace así, no es indio”. Y a continuación, recordando a Evangelista, un tío bisabuelo suyo, dijo: “Yo conocí al Evangelista, yo era casadero; él iba a mi casa y conversaba mucho de la yuca agria y del casabe. Él enseñó a mi padre a hacer casabe. Evangelista era tío de mi abuela [luego debió de haber nacido alrededor de 1830, según nuestros cálculos]. Era bajito, trigueño y usaba cuatro crinejas [quiere decir, trenzas de pelo largo]; duró más de cien años. Las viandas preferidas de nosotros eran el boniato y la yuca; que de ahí de la yuca se saca el casabe. A la familia de nosotros le gusta mucho el casabe como el café claro. Se tocaba el guamo cuando se iba a dar una noticia, cuando pasaba algo, cuando iba a haber una fiesta o un aviso de cualquier novedad, se tocaba mucho el guamo, y los días de San Juan por la tardecita se repicaban mucho los guamos, los contestaban unos a otros de un barrio y otro; y cuando había una candela por algo, el aviso era con un guamo. Y cuando había fiesta, un guamo. Y el guamo se tocaba distinto cuando era por alegría y cuando era por tristeza. Cuando moría uno, le tocaban el guamo un poquito bajito; se repicaba distinto a cuando había fiesta. Y cuando empezaba a llover en la primavera de tarde, por la alegría y por la contentura, se tocaban guamos; se repicaban de un barrio a otro, porque estaba lloviendo y había entrado la primavera, se tocaban guamos”.

Esta es una breve entrevista, realizada por el historiador de Fray Benito, mi colega Benedicto Paz Sánchez, a uno de los miembros de la antigua y numerosa familia de los Zaldívar-Rojas, quienes fundaron en época ya remota un barrio denominado con el tiempo Los Zaldívar, cercano al pueblo de Fray Benito en la provincia de Holguín.

EL POBLADO DE FRAY BENITO

Según los datos que hemos recopilado de fuentes históricas,¹ así como de las entrevistas, sabemos que el poblado de Fray Benito se fundó como parte de la jurisdicción holguinera, posiblemente al comenzar el siglo XIX (ya en 1750 existía en el lugar una estancia con ese nombre), y que en 1860 tenía alrededor de 3 500 habitantes, casi todos procedentes de Holguín. Su economía se basaba entonces fundamentalmente en la producción azucarera de dos ingenios que abarcaban en conjunto 65 caballerías; había además tres haciendas de ceiba y cría de puercos, potreros con abundante ganado mayor y 334 sitios de labor y estancias donde trabajaban alrededor de 900 “labradores” (solo 32 eran “de color”), lo cual significaba la mayor parte de la población en edad laboral; además había un tejtar, cuatro tiendas mixtas y tres colmenares. La población urbana vivía en 72 casas del tipo de “embarrado” y guano, 18 de guano, 20 de tablas y tejas, y 3 de mampostería. Junto a ese núcleo urbano, a un kilómetro aproximadamente, nacería años después el barrio rural que con el tiempo se conocería con el nombre de Los *Zaldívar*, debido a uno de los apellidos comunes que tenían sus habitantes, junto al de *Rojas*.

PASADO REMOTO DEL BARRIO LOS ZALDÍVAR

Si consultamos un mapa de la más antigua geografía cubana, vemos que el lugar que hoy ocupa el barrio de Los Zaldívar se encuentra en un territorio que al llegar Colón allí en 1492, hacía mucho tiempo estaba habitado abundantemente por los indígenas: entre los cacicazgos o “provincias indias” de Maniabón y Baní, al norte de Holguín.² Numerosos sitios arqueológicos estudiados en ambas regiones han ofrecido información segura al respecto: el denominado Potrero del Mango, por ejemplo, es un lugar que fue ocupado por los indígenas por lo menos desde el año 1140; igualmente el sitio llamado Esterito, cerca de la bahía de Banes, se calcula que ya estaba habitado entre los años 1400 y 1450, y así otros más, los cuales se incluyen en una extensa lista de lugares

donde los españoles tuvieron contacto de algún tipo, en forma más o menos prolongada, con las comunidades aborígenes.³ De manera que no es casual que, precisamente desde este barrio de Los Zaldívar, situado en un terreno ligeramente elevado, pueda contemplarse al norte el hermoso paisaje de Bariay, lugar donde Colón desembarcó y observó por primera vez a los inicialmente huidizos indocubanos.

Veinte años más tarde, a comienzos del siglo XVI, sabemos que Diego Velázquez, primer gobernador español en Cuba, después de vencer la dura resistencia indígena para lograr establecerse cómodamente en Baracoa, amplió su combate contra los indígenas hacia las regiones vecinas de esa primera villa, y con tal fin envió a su segundo —el violento Francisco de Morales— para doblegar con su tropa la resistencia de los indígenas en los muy poblados cacicatos de Baní y Maniabón. Es conocida también la historia de los saqueos y otras crueldades que de manera particular cometió Morales con la población aborígen que logró someter. Allí maltrató duramente a los nativos: los saqueó, abusó de ellos en muchas formas y cometió crímenes de todo género, logrando con ello la exasperación de aquel pueblo inicialmente manso, que terminó por sublevarse y, en su defensa, matar a algunos españoles. Así lograba “pacificar” Morales el “peligroso” territorio de Baní y Maniabón: esclavizando y repartiendo entre sus soldados a decenas de indocubanos que no lograron escapar de la represión, como sí lograría hacerlo a continuación la mayor parte de ellos. Y valga recordar que fue tanto el ensañamiento y la violencia de este tal Morales durante la misión encomendada por Velázquez, que incluso algunos de sus subalternos españoles sufrieron sus castigos, y al regresar eran tantas las quejas sobre su actuación —y tan contraproducentes los resultados, pues al mismo tiempo había despertado aún más rechazo por parte de los indocubanos hacia los colonizadores, en contra de los propósitos tácticos de Velázquez—, que este lo envió preso a La Española.

LOS ROJAS DESCENDIENTES DE INDÍGENAS

La llamada “pacificación de los indios” en aquella zona, más la muerte del guerrero Hatuey al sur de la actual Bayamo, permitió a las huestes de Velázquez la fundación de esta villa y la continuación de su magra empresa invasora hacia el occidente insular. En aquel momento, cierta masa de población indocubana quedaba en mayor o menor medida bajo el control y los caprichos de los

usurpadores de la tierra. Indígenas de una región fueron trasladados como trabajadores forzados a ocupar y establecerse en regiones distantes de su lugar de origen. Es sabido que aborígenes de la zona de Maniabón fueron obligados a trasladarse a Bayamo para la fundación de esta villa en 1513,⁴ al parecer porque los de este último lugar —que eran también muy abundantes— en su mayor parte habían escapado de la presencia española.



El barrio Los Zaldívar, Fray Benito, Holguín.

Durante ese proceso de esclavitud inicial (que duró oficialmente de 1512 a 1553), cierta cantidad de nativos cubanos, de sus hijos y de las generaciones posteriores que no lograron evadir el vasallaje, recibieron nombres y apellidos españoles, según el de sus dueños o el del sacerdote que los bautizara. *Rojas* fue uno de los apellidos de indocubanos más conocidos desde entonces, otorgado inicialmente por Manuel de Rojas, un primo de Diego Velázquez a quien este entregó en Baracoa una buena cantidad de indígenas como esclavos para que trabajaran para él.⁵ Esto ocurría durante la segunda década del siglo XVI (entre 1512 y 1520). A partir de esa región baracoense, y en la década siguiente desde Santiago de Cuba —a donde fue a vivir Manuel de Rojas—, se inició la migración de los indígenas con el apellido Rojas. Al comienzo, acompañando a sus amos; otros muchos —durante siglos—, por evasión de la esclavitud, y —aun después de abolida oficialmente esta en 1553— por mantenerse alejados de los españoles; en otros casos, por el desalojo de sus tierras y otras formas de abuso recibidas de las autoridades.

Quizás sea lo anterior la razón por la que pronto fue muy común la presencia del apellido *Rojas* entre los indígenas concentrados por los españoles en el poblado de El Caney y sus alrededores, cerca de Santiago de Cuba, desde el siglo XVI. De manera

que, bien huyendo de la esclavitud y los maltratos, o bien acompañando a sus amos cuando estos se establecían en otros lugares, los aborígenes de apellido Rojas fueron dispersándose, estableciéndose y multiplicándose en áreas cada vez más amplias y alejadas de su lugar de origen. Es interesante observar cómo mucho después puede comprobarse la presencia del apellido Rojas entre los indígenas y sus descendientes que perviven en Jiguaní —muy al oeste de Santiago de Cuba—, cuando se funda

aquel “pueblo de indios” al terminar el siglo XVII. Incluso durante el siglo XIX consta que familias indígenas de apellido Rojas emigraron desde los alrededores de Santiago de Cuba (precisamente de El Caney y Yerba de Guinea), hacia la serranía de Yateras⁶ (donde, por cierto, hoy suman alrededor de dos mil descendientes de aborígenes con ese apellido).

Se trata de una migración lenta pero muy persistente, caracterizada por un mestizaje étnico en el que con frecuencia se observan, desde el siglo XVI, el componente de origen indígena y el de origen peninsular mezclados.⁷ Es una migración peculiar también porque en muchas familias persiste durante siglos la tendencia a practicar la endogamia, antiguo método defensivo de su identidad para evitar la intromisión de individuos ajenos en sus familias. Así llegan los indígenas Rojas a formar parte de la población de Bayamo —quizás ya para entonces como personas libres—, y tiempo después aparecerán también los Rojas descendientes de indígenas como parte de la población en Holguín, al menos desde el siglo XVIII. En los libros de bautismo de indios, pardos y morenos de las iglesias de San Isidoro y de San José de esa ciudad, aparecen bautizos de recién nacidos cuyos padres —clasificados allí como “indios”— provienen de Baracoa, El Caney, Jiguaní y Bayamo,

y las inscripciones datan desde 1713 hasta 1860. En particular la iglesia de San Isidoro muestra en sus registros de “entierros de indios”, de los años 1783 a 1856, que de 39 fallecidos con origen local identificado, 17 son de Holguín y los 22 restantes son de Jiguaní, Bayamo y El Caney.⁸

LA FAMILIA ROJAS EN EL BARRIO LOS ZALDÍVAR

La llegada a Fray Benito de los descendientes de indígenas con el apellido Rojas, al parecer comenzó desde la fundación de este pueblo en las primeras décadas del siglo XIX. María de Rojas de Leyva, nacida en Holguín, era hija del indígena (o descendiente de indígena) Julián de Rojas, quien también había nacido en esa ciudad, en 1789. De su madre, Clara de Leyva, no sabemos aún su filiación étnica; tal vez fuera una mestiza de indígena con español, a juzgar por el fuerte componente indígena que mostrarían después sus descendientes.

María de Rojas se casó con Miguel Zaldívar Ocampo, nacido como ella en Holguín, de quien desconocemos igualmente su procedencia étnica así como la de sus padres, cuyos nombres eran: Antonio Zaldívar y Juana Ocampo. Pudiera suponerse que esta rama genealógica de los Zaldívar, todavía en esta época, era de procedencia hispánica. Sin embargo, el hecho de unirse Miguel Zaldívar con María de Rojas, descendiente de indocubanos, daría lugar a una prole de seis hijos, nacidos todos en Fray Benito, en los que la imagen física del indígena era muy notoria o cercana.

Uno de esos hijos, Miguel Valentín Zaldívar Rojas, nacido el 8 de noviembre de 1851, sería el antecesor inicial de lo que después se conocería con el nombre de Barrio de los Zaldívar. Al casarse este, se estableció en un área rural muy cercana al futuro “barrio”, donde seguidamente se asentó su descendencia. Don Miguel Zaldívar, como se le conocía, había contraído matrimonio en 1878 con María Manuela del Carmen Rojas Almaguel, nacida como él en Fray Benito, en 1846, y tal vez prima suya (algo muy común también entre los Rojas, según hemos comprobado). Como puede apreciarse, con la unión de Zaldívar-Rojas con Rojas-Almaguel quedaba reforzada la herencia indígena del apellido Rojas, ya que el padre de María era Liborio de Rojas, nacido en Holguín en 1812, e hijo a su vez de Juan de Paula Rojas, también nacido en Holguín en 1765.

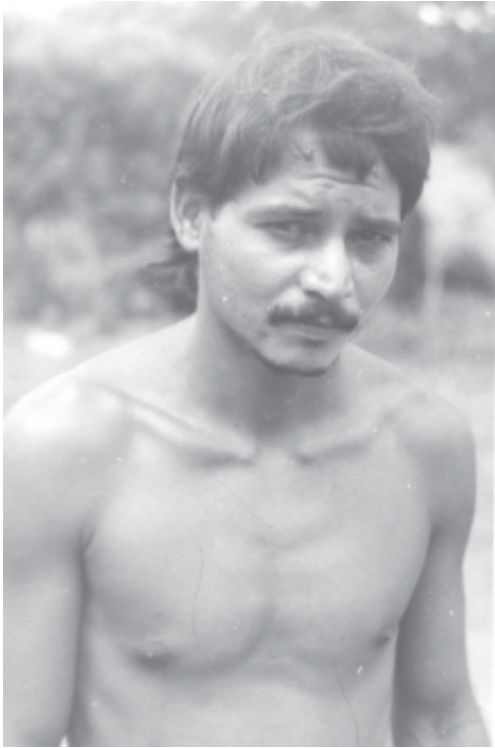
La finca a donde fueron a vivir don Miguel Zaldívar y María de Rojas cuando se casaron, se hallaba muy cerca del poblado de

Fray Benito, y al tener la pareja sus hijos, estos con el tiempo se establecieron a su vez muy cerca de la casa de sus padres para formar sus propias familias; así fueron ellos los primeros en constituir el barrio. Habían formado parejas con parientes muy cercanos, lo cual daría lugar a la permanencia de los apellidos Zaldívar-Rojas entre todas las nuevas familias. De aquí que, en lo adelante, los habitantes del poblado de Fray Benito identificarían al barrio campesino cercano como “el barrio de los Zaldívar”.

LA HERENCIA INDÍGENA DE LOS ZALDÍVAR-ROJAS

Los habitantes de Fray Benito solían decir que los que vivían en Los Zaldívar eran gente rara, extraña. No se parecían al común de las personas conocidas: tenían una forma de andar, una forma de comportarse y ciertas costumbres que consideraban muy raras. ¿Qué había de extraño en ellos y por qué? El pasado etnocultural indígena de los cubanos había quedado tan atrás en la historia, que era muy difícil para muchos responder dichas preguntas. Sin embargo, más que una lejana noción de “lo indio” flotaba todavía en el subconsciente colectivo, como veremos adelante. La inconfundible imagen física del indígena estampada en los rostros, los cabellos y en la apariencia física general de numerosos integrantes de aquellas familias, conducía a algunos vecinos de Fray Benito a atribuirles la inequívoca ascendencia aborígen. Ellos, por su parte, mantenían al respecto un silencio de respeto, que se hacía más discreto sobre todo en los más jóvenes; como si de los antepasados indígenas solo pudieran hablar con propiedad los más viejos. Así pasaron los tiempos del olvido y la ignorancia, hasta que en los años mil novecientos ochenta y noventa, el investigador histórico de Fray Benito, Benedicto Paz Sánchez, se interesó por responder esas preguntas. A los resultados de su indagación debe mucho el presente trabajo.

Lo primero que llama la atención en los habitantes del barrio Los Zaldívar es que, efectivamente, su comportamiento y aspecto físico se diferencian del resto de las personas que viven en el vecino pueblo de Fray Benito, el cual se encuentra apenas a un kilómetro de allí. El simple hecho de que los Zaldívar-Rojas decidieran vivir aislados del resto de la población urbana, aunque fuera a una mínima distancia de ella, nos revela la ancestral costumbre indígena de los tiempos coloniales, cuando mucho después de abolida la esclavitud indígena y durante siglos, los aborígenes cubanos que



Pobladores del barrio Los Zaldívar, Fray Benito, Holguín.

decidían finalmente ir acercándose a los poblados de origen hispano —bien por imperiosa necesidad económica o porque de antaño se les había obligado a vivir en esa cercanía—, lo hacían siempre guardando la necesaria distancia para evitar ser perjudicados de algún modo, así como para evitar el mestizaje racial. Solo de tal forma, en ese receloso y autoimpuesto aislamiento, pudieron los campesinos de ese lugar —igual que otros que hemos encontrado en serranías y parajes aislados de nuestro país— desplegar cómodamente su herencia biológica y cultural; sus costumbres y creencias ancestrales. De ellas hemos observado muchas en las que el mestizaje está presente con claridad; en otras es más difícil de apreciar a simple vista, pero existe también, en mayor o menor grado. Lo anterior ocurre tanto en el aspecto físico (macrosomático) como en el cultural, aunque para los efectos de nuestro trabajo y la valoración de la importancia que tiene la presencia de lo indígena

en la cultura cubana actual, el componente aborigen en lo cultural es lo verdaderamente importante, no tanto así en lo biológico.

A continuación resumimos algunos de los rasgos de ascendencia indígena más importantes que hemos observado presentes en los pobladores del barrio Los Zaldívar. Muchos de estos rasgos los conocí inicialmente a partir en un trabajo redactado por el colega Benedicto Paz en 1993,⁹ tiempo después pude corroborarlos de modo personal y directo mediante las entrevistas y observaciones que realizamos durante mi visita al barrio en 2004. Comenzaremos exponiendo los elementos hereditarios de tipo biológico —como ya expresé, de menor trascendencia para mi interés—, aunque, naturalmente, lejos del rigor con que lo haría un antropólogo físico, a quien correspondería este tipo de análisis; después continuaremos con los de orden cultural, que en mi opinión son los que en definitiva perfilan nuestra identidad como cubanos.

RASGOS FÍSICOS

Tanto hombres como mujeres son de estatura baja a mediana, como promedio: entre 1,60 y 1,50 metros respectivamente, salvo excepciones, debido al mestizaje de origen hispano. Su tez es bronceada en general y tienen el pelo lacio y oscuro muchos de ellos, aunque también hay individuos con el pelo ondulado y algunos pocos con suaves rizos, o de color menos oscuro. En general la pilosidad corporal es escasa; en los hombres la barba es rala o ausente. Se ha observado que las canas suelen aparecer tardíamente en sus vidas. Muchos presentan la oblicuidad de los ojos propia del ancestro mongoloide, pero poco acentuada. El color de estos es muy oscuro en la mayor parte de los individuos, aunque algunos tienen los ojos de color pardo, y se observan excepciones en que el color es verde, cuando por razones genéticas la herencia caucásica ha predominado en este detalle. En tales casos, sin embargo, el individuo en cuestión puede presentar a la vez los demás caracteres biológicos exteriores (fenotipo) propios de la tipología indígena. En general, la complexión corporal de hombres y mujeres es relativamente delgada, con tórax mediano y ancho; piernas delgadas y cortas, y manos pequeñas. Las mujeres presentan poco desarrollo de la región glútea.

Aun cuando hemos descrito aquí algunas de las características macrosomáticas que denotan la ascendencia indígena, más o menos pronunciada, que presentan en su conjunto los habitantes de Los Zaldívar, estas no son comparables en cantidad e intensidad con las que presentan otros descendientes de indocubanos que viven en diferentes lugares muy apartados de la región oriental, como podría ser el caso de los campesinos con apellidos Rojas y Ramírez de la región de Yateras, que viven en la provincia de Guantánamo. Sin embargo, con relación a la presencia en cantidad e intensidad de rasgos culturales de procedencia indígena, no existe tal diferencia entre ambos grupos. Solo mediante un estudio detenido de ellos podría establecerse las comparaciones al respecto.

RASGOS CULTURALES

El habla y la gestualidad

Tal como nos los describieron los cronistas desde el siglo XVI en Las Antillas y en el continente, los indígenas de toda América se distinguían por hablar solo lo necesario. “Todos estos señores son de pocas palabras [...]”,¹⁰ había dicho tempranamente Cristóbal

Colón refiriéndose a los caciques de La Española. En lo adelante, los aborígenes aparecerían ante los ojos de los europeos del siglo XVI —e incluso de los historiadores coloniales posteriores— como gente parca o tímida en su expresión oral, aunque agudos de entendimiento. Antonio José Valdés, autor cubano del tercer texto sobre historia de Cuba publicado durante la colonia, decía de los indocubanos: “Los indios de esta Isla se dice que eran naturalmente graves, aún en sus momentos de tristeza, y lejos de poseer aquella vivacidad de las naciones europeas, parece que la despreciaban. Su trato era modesto y respetuoso, y no hablaban sino lo preciso”.¹¹ Vale recordar que, entre los indígenas de América, el “poco hablar” es también expresión del *respeto a la palabra*, como bien me ha señalado el profesor y colega José Barreiro.* Pues he aquí uno de los rasgos señalados entre los habitantes de Los Zaldívar. Aunque a veces se muestran huidizos, sobre todo si están lejos de su entorno doméstico, cuando se les emplaza para conversar lo hacen con mirada frontal y serena, incluso con sonrisa complaciente y siempre respetuosa.

En la escuela, por ejemplo, los maestros refieren que estos alumnos son tímidos, “callados y tienen poco desarrollo en la expresión oral”; “son disciplinados, no conversan en las clases, muy respetuosos, humildes”.¹² No obstante, al hablar con ellos comprobamos que ese “poco desarrollo” no era debido a falta de vocabulario o a falta de habilidad para formular oralmente su pensamiento, sino a que decían solo lo necesario y en el momento preciso; hablaban de manera concisa, pero certera, lo cual no significa en lo absoluto poco desarrollo de su expresión oral. Así lo hacían los adultos también.

De igual modo, sabemos por Bartolomé de Las Casas que nuestros indoantillanos tenían, además, una forma de hablar dulce, suave y sonriente:

[...] tienen un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa” —decía el fraile.¹³ Paralelamente, es proverbial el uso de los gestos con que acompañaban su hablar. Es esta también la forma que observamos en los miembros de la familia Zaldívar-Rojas, cuando los vemos gesticulando al hablar, de esa manera pausada y sonriente con que lo hacen. De modo que, al parecer, aquí estamos de nuevo frente a algunos rasgos de la herencia indígena transfundidos generacionalmente hasta el presente en estos campesinos.

En tal sentido coincidimos con la aguda observación hecha por la prestigiosa historiadora norteamericana de nuestro siglo XVI, Irene Wright, quien acertadamente consideró —a comienzos del siglo XIX— que la gestualidad del cubano al hablar era un rasgo sobreviviente de ascendencia indígena.¹⁴

El vocabulario

Relacionado con el hablar, se encuentra entre los habitantes del barrio Los Zaldívar un uso peculiar de ciertos vocablos que también nos evoca la cercanía cultural al ancestro aborígen. Términos de procedencia indígena y de uso frecuente como *conuco* y *casabí*, son en general poco empleados por los cubanos en la forma en que lo hacen estas familias. La particularidad del término *conuco*, entre los Zaldívar-Rojas, es que ellos lo emplean invariablemente para referirse a sus labranzas, y no en forma ocasional, como puede escucharse entre muchas otras personas. Por su parte, el término *casabí* (torta cocida preparada con yuca), puede considerarse un arcaísmo del español en Cuba, ya que la forma en que desde hace mucho y en casi todo el país se le conoce es *casabe*. La forma *casabí* se sabe por las actas capitulares que era comúnmente utilizada durante el siglo XVI, lo que nos puede hacer suponer que es la expresión fonética similar o la más parecida a la verdaderamente usada por los aborígenes.

Otro vocablo también antañero —como diría Fernando Ortiz— es *crineja*. Aunque no proviene de lengua indígena, sí tiene relación con los indoantillanos. *Crineja* se refiere a la crin de los caballos, y hace alusión a la trenza hecha con los pelos de la crin. Aplicada a los humanos, *crineja* no sería, entonces —al menos en los orígenes de esta palabra—, una trenza hecha con cualquier clase de cabellera, sino con aquella similar a la de los equinos, la cual se trenzaba formando *crinejas*, como adorno o peinado del animal. Debo señalar que en 1492 Cristóbal Colón había comparado la cabellera lacia, oscura y gruesa de los indígenas con la crin de los caballos, cuando al describir a los nativos dijo que tenían “los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos, como sedas de caballo [...]”¹⁵ Esa era la imagen que ofrecía a Colón la cabellera de los indígenas, y así ha permanecido la imagen ofrecida por sus descendientes hasta hoy, cuando aún conservan los cabellos lacios (“corredíos”) y gruesos, que al ser tejidos semejan *crinejas*.

Jagua es otro vocablo de procedencia indígena, muy usado en la región oriental cubana y que escuché entre los Zaldívar-Rojas. Se refiere a la pequeña mancha oscura en la piel, característica de los descendientes de indígenas, que al nacer es visible en la región glútea o en la lumbar. El término tiene su origen en el arbusto denominado *jagua*, de cuyo fruto se obtiene una tintura empleada desde hace mucho como tintura para los objetos tejidos con guano o yarey.

Jigüera, que es también vocablo indígena, continúa empleándose desde hace mucho tiempo en la región oriental cubana, para referirse a diversos recipientes: vasos, cucharas, platos, cazuelas, cubos, etcétera, todos elaborados a partir de las güiras.

Jibe, por su parte, es la voz indígena que aún se emplea para denominar al tamiz o colador con que se cirne la masa seca de la yuca rallada, durante la confección del casabe. A la acción de usar el *jibe* se le denomina, por tanto, *jibizar*, que gramaticalmente significa la interesante formación de un verbo en castellano a partir de un sustantivo aborígen. Llama la atención también que este vocablo sea de uso casi exclusivo en Cuba y República Dominicana, territorios habitados durante siglos por la misma cultura indígena (los taínos), que dejó su impronta en muchas palabras de uso común.

Por último, conocimos en el barrio Los Zaldívar a un niño cuyo nombre no dejó de llamarnos la atención: *Guaroni*. Al indagar por qué ese nombre de tanto sabor indígena, supimos que le habían nombrado así por su abuela, quien a su vez se llamaba *Guarina*, legendaria denominación de una cacica indígena. En este caso estábamos ante un claro ejemplo de tradición indígena, en el que todavía se produce la herencia de los nombres por la vía materna (filiación matrilineal).

La inteligencia del aborígen

Son numerosas las referencias que tenemos por parte de los cronistas del siglo XVI acerca del grado de inteligencia de los aborígenes. No se trata solo del caso de Miguel Velázquez, aquel clérigo santiaguero hijo de madre indígena y padre español, que había estudiado en España y a quien muy joven aún se le celebraba su rectitud de conducta y su clara inteligencia. Fue el primer maestro cubano de quien se tiene noticia, en el siglo XVI. Se trata también de indígenas anónimos, adolescentes de quienes Bartolomé de Las Casas elogiaba su rápida comprensión y notabilísima memoria

en los asuntos religiosos que él les enseñaba.¹⁶ Se trata además de las observaciones de Cristóbal Colón¹⁷ y de otros cronistas del siglo XVI respecto de la viveza de entendimiento, tanto de indígenas sencillos como de sus caciques y cacicas en Cuba y otras tierras antillanas. Excelentes fueron los indígenas o mestizos de indígenas, a lo largo de la historia colonial, cuando por excepcionales circunstancias se les ponía a estudiar.

En el barrio Los Zaldívar, los niños que por alguna circunstancia han continuado su educación fuera del entorno del barrio, han mostrado ser “muy inteligentes”, según el informe del historiador Benedicto Paz, refiriéndose a los que han recibido una educación religiosa en la Iglesia Evangélica Pentecostal. De igual manera, de aquellos Zaldívar-Rojas que se han criado fuera del barrio, algunos son graduados universitarios o al menos alcanzaron el grado 12, mientras que entre los niños y jóvenes del barrio no hay ni siquiera técnicos medios, aunque todos saben leer y escribir. Sin embargo, muchos de los adultos mayores de cuarenta y cinco años de edad que han vivido siempre en el barrio padecen de analfabetismo funcional, ya que sus actividades económicas para lograr el sustento diario nunca han requerido la lectura y la escritura.

Por último, llama la atención que entre los niños del barrio las asignaturas que más gustan son las relacionadas con las artes plásticas, con las plantas y con los animales. Según el informe de Paz Sánchez, la que menos gusta es la Matemática. Es presumible que el entorno natural en que viven y sus costumbres de vida campesina hayan condicionado dicha preferencia.

El respeto a la figura de autoridad

Era costumbre en la forma comunitaria de vida de nuestros antepasados aborígenes, la subordinación a diversas figuras de autoridad social. Se sabe, por ejemplo, que todos los miembros de la comunidad o grupo se subordinaban a un jefe o cacique, quien tomaba las decisiones que afectaban a la colectividad. La figura de respeto no era solo el cacique; había otros personajes como el behíque o curandero, los ancianos, los espíritus de los antepasados y otros a quienes los miembros de la comunidad debían particular respeto o diferentes grados de subordinación. Pero sabemos que la dependencia de la figura del cacique para decidir la mayor parte de las acciones de trascendencia comunitaria, era absoluta. A él se le consultaba cualquier asunto, incluso personal —pues lo personal estaba diluido en lo colectivo— antes de decidir una ac-

ción. En ausencia de este, una figura sustitutiva ocupaba su lugar, y a ella se le daba igual tratamiento.

Semejante proceder ha podido observarse en los adultos del barrio Los Zaldívar, para quienes el maestro de la escuela primaria de la comunidad constituye una figura de respeto. Además de las atenciones personales que le brindan los padres de los alumnos, invitándolo a desayunar o almorzar, requieren de él qué hacer en caso de tal o cual enfermedad, así como qué hacer en otros asuntos personales. Le consideran una persona muy importante dentro de la comunidad, y si este hace cualquier crítica a un alumno suyo, los padres del mismo aceptan sin vacilar el requerimiento y lo trasladan con diligencia a su hijo. Lo mismo puede decirse de la relación de los vecinos con los ancianos, a quienes respetan y tratan con cariño.

Relaciones paternofiliales

Cuenta Bartolomé de Las Casas cómo los indígenas cubanos eran las personas que había conocido que más fuertemente amaban a sus hijos. Nos dice del apego de los niños a sus padres hasta edades en que no era costumbre entre los españoles. Narra ejemplos en los que los padres habían dado la vida por sus hijos para salvarlos de los maltratos de los españoles, e incluso habían llegado en ocasiones a ejecutar la muerte de sus niños (y después la propia) para evitarles la esclavitud.

Un apego similar se observa entre los padres del barrio los Zaldívar y sus hijos. Así la describe el historiador Benedicto Paz en su informe: “Existe una sobreprotección de los niños chiquitos, casi no los dejan separarse de los padres; es muy común ver a los niños *enjoyetados*, o sea, montados a la cintura [de sus madres], siendo ya bastante grandes, y como las mujeres son de baja estatura por lo general, los pies de los niños casi llegan a la tierra”. Añade que cuando las madres tienen que salir para alguna diligencia fuera del barrio, “llevan consigo a los niños aunque estos tengan clase”.¹⁸ Los niños asisten a la escuela a partir de los seis años de edad. Por último, señala que cuando tienen que regañar al niño por alguna travesura, los padres lo hacen en voz baja y sin ningún gesto de impaciencia, lo que denota, entre otras cosas, un amor devoto por sus críos

Endogamia

Como se ha observado históricamente, la endogamia a nivel de una familia o de toda la comunidad ha sido y es una forma de vida

propia de ciertos grupos humanos que vivieron o viven según tradiciones muy antiguas. Estar amenazados por congéneres vecinos ha sido también una buena causa para la aparición de la endogamia. Tenemos constancia de que así sucedió con nuestros aborígenes, por citar un ejemplo, cuando vivieron durante siglos alejados de los conquistadores primero, y después alejados de cualquier otro contacto con el resto de la población “blanca” en general, refugiados en los montes, ciénagas, costas y cayos de casi todo el archipiélago cubano, reproduciéndose mediante prolíferas uniones intrafamiliares. De aquí surgió después la imagen de nuestro campesino como un personaje montaraz, jíbaro, cuyas jóvenes casaderas eran alcanzables por su posible pareja solo mediante el rapto, incluso entre ellos mismos.

De igual forma, prolíferas y endogámicas, ha sido la forma de reproducción que hallamos en las familias del barrio Los Zaldívar. Así lo observamos por la presencia casi absoluta de los apellidos Zaldívar-Rojas entre ellos, y así lo declaran algunos en las entrevistas. Ramón Rojas, aún sin vivir exactamente en el barrio de Los Zaldívar, representa la quinta generación de su familia en Fray Benito, y es el menor de una prole de ocho hijos.

Del mismo modo que en etapas ancestrales, en el barrio Los Zaldívar las uniones consensuales se llevan a cabo en su mayor parte mediante el rapto de la muchacha, generalmente una vecina que es a la vez miembro de la familia (sea una prima, una sobrina, etcétera).¹⁹ El hecho ocurre sin violencia alguna, con la mayor naturalidad. Es común que desde muy temprano los padres les digan a sus hijos pequeños frases como esta: “Cuando seas más grande, tú te vas a casar con fulanita, tu primita”, y esto último ocurre a menudo en la adolescencia.

Otro hecho refleja la endogamia actual, aún en nuestros días, cuando algún joven desconocido proveniente, por ejemplo, de Fray Benito, se acerca al barrio para cortejar a alguna muchacha de allí, los vecinos (casi siempre los más jóvenes y niños) la emprenden a pedradas con el intruso, evitando así su acercamiento y posible futura incorporación como miembro de una familia en el barrio.

También llama la atención la coincidencia con lo descrito por los cronistas del siglo XVI, cuando contaban que muchas mujeres indígenas se casaban siendo prácticamente adolescentes aún, y más adelante, en cierta etapa y circunstancias de la esclavitud indígena, estos formaban parejas también con mujeres mucho mayores que ellos, así suele verse en las familias de Los Zaldívar

cómo existen jóvenes que toman por pareja a mujeres que a su vez tienen hijos de la misma edad que ellos, o bien puede hallarse a una joven unida a un hombre que tiene la edad del padre de ella.

Vivienda y costumbres domésticas

No vale la pena abundar en las numerosas similitudes que ofrece la tradicional vivienda indígena cubana, hecha de yagua y guano, con formas circulares, ovaladas o rectangulares, con relación a los *bohíos* (palabra indígena, por cierto) en que viven los habitantes del barrio Los Zaldívar. Estas son también viviendas de yagua y guano (pocas veces de tablas de palma), generalmente rectangulares, sin cobertizo e incluso a veces sin cocina interior ni comedor propiamente dicho; solo dos o tres piezas, que sirven como habitaciones y área de estar. Es común encontrar la cocina en un espacio fuera de la vivienda y cerca de ella, donde el combustible es la leña y el fogón puede ser muchas veces tres piedras colocadas en triángulo que sostienen directamente las cazuelas, también igual que en las comunidades aborígenes. Se come con el plato en las manos y los útiles de cocina se colocan entre los cujes y yaguas de las paredes.

El interior de las viviendas suele estar muy recogido, con el piso de tierra bien barrido, así como el exterior, para lo cual usan escobas llamadas “chiviricos”, confeccionadas por ellos con elementos vegetales del lugar. Expresan el aseo también fregando vasos y platos con ceniza de la cocina. En el interior de la vivienda no se observan muebles propiamente dicho, sino unos pequeños y escasos bancos para sentarse, hechos con ramas de árboles, con las patas encajadas en el suelo de tierra junto a las paredes. La ocasional presencia de un taburete u otro mueble para sentarse, suele destinarse a los ancianos. Es frecuente hacer para dormir hacer un tipo de cama mediante estacas clavadas al piso con un bastidor de yute y algunas tablas, todo unido mediante ligaduras de tela o de sogas. En este particular llama la atención el uso indígena de las hamacas, a veces en sustitución de las camas ausentes. Aquí pudimos observar una costumbre genuinamente aborigen que no habíamos visto en ninguna otra parte antes: situada sobre la hamaca de la madre, estaba la hamaca para el niño o bebé, de modo que ella mantenía fácilmente el control de este mientras dormían. Aún puede verse esta costumbre entre los indígenas que sobreviven sin alterar la mayor parte de sus ancestrales costumbres en comunidades selváticas de Guyana, Venezuela y otros

lugares del Caribe continental, de donde procedieron nuestros araucos.

Llama la atención la asombrosa similitud que existe entre el interior de estas viviendas campesinas y aquellas viviendas indígenas descritas por los cronistas del siglo XVI, en las que su interior presentaba mucho orden y limpieza (Colón fue el primero en describir este aspecto),²⁰ con el piso limpio y los objetos recogidos colgando de las paredes (ahora yugos para bueyes, sogas y otros útiles de trabajo también similares a los que usaron los aborígenes). Las paredes de estas viviendas campesinas también carecen de elementos decorativos en general, excepto las guirnaldas de flores de campanilla que colocan en determinadas épocas del año.

En cuanto a los utensilios domésticos, igualmente de ascendencia indígena, los más comunes son: catauros de yagua, empleados como recipientes para llevar la ropa al río y para lavar también en él, o para cargar frutas; vasijas hechas de güiras, con diferentes tamaños y para usos diversos: “jícaras” para depositar sal, para guardar semillas, para tomar agua, como recipientes para comer, etcétera. Los boniatos y las demás viandas asadas las toman para comer insertándoles una “puya”, que son pequeñas ramas de árboles, preparadas con la punta aguzada para ensartar el alimento. Por último, también observamos jabas hechas con fibras vegetales, jibes también de fibra para tamizar la yuca rallada y otros útiles de ancestral herencia indígena.

Entre los alimentos más comunes, encontramos las viandas asadas, comenzando por la preferencia del boniato (que comen con la cáscara) y la yuca, de la cual en algunas casas se fabrica el muy indígena casabe. El burén para su confección suele estar situado en un “ranchito” al fondo de la vivienda, y está hecho de piedra, tierra blanca o cocoa y espartillo seco mezclado con esta. También consumen con frecuencia el maíz, que muelen en un pilón.

Faenas cotidianas

Entre las tareas diarias que realizan los vecinos del barrio Los Zaldívar, hay algunas que por sus singulares características revelan su origen en similares tradiciones aborígenes que pervivieron en el seno de la sociedad criolla en formación durante el siglo XVI, tanto como resultado del proceso de transculturación entre indígenas y peninsulares, como por la necesidad de solucionar algunos problemas materiales de la existencia diaria. Uno de ellos fue el

uso amplio que continuó haciéndose de los útiles confeccionados con fibras vegetales, por parte de la población criolla en formación.

Es sabido, por ejemplo, que el tejido con fibras vegetales (algodón y otras) era una técnica tradicional empleada por los indígenas —casi siempre las mujeres— para la confección de una amplia variedad de objetos: cestas, catauros, esteras, adornos personales, cuerdas para atar, hamacas, redes para pescar, cibucanes (especie de mangas para exprimir la masa húmeda de la yuca), jibes (cernidores para tamizar la masa seca de la yuca) y otros. Sabemos también que el campesinado cubano en general ha conservado dicha tradición desde muy antaño (siglos XVI y XVII), con el fin de sustituir aquellos útiles de origen europeo que desde fecha muy temprana escasearon en la colonia cubana (sobre todo para la población distanciada de los centros urbanos). Me refiero, por ejemplo, a las sogas o cuerdas para las labores del ganado y otros usos, que al no llegar durante mucho tiempo de España, los criollos de aquí empleaban en su lugar (y aprendieron pronto a confeccionarlas) las tejidas por los aborígenes a partir de la corteza de ciertos árboles. Lo mismo sucedía con las redes para pescar, con el calzado ligero de tela (sustituido por sandalias tejidas con yagua), así como con otros artículos de indudable necesidad.

En el caso de las familias Zaldívar-Rojas, en sus hogares vemos la presencia de casi todos estos objetos tejidos con fibras vinculados en las faenas diarias (cestas, catauros, sogas, jibes, etcétera), y además confeccionados casi siempre por mujeres. Pero además, como si lo anterior fuera poco, supimos que se ha conservado hasta muy recientemente y de manera fiel, una tradición indígena de escasa difusión: hilar con las manos el algodón silvestre. Nos describió Regino Rojas Suárez (57 años de edad) cómo Regina Rojas recogía el algodón tal como lo hallaba en el monte, le sacaba las semillitas y con los dedos iba hábilmente formando una larga hebra de hilo que enrollaba en una hojuela de maíz, empleada a manera de huso para ese fin. Por último, utilizaba dicho hilo para coser la ropa. Contó también que su mamá, Librada Suárez Rojas (véase la persistencia del apellido Rojas), era tejedora con fibras —como otras mujeres del vecindario—, y que sus tejidos denotaban el empleo de una técnica especial, con resultados muy bellos. Hacía jibes, sogas, sombreros de yarey, y a los niños les hacía sombreros con las hojas del maíz.

Otro hecho que nos inclina a observar la repercusión de la sociedad indígena en las tempranas tradiciones criollas está también

relacionado con las tareas cotidianas. Se trata de su carácter colectivo y de la división por géneros.

La confección del casabe, es un buen ejemplo de tarea colectiva donde a la vez aparece la separación de los sexos. A simple vista pudimos apreciar que, de igual modo que existen otras tareas colectivas casi exclusivas para un género u otro —como el tejido de fibras para las mujeres y la labranza para los hombres—, también hay otras en las que participan ambos sexos, como esta de hacer casabe. Aun aquí, suele corresponder a los hombres la parte de rallar las yucas y prensar su masa, en tanto que las mujeres tamizan la masa seca y cocen después las tortas, pues —se dice—, ellas “tienen mejor mano” que los hombres para la cocina.

Por último, también constituye una innegable herencia indígena la forma de preparar la tierra para cultivar, cuando se da fuego al terreno previamente despojado de yerbas y arbustos mediante el machete. A esta operación se le denomina “preparar el conuco”, empleando así un exacto e insustituible vocablo indígena.

Prácticas religiosas y tradición oral

Es común entre ellos la influencia recibida por parte de las religiones protestantes que hace décadas avanzaron en la región oriental cubana, y en este caso particular, el pentecostalismo. Algunos visitan también la iglesia católica y es frecuente observar en las viviendas la imagen de la virgen de la Caridad del Cobre. Sin embargo, a pesar de las fuertes influencias antes mencionadas, todavía conservan componentes importantes de antiguas tradiciones de procedencia indígena. Muy cerca del barrio, justamente en Bariay, donde arribó Colón por primera vez a territorio cubano, se encuentra un templo denominado Paz y Esperanza, donde quincenalmente se celebran ceremonias del denominado espiritismo de cordón, que como sabemos constituye la más directa herencia del culto a los antepasados propio de las comunidades aborígenes.²¹ Su director, Mario Rodrigo Rojas, vive desde niño en esa zona de Bariay. A las ceremonias asisten familias del barrio Los Zaldívar, así como muchos campesinos de los alrededores. Resulta muy interesante observar cómo allí, durante horas, danzan y cantan implorándole a los espíritus, conservando de este modo la esencia de aquellos areítos dedicados a la curación colectiva que realizaban en muy parecida forma los antepasados aborígenes.

Otro hecho notable en la población del barrio de Los Zaldívar es la manera tan persistente en que se ha conservado la creencia

en los “jigües”, personajes de la mitología aruaca insular trascendidos después al campesino cubano en general, y transmitido —junto con el uso ceremonial del tabaco y otros detalles— al africano esclavo en Cuba. Son incontables los testigos de la sorpresiva aparición de este personaje mitológico entre los habitantes de Los Zaldívar. Es el ancestral miedo a las opías o espíritus de los muertos que aparecían a los indígenas en los caminos. No es casual que, cerca de allí, exista una pequeña laguna denominada El charco del jigüe, próxima al río Junucú.

Llama la atención el convencimiento que muestran los protagonistas de estas anécdotas (adultos y jóvenes), al narrar sus encuentros con los jigües, lo que nos convida a pensar que todavía dichos seres misteriosos “aparecen” hoy a sus descendientes, como diciéndoles desde lo profundo de su conciencia que sus ancestros no les han abandonado, y que debieran reservarles aún un espacio de sus vidas para el recuerdo y la veneración.

NOTA ACLARATORIA

El término indocubano empleado aquí tiene como significado: “*indígena* que habitaba en el archipiélago cubano”, luego es una palabra compuesta que no proviene del término “indio”, que es erróneo, sino del término indígena. Lo mismo debo decir de indoantillano, que se refiere aquí a los indígenas que habitaban Las Antillas, independientemente de su filiación más o menos cercana a la familia “aruaca insular”.

NOTAS

¹ Jacobo de la Pezuela: *Diccionario geográfico...*, y partidas de bautismo y de matrimonio investigadas por el historiador Benito Paz en la iglesia parroquial de Fray Benito.

² Según la Dra. Estrella Rey, las regiones más pobladas de Cuba en 1512 eran, al norte oriental, Maniabón, Baní y Barajagua. Ver “Esbozo etnohistórico del siglo XVI temprano (Cuba: 1511-1553)” en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, año VI, No. 16, enero-abril de 1988, p. 165-166.

³ Véase de Roberto Valcárcel Rojas: “Introducción a la arqueología de contacto indohispánico en la provincia de Holguín, Cuba” en *Revista El Caribe Arqueológico*, No. 2, 1997, p. 64-77.

⁴ Valcárcel: *Op. cit.*, p. 74.

⁵ Reginald Ruggles Gates: “Studies in Race Crossing” en *Revista Genetics*, volumen XXII, Londres, 1954, p. 65-96.

⁶ El periodista Joaquín Oramas recogió en 1969 el testimonio de Ladislao Ramírez Rojas, descendiente de los aborígenes de El Caney, pero nacido en la zona de Yateras (La Escondida) en 1879. Este le contó que sus antepasados habían llegado a la sierra de Yateras (se refiere a mediados del siglo XIX). Debido al desalojo del que fueron objeto por parte de “los franceses que fomentaron cafetales con esclavos negros” en las lomas de El Caney, cerca de Santiago de Cuba. Ver: “La Escondida: ¿un refugio de los taínos cubanos?” en *Granma*, resumen semanal, 30 de noviembre de 1969, p. 9.

⁷ El componente de origen africano fue más visible en otras zonas de la región oriental, no así en la región holguinera.

⁸ José Vega Suñol, René Navarro Fernández y Joaquín Ferreiro González: "Presencia aborigen en los archivos parroquiales de Holguín" en *Revista de Historia*, año II, número 4, Holguín, octubre-diciembre de 1987, p. 56-65.

⁹ Benedicto Paz Sánchez y Ramón Rojas Rojas: "Los aborígenes cubanos de Bariay". Ponencia presentada en la reunión sobre historia de la región, en Bariay, provincia de Holguín, 1993.

¹⁰ Cristóbal Colón: *Diario de navegación*, La Habana, Publicación de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1961, p. 154.

¹¹ *Historia de la isla de Cuba y en especial de La Habana*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964, p. 58. Este texto se editó por primera vez en 1813, después de las primeras obras históricas de Urrutia y Montoya, y antes que apareciera la de J. M. Félix de Arrate, escrita en la segunda mitad del siglo XVIII, pero publicada en 1830.

¹² Benedicto Paz y Ramón Rojas: *Op. cit.*

¹³ Director del Programa del Indio en la Universidad de Cornell, Ithaca, Estados Unidos de Norteamérica.

¹⁴ *Apud*: Emiliano Tejera: *Palabras indígenas en la isla de Santo Domingo*, p. X.

¹⁵ Irene Wright: *The early history of Cuba, 1492-1586*, New York, 1916, p. 200.

Nos referimos aquí a este sector de la población cubana en particular (el campesino de ascendencia indígena), que por diversas circunstancias históricas y geográficas se mantuvo ajeno a la influencia de origen africano. Sabemos que los africanos transfundieron igual herencia (la acentuada gestualidad) en otros sectores de nuestra población con quienes vivieron. Cabe señalar, sin embargo que no concuerdo con la historiadora Wright en su consideración de que este sea, acaso, el único rasgo de herencia indígena que trascendió hasta el presente.

¹⁶ *Diario de navegación*. p. 50.

¹⁷ El fraile destacaba "[...] veinte y treinta pliegos de papel escriptos hay muchos indios que cuasi todos lo han tomado en la memoria, y con pocos tropiezos los recitan sin pena alguna; [...]" ("Apologética historia" *apud* M. Serrano Sanz: *Historiadores de Indias*, tomo I, p. 97.)

¹⁸ Colón declaró que los indígenas de Las Antillas eran "de muy bue entender"; y también "de buen ingenio", por la rapidez con que entendían lo que se les preguntaba en un idioma desconocido para ellos, y por la rapidez y exactitud en las respuestas. (*Diario de navegación*, p. 59 y 50, respectivamente.)

¹⁹ Benedicto Paz y Ramón Rojas: *Op. cit.*

²⁰ Vale la pena anotar que no observamos ningún caso de mongolismo u otra enfermedad de apariencia notable entre los habitantes de ese barrio. Un estudio médico al respecto diría la última palabra sobre este asunto.

²¹ En su *Diario de navegación*, Colón describe el interior de las viviendas indígenas como "muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos" (ver edición citada de la Publicación de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1961, p. 75).

²² José Antonio García Molina *et al.*: *Huellas vivas del indocubano*, Toronto, Editorial Lugus Libros Latinamerica, Toronto, 1998.

BIBLIOGRAFÍA

Casas, Bartolomé de Las (1909): "Apologética historia sumaria" en M. Serrano Sanz ed., *Historiadores de Indias*. Tomo I, Madrid, Bailly y Valière e Hijos Editores.

Colón, Cristóbal (1961): *Diario de navegación*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

García Molina, José Antonio *et al.* (1998): *Huellas vivas del indocubano*. Toronto, Editorial Lugus Libros Latinamerica, Inc.

Guerra, Ramiro (1921): *Historia de Cuba, 1492-1607*. Tomo I, La Habana.

Oramas, Joaquín (1969): "La Escondida: ¿un refugio de los taínos cubanos?" en *Granma*, resumen semanal, 30 de noviembre.

Paz Sánchez, Benedicto y Ramón Rojas Rojas (1993): "Los aborígenes cubanos de Bariay". Ponencia presentada en reunión sobre historia local de Holguín.

Pezuola, Jacobo de la (1863-1866): *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*. Madrid.

Rey, Estrella (1988): "Esbozo etnohistórico del siglo XVI temprano (Cuba: 1513-1553)" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. Año VI, No. 16, enero-abril.

Rivero de la Calle, Manuel (1978): "Supervivencias de descendientes de indoamericanos en la zona de Yateras, Oriente" en *Cuba Arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.

Ruggles Gates, Reginald (1954): "Studies in Race Crossing" en *Revista Genetics*. vol. XXVII, Londres.

Tejera, Emiliano (1997): *Palabras indígenas en la isla de Santo Domingo*. Santo Domingo, Editorial La Nación.

Valcárcel Rojas, Roberto (1997): "Introducción a la arqueología de contacto hispánico en la provincia de Holguín, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 2, Santiago de Cuba.

Valdés, Antonio José (1964): *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

Vega Suñol, José *et al.* (1987): "Presencia aborigen en los archivos parroquiales de Holguín" en *Revista de Historia*, Año II, No. 4, Holguín, octubre-diciembre.

Wright, Irene (1916): *The early history of Cuba*. New York.

MARÍA NELSA TRINCADO FONTÁN. ENTRE LA HISTORIA Y LA ARQUEOLOGÍA

**ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
JORGE ULLOA HUNG**

En los años ochenta del siglo xx la arqueología cubana había logrado un indudable fortalecimiento en cuanto a estructuración de sus investigaciones, ordenamiento institucional, capacitación de personal, y alcance y calidad de sus estudios. En esta coyuntura, el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Academia de Ciencias de Cuba, con sede en La Habana, se proyectaba como grupo rector de los estudios en la isla, con una contrapartida en el este del país, también adscrita a la Academia de Ciencias de Cuba: el equipo de investigaciones que en la provincia Holguín dirigía el ya fallecido Dr. José Manuel Guarch Delmonte.

Por su parte, la Universidad de La Habana, con una larga trayectoria en estudios de Antropología Física y Arqueología, conducidos por el Museo Montané y especialistas de la Facultad de Biología, mantenía un trabajo importante, con cierta proyección nacional, lo que de alguna manera completaba un panorama signado por el predominio de la capital como núcleo del pensamiento y la labor arqueológica en el país.

Como espacio particular para algunos, y casi inadvertido para otros, pero definitivamente imbuido por una larga tradición de independencia intelectual, pujaba por sostenerse en Santiago de Cuba un esfuerzo de trabajo que había crecido en torno a la figura del Dr. Felipe Martínez Arango. Fundador de la Universidad de Oriente y creador de su Sección de Arqueología, se desempeñó durante largo tiempo como profesor de Historia y Prehistoria, dirigiendo la formación arqueológica de varios de sus estudiantes. En los años ochenta el protagonismo por mantener el legado de la actividad arqueológica iniciada por Martínez Arango fue asumido por una de sus ex alumnas más destacadas, la profesora María Nelsa Trincado Fontán.

Sin aislarse del mundo arqueológico cubano, pero sosteniendo el derecho a desarrollar esquemas de investigación propios, marcados por las ideas de Martínez Arango y, sobre todo, por sus concepciones personales en torno a la arqueología y su relación con la antropología y la historia, María Nelsa reorganizó el trabajo



En las ruinas del cafetal Tres Arroyos. De izquierda a derecha: Jorge Luis Hernández, María Nelsa, Augusto Castillo, Jorge Ulloa, José A. Fonseca, Isabel Lozada, José Jiménez y miembros de un equipo francés de excavaciones.

arqueológico de la Universidad de Oriente y activó la enseñanza de la Arqueología en la formación de los futuros historiadores. Una de sus metas esenciales fue proveer conocimientos de investigación arqueológica a estudiantes que podrían reorientarse profesionalmente hacia esta disciplina o explorar más a fondo el valor de la información arqueológica en el análisis histórico. Como parte de este empeño, sus acciones fueron más allá de la mera inclusión formal de una asignatura optativa relacionada con las técnicas de investigación arqueológica en el programa de la carrera de Historia, en tanto creó un grupo de investigación con estudiantes, alumnos ayudantes y antiguos alumnos interesados en esta disciplina, además de organizar actividades y excavaciones de carácter docente en yacimientos arqueológicos cercanos a la ciudad de Santiago de Cuba o trabajos concretos para el estudio de sitios y áreas arqueológicas en el oriente de la isla.

Una lucha no menos titánica en su quehacer profesional estuvo relacionada con sus esfuerzos por rescatar el reconocimiento,

ante las autoridades universitarias, de la investigación arqueológica. En ese sentido enfrentó la tradicional subestimación o desidia hacia la arqueología, además de la crónica escasez de recursos que emergía como paraban ante cualquier proyecto, apelando a su prestigio intelectual y a la admiración que como profesora había dejado en varias generaciones de estudiantes o despertaba en el alumnado de aquellos años. Creó junto a ellos y en la Universidad (tuvimos el honor de formar parte de ese empeño), una nueva sala de Arqueología, reorganizó el almacén del museo y obtuvo un área para laboratorio adscrita al mismo. Lo más importante fue que, paralelo al establecimiento de esa estructura, nació un espacio de investigación con proyectos, sueños, ambiciones, metas, que se revirtieron en la activación de los trabajos de campo a través de exploraciones y excavaciones en Santiago de Cuba, Granma, y Guantánamo, y en el desa-

arrollo de varias tesis de grado sobre temas arqueológicos.

Desde el punto de vista teórico es importante señalar que en momentos en los que dentro de la arqueología cubana despuntaba el estudio de la tecnología y la tipología de los componentes líticos o de concha, además de la investigación arqueozoológica, la antropología física, o se hacían esfuerzos por analizar los procesos económicos, María Nelsa promovió el estudio de la cerámica aborigen, además de las revisiones de las crónicas europeas como fuentes esenciales para el conocimiento del pasado aborigen, así como el acercamiento crítico tanto al pensamiento arqueológico del momento como al prerrevolucionario.

En los estudios cerámicos seguía las concepciones de Martínez Arango sobre la posibilidad de usar los rasgos de la alfarería como indicadores cronológicos y, a través de estos, conformar una imagen de los procesos de movilidad y ocupación territorial del oriente cubano. Sin embargo, a ese esquema estructurado básicamente a partir de la propuesta de Irving Rouse en la obra *Archaeology of*

the Maniabon Hills, agregó indicadores que pretendían valorar aspectos de complejización social al proponer un gradual incremento —paralelo a los cambios cerámicos— en la presencia de adornos corporales, imágenes exentas, además de el aumento de los burenes en relación con la intensificación de la producción agrícola y el alejamiento de las costas para aprovechar suelos más potentes y recursos faunísticos y vegetales de mayor variedad. A la luz de la arqueología contemporánea son visibles aspectos cuestionables de esta propuesta, pero sin dudas es meritoria la intención de lograr una imagen integral, con proyecciones sociales, y de recuperar los estudios de cerámica como herramienta importante, especialmente si se recuerdan los aspectos priorizados por aquellos años.

Una de sus proyecciones más sólidas era el énfasis en valorar el vínculo entre la historia y la arqueología, y su connotación social. Esto le valió una rápida conexión e identificación con parte del grupo de arqueólogos de la llamada Arqueología Social Latinoamericana a quienes conoció en 1988 durante su asistencia a un evento convocado por Smithsonian Institution.

Acorde con sus posturas críticas y muy a tono con su propia visión profesoral, María Nelsa no proponía un retorno a viejos métodos o ideas, proponía un camino que no olvidara lo mejor hecho hasta el momento, insistiendo en un conocimiento profundo de la historia de los primeros siglos coloniales y en el desarrollo de un bagaje intelectual amplio, con énfasis en el conocimiento del pensamiento antropológico y filosófico universal, en el cual el marxismo no resultara una opción excluyente. Era un tema constante e inquietante para ella, acicateado quizás por el debate cotidiano con Joel James en torno a los cultos sincréticos afrocubanos, la necesidad de lograr un acercamiento a los aspectos de la espiritualidad y la ideología aborígen, y sobre todo aprehender un ente social y no un conjunto de caracteres culturales expresados en detalles asentacionales, proyecciones subsistenciales o rasgos tipológicos.

En su afán por crear un puente entre la historia y la arqueología, el trasfondo claramente perceptible era recuperar una imagen detallada del mundo aborígen de Cuba para entender su papel en los procesos de formación de nuestra nacionalidad, enfatizando en aspectos poco tangibles como la religiosidad y el manejo que en diversos momentos de nuestro devenir como nación se hizo del tema aborígen. En la primera de las temáticas sobresalen sus estudios y colaboración con la Dra. Olga Portuondo para desentrañar



En una excavación arqueológica en Maisí. De izquierda a derecha, Cristina González Rifá, Ana Valdés Millán, María Nelsa Trincado y Conrado Rojas (Guía de campo e importante coleccionista de la ciudad de Guantánamo).

los componentes indígenas presentes en el culto a la virgen de la Caridad del Cobre, mientras en la segunda, sus aproximaciones no se limitaron a repeticiones vacías o valoraciones simplistas sino que, a partir de sus experiencias como analista historiográfica, hurgó en las razones sustentadoras de las diferentes aptitudes epocales y sus incidencias en la formación de la visión que nos ha llegado de ese capítulo inicial de nuestra historia. En esta misma línea, pero como investigadora del Caribe, también empleó los conocimientos históricos para crear referencias en los análisis

arqueológicos al discutir la integralidad precolombina de este espacio, y la necesidad de valorarlo como una zona de permanente interacción entre sociedades diversas.

Sus estudios al respecto, y sus vínculos con la Casa del Caribe, le permitieron contribuir al restablecimiento de los contactos y el diálogo con figuras de la Arqueología Social que formaban el grupo de Vieques, las cuales habían mantenido cierto alejamiento de la arqueología cubana, entre otras cosas debido a la disputa sostenida en años anteriores con Ernesto Tabío. Fruto de estos vínculos y de la acogida de la Casa del Caribe, nació un Taller Internacional sobre Arqueología en el marco de los festivales de la Cultura Caribeña, al que asistieron figuras destacadas de ese grupo como Marcio Veloz Maggiolo, Fernando Luna Calderón, José Luis Lorenzo y la renombrada arqueóloga norteamericana Dra. Betty J. Meggers. De esta cosecha también emergió la idea, en 1996, de crear una publicación arqueológica que diera cuenta del quehacer de esta disciplina en el marco del Caribe, pero sobre todo en Cuba, el anuario *El Caribe Arqueológico*. Ese diálogo facilitó además, el comienzo de estudios comparados sobre los grupos ceramistas

tempranos o protoagricultores en el oriente de Cuba y la República Dominicana en los que María Nelsa tomaría parte activa en sus inicios.

Estamos seguros de que a María Nelsa le quedaron muchas cosas por decir, hacer o escribir, un museo por mejorar, alumnos por formar, sitios arqueológicos por visitar. Varios de sus estudiantes, que hoy somos arqueólogos, encontramos y sostuvimos esta vocación gracias a ella. Plantó en nuestros espíritus de jóvenes universitarios, y en el de otros estudiantes que siguieron diversos caminos, un compromiso con el rigor intelectual y una obligación de honestidad y esfuerzo que la sobrevive.

El 19 de diciembre del año 2006 María Nelsa Trincado murió. Nos dejó una visión del arqueólogo que tenía mucho que ver con la tradición orticiana de hombres cultos e intelectuales completos, comprometidos con su tiempo, que entendemos debe ser parte de la meta mayor. Como ella decía: “Un arqueólogo debe saber desde escuchar a Mozart hasta tomar una pala para excavar” o “El momento más importante para un arqueólogo es cuando se sienta en la mesa de pensar”.

Noticias de arqueología

DEPARTAMENTO CENTRO ORIENTAL DE ARQUEOLOGÍA. CISAT, CITMA HOLGUÍN

Como parte de las tareas del proyecto El Chorro de Maíta. Registro del espacio arqueológico, y en colaboración con la Universidad de Alabama, Estados Unidos, se completó una prospección exhaustiva de este sitio que permitió redefinir detalles de su extensión y estructura, así como localizar espacios que serán excavados en el futuro. El Departamento ejecuta estudios de las cavernas arqueológicas de la provincia de Holguín, así como trabajos de arqueología urbana (excavaciones en la Casa del Teniente Gobernador) y una exploración de áreas del litoral norte oriental. Ha iniciado además acciones de coordinación con vistas al desarrollo de un nuevo proyecto de estudio de sitios apropiadores tempranos, en cooperación con especialistas del CITMA en Villa Clara y con investigadores de la Universidad de Tubingem, Alemania.

GRUPO DE ARQUEOLOGÍA DEL CENTRO NACIONAL DE CONSERVACIÓN, RESTAURACIÓN Y MUSEOLOGÍA (CENCREM)

Continúa trabajos de investigación en sitios de la zona de Maisí, provincia Guantánamo, y coordinó, como parte de las actividades docentes que desarrolla esa institución, un curso dictado por el investigador y arqueólogo mexicano Manuel Gandara.

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

Continuaron las intervenciones en un contexto arqueológico de la segunda mitad del siglo XVI, en Mercaderes 162 (A-32). El mismo ha reportado una amplia colección de la cultura material de la villa de San Cristóbal de La Habana, desde su fundación hasta finales del siglo XVI. Otras excavaciones que se ejecutan son las de la Quinta de los Molinos y Castillo de la Real Fuerza. Miembros del Gabinete participaron en las excavaciones arqueológicas del ingenio San Isidro de los Destiladeros, en el marco del VIII Taller de

Arqueología Industrial Valle de los Ingenios, Trinidad. Por otro lado, se brindó asesoría técnica y se emprendieron prospecciones y catas estratigráficas en sitios coloniales de Puerto Cabello, Venezuela.

En la especialidad de zooarqueología se continuó con el análisis de los restos dietarios del sitio preagroalfarero Cueva de la Cachimba, provincia de Matanzas, y fueron clasificadas evidencias óseas y malacológicas de los rellenos antrópicos exhumados en una cantera de sillares del siglo XVIII en Lamparilla y San Ignacio (A-39), La Habana Vieja. Se concluyó un estudio sobre los restos de aves en contextos habaneros de los siglos XVI al XIX; y se concluyó una investigación relativa a materiales relacionados con aborígenes del sur de la Florida, Estados Unidos, hallados en sitios coloniales de La Habana Vieja.

Durante este año el Museo de Arqueología realizó el II Taller de Restauración de Cerámicas Arqueológicas, módulo mayólicas, impartido por destacados profesores del Instituto Italo-latinoamericano de Roma (IILA). Entre el 17 y 21 de septiembre se llevó a cabo el II Seminario Internacional de Arqueología en el Convento y Basílica Menor de San Francisco de Asís, con la participación de más de cien ponencias de Cuba, México, Venezuela, Estados Unidos y Colombia. Se celebró el 20 aniversario de la fundación del Gabinete de Arqueología, al cual se dedicó el *Boletín de Arqueología* No. 6 de 2007.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES, FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HIMANÍSTICAS DE LA UNIVERSIDAD CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ, CIENFUEGOS

La apertura del Área de Estudios Arqueológicos en este centro se efectuó en el mes de febrero de 2007, con la incorporación del licenciado Marcos Evelio Rodríguez Matamoros como profesor / investigador de este centro. El área tiene dos líneas fundamentales de trabajo, la investigación y la docencia en el campo de la arqueología.

En abril del 2007 se participó en la excavación de rescate en el sitio aborigen La Piedra, Potrerillo, municipio de Cruces y se realizaron visitas de control a varios sitios arqueológicos, entre ellos: La Ceiba, residuario protoarcaico, Cayo Carenas, sitio agroalfarero ubicado en el islote del mismo nombre en el interior de la bahía de Jagua; Punta Barrera, sitio agroalfarero, y el sitio funerario Loma de los Indios, Rancho Luna, Cienfuegos.

Se participó en varios eventos, entre ellos el II Seminario Internacional de Arqueología convocado por el Gabinete de Arqueología y el Instituto de Antropología de Ciudad de La Habana, el II Taller Arqueosur, convocado por el Museo de Arqueología Guamuhaya de Trinidad, provincia de Sancti Spíritus y en el II Taller Regional Arqueocentro, convocado por la Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas de la Universidad Central de Las Villas en coauspicio con el CITMA y el Centro Provincial de Patrimonio Cultural en Villa Clara.

En el plano de las publicaciones, se publicó la ponencia presentada en el II Seminario Internacional de Arqueología, La Haba-

na, así como un artículo corto en el *Anuario del Gabinete de Arqueología* de la OHCH, resultado de las investigaciones en el sitio agroalfarero Cayo Carenas. Además, fue sometido un artículo sobre el hallazgo de restos óseos de perros en sitios arqueológicos de Cienfuegos al anuario *El Caribe Arqueológico*.

Se participó en un entrenamiento sobre Arqueobotánica en Santa Clara, Villa Clara, a cargo del especialista colombiano Sneider Rojas de la Universidad Autónoma de México, quien además impartió el curso Elementos básicos para la identificación de restos óseos humanos de carácter arqueológico a especialistas y técnicos del Departamento de Medicina Legal del Hospital Provincial Gustavo Aldereguía Lima de Cienfuegos. Como resultado de este curso se localizaron y rescataron restos óseos humanos sin interés para la criminalística, y que por algunos aspectos externos se sospechaba su procedencia de un entierro secundario aborigen, punto que fue comprobado por la aparición de las líneas de Harris en las radiografías. Este hallazgo marca una nueva localidad funeraria aborigen en una zona montañosa de la provincia.



De los autores

ARIE BOOMERT. Profesor de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda. Miembro del equipo de investigaciones sobre el Caribe de esa institución. Ha realizado importantes contribuciones a los estudios sobre las migraciones en el Caribe precolombino así como en los estudios sobre interacción entre los grupos humanos de este período. Sus estudios se han concentrado en el contexto de las Antillas Menores, en particular en las relaciones entre este espacio y las tierras bajas de Sudamérica.

ALISTAR J. BRIGHT. Estudiante de PhD de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden. Sus investigaciones se han desarrollado esencialmente vinculadas al tema de la interacción entre los grupos precolombinos en el contexto de las Antillas Menores, tema sobre el que además versa su tema de investigación de PhD. Ha publicado varios artículos junto a otros colegas del equipo de investigaciones del Caribe de esta universidad en revistas científicas, y participado en importantes eventos y simposios relacionados con la arqueología caribeña

ADRIANA CHURAMPI RAMÍREZ. Profesora de la facultad de Letras de de Universidad de Leiden, miembro del equipo de investigaciones sobre el Caribe de la Facultad de Arqueología. Se ha especializado en el estudio y análisis de las fuentes históricas, en particular de las Crónicas y documentos de Indias, en función de apoyar las investigaciones arqueológicas. Ha publicado sobre temas históricos de América Latina y el Caribe.

JAGO COOPER. Desarrolló su doctorado en el Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres, Inglaterra, con un tema sobre los procesos de interacción en el sitio arqueológico Los Buchillones. Formó parte del equipo de investigación de esa universidad que conjuntamente con investigadores cubanos del Departamento Centro Oriental de Arqueología, CISAT, CITMA, Holguín y el Centro de Investigaciones de Ecosistemas Costeros desarrolló estudios en este importante yacimiento y en el área del Archipiélago Jardines del Rey. Algunos de los resultados de sus investigaciones sobre este tema han sido publicados en coautoría con especialistas cubanos en ediciones anteriores de *El Caribe Arqueológico*. Actualmente labora en la Escuela de Arqueología e Historia Antigua, Universidad de Leicester, Inglaterra.

JOSÉ ANTONIO GARCÍA MOLINA. Investigador auxiliar de la Biblioteca Nacional José Martí, Cuba. Es miembro del Grupo de Investigaciones Arqueológicas Jururú Bariay, de Fray Benito, Holguín. Ha realizado estudios sobre el tema de las supervivencias indígenas en la cultura cubana desde el punto de vista etnográfico y de la antropología cultural. Ha enfocado sus estudios desde la perspectiva regional así como en otras expresiones de la cultura popular cubana.

ULISES M. GONZÁLEZ HERRERA. Especialista del Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, CITMA, La Habana. Ha realizado estudios en torno al estado de conservación del arte rupestre cubano, en especial en la Cueva de Punta del Este. Ha publicado artículos en revistas nacionales como *Catauro*, y en el extranjero. Junto a Gerardo Izquierdo desarrolla en la actualidad un proyecto sobre el estudio de las comunidades aborígenes de cazadores-recolectores en el contexto cubano.

IOSVANY HERNÁNDEZ MORA. Especialista del Gabinete de Arqueología de la Oficina de Historiador de la ciudad de La Habana. Sus trabajos incluyen labores en varios contextos arqueológicos de la Habana y otras partes de Cuba, como Camagüey y Santiago de Cuba. Ha indagado tanto en temas relacionados con arqueología histórica como arqueología precolombina y su interés se ha concentrado en la evaluación y discernimiento de la dinámica espacio-funcional de los asentamientos en diferentes contextos. Es miembro del consejo de redacción del *Boletín del Gabinete de Arqueología*.

CORINNE L. HOFMAN. Profesora de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda. Coordina el equipo de investigaciones sobre Arqueología del Caribe de la Facultad de Arqueología de esa Universidad. Codirige el proyecto arqueológico en el sitio El Cabo, en República Dominicana, que forma parte de los proyectos sobre las culturas precolombinas del Caribe: *Houses for the living and the dead: organization of settlement space and residence rules among the Taino, the indigenous people of the Caribbean encountered by Columbus* y *Mobility and exchange: the relationship between material and ideological relations in the pre-Columbian insular Caribbean*. Se especializa en estudios de interacción cultural y organización social precolombina.

MENNO L. P. HOOGLAND. Profesor de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, en Holanda. Codirige el proyecto arqueológico en el yacimiento El Cabo, República Dominicana, que forma parte de proyectos sobre las culturas precolombinas del Caribe: *Houses for the living and the dead: organization of settlement space and residence rules among the Taino, the indigenous people of the Caribbean encountered by Columbus* y *Mobility and exchange: the relationship between material and ideological relations in the pre-Columbian insular Caribbean*. Se especializa en estudios de prácticas funerarias e interacción cultural.

GERARDO IZQUIERDO DÍAZ. Especialista del Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, CITMA, La Habana. Ha publicado varios artículos y colaborado en importantes revistas y libros colectivos sobre las comunidades aborígenes de Cuba. Sus trabajos más relevantes han girado en torno al estudio de los ajuares de concha y los artefactos líticos

de las comunidades aborígenes cubanas. Actualmente junto a otros especialistas de esa institución lleva adelante proyectos de investigación vinculados al estudio de las comunidades aborígenes de cazadores recolectores en el contexto cubano.

GABINO LA ROSA CORZO. Investigador titular. Miembro de la Academia de Ciencias de Cuba. Importante especialista con una amplia obra publicada sobre temas de resistencia esclava y arqueología precolombina. Ha colaborado en varias revistas y publicaciones arqueológicas en Cuba y el extranjero. Sus labores en el campo arqueológico también se extienden al plano de la docencia y la formación de nuevas generaciones de arqueólogos, así como a la coordinación de importantes proyectos internacionales de investigación y publicación.

MARCOS MARTINÓN-TORRES. Especialista del Instituto de Arqueología, Universidad Colegio de Londres donde se desempeña como co-coordinador de varios cursos, entre ellos, un MSc en tecnología y análisis de los materiales arqueológicos, así como Arqueometalurgia. Su principal interés investigativo se concentra en la integración de la arqueología y los textos al estudio de los materiales y tecnologías del pasado. Sus investigaciones generalmente envuelven análisis instrumentales de cerámica, metales o productos metalúrgicos, y su interpretación a la luz de las teorías arqueológicas y los estudios sobre cultura material.

ANGUS A. A. MOL. Estudiante de Maestría de la Facultad de Arqueología, Universidad de Leiden, de Holanda. Sus investigaciones giran alrededor del tema de la iconografía aborigen del Caribe, en particular en el espacio antillano, así como en torno al tema de la movilidad y la interacción tomando como referente este aspecto dentro de la cultura material.

JOSÉ R. OLIVER. Profesor del Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres, Inglaterra. Se especializa en estudios sobre iconografía precolombina y formaciones cacicales, sobre los que ha publicado numerosos libros y artículos. Dirige investigaciones en el centro ceremonial de Caguana, Puerto Rico, y participa en las investigaciones en el sitio El Cabo, República Dominicana.

THILO REHREN. Profesor del Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres, Inglaterra. Se desempeña como co-coordinador del curso Vidrio, pigmentos y cuentas. Materiales arqueológicos y tecnología, y director del Instituto para el estudio de la Arqueometalurgia. Es además presidente de la Sociedad de Ciencias Arqueológicas del Instituto de Arqueología, Universidad Colegio de Londres y editor de la revista *Journal of Archaeological Science*. Sus trabajos giran esencialmente en torno a los temas de investigaciones arqueométricas.

JUAN MANUEL REYES CARDERO. Investigador en la Oficina de la Historiadora de la Ciudad de Santiago de Cuba. Ha desarrollado importantes investigaciones en torno a los aspectos subsistenciales de las comunidades protoagrícolas del oriente de Cuba. Sus investigaciones también se extienden al campo de las fuentes históricas, documentos y crónicas de la conquista. Ha participado en proyectos internacionales relacionados con temas de arqueología histórica, y publicado artículos

en revistas de Cuba y el extranjero, así como en libros colectivos relacionados con este tema.

LISSETTE ROURA ÁLVAREZ. Especialista en Arqueología histórica del Gabinete de Arqueología de la Oficina de Historiador de la Ciudad de La Habana. Sus trabajos incluyen varios temas dentro de este campo, y en particular se han concentrado en el estudio de contextos arqueológicos de la Habana en diferentes momentos de su historia. Un aspecto remarcable dentro de esas investigaciones son los estudios sobre las casas de los esclavos en diferentes contextos arqueológicos del siglo XIX cubano, en ese sentido sobresalen los contextos plantacionistas de diferente índole, pero sobre todo las plantaciones de café. Ha publicado en revistas nacionales y extranjeras, y participado en proyectos de investigación dentro y fuera de Cuba. Forma parte del consejo de redacción del *Boletín del Gabinete de Arqueología*.

ALICE SAMSON. Realiza estudios doctorales en la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden. Forma parte del equipo de investigación sobre el Caribe de la facultad de Arqueología de esa universidad. Su tema de investigación de PhD. se desarrolla en torno a los patrones de habitación y estructuras de vivienda en el yacimiento arqueológico El Cabo, República Dominicana. Ha participado en importantes conferencias y publicado en revistas artículos relacionados con el tema de las comunidades aborígenes del Caribe.

CLENIS TAVÁREZ MARÍA. Especialista del Museo del Hombre Dominicano. Es miembro de la junta directiva de la Asociación Internacional de Arqueólogos del Caribe (IACA). Su labor investigativa se ha centrado en el campo de la etnohistoria y de la antropología física. Ha publicado artículos en revistas de la República Dominicana y participado en importantes conferencias y simposios relacionados con el tema de la arqueología del Caribe en las que además ha fungido como una de sus más importantes organizadoras

JORGE ULLOA HUNG. Profesor del Área de Ciencias Sociales del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), investigador asociado del Museo del Hombre Dominicano y miembro de la Academia de Ciencias de la República Dominicana. Ha realizado estudios sobre la historia de la arqueología del Caribe y sobre cerámica temprana en el oriente de Cuba y el este de la isla de Santo Domingo. Actualmente realiza estudios de PhD. en la Universidad de Leiden con un tema relacionado con las comunidades aborígenes de Cuba y la República Dominicana.

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS. Investigador auxiliar del Departamento Centro Oriental de Arqueología, CITMA, Holguín. Se especializa en estudios de cerámica aborigen, contacto indohispánico y organización social precolombina. Dirige investigaciones en El Chorro de Maíta y forma parte del equipo del proyecto internacional de investigaciones Los Buchillones. Ha publicado dos libros relacionados con las comunidades aborígenes cubanas. Actualmente realiza estudios de PhD. en la Universidad de Leiden, en un tema relacionado con la interacción hispano-aborigen en el yacimiento Chorro de Maíta.



La ilustración gráfica, real y objetiva de la vida cotidiana de las sociedades antiguas, sobre todo aquellas que no dejaron documentación escrita, sobre la base de una investigación científica correcta, es una tarea de gran responsabilidad. Esta tarea ha marcado la vida del pintor José R. Martínez, quien ha combinado su visión creativa con la reconocida tenacidad y paciencia de un científico al plasmar en el lienzo una representación realista, en sus variadas formas, de ese mundo que generaciones pasadas, actuales y futuras no pudieron contemplar. Su obra ha sido analizada objetivamente y calificada de excelente por renombrados científicos nacionales y extranjeros de la talla, entre otros, de los doctores Ernesto E. Tabío y José M. Guarch, de Cuba; de los académicos de la Comunidad de Estados Independientes, Alexei P. Okladnikov, Anatoli P. Derevianko y del Dr. en Ciencias Ruslan S. Vasilievski; así como de la Dra. Betty J. Meggers, de la Smithsonian Institution de Washington, Estados Unidos. Finalmente, la obra de Martínez representa un documento histórico visual que condensa en sí un amplio conjunto de resultados científicos, divulgando en la forma idónea y con el mayor rigor científico la historia de los aborígenes de América. Todo ello sin abandonar la calidad estética requerida, lo cual la convierte en un instrumento de gran utilidad para museos, libros de textos, documentales, videos televisivos, monografías científicas y cualquier trabajo de divulgación cultural.

Dr. Jorge Febles Dueñas

